

IMPRIMIR

**HISTORIA UNIVERSAL
BAJO LA REPÚBLICA ROMANA**

POLIBIO DE MEGALÓPOLIS

TOMO I

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

EXORDIO DEL AUTOR

Si aquellos que me han precedido en poner luz en hechos y acciones históricos hubieran omitido hacer el elogio de la historia, tal vez me vería en la precisión de inclinar a todos a la elección y estudio de estos comentarios, en el supuesto de que no hay profesión más apta para la instrucción del hombre que el conocimiento de las cosas pretéritas. Pero como no algunos, ni de un mismo modo, sino casi los historiadores todos se han valido de este mismo exordio, sentando que el estudio y ejercicio más seguro en materias de gobierno es el que se aprende en la escuela de la historia, y que la única y más eficaz maestra para poder soportar con igualdad de ánimo las vicisitudes de la fortuna es la memoria de las infelicidades ajenas no tiene duda que así como a ningún otro sentaría bien el repetir una materia de que tantos y tan bien han tratado, mucho menos a mí. Sobre todo cuando la misma novedad de los hechos que voy a referir es suficiente por cierto para atraer y excitar a todos, jóvenes y ancianos, a la lectura de esta obra. Pues, a decir verdad, ¿habrá hombre tan estúpido y negligente que no apetezca saber cómo y por qué género de gobierno los romanos llegaron en cincuenta y tres años no cumplidos a sojuzgar casi toda la tierra, acción hasta entonces sin ejemplo? ¿O habrá alguno tan entregado a los espectáculos, o a cualquiera otro género de estudio, que no prefiera instruirse en materias tan interesantes como éstas?

Pero el modo de manifestar que el tema de mi discurso es singular y magnífico, será principalmente si comparamos y cotejamos los más célebres imperios que nos han precedido, y de que los historiadores han dejado copiosos monumentos, con aquel soberbio poder de los romanos, estados a la verdad dignos de semejante parangón y cotejo. Los persas obtuvieron por algún tiempo un vasto imperio y dominio pero cuantas veces osaron exceder los límites del Asia aventuraron, no sólo su imperio, sino también sus personas. Los lacedemonios disputaron por mucho tiempo el mando sobre la Grecia; pero después de conseguido, apenas fueron de él pacíficos poseedores doce años. Los

macedonios dominaron en la Europa desde los lugares vecinos al mar Adriático hasta el Danubio parte a la verdad bien corta de la susodicha región; añadieron después el imperio del Asia, arruinando el poder de los persas; pero en medio de estar reputados por señores de la región más vasta y rica, dejaron no obstante una gran parte de la tierra en ajena manos. Dígalo la Sicilia, la Cerdeña, el África, que ni aun por el pensamiento se les pasó jamás su conquista. Díganlo aquellas belicosísimas naciones situadas al occidente de la Europa, de quienes apenas tuvieron noticia. Mas los romanos, al contrario, sujetaron, no algunas partes del mundo, sino casi toda la redondez de la tierra, y elevaron su poder a tal altura que lo presentes envidiamos ahora y los venideros jamás podrán superarle. Todas estas cosas se manifestarán más claramente por la relación que se va a hacer, y al mismo tiempo se evidenciará cuántas y cuán grandes utilidades es capaz de acarrear a un amante de la instrucción una fiel y exacta historia.

Por lo que hace al tiempo, comenzaremos esta obra en la olimpiada ciento cuarenta: por lo perteneciente a los hechos, daremos principio entre los griegos por la guerra que Filipo, hijo de Demetrio y padre de Perseo, junto con los aqueos, declaró a los etolios, llamada guerra social; entre los asiáticos, por la que Antíoco y Ptolomeo Filopator disputaron entre sí la Cæle-Syria; en Italia y África por la que se suscitó entre romanos y cartagineses, llamada comúnmente guerra de Aníbal. Todos estos hechos son una consecuencia de los últimos de la historia de Arato el Siciliano. En los tiempos anteriores a éste, los acontecimientos del mundo casi no tenían entre sí conexión alguna. Se nota en cada uno de ellos una gran diferencia, procedida, ya de sus causas y fines, ya de los lugares donde se ejecutaron. Pero desde éste en adelante, parece que la historia como que se ha reunido en un solo cuerpo. Los intereses de Italia y África han venido a mezclarse con los de Asia y Grecia, y el conjunto de todos no mira sino a un solo fin y objeto, causa por que he dado principio a su descripción en esta época. Pues vencedores los romanos de los cartagineses en la guerra mencionada, y persuadidos de que tenían andada la mayor y más principal parte del camino para la conquista del universo, osaron desde entonces

por primera vez extender sus manos a lo restante y transportar sus ejércitos a la Grecia y países del Asia.

Si nos fuese familiar y notorio el gobierno de los estados que entre sí disputaron el sumo imperio, no nos veríamos acaso en la precisión de prevenir qué designios o fuerzas les estimularon a emprender tales y tan grandes obras. Pero supuesto que los más de los griegos ignoran la política de los romanos y de los cartagineses y no tienen noticia de su antiguo poder y acciones, tuvimos por indispensable que éste y el siguiente libro precediesen a lo demás de la historia, para que ninguno, cuando llegue a la narración de los hechos, dude ni tenga que preguntar de qué recursos o de qué fuerzas y auxilios se valieron los romanos para emprender unos proyectos que los hicieron señores de toda la tierra y mar que conocemos. Antes bien por estos dos libros y la preparación que en ellos se haga, vendrán en conocimiento los lectores de cuán justas medidas tomaron para concebir el designio y conseguir hacer universal su imperio y dominio.

Lo peculiar de mi obra y lo que causará la admiración de los presentes es, que así como la Providencia ha hecho inclinar la balanza de casi todos los acontecimientos del mundo hacia una parte y los ha forzado a tomar un mismo rumbo, así también yo en esta historia expondré a los lectores bajo un solo punto de vista el mecanismo de que ella se ha servido para la consecución de todos sus designios. Esto es principalmente lo que me ha incitado y movido a escribir esta obra, como asimismo haber notado que ninguno en mis días había emprendido una historia universal, cosa que entonces hubiera estimulado mucho menos mi deseo. Veía yo al presente historiadores que han descrito guerras particulares y han sabido recoger varios sucesos acaecidos a un mismo tiempo; pero al mismo paso echaba de ver que ninguno, a lo menos que yo sepa, se hubiese tomado la molestia de emprender una serie universal y coordinada de hechos, cuándo y en qué principios se habían originado y cómo habían llegado a su conocimiento. Por lo cual creí ser absolutamente necesario no omitir ni permitir pasase en confuso a la posteridad la mejor y más útil obra de la Providencia. Y a la verdad que estando ella creando cada día seres nuevos y ejerciendo sin

cesar su poder sobre las vidas de los hombres, jamás ha obrado cosa igual ni ostentado mayor esfuerzo que el que al presente admiramos. De esto es imposible enterarse el hombre por las historias particulares, a no ser que por haber corrido una por una las más célebres ciudades o haberlas visto pintadas con distinción, se presumen al instante haber comprendido toda la figura, situación y orden del universo, cosa a la verdad bien ridícula.

A mi modo de entender, los que están persuadidos a que por la historia particular se puede uno instruir lo bastante en la universal, son en un todo semejantes a aquellos que, viendo los miembros separados de un cuerpo poco antes vivo y hermoso, se presumen estar suficientemente enterados del espíritu y gallardía que le animaba. Pero si uno, uniendo de repente los miembros y dando de nuevo su perfecto ser al cuerpo y gracia al alma, se lo mostrase segunda vez a aquellos mismos, bien sé yo que al instante confesarían que su pretendido conocimiento distaba antes infinito de la verdad y se asemejaba mucho a los sueños. Y ciertamente, que por las partes se forme idea del todo, es fácil; pero que se alcance una ciencia y conocimiento exacto, imposible. Por lo cual debemos estar persuadidos a que la historia particular conduce muy poco a la inteligencia y crédito de la universal, de la que únicamente el reflexivo conseguirá y podrá sacar utilidad y deleite, confrontando y comparando entre sí los acontecimientos, las relaciones y diferencias.

Daremos principio a este libro por la primera expedición de los romanos fuera de Italia. Ésta se une con el fin de la historia de Timeo, y coincide en la olimpiada ciento veintinueve. Por lo cual deberemos explicar el cómo cuándo y con qué motivo, después de bien establecidos en Italia, emprendieron pasar a la Sicilia, el primero de todos los países fuera de Italia que invadieron; asimismo exponer netamente el motivo de su tránsito, no sea que inquiriendo causa sobre causa hagamos insoportable el principio y fundamento de toda nuestra historia. En este supuesto, por lo que hace a la cronología, deberemos tomar una época confesada y sabida de todos, y tal que por los hechos pueda ser distinguida por sí misma, aunque nos sea preciso recorrer brevemente

los tiempos anteriores para dar una noticia, aunque sucinta, de lo acaecido en este intervalo. Pues una vez ignorada o dudosa la época, tampoco lo restante merece asenso ni crédito; como al contrario, bien establecida y fijada, todo lo que se sigue encuentra aprobación en los oyentes.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

Someten los romanos a todos los pueblos vecinos.- Messina y Regio son sorprendidas: La primera por los campanios, y la segunda por los romanos.- Castiga Roma la traición de sus compatriotas.- Derrota de los campanios por Hierón de Siracusa.

El año diecinueve, luego del combate naval del río Ægos, y el decimosexto antes de la batalla de Leutres (387 antes de J. C.), en el que los lacedemonios firmaron la paz de Antalcida con el rey, de los persas; Dionisio el Viejo, vencidos los griegos de Italia junto al río Eleporo, sitiaba a Regio; y los galos apoderados a viva fuerza ocupaban la misma Roma, a excepción del Capitolio; cuando los romanos, ajustada la paz con los galos con los pactos y condiciones que éstos quisieron, recobrada su patria contra toda esperanza, y tomando esta dicha por basa de su elevación, declararon después la guerra a sus vecinos. Hechos señores de todo el Lacio, ya por el valor, ya por la dicha en los encuentros, llevaron sucesivamente sus armas contra los tirrenios, los celtas y los samnitas, confinantes al oriente y septentrión con los latinos.

Poco tiempo después los tarentinos, temerosos que los romanos no quisiesen satisfacer el insulto hecho a sus embajadores, llamaron a Pirro en su ayuda en el año antes que los galos invadiesen la Grecia (281 antes de J. C.), fuesen deshechos en Delfos, y pasasen al Asia. Entonces fue cuando los romanos, sojuzgados los tirrenios y samnitas, y vencedores ya en muchos encuentros de los celtas que habitaban la Italia, concibieron por primera vez el designio de invadir lo restante de este país, reputándole no como ajeno sino como propio y perteneciente en gran parte. Los combates con los samnitas y celtas los habían hecho verdaderos árbitros de las operaciones militares. Por lo cual, sosteniendo con vigor esta guerra, y arrojando al cabo a Pirro y sus tropas de la

Italia, atacaron después y sometieron a los que habían seguido el partido de este Príncipe. Con esto sojuzgados contra lo regular y sujetos a su poder todos los pueblos de Italia, excepción de los celtas, emprendieron sitiarse a los romanos, que a la sazón poseían a Regio.

Fue igual y casi en todo semejante la suerte que tuvieron estas dos ciudades, Messina y Regio, situadas ambas sobre el estrecho. Poco tiempo antes del en que vamos hablando, los campanios que estaban a sueldo de Agatocles, codiciosos de la hermosura y demás arreo de Messina, pensaron en faltar a la fe con esta ciudad, al instante que la ocasión se presentase. En efecto, introducidos con capa de amigos y apoderados de la ciudad, destierran a unos, degüellan otros, y no contentos retienen las mujeres e hijos de aquellos infelices, según que la suerte hacía caer cada uno entre sus manos; y por último reparten entre sí las restantes riquezas y heredades. Dueños de ciudad y de su ameno territorio por un camino tan pronto y de tan poca costa, no tardó su maldad en hallar imitadores.

Por el mismo tiempo en que Pirro disponía pasar Italia (280 años antes de J. C.) los de Regio, atemorizados por una parte con su venida, y temiendo por otra a los cartagineses, señores entonces del mar, imploraron la protección y auxilio de los romanos. Introducidos en la ciudad cuatro mil de éstos al mando de Decio Campano, la custodiaron fielmente por algún tiempo, y observaron sus pactos; pero al cabo, provocados del ejemplo de los mamertinos, y tomándolos por auxiliares, faltaron a la fe con los de Regio, llevados de la bella situación de la ciudad, y codiciosos de las fortunas de sus particulares. Consiguientemente, a imitación de los campanios, echan a unos, degüellan a otros, y se apoderan de la ciudad. Mucho sintieron los romanos esta perfidia; pero no pudieron por entonces manifestar su resentimiento, a causa de hallarse ocupados con las guerras de que arriba hicimos mención. Mas luego que se desembarazaron de éstas, pusieron sitio a Regio, como hemos dicho. La ciudad fue tomada (271 años antes de J. C.), y en el mismo acto de asaltarla pasan a cuchillo la mayor parte de estos traidores, que se defendían con intrepidez, previendo la suerte que les esperaba. Los restantes, que ascendían a más de trescientos, hechos

prisioneros, los envían a Roma, donde conducidos por los pretores a la plaza, son azotados y degollados todos, según su costumbre; castigo que, los romanos creyeron necesario para restablecer, cuanto estaba de su parte, la buena fe entre sus aliados. La ciudad y su territorio fue restituida al punto a los de Regio.

Los mamertinos (así se llamaban los campanios después que se apoderaron de Messina) mientras subsistió la alianza de los romanos que habían invadido a Regio, no sólo vivían en pacífica posesión de su ciudad y contornos, sino que inquietando infinito las tierras comarcanas de los cartagineses y siracusanos, hicieron tributaria una gran parte de la Sicilia. Pero luego que sitiados los de Regio les faltó este socorro, al instante los siracusanos, por varios motivos que voy a exponer, los estrecharon dentro de sus muros.

Poco tiempo antes, originadas varias disensiones entre los ciudadanos de Siracusa y sus tropas, haciendo éstas alto en los contornos de Mergana, eligieron por sus jefes a Artemidoro y Hierón, que después reinó en Siracusa, príncipe a la verdad de tierna edad entonces, pero de bella disposición para el gobierno y expediente de los negocios. Éste, tomado el bastón, entró en la ciudad con el auxilio de ciertos amigos (275 años antes de J. C.), y dueño de los espíritus revoltosos, supo conducirse con tal dulzura y magnanimidad, que los siracusanos, aunque descontentos con la licencia que los soldados se habían tomado en elecciones, todos unánimes consintieron recibirlo pretor.

Desde sus primeras deliberaciones descubrieron espíritus reflexivos que aspiraba a mayores cargos los que daba de sí la pretura.

La consideración de que los siracusanos, apenas salían las tropas y sus jefes de la ciudad, ardían en intestinas sediciones y amaban la novedad, y el ver que Leptines excedía mucho a los demás ciudadanos en autoridad y crédito, y gozaba de gran reputación entre la plebe, determinaron a Hierón a contraer con él parentesco, a fin de dejar en la ciudad un apoyo para cuando tuviese que salir a campaña con las tropas. En efecto, casóse con la hija de éste, y echando de ver que sus antiguas tropas extranjeras estaban llenas de vicios y de revoltosos, determina sacar su ejército, pretextando llevarle contra los bárbaros

que ocupaban a Messina. Acampado cerca de Centoripa, ordena su armada en batalla a lo largo del río Ciamosoro, y retiene consigo en lugar separado a la caballería e infantería siracusana, aparentando invadir a los contrarios por otra parte. Presenta al enemigo sólo los extranjeros, consiente que todos sean destrozados por los bárbaros, y durante esta carnicería vuelve sin peligro con sus ciudadanos a Siracusa. Concluido con maña el fin que se había propuesto, y desembarazado de todos los malsines y sediciosos de su armada, levantó por sí un suficiente número de tropas mercenarias, y ejerció en adelante el mando sin sobresalto (269 años antes de J. C.) Para contener a los bárbaros, fieros e insolentes con su victoria, arma y disciplina prontamente sus tropas siracusanas, sácalas, y encuentra al enemigo en las llanuras de Mila sobre las márgenes del Longano, donde hace una gran carnicería en sus contrarios; coge prisioneros a sus jefes reprime la audacia de los bárbaros, y vuelto a Siracusa, es proclamado rey por todos los aliados.

CAPÍTULO II

Los mamertinos solicitan el auxilio de los romanos.- Vence la razón de Estado los inconvenientes que había en concederle.- Su primera expedición fuera de Italia.- Derrota de los siracusanos y cartagineses.

Privados antes los mamertinos, como he dicho anteriormente (265 años antes de J. C.), de la ayuda de los de Regio, y turbadas ahora por completo sus miras particulares por las razones que acabo de exponer, unos se refugiaron en los cartagineses, y pusieron en sus manos sus personas y la ciudadela; otros enviaron legados a los romanos para hacerles entrega de la ciudad, y suplicarles socorriesen a unos hombres, que provenían de un mismo origen. Este punto dio que deliberar por mucho tiempo a los romanos. Parecíales estaba a la vista de todos la sinrazón del tal socorro. Reflexionaban que haber hecho poco antes un castigo tan ejemplar con sus propios ciudadanos, por haber violado la fe a los de Regio, y enviar ahora socorro a los mamertinos, reos de igual delito, no sólo con los messinios sino también con los de Regio, era cometer un error de difícil solución. No ignoraban la fuerza de esta inconsecuencia; pero viendo a los cartagineses, no sólo señores ya del África, sino también de muchas provincias de España, y dueños absolutos de todas las islas del mar de Cerdeña y Toscana, temían y con fundamento, que si a estas conquistas añadían ahora la Sicilia, no vienesen a ser unos vecinos demasiado poderosos y formidables, teniendo como bloqueados, y amenazando a la Italia por todas partes. Que de no socorrer a los mamertinos pondrían prontamente esta isla bajo su obediencia, no admitía duda alguna. Puesto que apoderados de Messina, que sus naturales le ofrecían, no tardarían en tomar también a Siracusa cuando ya casi todo lo restante de la Sicilia reconocía su dominio. Previendo esto los romanos, y juzgando que les era preciso no desamparar a Messina ni permitir a los cartagineses que hiciesen de esta isla como un puente para pasar a Italia, tardaban mucho tiempo en resolverse.

El Senado tampoco se atrevía a decidir, por las razones que hemos apuntado. Juzgaba que tanto en la injusticia del socorro de los mamertinos, como en las ventajas que de él podrían provenir, militaban iguales razones. Pero el pueblo, agobiado por una parte con las guerras precedentes, y deseando de cualquier modo el restablecimiento de sus atrasos; por otra haciéndole ver los pretores, a más de lo dicho, que la guerra, tanto en común como en particular, traería grandes y conocidas ventajas a cada uno, determinó enviar el socorro. Expedido el plebiscito (264 años antes de J. C.), eligen por comandante a Appio Claudio uno de los cónsules, y le envían con orden de socorrer y pasar a Messina. Entonces los mamertinos, y con amenazas, ya con engaños, echaron al Gobernador cartaginés, por quien estaba ya la ciudadela y llamando a Apio, le entregaron la ciudad. Los cartagineses, creyendo que su Gobernador había entregado la ciudadela por falta de valor y de consejo, le dan muerte en la cruz; y situando su armada naval junto al Peloro, y su ejército de tierra hacia las Senas, insisten con esfuerzo en el cerco de Messina.

Al mismo tiempo Hierón, creyendo que se le presentaba buena ocasión para desalojar enteramente de la Sicilia a los bárbaros que ocupaban a Messina, hace alianza con los cartagineses mueve su campo de Siracusa y toma el camino de la susodicha ciudad. Acampado a la parte opuesta, junto al monte Chalcidico cierra también esta salida a los sitiados. Entretanto Appio, general de los romanos, atravesando de noche el estrecho con indecible valor, entra en Messina. Pero advirtiendo que los enemigos estrechaban con actividad la ciudad por todas partes, y reflexionando que el asedio le era de poco honor y mucho peligro, por estar los enemigos señoreados del mar y de la tierra, envía primero legados a uno y otro campo, con el fin de eximir a los mamertinos del peso de la guerra. Pero no siendo escuchadas sus proposiciones, la necesidad al fin le hizo tomar el partido de aventurar el trance de una batalla y atacar primero a los siracusanos. En efecto, saca sus tropas y las ordena en batalla, a tiempo que Hierón venía determinado a combatirle. El combate duró largo tiempo; pero al cabo Appio venció

a los contrarios, los persiguió hasta sus trincheras, y despojados los muertos, retornó otra vez a la ciudad.

Hierón, pronosticando mal de lo general de sus negocios, llegada la noche, se retiró precipitadamente a Siracusa. Al día siguiente Appio, que advirtió su huida, lleno de confianza, creyó no debía de perder tiempo, sino atacar a los cartagineses. Dada la orden a las tropas de que estuviesen prevenidas, las saca al romper el día, y cayendo sobre los contrarios, mata a muchos y obliga a los demás a refugiarse rápidamente en las ciudades circunvecinas. Bien se aprovechó después de estas ventajas; hizo levantar el sitio de la ciudad; corrió y taló libremente las campiñas de los siracusanos y de sus aliados, sin atreverse ninguno a hacerle frente a campo raso; y por último, acercó sus tropas y emprendió el poner sitio a Siracusa.

Tal fue la primera expedición de los romanos con su ejército fuera de Italia, por estas razones y en estos tiempos. La cual considerando yo ser la época más conocida de toda la historia, tomé de ella principio, recorriendo a más de esto los tiempos anteriores, para no dejar género de duda sobre la demostración de las causas. Porque para dar una idea a los venideros por donde pudiesen justamente contemplar el alto grado del poder actual de los romanos, me pareció conveniente el que supiesen cómo y cuándo, perdida su propia patria, comenzaron a mejorar de fortuna; asimismo en qué tiempo y de qué manera, sojuzgada la Italia emprendieron extender sus conquistas por defuera. Y así no hay que admirar que teniendo que hablar en lo sucesivo de las repúblicas más célebres, recorramos primero los tiempos anteriores. En el supuesto de que esto lo haremos por tomar ciertas épocas de donde fácilmente se pueda conocer de qué principios, en qué tiempo y por qué medios haya llegado cada pueblo al estado en que al presente se halla, así como lo hemos ejecutado hasta aquí con los romanos.

CAPÍTULO III

Temario de los dos primeros libros, que sirven de preámbulo a esta historia.- Críticas de Polibio sobre los historiadores Filino y Fabio.

Ya es llegado el momento de que, abandonando estas digresiones, hablemos de nuestro asunto, y expliquemos breve y sumariamente lo que se ha de tratar en este preámbulo. La primera en orden será la guerra que se hicieron romanos y cartagineses en Sicilia. A ésta se seguirá la de África, con la que están unidas las acciones de Amílcar, Asdrúbal y los cartagineses en España. Durante este período pasaron por primera vez los romanos a la Iliria y estas partes de Europa, y en los anteriores acaecieron los combates de los romanos contra los celtas que habitaban la Italia. Por entonces fue en la Grecia la guerra llamada Cleoménica, con lo que daremos fin a todo este preámbulo y al segundo libro. El hacer una relación circunstanciada de estos hechos, ni a mí me parece preciso, ni conducente a mis lectores. Mi designio no ha sido formar historia de ellos; sólo sí me he propuesto recordar sumariamente en este apartado lo que pueda conducir a las acciones de que hemos de hablar. Por lo cual, apuntando por encima los acontecimientos de que antes hemos hecho mención, sólo procuraremos unir el fin de este preámbulo con el principio y objeto de nuestra historia. De este modo continuada la serie de la narración, me parece poco precisamente lo que otros historiadores han ya tratado, y con esta disposición preparo a los aficionados un camino expedito y pronto para la inteligencia de lo que adelante se dirá. Seremos un poco más minuciosos en la relación de la primera guerra entre romanos y cartagineses sobre la Sicilia. Pues a la verdad no es fácil hallar otra, ni de mayor duración, ni de aparatos más grandes, ni de expediciones más frecuentes, ni de combates más célebres, ni de vicisitudes más señaladas que las acaecidas a uno y otro pueblo en esta guerra. Por otro lado, estas dos repúblicas eran aun por aquellos tiempos sencillas en costumbres, medianas en riquezas e iguales en fuerzas; y así, quien quiera informarse a fondo de la parti-

cular constitución y poder de estos dos Estados, antes podrá formar juicio por esta guerra que por las que después se sucedieron.

Otro estímulo no menos poderoso que el antecedente para extenderme sobre esta guerra, ha sido ver que Filino y Fabio, tenidos por los más instruidos escritores en el asunto, no nos han referido la verdad con la fidelidad que convenía. Yo no presumo se hayan puesto a mentir de propósito, si considero la vida y doctrina que profesaron. Pero me parece les ha acaecido lo mismo que a los que aman. A Filino le parece por inclinación y demasiada benevolencia que los Cartagineses obraron siempre con prudencia, rectitud y valor, y que los romanos fueron de una conducta opuesta; a Fabio todo lo contrario. En lo demás de su vida es excusable semejante conducta. Pues es natural a un hombre de bien ser amante de sus amigos y de su patria, lo mismo que aborrecer con sus amigos a los que éstos aborrecen y amar a los que aman. Pero cuando uno se reviste del carácter de historiador, debe despojarse de todas estas pasiones, y a veces alabar y elogiar con el mayor encomio a los enemigos, si sus acciones lo requieren; otras reprender y vituperar sin comedimiento a los más amigos, cuando los defectos de su profesión lo están pidiendo. Así como a los animales, si se les saca los ojos, quedan totalmente inútiles, del mismo modo a la historia, si se le quita la verdad, sólo viene a quedar una narración sin valor. Por lo cual el historiador no debe detenerse ni en reprender a los amigos, ni en alabar a los enemigos. Ni temer el censurar a veces a unos mismos y ensalzarles otras, puesto que los que manejan negocios, ni es fácil que siempre acierten, ni verosímil que de continuo yerren. Y así, separándose de aquellos que han tratado las cosas adaptándose a las circunstancias, el historiador únicamente debe referir en su historia los dichos y hechos como acontecieron. Que es verdad lo que acabo de decir, se verá por los ejemplos que se siguen.

Filino, comenzando a un tiempo la narración de los hechos y el segundo libro dice que los cartagineses y siracusanos pusieron sitio a Messina; que pasando los romanos por mar a la ciudad, hicieron al instante una salida contra los siracusanos; que habiendo recibido un descalabro considerable, se tornaron a Messina, y que volviendo a salir

una segunda vez contra los cartagineses, no sólo fueron rechazados, sino que perdieron gran número de sus tropas. Al paso que refiere esto, cuenta que Hierón, después de concluida la refriega, perdió la cabeza de tal modo, que no sólo, puesto prontamente fuego a sus trincheras y tiendas, huyó de noche a Siracusa, sino que abandonó todas las fortalezas situadas en la provincia de los messinos. Tal como los cartagineses, desamparando al punto sus atrincheramientos después del combate, se diseminaron por las ciudades próximas, sin atreverse a hacer frente a campo raso; motivo porque los jefes, advertido el miedo que se había adueñado de sus tropas, determinaron no aventurar la suerte al trance de una batalla. Pero que los romanos que los perseguían, no sólo arrasaron la provincia, sino que acercándose a la misma Siracusa, emprendieron el ponerla sitio. Todo esto, a mi ver, está tan lleno de inconsecuencias, que absolutamente no necesita de examen. A los que supone sitiadores de Messina y vencedores en los combates, a estos mismos no los representa que huyen, que abandonan la campaña, y al fin cercados y apoderados del miedo sus corazones; a los que, por el contrario, pinta vencidos y sitiados, nos los hace ver después perseguidores señores del país, y por último sitiadores de Siracusa. Concordar entre sí estas especies, es imposible. Pues ¿qué medio, sino decir precisamente o que los primeros supuestos son falsos, o los asertos que después se siguen? Estos son los verdaderos. Pues lo cierto es que los cartagineses y siracusanos abandonaron la campaña, y que los romanos en el acto pusieron sitio a Siracusa, y aun (como él mismo asegura) a Echetla, ciudad situada en los límites de los siracusanos y cartagineses. Resta por precisión que confesemos que son falsas sus primeras hipótesis, y que este escritor nos representó a los romanos vencidos, cuando fueron ellos los que desde el principio tuvieron la superioridad en los combates de Messina. Cualquiera notará este defecto en Filino por toda su obra, e igual juicio hará de Fabio, como se demostrará en su lugar. Pero yo, habiendo expuesto lo conveniente sobre esta digresión, procuraré, tornando a mi historia, guardar siempre consecuencia en lo que diga, y dar a los lectores en breves razones una justa idea de la guerra de que arriba hicimos mención.

CAPÍTULO IV

Alianza de Hierón con los romanos.- Sitio de Agrigento.- Salida de la plaza, rechazada por los romanos.

Una vez hubo llegado de Sicilia a Roma la nueva de los sucesos de Appio y de sus tropas (263 años antes de J. C.); y creados cónsules M. Octalicio y M. Valerio, se enviaron todas las legiones con sus jefes, unas y otros para pasar a Sicilia. Ascende el total de tropas entre los romanos, sin contar las de los aliados, a cuatro legiones que se escogen todos los años. Cada una de las legiones se compone de cuatro mil infantes y trescientos caballos. A la llegada de éstas, muchas ciudades de los cartagineses y siracusanos, dejando su partido, se agregaron a los romanos. La consideración del abatimiento y espanto de los sicilianos, junto con la multitud y fuerza de las legiones romanas, persuadieron a Hierón que se podía abrigar esperanzas más lisonjeras de los romanos que no de los cartagineses. Y así, estimulado de la razón a seguir este partido, despachó embajadores a los Cónsules para tratar de paz y alianza. Los romanos oyeron con gusto la propuesta, especialmente por los convoyes; pues señores entonces cartagineses del imperio del mar, temían no les cerrasen por todas partes el transporte de los víveres principalmente cuando en el pasaje de las primeras legiones se había experimentado una gran escasez de comestibles. Por lo cual, atento a que Hierón en esta parte les serviría de mucho provecho, aceptaron con gusto su amistad. Concertados los pactos de que el Rey restituiría a los romanos los cautivos sin rescate y a más pagaría cien talentos de plata, de allí en adelante vivieron éstos como amigos y aliados de los siracusanos; y el rey Hierón, desde aquel tiempo, acogido a la sombra del poder romano, y auxiliándole siempre según las circunstancias lo exigían, reinó tranquilamente en Sicilia, sin más ambición que la de ser coronado y aplaudido entre sus vasallos. En efecto, fue príncipe el más recomendable de todos, y el que por más tiempo gozó el fruto de su prudencia en los asuntos públicos y privados.

Llevado a Roma este tratado y aprobadas y ratificadas por el pueblo con Hierón sus condiciones, determinaron los romanos no enviar en adelante todas las tropas a Sicilia, sino únicamente dos legiones; persuadidos de que con la alianza de este rey se habían descargado en parte del peso de la guerra, y que su modo de entender abundarían de esta manera sus tropas más fácilmente de todo lo necesario. Los cartagineses, noticiosos de que Hierón se había declarado su enemigo, y que los romanos se empeñaban con mayor esfuerzo sobre la Sicilia, concibieron necesitaban mayores acopios con que poder contrarrestar sus enemigos y conservar lo que poseían en esta isla. Por lo que, movilizando tropas a su sueldo en las regiones ultramarinas, muchas de ellas ligures y celtas, y muchas más aún españolas, todas las enviaron a Sicilia. Además de esto, viendo que Agrigento era por naturaleza la ciudad más acomodada y fuerte de su mando para los acopios, recogieron en ella las provisiones y tropas, resueltos a servirse de esta ciudad como plaza de armas para la guerra.

Los Cónsules romanos que habían concluido el tratado con Hierón tuvieron que volverse a Roma (262 años antes de J. C.), y L. Postumio y Q. Mamilio, nombrados en su lugar, vinieron a Sicilia con las legiones. Éstos, conocida la intención de los cartagineses, y el objeto de los preparativos que se hacían en Agrigento, determinaron insistir en la acción con mayor empeño. Por lo cual, abandonando otras expediciones, marchan con todo su ejército a atacar la misma Agrigento, y puestos sus reales a ocho estadios de ella, encierran a los cartagineses dentro de sus muros. Por estar entonces en sazón la recolección de mieses y dar a entender el sitio que duraría algún tiempo, se desmandaron los soldados a coger frutos con más confianza de la que convenía. Los cartagineses, que vieron a sus enemigos dispersos por la campiña, realizan una salida, dan sobre los forrajeadores, y desbaratándolos fácilmente, acometen unos a saquear los reales, y otros a degollar los cuerpos de guardia. Pero la exacta y particular disciplina que observan los romanos, así en esta como en otras muchas ocasiones, salvó sus negocios. Se castiga con la muerte entre ellos al que desampara el lugar o abandona absolutamente el cuerpo de guardia. Por eso entonces, aun

en medio de ser superiores en número a los contrarios, sosteniendo el choque con valor, muchos de ellos mismos perecieron, pero muchos más aun de los enemigos quedaron sobre el campo. Finalmente, cercados los cartagineses cuando estaban ya para saquear el real, parte de ellos perecieron, parte hostigados y heridos fueron perseguidos hasta la ciudad.

Esto fue causa de que los cartagineses procediesen en adelante con mayor cautela en las salidas, y los romanos usasen de mayor circunspección en los forrajés. En efecto, cuando ya aquellos no se presentaban sino para ligeras escaramuzas, los Cónsules romanos dividieron el ejército en secciones, situaron el uno alrededor del templo de Esculapio que estaba al frente de la ciudad, y acamparon el otro en aquella parte que mira hacia Heraclea. El espacio que mediaba entre los dos campos, lo fortificaron por ambos lados. Por la parte de adentro tiraron una línea de contravalación, para defenderse contra las salidas de la plaza, y por la parte de afuera echaron otra de circunvalación, para estar a cubierto de las irrupciones de la campaña y evitar se metiese e introdujese lo que se acostumbra en las ciudades cercadas. Los espacios que mediaban entre los fosos y los ejércitos estaban guarnecidos con piquetes, y fortificados los lugares ventajosos de trecho en trecho. Los aliados todos les acopiaban pertrechos y demás municiones que traían a Erbeso, y ello llevando y acarreado continuamente víveres de esta ciudad poco distante del campo, se proveían muy abundantemente de todo lo necesario.

En este estado permanecieron las cosas casi cinco meses, sin poder alcanzar una parte de otra ventaja alguna decisiva, mas que las que sucedían en las escaramuzas. Pero al cabo, hostigados los cartagineses por el hambre debido a la mucha gente que encerraba la ciudad (no eran menos de cincuenta mil almas), Aníbal, que mandaba las tropas sitiadas, no sabiendo qué hacerse en tales circunstancias, despachaba sin cesar correos a Cartago, para informarles del estado actual o implorar su socorro. En Cartago se embarcaron las tropas y elefantes que se pudieron juntar y las enviaron a Sicilia a Hannón, otro de sus comandantes. Éste recogiendo los víveres y tropas en Heraclea, se apodera

con astucia de la ciudad de Erbeso, y corta los víveres y demás provisiones necesarias a los ejércitos contrarios. De aquí provino que los romanos, a un tiempo sitiadores y sitiados, se hallaron en tal penuria y escasez de lo necesario, que muchas veces consultaron levantar el sitio; lo que hubieran ejecutado por último si Hierón con gran diligencia y cuidado no les hubiera provisto de aquello más preciso e indispensable.

CAPÍTULO V

Toma de Agrigento por los romanos.- Retirada de Aníbal.- Primer pensamiento de hacerse marinos los romanos.- Preparación para esta empresa.

Observando Hannón a los romanos debilitados por la peste y el hambre (262 años antes de J. C.), por ser insano el aire que respiraban; y al contrario, considerando que sus tropas se hallaban en estado de combatir, dispone cincuenta elefantes que tenía con lo restante del ejército, y lo saca con rapidez fuera de Heraclea, intimando a la caballería nómida batiese la campaña, se acercase al foso de los contrarios, incitase su caballería, procurase atraerla al combate, y hecho esto, simulase retroceder hasta incorporársele. Puesta en práctica esta orden por los nómidas, y aproximándose a uno de los campos, al punto la caballería romana se echó fuera y dio con arrojo sobre ellos. Éstos se replegaron según la orden hasta que se juntaron con los de Hannón, donde ejecutado un cuarto de conversión se dejan caer sobre los enemigos, los cercan exterminan muchos de ellos, y persiguen los restantes hasta el campo. Terminada esta acción, Hannón se acampó en un sitio que dominaba a los romanos, protegiéndose de una colina llamada Toro, distante como diez estadios de los contrarios. Dos meses duraron las cosas en este estado, sin producirse acción alguna decisiva más que los ligeros ataques diarios. Bien que Aníbal, con fanales y mensajeros que incesantemente enviaba a Hannón desde la ciudad, le daba a entender que la muchedumbre no podía sufrir el hambre, y bastantes por la escasez desertaban al campo contrario. Entonces el Comandante cartaginés resolvió aventurar la batalla. El romano no se inclinaba menos a esto, por las razones arriba citadas. Por lo cual, sacando ambos sus ejércitos al lugar que mediaba entre los dos campos, se llegó a las manos. Largo tiempo duró la batalla; pero al fin los romanos hicieron volver grupos a los mercenarios cartagineses que peleaban en la vanguardia, y cayendo éstos sobre los elefantes y las otras líneas que

estaban detrás, fueron motivo de que todo el ejército cartaginés se llenase de confusión y espanto. La huida fue general, la mayoría quedaron sobre el campo, algunos se salvaron en Heraclea, y la casi totalidad de elefantes, con todo el bagaje, quedó en poder de los romanos.

Llegada la noche, la lógica alegría de una acción tan memorable y el cansancio de la tropa hizo relajar la disciplina en los centinelas. Aníbal, que no hallaba remedio en sus negocios, consideró que esta negligencia le presentaba una oportuna ocasión para salvarse. Sale a media noche de la ciudad con sus tropas mercenarias, ciega los fosos con cestos llenos de paja, y saca su ejército indemne sin que lo perciban los contrarios. Los romanos, que advirtieron lo sucedido con la luz del día, atacan por el pronto, aunque ligeramente, la retaguardia de los de Aníbal; pero poco después se lanzan sobre las puertas de la ciudad, y no hallando obstáculo la saquean con furor, y se hacen dueños de multitud de esclavos y de un rico y variado botín.

Llevada la noticia al Senado romano de la toma de Agrigento, alegróse aquel infinito y concibió grandes esperanzas. Ya no se sosegaba con sus primeras ideas, ni le bastaba haber salvado a los mamertinos y haberse enriquecido con los despojos de esta guerra. Se prometía nada menos de que sería empresa fácil arrojar enteramente a los cartagineses de la isla y que ejecutando esto adquirirían un gran ascendiente sus negocios; a esto se reducían sus conversaciones y éste era el objeto de sus pensamientos. Y a la verdad, veían que por lo concerniente a las tropas de tierra iban las cosas a medida de sus deseos. Pues les parecía que L. Valerio y T. Octacilio, cónsules nombrados en lugar de los que habían sitiado a Agrigento (261 años antes de J. C.), administraban satisfactoriamente los negocios de Sicilia. Pero poseyendo los cartagineses el imperio del mar sin disputa, estaba en la balanza el éxito de la guerra. Pues aunque en dos tiempos próximos después de tomada Agrigento, muchas ciudades mediterráneas habían aumentado el partido de los romanos por temor a sus ejércitos de tierra, muchas más aún marítimas lo habían abandonado temiendo la escuadra cartaginesa. Por lo cual persuadiéndose más y más que la balanza de la guerra era dudosa a una y otra parte por lo arriba expuesto, y sobre todo, que la Italia

era talada muchas veces por la escuadra enemiga, mientras que el África al cabo no experimentaba extorsión alguna, decidieron echarse al mar al igual de los cartagineses.

No fue éste el menor motivo que me impulsó a hacer una relación más circunstanciada de la guerra de Sicilia, para que así no se ignorase su principio, de qué modo, en qué tiempo y por qué causas se hicieron marinos por primera vez los romanos. La consideración de que la guerra se iba dilatando, les suscitó por primera vez el pensamiento de construir cien galeras de cinco órdenes de remos y veinte de a tres. Pero les servía de grande embarazo el ser sus constructores absolutamente imperitos en la fabricación de estos buques de cinco órdenes, por no haberlos usado nadie hasta entonces en la Italia. Por aquí se puede colegir con particularidad el magnánimo y audaz espíritu de los romanos. Sin tener los materiales, no digo proporcionados, pero ni aun los imprescindibles, sin haber jamás formado idea del mar, les viene entonces ésta por primera vez al pensamiento, y la emprenden con tanta intrepidez, que antes de adquirir experiencia del proyecto se proponen rápidamente dar una batalla naval a los cartagineses, que de tiempo inmemorial tenían el imperio incontestable del mar. Sirva de prueba para la verdad de lo que acabo de referir y su increíble audacia, que cuando intentaron la primera vez transportar sus ejércitos a Messina no sólo no tenían embarcaciones con cubierta, sino que ni aun en absoluto navíos de transporte, ni siquiera una falúa. Antes bien, tomando en arriendo buques de cincuenta remos y galeras de tres órdenes de los tarentinos, locres eleatos y napolitanos pasaron en ellas con arrojo sus soldados. Durante este transporte de tropas los cartagineses les atacaron cerca del estrecho, y uno de sus navíos con puente, deseoso de batirse se acercó tanto, que encallado sobre la costa, quedó en poder de los romanos, de cuyo modelo se sirvieron para construir a su parecido toda la armada. De manera que de no haber acaecido este accidente, sin duda su impericia les hubiera imposibilitado llevar a cabo la empresa.

Mientras que unos, a cuyo cargo estaba la construcción, se ocupaban en la fabricación de los navíos, otros, completando el número de marineros, los enseñaban a remar en tierra de esta manera: sentábanlos

sobre los remos en la ribera, haciéndoles llevar el mismo orden que sobre los bancos de los navíos. En medio de ellos estaba un comandante, que los acostumbraba a elevar a un tiempo el remo inclinándolo hacia sí las manos, y a bajarlo impeliéndolas hacia afuera, para comenzar y terminar los movimientos a la voluntad del que mandaba. Preparadas así las cosas y acabados los navíos, los echan al mar, y, poco expertos ciertamente en la marina, costean la Italia a las órdenes del Cónsul.

CAPÍTULO VI

Sorpresa de Lipari por Cornelio, malograda.- Imprudencia de Aníbal.- Instrumento de Duilio para atacar.- Batalla naval en Mila y victoria por los romanos.- Muerte de Amílcar, y toma de algunas ciudades.

Cn. Cornelio, que dirigía las fuerzas navales de los romanos (260 años antes de J. C.), notificada la orden pocos días antes a los capitanes de navío para que después de dispuesta la escuadra hiciesen vela hacia el estrecho, sale al mar con diecisiete navíos y toma la delantera hacia Messina, con el cuidado de tener pronto lo necesario para la armada. Durante su estancia en este puerto presentósele la ocasión de sorprender la ciudad de los liparos, y abrazando el partido sin la reflexión conveniente, marcha con los mencionados navíos y fondea en la ciudad. Aníbal, capitán de los cartagineses que a la sazón estaba en Palermo enterado de lo sucedido destaca allá con veinte navíos al senador Boodes, quien, navegando de noche, bloquea en el puerto a los del Cónsul. Llegado el día, los marineros echaron a huir a tierra, y Cneio, sorprendido y sin saber qué hacerse, se rindió por último a los contrarios. Los cartagineses con esto, adueñados de las naves y del comandante enemigo, marcharon de inmediato a donde estaba Aníbal. Pocos días después, en medio de haber sido tan ruidosa y estar aun tan reciente la desgracia de Cneio, le faltó poco al mismo Aníbal para no incurrir a las claras en el mismo error. Porque oyendo decir que estaba próxima la escuadra romana que costea la Italia, deseoso de informarse por sí mismo de su número y total ordenación, sale del puerto con cincuenta navíos, y doblando el promontorio de Italia, cae en manos de los enemigos que navegaban en orden y disposición de batalla, pierde la mayor parte de sus buques, y fue un verdadero milagro que él se salvase con los que le quedaban. Los romanos después, acercándose a las costas de Sicilia y enterados de la desgracia ocurrida a Cneio, dan aviso al instante a C. Duilio, que mandaba las tropas de tierra, y espe-

ran su llegada. Al mismo tiempo, oyendo que no estaba distante la escuadra enemiga, se aprestan para el combate.

Sin duda al ver sus navíos de una construcción tosca y de lentos movimientos, les sugirió alguno el invento para la batalla, que después se llamó *cuervo*; cuyo sistema era de esta manera: se ponía sobre la proa del navío una viga redonda, cuatro varas de larga y tres palmos de diámetro de ancha; en el extremo superior tenía una polea, y alrededor estaba clavada una escalera de tablas atravesadas, cuatro pies de ancha y seis varas de larga. El agujero del entablado era oblongo y rodeaba la viga desde las dos primeras varas de la escalera. A lo largo de los dos costados tenía una baranda que llegaba hasta las rodillas, y en su extremo una especie de pilón de hierro que remataba en punta, de donde pendía una argolla; de suerte que toda ella se asemejaba a las máquinas con que se muele la harina. De esta argolla pendía una maroma, con la cual, levantando los *cuervos* por medio de la polea que estaba en la viga, los dejaban caer en los embestimientos de los navíos sobre la cubierta de la nave contraria, unas veces sobre la proa, otras haciendo un círculo sobre los costados, según los diferentes encuentros. Cuando los *cuervos*, clavados en las tablas de las cubiertas, cogían algún navío, si los costados se llegaban a unir uno con otro, le abordaban por todas partes; pero si lo aferraban por la proa, saltaban en él de dos en dos por la misma máquina. Los primeros de éstos se defendían con sus escudos de los golpes que venían directos, y los segundos, poniendo sus rodelas sobre la baranda, prevenían los costados de los oblicuos. De este modo dispuestos, no esperaban más que la ocasión de combatir.

Al punto que supo C. Duilio el descalabro del jefe de la escuadra, entregando el mando de las tropas de tierra a los tribunos, dirigióse a la armada, e informado de que los enemigos talaban los campos de Mila, salió del puerto con toda ella. Los cartagineses, a su vista, ponen a la vela con gozo y diligencia ciento treinta navíos, y despreciando la impericia de los romanos no se dignan poner en orden de batalla, antes bien, como que iban a un despojo seguro, navegan todos vuelta las proas a sus contrarios. Mandábalos Aníbal, el mismo que había sacado de noche sus tropas de Agrigento. Mandaba una galera de siete órdenes

de remos, que había sido del rey Pirro. Al principio los cartagineses se sorprendieron de ver, al tiempo que se iban acercando los *cuervos* levantados sobre las proas de cada navío, extrañando la estructura de semejantes máquinas. Sin embargo, llenos de un sumo desprecio por sus contrarios, acometieron con valor a los que iban en la vanguardia. Pero al ver que todos los buques que se acercaban quedaban atenazados por las máquinas, que estas mismas servían de conducto para pasar las tropas y que se llegaba a las manos sobre los puentes, parte de los cartagineses fueron muertos, parte asombrados con lo sucedido se rindieron. Fue esta acción semejante a un combate de tierra. Perdieron los treinta navíos que primero entraron en combate, con sus tripulaciones. Entre ellos fue también tomado el que mandaba Aníbal; pero él escapó con arrojo en un bote como por milagro. El resto de la armada vigilaba con el fin de atacar al enemigo, pero advirtiéndoles la proximidad el estrago de su primera línea, se apartó y estudió los choques de las máquinas. No obstante fiados en la agilidad de sus buques, contaban poder acometer sin peligro al enemigo, rodeándole unos por los costados y otros por la popa. Mas viendo que por todas partes se les oponían y amenazaban estas máquinas y que inevitablemente habían de ser asidos los que se acercasen, atónitos con la novedad de lo ocurrido, toman al fin la huida, después de perder en la acción cincuenta naves.

Los romanos, lograda una victoria tan inverosímil en el mar, concibieron doblado valor y espíritu para proseguir la guerra. Desembarcaron en la Sicilia, hicieron levantar el sitio de Egesta, que estaba en el último extremo, y partiendo de allí, tomaron a viva fuerza la ciudad de Macella. Después de la batalla naval, Amílcar, capitán de los cartagineses, que mandaba las tropas de tierra y a la sazón se encontraba en Palermo, informado de que se había originado cierta disensión en el campo enemigo entre los romanos y sus aliados sobre la primacía en los combates, y seguro de que éstos acampaban por sí solos entre Paropo y los Termas Himerenses, cae sobre ellos inesperadamente con todo el ejército cuando estaban levantando el campo, y mata cerca de cuatro mil. Realizada esta acción, marchó a Cartago con los navíos que le habían quedado salvos, y de allí a poco pasó a Cerdeña, tomando otros

navíos mandados por algunos de los trierarcas de mayor fama. Poco tiempo después, sitiado por los romanos en cierto punto de Cerdeña (isla que desde que los romanos pusieron el pie en el mar se propusieron conquistarla), perdidas allí muchas de sus naves, le apresaron los cartagineses que se habían salvado, y al punto le crucificaron.

En el año siguiente (259 antes de J. C.) no hicieron cosa memorable los ejércitos romanos que estaban en Sicilia. Pero llegados que fueron los sucesores cónsules A. Atilio y C. Sulpicio, marcharon contra Palermo, por estar allí las tropas cartaginesas en cuarteles de invierno. En efecto, acercándose los Cónsules a la ciudad, pusieron todo su ejército en batalla (258 años antes de J. C.); pero no presentándose los enemigos, marchan de allí contra Ippana, y al punto la toman por asalto. Tomaron también a Mitistrato, cuya natural fortaleza había hecho resistir el asedio mucho tiempo. La ciudad de los camarineos, que poco antes había abandonado su partido, fue igualmente ocupada, después de avanzadas las obras y derribados sus muros. Enna y otros muchos lugares de menor importancia de los cartagineses sufrieron la misma suerte. Terminada esta campaña, emprendieron sitiar la ciudad de los liparos.

CAPÍTULO VII

Recíproco descalabro de romanos y cartagineses.- Orden y disposición de sus armadas.- Batalla de Ecnomo.- Victoria obtenida por los romanos.

El año siguiente (257 antes de J. C.), C. Atilio, cónsul romano, habiendo arribado a Tindarida, y observando que la escuadra cartaginesa navegaba sin orden, previene a sus dotaciones que le sigan, y él parte con anticipación acompañado de diez navíos. Los cartagineses, que vieron a los enemigos, unos embarcar en sus buques, otros estar ya fuera del puerto, y entre aquellos y éstos mediar una gran distancia, se vuelven, les hacen frente, y cercándoles echan a pique todos los otros, menos el del Cónsul, que por poco no fue apresado con toda la gente; pero la buena marinería con que estaba tripulado y la agilidad de movimientos, le salvaron afortunadamente del peligro. Los restantes navíos romanos, que venían poco a poco, se reúnen, colocándose de frente, acometen a los enemigos, se apoderan de diez buques con sus tripulaciones, hunde a ocho, y el resto se retira a las islas de Lipari. Como de esta acción unos y otros juzgasen que habían salido con iguales pérdidas, todo su empeño fue aumentar las fuerzas navales y disputarse el dominio del mar. Durante este tiempo, los ejércitos de tierra no hicieron cosa alguna digna de mención, únicamente se ocuparon en expediciones leves y de corta duración. Pero las armadas navales, aprestadas como queda dicho, se hicieron a la vela en la primavera siguiente. Los romanos arribaron a Messina con trescientos treinta navíos largos y con puente, de donde salieron, y dejando la Sicilia a la derecha, doblado el cabo Pachino, pasaron frente a Ecnomo, por estar acampado en aquellas cercanías el ejército de tierra. Los cartagineses salieron al mar con trescientos cincuenta navíos con puente, tocaron primero en Lilibea, y de allí anclaron en Heraclea de Minos.

La finalidad de los romanos era marchar al África situando allí el teatro de la guerra, para que de este modo los cartagineses no cuidasen

defender la Sicilia sino su propia patria y personas. Los cartagineses pensaban al contrario: consideraban que el África era de fácil arribo; que una vez en ella los romanos, toda la gente de los campos se les rendiría sin resistencia: y así, lejos de consentirlo, procuraban aventurar el trance de una batalla naval. Dispuestos de este modo, unos a hacer una irrupción y otros a rechazarla, bien se dejaba conocer de la obstinación de uno y otro pueblo, que amenazaba un próximo combate. Los romanos hacían los preparativos para ambos casos, bien se hubiese de pelear por mar, bien se hubiese de hacer un desembarco por tierra. Por lo cual, escogido de sus ejércitos la flor de las tropas, dividieron toda la armada que habían de llevar en cuatro partes. Cada una de ellas tuvo dos denominaciones. La primera se llamó la *primera legión* y la *primera escuadra*, y así de las demás. La cuarta no tuvo nombre; se la llamó *Triarios*, como se la acostumbraba llamar en los ejércitos de tierra. El total de esta armada era de ciento cuarenta mil hombres; de suerte que cada navío llevaba trescientos remeros, y ciento veinte soldados de armas. Los cartagineses, por su parte, se preparaban con sumo estudio y cuidado para un combate naval. El total de su ejército, según el número de buques, ascendía a más de ciento cincuenta mil hombres. A la vista de esto, ¿quién, al considerar tan prodigiosa multitud de hombres y navíos, podrá, no digo mirar, pero ni aun oír sin asombro la importancia del peligro, y la grandeza y poder de las dos repúblicas?

Los romanos, reflexionando que a ellos les convenía bogar en alta mar, y que los enemigos les superaban en la ligereza de sus buques, procuraron formar un orden de batalla resguardado por todas partes y difícil de desbaratar por los contrarios. Para esto, los dos navíos de seis órdenes, que mandaban los cónsules M. Atilio Régulo y L. Manlio (256 años antes de J. C.), fueron puestos paralelamente los primeros al frente. Detrás de cada uno de ellos dispusieron uno por uno los navíos en orden sucesivo. Al uno seguía la primera escuadra y al otro la segunda; pero siempre haciendo mayor el intervalo, a medida que cada buque de cada división se iba situando; de manera que sucediéndose los unos a los otros, todos miraban con las proas hacia fuera. Ordena-

das de este modo la primera y segunda escuadra en forma de ángulo, pusieron detrás la tercera de frente en línea recta, con cuya situación todo el orden de batalla figuraba un triángulo perfecto. A éstas seguían las embarcaciones de carga, arrastradas a remolque por los navíos de la tercera escuadra. A espaldas de ésta colocaron la cuarta, llamada de los Triarios, de tal forma prolongada sobre una línea recta, que superase uno y otro costado de los que tenía delante. Dispuestas de este modo todas las divisiones, el total de la formación representaba un triángulo cuya parte superior estaba hueca y la base sólida; pero el todo, fuerte, propio para la acción, y difícil de romper.

Durante este tiempo, los jefes cartagineses, arengando brevemente a sus tropas, y haciéndolas ver que ganada la batalla naval únicamente tendrían que defender la Sicilia, pero que si eran derrotados aventuraban su propia patria y familias, dan la orden de embarcar. Los soldados ejecutaron rápidamente el mandato, por pronosticar del éxito según lo que acababan de oír, y con gran ánimo y resolución se hicieron a la mar. Pero advirtiendo sus jefes la formación de los contrarios, y adaptándose a ella, situaron las tres divisiones de su armada sobre una línea, prolongando el ala derecha hacia el mar en situación de rodear a los enemigos, vueltas contra ellos las proas de todo sus navíos. La cuarta división, de que se componía el ala izquierda de toda su formación, estaba ordenada en forma de tenaza, dirigida hacia la tierra. El ala derecha, compuesta de los navíos y quinquereemes más propios por su ligereza para desconcertar las alas de los contrarios, la mandaba Hannon, aquel que había sido derrotado en el sitio de Agrigento. La izquierda estaba a las órdenes de Amílcar, aquel que se batió en el mar junto a Tindarida, y el que en esta ocasión, haciendo que cargase el peso de la batalla en el centro de la formación, usó de esta estratagema durante el combate.

Apenas observaron los romanos que los cartagineses se desplegaban sobre una simple línea, atacaron el centro, y por aquí se dio principio a la acción. Amílcar, entonces, para romper la formación de los romanos, mandó al instante a su centro echase a huir. En efecto, retiróse éste con rapidez, y los romanos iban con valor en su persecución.

La primera y segunda escuadra acosaba a los que huían; mientras que la tercera, que remolcaba las embarcaciones de carga, y la cuarta, donde estaban los triarios destinados a su defensa, quedaban desunidas. Cuando consideraron los cartagineses que la primera y segunda estaban a una gran distancia de las otras, entonces puesta una señal sobre el navío de Amílcar, rápidamente se vuelve toda la armada y ataca a los que la perseguían. Grande fue la refriega que originó de una y otra parte. Los cartagineses llevaban mucha ventaja en la veloz maniobra de sus buques y en la facilidad de acercarse y retirarse con ligereza; pero el valor de los romanos en los ataques, al aferrar los *cuervos* a los que una vez se acercaban, la presencia de los dos Cónsules que combatían a su frente, y a cuya vista se superaba el soldado, no les inspiraba menos confianza que a los cartagineses. Tal era la situación del combate por esta parte.

Durante este tiempo, Hannón, a cuyo mando estaba el ala derecha que desde el principio de la acción había permanecido separada, tomando altura dio sobre los navíos de los triarios y los puso en grande aprieto y apuro. Los cartagineses que se encontraban situados cerca de tierra se ordenan de frente en vez de la formación que antes tenían, y vueltas las proas, acometen a los que remolcaban los barcos de carga. Estos, abandonadas las cuerdas, vienen a las manos y se baten con sus contrarios. De suerte que el total de la acción estaba dividida en tres partes, y otros tantos eran los combates navales, mediando mucha distancia entre unos y otros; y como las divisiones de una y otra armada eran iguales, según la separación que habían hecho al principio, ocurría que lo era también el peligro; pues en cada una de ellas se realizaba justamente lo que de ordinario sucede, cuando es en un todo igual el poder de los combatientes. Pero al fin vencieron los primeros, porque obligados los de Amílcar echaron a huir, y Manlio unió a los suyos los navíos que había capturado. Régulo, luego que se percató del peligro en que se hallaban los triarios y las embarcaciones de carga, marcha prontamente en su socorro con los navíos de la segunda escuadra que le habían quedado indemnes. Con su venida y ataque que hace a los de Hannón, los triarios, que estaban ya para ceder malamente, se

rehacen y vuelven a adquirir espíritu para la carga. Los cartagineses entonces hostigados, ya por los que les atacaban de frente, ya por los que les acometían por la espalda, y rodeados por el nuevo socorro cuando menos lo pensaban, cedieron y lanzáronse a huir a alta mar.

Durante este tiempo, vuelto ya Manlio de su primer combate, advierte que el ala izquierda de los cartagineses tenía acorralada la tercera escuadra sobre la costa: llega también Régulo a la sazón, después de haber dejado a salvo el convoy y los triarios, y emprenden uno y otro el socorrer a los que peligraban. Estaban ya éstos prácticamente sitiados, y sin duda hubieran perecido. Pero el temor de los cartagineses a los *cuervos* se contentaba con tenerlos bloqueados y cercados contra la costa, y el miedo de ser aferrados no les dejaba acercar para atacarlos. Llegados que fueron los Cónsules, cercan rápidamente a los cartagineses, se apoderan de cincuenta navíos con sus equipajes, y sólo unos pocos se escapan virando hacia tierra. Ésta es la relación de la batalla, contada por partes. La ventaja de toda ella quedó por los romanos. De éstos fueron hundidos veinticuatro navíos; de los cartagineses, más de treinta; de los romanos, ningún navío con tripulación fue a poder de los contrarios; de los cartagineses, sesenta y cuatro.

CAPÍTULO VIII

Los romanos en África.- Toma de Aspis.- Atilio Régulo queda solo en África.- Batalla de Adis y victoria por los romanos.- Cartago rechaza las proposiciones de paz formuladas por Atilio.

Después de esta victoria, los romanos acumularon mayores provisiones, repararon los navíos que habían apresado, y cuidando de la marinería con el esmero competente a lo bien que se había portado, se hicieron a la vela, encaminando su rumbo al África. Su primera división abordó al promontorio de Hermea, el cual, enclavado frente del golfo de Cartago, se introduce en el mar mirando a la Sicilia. Aquí esperaron a los navíos que venían detrás, y congregada toda la armada, costean el África hasta arribar a la ciudad llamada Aspis. Efectuado aquí el desembarco, sacaron sus buques a tierra, y rodeados de un foso y trinchera, se preparan a sitiar la ciudad por no haberla querido entregar voluntariamente sus moradores.

Regresados a su patria los cartagineses que habían salido salvos del combate naval, y persuadidos de que la victoria ganada ensoberbecería a los contrarios y los dirigiría con presteza a la misma Cartago, habían defendido con tropas de tierra y fuerzas navales los puestos avanzados de la ciudad. Pero desengañados de que los romanos en efecto habían hecho su desembarco y tenían sitiada a Aspis, desistieron de vigilar el rumbo de su venida, levantaron tropas y fortificaron la ciudad y sus alrededores. Una vez apoderados de Aspis los romanos, dejan una competente guarnición para defensa de la ciudad y su país, y enviando legados a Roma que diesen parte de lo acaecido, se informasen de lo que se debía hacer y cómo se habían de conducir en adelante, marchan después rápidamente con todo su ejército, y comienzan a talar la campaña. No hallaron resistencia alguna, por lo cual arruinaron muchas quintas magníficamente construidas, robaron infinidad de ganado cuadrúpedo, y embarcaron en sus navíos más de veinte mil esclavos. Durante este tiempo regresan de Roma los legados con la resolución del

Senado de que era preciso que uno de los cónsules permaneciese, quedándose con las fuerzas correspondientes, y el otro llevase a Roma la armada. Régulo fue el que se quedó con cuarenta navíos, quince mil infantes y quinientos caballos. L. Manlio, con los marineros e infinidad de cautivos, pasando sin riesgo por la Sicilia, llegó a Roma.

Apenas advirtieron los cartagineses que los enemigos se disponían para una guerra más dilatada, eligieron primeramente entre sí dos comandantes, Asdrúbal, hijo de Annón, y Bostar, y enviaron después a decir a Amílcar, a Heraclea, que se restituyese cuanto antes. Éste, con quinientos caballos y cinco mil infantes, llega a Cartago, y nombrado tercer comandante delibera con Asdrúbal sobre el estado actual de los negocios. Convinieron en que se debía defender la provincia y no permitir que el enemigo la talase impunemente. Pocos días después (256 años antes de J. C.), Régulo sale a campaña, toma por asalto los castillos que no tenían muros y pone sitio a los que los tenían. Llegado que hubo a Adis, ciudad importante, sitúa sus reales alrededor de ella y emprende con ardor las obras y el cerco. Los cartagineses se dieron prisa a socorrer la ciudad, y en la firme inteligencia que libertarían las campañas de la tala, sacaron su ejército, ocuparon una colina que dominaba a los contrarios, aunque molesta a sus propias tropas, y acamparon en ella. Tener puestas sus principales esperanzas en la caballería y los elefantes y abandonar el país llano encerrándose en lugares ásperos e inaccesibles, era mostrar a los enemigos lo que debían hacer para atacarles. En efecto, sucedió así. Desengañados por la experiencia, los capitanes romanos de que lo desventajoso del sitio inutilizaba lo más eficaz y temible del ejército contrario, sin esperar a que bajase al llano y se pusiese en batalla se aprovechan de la ocasión y ascienden la colina por una y otra parte al rayar el día. La caballería y los elefantes de los cartagineses fueron completamente inútiles. Los soldados extranjeros se batieron con generoso valor e intrepidez, y obligaron a ceder y huir la primera legión; pero atacados de nuevo, y acorralados por los que montaban la colina por la otra parte, tuvieron que volver la espalda. Después de esto, todo el campo se dispersa. Los elefantes y la caballería ganaron el llano lo más rápido que pudieron, y se pusieron a

salvo. Los romanos persiguieron la infantería por algún tiempo, robaron el real enemigo, y después, batida toda la campaña, saquearon las ciudades impunemente. Hechos señores de Túnez, se acantonaron en ella, ya por la conveniencia que tenía para las incursiones que proyectaban, ya también por estar en una situación ventajosa para invadir a Cartago y sus alrededores.

Los cartagineses, derrotados poco antes en el mar y ahora sobre la tierra, no por el poco espíritu de sus tropas, sino por la imprudencia de los capitanes, se hallaban en una situación lamentable de todos modos. A esto se añadía que, invadida su provincia por los nómadas, les causaban éstos mayores daños que los romanos. De lo que resultaba que, refugiados por el miedo los de la campaña en la ciudad, estaba ésta en una suma consternación y penuria, causada en parte por la gran muchedumbre, y en parte por la probabilidad de un asedio. Régulo, que veía frustradas las esperanzas de los cartagineses por mar y tierra, se juzgaba casi señor de Cartago. Pero el temor de que el Cónsul que había de llegar de Roma a sucederle no se llevase el honor de haber concluido la guerra, le impulsó a exhortar a los cartagineses a un ajuste. Fue éste escuchado con agrado, y se envió a los principales de la ciudad, quienes, conferenciando con el Cónsul, distaron tanto de conformarse con ninguna de las proposiciones que se les hacía, que ni aun pudieron oír con paciencia lo insoportable de las condiciones que les quería imponer. En efecto, Régulo, como absoluto vencedor, creía debían juzgar por gracia y especial favor todo cuanto les concediese. Los cartagineses, al contrario, considerando que, aun en el caso de ser sometidos, no les podía sobrevenir carga más pesada que la que entonces se les imponía, no sólo se tornaron exasperados con semejantes propuestas, sino también ofendidos de la dureza de Régulo. El Senado de Cartago, oída la propuesta del Cónsul, aunque perdidas casi las esperanzas de arreglo, conservó no obstante tal espíritu y grandeza de ánimo que prefirió antes sufrirlo todo, padecerlo todo e intentar cualquier fortuna, que tolerar ninguna cosa indecorosa e indigna a la gloria de sus pasadas acciones.

CAPÍTULO IX

*Llega Jantippo a Cartago y se le entrega el mando de las tropas.-
Ordenanza de cartagineses y romanos.- Batalla de Túnez y victoria
cartaginesa.- Reflexiones sobre este acontecimiento.*

Por este tiempo (255 años antes de J. C.), llegó a Cartago cierto conductor, de los que habían sido anteriormente enviados a la Grecia, conduciendo un gran reemplazo de tropas, entre las que venía un cierto Jantippo, lacedemonio, educado a la manera de su país y bastante conocedor del arte de la guerra. Éste, informado por una parte del descalabro ocurrido a los cartagineses, y del cómo y de qué manera había pasado por otra contemplando los preparativos que aun les restaban y el número de su caballería y elefantes, rápidamente echó la cuenta y declaró a sus amigos que los cartagineses no habían sido vencidos por los romanos sino por la ineptitud de sus comandantes. Divulgada prontamente por los circunstantes entre la plebe y los generales la conversación de Jantippo, deciden los magistrados llamar y hacer experiencia de este hombre. En efecto, viene, les hace ver las razones que le asistían, demuestra los defectos en que habían incurrido y asegura que si le dan crédito y se aprovechan de los lugares llanos, tanto en las marchas como en los campamentos y ordenanzas, podrían sin dificultad no sólo recobrar la seguridad para sus personas, sino triunfar de sus enemigos. Los jefes aplaudieron sus razones, convencidos le confiaron inmediatamente el mando de las tropas.

Cuando se divulgó entre el pueblo la voz de Jantippo circulaba ya un cierto rumor y fama que hacía abrigar de él a todos grandes esperanzas. Pero cuando sacó el ejército fuera de la ciudad, le puso en formación, y comenzó, dividido en trozos, a hacer evoluciones y a mandar según las reglas del arte, se reconoció en él tanta superioridad respecto de la impericia de los precedentes comandantes, que todos manifestaron a voces la impaciencia de batirse sin tardanza con los contrarios, en la firme seguridad de que no podía ocurrir cosa adversa bajo la con-

ducta de Jantippo. Con estas disposiciones, aunque los jefes reconocieron que la tropa habían recobrado su espíritu indecible, sin embargo los exhortaron según la ocasión lo aconsejaba, y pocos días después se puso en marcha el ejército. Se componía éste de doce mil infantes, cuatro mil caballos, y cerca de un centenar de elefantes.

Cuando los romanos advirtieron que los cartagineses realizaban las marchas y situaban sus campamentos en lugares llanos y descampados, aparte de que en esto les sorprendía la novedad, sin embargo, seguros del éxito, ansiaban venir a las manos. En efecto, se fueron aproximando y acamparon el primer día a diez estadios de los enemigos. En el siguiente celebraron consejo los jefes cartagineses sobre por qué y cómo se había de obrar en el caso presente. Pero las tropas, impacientes por el combate, se aglomeran en corrillos, claman por el nombre de Jantippo, y piden que se las saque cuanto antes. En vista de este ardor y deseo del soldado, junto con el asegurar Jantippo que no había que dejar pasar la ocasión, ordenaron los capitanes que estuviese pronta la armada, y dieron atribuciones al lacedemonio para que usase del mando conforme lo creyese conveniente. Revestido de este poder, sitúa sobre una línea los elefantes al frente de todo el ejército. A continuación de las bestias coloca la falange cartaginesa a una distancia proporcionada. Las tropas extranjeras, a unas las introduce en el ala derecha, y otras, las más ágiles, las coloca con la caballería al frente de una y otra ala.

Después que vieron los romanos formarse a sus contrarios, salieron al frente en buena formación. Pero asombrados por presentir el ímpetu de los elefantes, ponen al frente los velites, sitúan a la espalda muchos manípulos espesos, y dividen la caballería sobre las dos alas. Por el hecho mismo de ser toda su formación menos extensa que antes, pero más profunda, estaban perfectamente dispuestos para resistir el choque de las fieras; pero para rechazar el de la caballería, que era mucho más superior que la suya, lo erraron de medio a medio. Después que ambas armadas se situaron a medida de su deseo, y cada línea ocupó el lugar que la correspondía, permanecieron en formación, aguardando el tiempo de llegar a las manos.

Lo mismo fue ordenar Jantippo a los conductores de los elefantes que avanzasen y rompiesen las líneas enemigas, y a la caballería que los cercase y atacase por ambas alas, que acometer también los romanos con gran ruido de armas y algazara según la costumbre. La caballería romana, por ser la de los cartagineses más numerosa, desamparó al instante el puesto en una y otra ala. La infantería situada sobre el ala izquierda, en parte por evitar el ímpetu de las fieras, y en parte por desprecio de las tropas extranjeras, atacó la derecha de los cartagineses, y haciéndola volver la espalda, la rechazó y persiguió hasta el campo. Las primeras líneas que estaban frente a los elefantes, agobiadas, rechazadas y atropelladas por la violencia de estos animales murieron a montones con las armas en las manos. El resto de la formación, por la profundidad de sus filas continuó sin desunirse durante cierto tiempo; pero cuando las últimas líneas, rodeadas por todas partes de la caballería, se vieron obligadas a hacer frente para pelear, y las primeras que habían abierto brecha por medio de los elefantes, situadas estas fieras a la espalda, encontraron con la falange cartaginesa, intacta aún y coordinada que las pasaba a cuchillo; entonces, hostigados por todas partes los romanos, la mayor parte fue presionada por el enorme peso de estos animales, el resto sin salir de formación fue asaetado por la caballería, y sólo unos pocos pudieron huir. Pero como el terreno era llano, unos murieron arrollados por los elefantes y la caballería; otros, hasta quinientos que huían con Régulo, fueron más tarde hechos prisioneros y conducidos vivos con el mismo Cónsul. Los cartagineses perdieron en esta acción ochocientos soldados extranjeros, que estaban opuestos a la izquierda de los romanos. De éstos únicamente se salvaron dos mil, que persiguiendo al enemigo, como hemos dicho, se desplazaron fuera de la batalla. Todos los demás quedaron sobre el terreno, a excepción del cónsul Régulo y los que con él escaparon. Las cohortes romanas que se salvaron se refugiaron en Aspis milagrosamente. Y los cartagineses, satisfechos con el suceso, volvieron a la ciudad, después de haber despojado los muertos, llevando consigo al Cónsul y los demás prisioneros.

Reflexione alguien detenidamente sobre este paso, y hallará infinito conducente al arreglo de vida de los mortales. La desdicha que acaba de suceder a Régulo es una demostración de que aún en las prosperidades debemos desconfiar de la fortuna. El que poco antes no daba lugar a la compasión ni cuartel al vencido, se ve hoy obligado a suplicar a este mismo por su propia vida. Parece que lo que en otro tiempo dijo tan al caso Eurípides, *que un buen consejo vale más que muchas manos*, lo está ahora confirmando la misma experiencia. Un solo hombre, un solo consejo, aniquila ejércitos al parecer invencibles y disciplinados; al paso que restablece una república que visiblemente se iba a desmoronar de todo punto y recobra los ánimos abatidos de sus tropas. He hecho mención de estos avisos para corrección de los que lean estos comentarios. Pues siendo los dos caminos que tienen de rectificar sus defectos los humanos, el de sus propias infelicidades o el de las ajenas, aquel que nos conduce por nuestros propios infortunios es sin duda más eficaz, pero más seguro el que nos guía por los ajenos. Por lo cual, de ningún modo debemos escoger voluntariamente el primero, porque nos proporciona la corrección a costa de muchas penas y trabajos; pero el segundo lo debemos recorrer siempre buscando, porque sin riesgo alguno nos hace verlo mejor. A vista de esto, debemos estar convencidos que el mejor estudio para moderar las costumbres es el que se forma en la escuela de una fiel y exacta historia. Porque sola ella en todo tiempo y ocasión nos provee sin riesgo de saludables avisos para lo mejor. Pero esto baste de moralidades.

CAPÍTULO X

*Regreso de Jantippo a su patria.- Victoria naval de los romanos.-
Toma de Palermo.*

Los cartagineses, habiéndoles resultado las cosas a medida de sus deseos, no perdonaron exceso alguno de regocijo, ya tributando a Dios repetidas gracias, ya realizando entre sí mutuos oficios de benevolencia. Pero Jantippo, que había hecho adquirir tal ascendiente y aspecto a los intereses de Cartago, se volvió a ausentar de allí a poco, después de bien pensado y reflexionado el asunto. Las acciones gloriosas y extraordinarias aportan, por regla general, ya negras envidias, ya violentas calumnias. Éstas en su patria los naturales las pueden soportar, por la multitud de parientes y amigos; pero a los extranjeros cualquiera de ellas es fácil aniquilar y exponer a un precipicio. De diverso modo se cuenta la marcha de Jantippo; pero yo procuraré manifestar mi opinión aprovechando ocasión más oportuna.

Los romanos, llegada la noticia de lo sucedido en el África cuando menos la esperaban, pensaron al momento equipar una escuadra y sacar del peligro la gente que había quedado a salvo del combate. Los cartagineses, por el contrario, con el anhelo de reducir estas tropas, habían acampado y puesto sitio a Aspis; pero no pudiendo conquistarla por el espíritu y valor de los que la defendían, tuvieron al fin que alzar el cerco. Con el aviso que recibieron de que los romanos equipaban una flota, en la que habían de venir otra vez al África, repararon parte de sus barcos y construyeron otros de nuevo. Con lo que tripulados rápidamente doscientos de ellos, se hicieron a la mar para vigilar la venida de los contrarios.

Al principio del estío (255 años antes de J. C.), los romanos, botadas al mar trescientas cincuenta naves entregan el mando de ellas a Marco Emilio y Servio Fulvio, haciéndose a la vela. Costeaba esta flota la Sicilia como quien mira al África, cuando al doblar el promontorio de Hermea se topó con la armada cartaginesa, y haciéndola volver

prontamente la espalda al primer choque, apresó ciento catorce navíos con sus respectivas tripulaciones. Después toma a bordo en Aspis la gente joven que había quedado en el África, y pone proa a la Sicilia.

Ya había recorrido sin peligro la mitad del camino y estaba para tocar en la provincia de los camarineos cuando la sobrevino tan terrible tempestad y tan gran contratiempo, que toda exageración resultaría corta respecto a la magnitud del fracaso. De trescientos sesenta y cuatro navíos, tan sólo ochenta se salvaron. Los demás, unos hundidos, otros estrellados por las olas contra las rocas y promontorios, mostraban la costa cubierta de cadáveres y fragmentos. No hay recuerdo en las historias de catástrofe naval mayor que ésta en una sola jornada. La causa de esta desgracia no tanto se ha de atribuir a la suerte, cuanto a los jefes. Porque asegurando repetidas veces los pilotos que no se debía navegar tan próximo a la costa exterior de la Sicilia, que está mirando a la costa de África, por ser muy profunda el mar en aquella parte y difícil de abordar; a más de esto, que las dos constelaciones infaustas a la navegación, Orión y el Perro, en cuyo centro navegaban, la una no era aún enteramente pasada, y la otra empezaba a descubrirse; sin embargo, sordos a sus representaciones los Cónsules, se adentran temerariamente en alta mar, con el deseo de que ciertas ciudades situadas sobre la costa se les rendirían atemorizadas con la noticia de la precedente victoria. Pero ellos no reconocieron su temeridad hasta que cayeron en grandes desgracias por unas débiles esperanzas.

Por lo general los romanos se valen de la violencia para todas las empresas. Creen que su fantasía debe tener efecto por una especie de necesidad, y que nada de lo que una vez se imaginaron es para ellos imposible. Muchas veces por este furor han realizado sus intentos, pero algunas les ha acarreado visibles desgracias, principalmente en el mar. En la tierra, como únicamente tienen que pelear contra los hombres y sus obras, y medir sus fuerzas contra iguales, por lo general han triunfado, y rara vez ha desmentido la realización a la idea. Pero cuando han querido enfrentarse al mar y violentar el cielo, han incurrido en tan grandes contratiempos; lo que ya han experimentado no una sino infinitas veces, y experimentarán aún, mientras no corrijan esta audacia y

desenfreno que los persuade a que en todo tiempo el mar y la tierra debe ser para ellos transitable.

Conocedores los cartagineses del naufragio de la armada romana, se creyeron que la victoria precedente por tierra, y la catástrofe actual por mar, los ponía en estado de hacer frente a sus contrarios, y emprendieron con más ardor los preparativos marítimos y terrestres. Enviaron al instante a Asdrúbal a la Sicilia, y le entregaron, a más de las fuerzas que antes tenía, las que habían venido de Heraclea con ciento cuarenta elefantes. Después de despachado éste, equiparon doscientos navíos y prepararon todo lo necesario para la expedición. Asdrúbal, habiendo llegado felizmente a Lilibeá, se ocupaba en amaestrar las fieras y adiestrar las tropas, resuelto a apropiarse la campaña.

Los romanos, informados del pormenor del naufragio por los que habían escapado, lamentaron infinito este accidente. Pero firmes en no confiar una vez más en la fortuna, determinaron volver a construir de nuevo doscientos veinte navíos. En efecto, terminada esta armada en tres meses, lo que parece inverosímil, los cónsules nombrados, Aulo Atilio y Cn. Cornelio, la preparan prontamente y se hacen a la vela (254 años ante de J. C.) Atraviesan el estrecho, toman en Messina los barcos que se habían salvado del naufragio, y fondeando con trescientos navíos en Palermo de Sicilia, ciudad la más importante de la dominación cartaginesa, deciden ponerla sitio. Avanzados los trabajos por dos partes, y hechos los demás preparativos, acercan las máquinas. Fácilmente se destruyó un torreón inmediato al mar, por cuyas ruinas entró el soldado a mano armada y se apoderó de la ciudad nueva a viva fuerza. Con este suceso vino a estar en gran peligro la otra parte de la ciudad, llamada vieja, por cuyo motivo la entregaron inmediatamente sus habitantes. Apoderados de ella los romanos, vuelven a Roma, dejando una guarnición en la ciudad.

CAPÍTULO XI

*Los romanos siguen luchando contra los elementos de la naturaleza.-
Batalla de Palermo.- Construcción de una nueva armada por éstos.*

El verano siguiente, los nuevos cónsules Cn. Servilio y C. Sempronio se hicieron a la mar con toda la armada (253 años antes de J. C.), pasaron la Sicilia y marcharon de allí al África. Bordearon esta región realizando muchos desembarcos, pero volvieron a la isla de los lotofagos, llamada Meninx, a poca distancia de la pequeña Sirtes, sin haber efectuado cosa memorable. Durante la estancia en esta isla, su impericia les hizo dar en un bajío. La baja marea dejó en seco sus navíos y los puso en un gran apuro; pero vuelta poco después la marea cuando menos la esperaban lanzaron al mar toda la carga, y apenas hubieron alijado, cuando marcharon a manera de quien va huyendo. Tan pronto llegaron a la Sicilia, doblaron el cabo de Lilibea y abordaron a Palermo. De allí su temeridad los llevó por mar a Roma, en cuyo viaje sufrieron otra vez tan horrible temporal que perdieron más de ciento cincuenta navíos. Con estas pérdidas tan importantes y repetidas, el pueblo romano, aunque en todo émulo del honor sobremanera, desistió de construir otra flota, y forzado de la actualidad de los negocios, concretó sus restantes esperanzas a los ejércitos de tierra, envió a la Sicilia a los cónsules L. Cecilio y Cn. Furio con las legiones (252 años antes de J. C.), y dotó únicamente sesenta navíos para transportar víveres a las tropas.

Con estos infortunios mejoraron de aspecto los intereses de Cartago. Poseían ya sin disputa el imperio del mar por cesión de los romanos, y en las tropas de tierra tenían muy fundadas esperanzas. Y con razón, pues la fama extendida de la batalla de África, el haber destrozado los elefantes sus líneas, y haber muerto infinidad de soldados, habían hecho formar a los romanos una idea tan espantosa de estas fieras, que en los dos años siguientes acampados en distintas ocasiones en los territorios de Lilibea y Selinuncia, a cinco o seis estadios de los

enemigos, no se atrevieron jamás a presentarse al combate sin descender absolutamente a la llanura, por temor al ímpetu de estas bestias. Pues aunque sitiaron durante este tiempo a Terma y Lipari, esto fue situándose en lugares escabrosos e inaccesibles. El temor y desaliento que los romanos advirtieron en sus ejércitos de tierra, les hizo mudar de resolución y volver sus pensamientos a la marina. En efecto, crearon cónsules a C. Atilio y L. Manlio, construyeron cincuenta navíos e inscribieron y recogieron prontamente el personal correspondiente para la armada.

Asdrúbal, comandante de los cartagineses, testigo del espanto de los romanos en los campamentos anteriores, informado de que uno de los Cónsules había marchado a Italia con la mitad del ejército (252 años antes de J. C.), y que Cecilio quedaba en Palermo con la parte restante para defender los frutos de los aliados, cuya cosecha estaba ya en sazón; Asdrúbal, digo, parte de Lilibea con su ejército y sienta sus reales sobre los límites del territorio de Palermo. Cecilio, que advirtió su confianza, retuvo sus tropas dentro de la ciudad, con vistas a provocar su audacia. Fiero el cartaginés de que en su concepto Cecilio no osaba hacerle frente, avanza temerario con todo el ejército, y desciende por unos desfiladeros al país de Palermo. El procónsul, no obstante la tala de frutos que el cartaginés hacía hasta la ciudad, permanecía firme en su resolución hasta ver si le incitaba a pasar el río que corre por delante. Pero cuando ya tuvo de esta parte los elefantes y el ejército, destaca al instante sus tropas ligeras para que los provoquen y se vean obligados a poner todo su campo en batalla. Al fin, cumplido su deseo, sitúa algunas tropas ligeras delante del muro y del foso, con orden de, si los elefantes se acercaban, dar sobre ellos una carga cerrada de saetas; y en caso de verse precisados, retirarse al foso, y desde allí volver a la carga contra los que se acercasen. Ordena después a los artesanos llevar dardos de la plaza y estar dispuestos en el exterior al pie del muro. Él con sus cohortes se aposta en la puerta opuesta al ala izquierda de los enemigos, para enviar continuamente socorros a sus ballesteros. Empeñada algo más la acción, los conductores de los elefantes, émulos de la gloria de Asdrúbal y deseosos de que a ellos se les atribu-

yese la victoria, avanzaron todos contra los primeros que peleaban, los pusieron fácilmente en huida y los persiguieron hasta el foso. Aproximáronse después los elefantes, pero heridos por los que disparaban desde el muro, y traspasados a golpe seguro con los continuos chuzos y lanzas de los que coronaban el foso, se enfurecen al fin acribillados de flechas y heridas, se vuelven y atacan a los suyos, atropellan y matan a los soldados, confunden y desordenan sus líneas. A la vista de esto, Cecilio saca rápidamente el ejército, da en flanco con sus tropas de refresco y coordinadas sobre el ala de los enemigos desorganizados, causa un grande daño en los contrarios, mata a muchos, y hace huir a los demás precipitadamente. Toma diez elefantes con sus indios, y se apodera de todos los demás que habían desmontado a sus conductores, rodeándolos la caballería después de la batalla. Acabada la acción, en general se confesaba que Roma era deudora a Cecilio de que sus tropas de tierra hubiesen recuperado el valor y hubiesen vindicado la campaña.

Llevada a Roma la noticia de este triunfo, se alegraron infinito, no tanto porque privados de los elefantes quedaban muy inferiores los enemigos, cuanto porque habiendo apresado estas fieras habían recobrado el espíritu sus soldados. Con tal motivo se confirmaron también en su anterior resolución de enviar los Cónsules a la expedición con la armada y tropas navales, y procurar poner fin a la guerra del modo posible. Aprestado todo lo necesario para la partida, salen al mar los Cónsules con doscientos navíos hacia la Sicilia. Ya era éste el decimo-cuarto año de la guerra (251 antes de J. C.) Echan anclas en Lilibea, y con la incorporación de tropas de tierra que había en la isla, emprenden poner sitio a la ciudad con la esperanza de que, dueños de ella, pasarían fácilmente al África el teatro de la guerra. Cuanto a esta parte, casi pensaban del mismo modo que los romanos los comandantes cartagineses, y hacían las mismas reflexiones. Por cuya razón, desatendiendo lo demás, únicamente insistieron en socorrer esta plaza, y aventurar y sufrirlo todo por su conservación, por no quedarles ya recurso alguno, poseyendo los romanos lo demás de la Sicilia, a excepción de Drepana. Pero para que aquellos que no conocen la geografía no confundan lo

que se va a decir, intentaré dar a mis lectores una breve noticia de la oportunidad y situación de este país.

CAPÍTULO XII

Situación de la Sicilia.- Sitio de Lilibea.- Traición de las tropas extranjeras.- Socorro que envía Cartago bajo la conducta de Aníbal.- Salida de los sitiados contra las máquinas de guerra.

Sicilia está situada respecto a Italia y sus límites de igual modo que el Peloponeso respecto al resto de la Grecia y sus extremos. En esto estriba la diferencia que entre las dos se halla: que aquella es isla, y ésta península. El istmo de ésta es transitable, y el de aquella vadeable. La figura de la Sicilia es un triángulo. Los vértices de cada ángulo son otros tantos promontorios. De los cuales, el que mira a Mediodía y se avanza al mar de Sicilia, se llama *Pachino*; el que yace al Septentrión y termina la parte occidental del estrecho, distante de Italia como doce estadios, *Peloro*, finalmente, el tercero se llama *Lilibeo*, mira al África está situado cómodamente para pasar a los promontorios de Cartago que mencionamos anteriormente, está distante de ellos como mil estadios, se inclina hacia el ocaso del invierno, y divide los mares de África y de Cerdeña. Sobre este último cabo se halla emplazada la ciudad del mismo nombre, y a la que entonces los romanos sitiaron. Está bien protegida por muros, circundada de un profundo foso y esteros que llena el mar, cuya travesía para entrar en el puerto necesita de mucha práctica y experiencia.

Los romanos, situados sus reales delante de esta ciudad por una y otra parte (251 años antes de J. C.) y guarnecidos los espacios que mediaban entre los dos campos de foso, trinchera y muro, empezaron el ataque por un torreón situado a la orilla del mar que mira al África. Se añadían sin cesar obras a obras; se adelantaban cada vez más los preparativos, con lo que finalmente, derribaron seis torreones contiguos al susodicho y emprendieron batir con el ariete todos lo restantes. Como el sitio se estrechaba con actividad y esfuerzo, los torreones, unos amenazaban ruina de día en día, otros se habían ya venido a tierra y las obras se iban internando más y más en la ciudad; la consternación

y espanto era grande entre los sitiados, en medio de que ascendía la guarnición a diez mil mercenarios, sin contar los habitantes. Sin embargo, Imilcón, comandante de esta tropa, no omitía cosa de cuantas le podían conducir. Reparaba las brechas, hacía contraminas y molestaba no poco a los enemigos. Cada día inspeccionaba las obras por sí mismo y observaba cómo podría poner fuego a las máquinas, para lo cuales daba día y noche tantos y tan obstinados combates que a veces en estos encuentros quedaba más gente sobre el campo que la que acostumbra a morir en las batallas campales.

En el transcurso de este tiempo algunos oficiales de los de mayor graduación en las tropas extranjeras conspiraron entre sí de entregar la ciudad a los romanos. Satisfechos de la sumisión de sus tropas, pasan por la noche desde la plaza al campo enemigo y conferencian con el Cónsul acerca del asunto. Alexón, natural de la Acaya, que tiempo atrás había salvado a Agrigento de la traición tramada por las tropas extranjeras a sueldo de los siracusanos, descubrió también entonces el primero la conspiración y la denunció al comandante cartaginés. Éste reúne rápidamente los oficiales que habían quedado, les exhorta con súplicas, les promete magníficas gracias y recompensas para que se mantengan en la fe que le habían pactado y no coadyuven a la traición de los que habían salido. Acogidas con aceptación sus persuasiones, envía al instante emisarios a las tropas extranjeras: a los galos a Aníbal, hijo de Aníbal, que había muerto en Cerdeña, por la familiaridad que había contraído con ellos en aquella expedición; para los otros mercenarios elige a Alexón, por la aceptación y crédito que entre ellos tenían. Reúnen éstos la guarnición, la exhortan, la aseguran de las recompensas que a cada uno ofrecía el comandante, y la persuaden tan bien a desistir del empeño, que vueltos poco después a los muros los traidores, para congregarse y declarar a sus compañeros lo que los romanos les ofrecían, lejos de asentir a su demanda, ni aun se dignan escucharles, y los despiden con piedras y saetas que les tiran desde el muro. Por lo relatado se ve que la falta de fe en las tropas extranjeras puso a pique de perecer a los cartagineses. Mas Alexón, a cuya fidelidad debieron anteriormente los agrigentinos, no sólo su ciudad y país, sino

sus leyes e inmunidades, fue también la causa en esta ocasión de que a los cartagineses no se les frustrasen sus intentos.

Todo esto se ignoraba en Cartago; pero conjeturando las necesidades de un asedio, equiparon cincuenta navíos, al mando de Aníbal, hijo de Amílcar, trierarco y amigo íntimo de Adherbal, a quien, después de una exhortación conveniente a las presentes coyunturas, destacan en diligencia con orden de que, sin tardanza, use de su espíritu a medida de las circunstancias y socorra a los sitiados. En efecto, sale al mar Aníbal con diez mil hombres, fondea en las islas Egusas, situadas entre Lilibea y Cartago, y aguarda tiempo oportuno para su viaje. Se aprovecha después de un próspero y suave viento, despliega todas las velas, y arrebatado de su impulso, llega a la entrada del puerto con sus soldados armados sobre las cubiertas y dispuestos para la acción.

El inesperado descubrimiento de la escuadra, y temor de que la violencia del viento no les arrastrase dentro del puerto con sus enemigos, hizo desistir a romanos de impedir el arribo del socorro y estarse a la capa admirando la audacia de los contrarios. La multitud del pueblo que coronaba los muros, ya quieta con el suceso, ya alegre en extremo con el auxilio inesperado, alentaba con aplausos y algazara a los que venían. Finalmente, Aníbal entra con temerario arrojo y confianza, fondea en el puerto y desembarca sus gentes sin peligro. Los de la ciudad, no tanto estaban gozosos por la venida del socorro, aunque muy capaz de aumentar sus fuerzas y esperanzas, cuanto por no haberse atrevido los romanos a impedir la entrada a los cartagineses.

Imilcón, gobernador de la ciudad, dándose cuenta del espíritu y buen animo de los ciudadanos con la llegada del socorro, y de los recién llegados con la falta de experiencia en los trabajos ocurridos, desee de aprovecharse de las disposiciones de unos y otros antes que se resfrasen, los convoca a junta para incendiar las máquinas de los sitiadores. Aquí, por medio de un largo discurso conveniente a las circunstancias del día, en que les promete en particular y en común a los que se destaquen magníficos dones y presentes de parte de la República, excita en ellos tal valor, que todos unánimes atestiguan y claman que sin más los saquen al enemigo. Entonces el comandante, aplaudido y

aceptado su buen deseo, despidió la asamblea, advirtiéndoles que se recogiesen temprano y obedeciesen a sus jefes.

Poco después llamó a los comandantes, distribuyó entre ellos los más aptos sitios que cada uno debía ocupar, les dio la señal y tiempo de apostarse, y ordenó a los oficiales estar en los puestos con las tropas de su mando antes de la madrugada. Obedecidos sus mandatos, saca el ejército al amanecer y ataca las máquinas por diferentes partes. Los romanos, que habían previsto lo que había de suceder, no estaban ociosos ni desprevenidos, antes bien acudían prontamente donde era menester y hacían una vigorosa resistencia. No tardó la acción en hacerse general y ser obstinado el combate alrededor de las murallas. Los de la ciudad no bajaban de veinte mil y los de fuera eran aún en mayor número. La lucha era tanto más viva, cuanto el soldado peleaba confusamente sin guardar orden, según le dictaba el impulso. De tal modo que como eran tantos los ataques de hombre a hombre y línea a línea, parecía que cada uno se había desafiado a un combate particular, bien que la mayor vocería y confusión era alrededor de las máquinas. Éste era el objetivo que uno y otro bando se había propuesto al situarse en sus puestos: los unos hacer volver la espalda a los que defendían las obras, los otros, no abandonarlas; y era tal la emulación y ardor de aquellos en insistir desalojarlos, y la obstinación de éstos en no ceder al ataque, que finalmente morían unos y otros en los mismos puestos que habían ocupado desde el inicio. Mezclados unos con otros, hubo quienes con la mecha, estopas y fuego en la mano, embistieron con tal furor las máquinas por todas partes, que los romanos se vieron en el último peligro, sin poder contener el ímpetu de los enemigos. Por último, el Comandante cartaginés, a la vista de la mucha gente que moría, ordenó tocar a retirada, sin haber logrado apoderarse de las máquinas, cuyo fin se había propuesto. Y los romanos, que estuvieron a punto de perder todos sus preparativos, quedaron al cabo dueños de sus obras y las conservaron todas sin daño alguno.

CAPÍTULO XIII

Audacia de un rodiano, que al fin es apresado por los romanos.- Incendio de las máquinas guerreras.

Transcurrida esta acción, Aníbal, ocultándose de los enemigos, salió del puerto por la noche con sus navíos para Drepana, donde se encontraba Adherbal, jefe de los cartagineses. Es Drepana una plaza cuya ventajosa situación y conveniencia del puerto hacía muy interesante su conservación a los cartagineses, a una distancia de Lilibea como de ciento veinte estadios. En Cartago se ansiaba tener noticias de lo que pasaba en Lilibea, pero no era posible, por tener los sitiados cerrada la entrada del puerto y guardarla los sitiadores con exactitud. Sin embargo, cierto hombre distinguido llamado Aníbal, rodio de nación, se ofreció a marchar a Lilibea, y enterado por sí de lo ocurrido, regresar con la noticia de todo. Se aceptó con gusto su oferta, aunque se desconfiaba del cumplimiento, por estar fondeada la escuadra romana en la boca del puerto. É no obstante, equipada su embarcación, se hace a la vela, y arribando a una de las islas que están delante de Lilibea, al día siguiente se aprovecha con fortuna de un viento favorable, entra a las cuatro de la mañana, a la vista de todos los enemigos, que admiran su osadía, y se dispone a salir al día siguiente. El Cónsul, deseoso de tener más bien custodiada la entrada dispone con rapidez por la noche diez de sus más ágiles navíos, y él con todo el ejército se pone desde la costa en observación de los pasos del rodiano. Estos navíos, atracados cuanto era dable en los esteros de una y otra parte de la boca, se hallaban con los remos levantados, para atacar y apresar la nave que había de salir. Pero finalmente el rodio hace su salida a la vista de todos, y satisfecho de su audacia y agilidad, insulta de tal modo a los enemigos, que no sólo saca por medio de los navíos contrarios su buque y tripulación sin daño alguno, sino que virando de una parte a otra, se detiene algún tanto con los remos levantados, en ademán provocativo; y sin atreverse ninguna a presentarse por la celeridad de su

curso, marcha después de haber insultado con sola su embarcación toda la escuadra. Esta maniobra, que repitió en adelante muchas veces, reportó una grande utilidad: a los de Cartago, por tener continuamente noticia de las urgencias de la plaza; a los sitiados, por haberles aumentado su espíritu, y a los romanos, por haberles amedrentado con su arrojo.

Mucho contribuyó a la osadía del rodiano el exacto conocimiento que tenía de la entrada del puerto por su experiencia en los bajíos. Para esto, después que tomaba altura y comenzaba a ser visto, giraba de tal modo su proa hacia la torre del mar como quien viene de Italia, que ésta servía de impedimento a las demás que miran al África, para no ser visto. Por este solo medio es fácil a los que navegan con viento favorable, lograr la boca del puerto. La audacia del rodio alentó a muchos expertos en aquellas rutas a seguir su ejemplo. El gran perjuicio que esto representaba para los romanos, les estimuló a cegar la boca; pero en su mayor parte fue inútil su empeño. Era mucha la profundidad del mar. Nada de cuanto se echaba permanecía por lo general, ni subsistía en el mismo sitio. Las olas y violencia de la corriente conmovían y esparcían, al tiempo de caer, lo que se arrojaba. Solamente en un lugar en que había un banco de arena, se consiguió levantar un cúmulo de fagina a mucha costa. Una galera de cuatro órdenes, de diferente construcción que las demás, varó pasando de noche por este sitio, y cayó en poder de los enemigos. Dueños de ella los romanos, la dotaron de una tripulación de marineros escogidos, y observaban a todos los que entraban en el puerto, y sobre todo al rodio. Éste por casualidad entró una noche, y a poco volvió a salir a la vista de todos. Pero advirtiendo que la galera adaptaba sus movimientos a los suyos, se asombró al reconocerla. Al principio intentó ganarle la delantera; mas, alcanzada por la destreza de los remeros, se vio al cabo precisada a hacer frente, y batirse con sus enemigos. Eran éstos superiores en número y elección de soldados, y así fue apresada. Dueños los romanos de este buque bien construido, lo equipan de todo lo necesario, y refrenan de este modo la audacia de los que navegaban a Lilibea.

Los sitiados reparaban con ardor las ruinas, pero no tenían esperanza de inutilizar y destruir las baterías de los contrarios, cuando se originó una tempestad de aire, cuyo ímpetu y fuerza contra los cimientos de las máquinas era tal, que hacía bambolear los cobertizos, y llevaba tras sí con violencia las torres que precedían para su defensa. Para entonces (251 años antes de J. C.), algunos griegos que estaban a sueldo advirtieron la oportunidad que se les presentaba de destruir las obras, de cuyo intento dieron parte al comandante. Éste da su aprobación, dispone al punto lo necesario para la empresa, y juntos los jóvenes prenden fuego por tres partes a las máquinas. Como la diurna construcción de las obras hacía tan propensos a la combustión los materiales, y la violencia del aire soplabla y conmovía los fundamentos de las torres y máquinas, venía a ser eficaz y activo el pábulo del fuego; sobre todo cuando el atajarlo y socorrerlo era absolutamente difícil e impracticable a los romanos. Este accidente les puso en tal consternación, que ni comprender ni ver podían lo que pasaba. Las tinieblas en que se hallaban envueltos, las chispas que el viento les impelía y la densidad del humo, sofocaban y mataban a muchos, sin poder acudir a donde el fuego demandaba. Cuanta mayor era la incomodidad para los romanos por lo expuesto, tanta mayor era la ventaja para los que prendían el fuego. Todo lo que les podía cegar, todo lo que les podía ofender, impelía y llevaba el viento contra los sitiadores; a la vez de que todo lo que se tiraba, todo lo que se arrojaba en su ofensa o para ruina de las baterías, todo se aprovechaba, por ver los sitiados sin obstáculo lo que tenían delante. Aun la violencia del mismo viento coadyuvaba a hacer más eficaz y vehemente el daño. Finalmente, la pérdida fue tan general, que hasta los fundamentos de las torres y las cabezas de los arietes quedaron inutilizados por el fuego. Con tales contratiempos, los romanos convirtieron el sitio en bloqueo, se conformaron con rodear y cercar la ciudad con foso y trinchera, ceñir con un muro su propio campo y el resto dejarlo al tiempo. Los de Lilibea, por el contrario, reparando las ruinas de los muros, sufrían ya el asedio con más constancia.

CAPÍTULO XIV

Infructuosa sorpresa de Drepana.

Llegada y divulgada en Roma la nueva de que la mayor parte de la armada había perecido, o en la defensa de las máquinas, o en lo demás del asedio, sin dilación se alistó gente, se reunió hasta diez mil hombres, y se enviaron a Sicilia. Pasado que hubieron éstos el estrecho, y llegado a pie hasta los reales, el cónsul Pub. Claudio congrega los tribunos, y les comunica «Ahora es la ocasión de que toda la armada marche a Drepana. Adherbal, capitán de los cartagineses y gobernador de esta plaza (250 años antes de J. C.), está desapercibido de lo que le va a suceder. Ignora la llegada de este refuerzo, y vive persuadido a que es imposible a los romanos poner en el mar una escuadra, después de haber muerto tanta gente en el asedio.» Aprobado fácilmente el pensamiento, embarca prontamente los remeros que antes tenía con los que le acababan de llegar, y elige de todo el ejército los mejores soldados que voluntariamente se ofrecieron, por ser corta la navegación y parecerles cierto el despojo. Realizado esto, se hace a la vela a medianoche, sin que los enemigos se aperciban. Primeramente navegó con toda la escuadra unida, manteniendo la tierra a la derecha. Al amanecer se dejó ver la vanguardia delante de Drepana, cuya vista sorprendió por el pronto a Adherbal por lo increíble; pero vuelto en sí rápidamente, y asegurado de que era la armada enemiga, resolvió aventurarlo y sufrirlo todo antes que cercado padecer un sitio que tenía por seguro. Para lo cual junta al punto su marinería sobre la costa, convoca los mercenarios de la ciudad a voz de pregonero, y congregados, les presenta brevemente la esperanza de la victoria, si aventuran una batalla naval; y las incomodidades de un asedio, si son indolentes a la vista del peligro. Fácilmente se inclinaron todos al combate, y clamaron que sin tardanza se les llevase al enemigo. Él entonces aplaude, y aprovechándose de este deseo manda al instante que se embarquen y sigan sin perder de vista su navío por la popa. Comunicadas sobre la marcha

estas órdenes, se hace a la mar el primero, y se sitúa bajo unas rocas al lado opuesto del puerto, por donde penetraban los enemigos.

Claudio, sorprendido de ver que el cartaginés, lejos de ceder como esperaba, y atemorizarle su llegada, se disponía al combate, y que sus navíos, unos estaban ya dentro del puerto, otros a la boca misma, y los restantes iban a entrar, ordena que, hecho un cuarto de conversión, todos retrocedan. Dicha maniobra causó una gran confusión en las tripulaciones, no sólo por chocar los navíos que estaban dentro con los que iban a entrar, sino también por hacerse unos a otros pedazos los bancos con el mutuo empuje. Sin embargo, al tiempo que iban saliendo, los triarcos los ordenaban, y hacían que junto a la costa volviesen rápidamente sus proas a los contrarios. El Cónsul primeramente navegaba detrás de toda la armada, pero después viró para tomar altura y ocupó el ala izquierda. Durante ese tiempo, Adherbal pasa de parte allá del ala izquierda de los romanos con cinco buques de guerra, gira su proa a ellos por el lado del mar y ordena por medio de sus edecanos que ejecuten lo mismo los que venían detrás, situándose siempre al tenor del inmediato. Colocados todos de frente, y dada la señal, avanza la armada al principio en orden hacia los romanos que, parados junto a tierra, esperaban los navíos que salían del puerto: situación de que les provino pelear con grandes desventajas.

Cuando estuvieron a tiro las escuadras y se puso la señal en los navíos comandantes, se inició el combate. Al principio fue igual el peligro, ya que una y otra habían tomado a bordo las mejores tropas de tierra. Pero iban superando cada vez más el partido de los cartagineses. Eran incalculables las ventajas que tuvieron durante toda la acción. Excedían mucho en la ligereza de los navíos, en la singular construcción de los buques y en la aptitud de los remeros. El sitio mismo contribuía infinito, ya que habían extendido su formación hacia el lado del mar. Si los enemigos cercaban algún buque, su agilidad les facilitaba retirarlo sin peligro por la espalda a lugar espacioso. Si alguno se lanzaba a perseguirlos, lo rodeaban, o atacaban por el flanco; y mientras que la pesadez del buque e impericia del remero imposibilitaba virar a los romanos, los cartagineses le daban continuos choques, con lo que

hundían a muchos. Sucedió que un navío cartaginés estaba en peligro; rápidamente se marchaba por detrás de las popas de los demás y se le socorría sin riesgo.

Mas a los romanos les sucedía al contrario. Como peleaban junto a tierra, no tenían acción para retroceder cuando eran oprimidos. Siempre que un navío era atacado de frente, o dando en un banco se encallaba por la popa, o se estrellaba impelido contra la costa. Navegar por medio de los navíos enemigos, y atacar por la retaguardia a los que ya una vez han venido a las manos, ventaja utilísima en las acciones navales, les estaba prohibido por la pesadez de los buques y poca práctica de los remeros. Socorrer por la popa al necesitado no les era posible, por estar encerrados contra la tierra, y haber dejado poco espacio para prestar el debido auxilio. Con tales inconveniencias durante todo el combate, ¿qué de extrañar es que unos quedasen encallados en los bancos y otros se estrellasen? A la vista de esto, el Cónsul huyó por la izquierda, tomando la vuelta de la costa, y con él treinta navíos que tuvieron la dicha de estar cerca. Los demás, que alcanzaban el número de noventa y tres, cayeron con sus tripulantes en poder de los cartagineses, salvo algunos soldados que, saltando a tierra, huyeron.

CAPÍTULO XV

*Derrota naval de los romanos en Lilibea.- Evitan éstos dos batallas.-
Pérdida de sus escuadras.*

Dicha batalla colmó de honores a Adherbal entre los cartagineses, ya que a él solo y a su singular capacidad y espíritu se debió el acierto: y a Claudio cubrió de infamia y de ignominia entre los romanos, puesto que había manejado el lance con temeridad e imprudencia, y por su causa amenazaban a Roma grandes infortunios. Por lo cual, condenado a graves multas, sufrió infinitos trabajos. En medios de estas vicisitudes, la emulación romana por el sumo imperio en nada desistía de su propósito, más bien tomaba con más empeño la continuación de la guerra. Más tarde cuando se acercó el tiempo de las elecciones, y se nombraron cónsules sucesores (249 años antes de J. C.), se envió sobre la marcha a L. Junio, uno de ellos, para proveer de trigo, víveres y demás provisiones al ejército que sitiaba a Lilibea, equipando para su conducción sesenta navíos. Cuando llegó el Cónsul a Messina, se le incorporaron los buques que el ejército y el resto de la Sicilia le había enviado, y se dirigió sin dilación a Siracusa con ciento veinte navíos de guerra y cerca de ochocientos de transporte. Aquí entregó a los magistrados la mitad de éstos y algunos de aquellos, con orden de enviar cuanto antes al ejército lo necesario. Él permaneció en Siracusa para aguardar las embarcaciones que no habían podido seguirle desde Messina, y recibir los granos con que contribuían los aliados del riñón de la Sicilia.

Al mismo tiempo Adherbal remitió a Cartago los prisioneros que había hecho en la batalla naval y los navíos apresados. Después entregó a Cartalón, otro de los comandantes, treinta navíos, a más de los setenta con que había venido, y le destacó con orden de que, cayendo de improviso sobre la escuadra enemiga, fondeada en Lilibea, se apoderase de los buques que pudiese y a los demás les prendiese fuego. Cartalón se encarga de la comisión, sale al amanecer, y con la quema

de unos y presa de otros pone en gran confusión el campo de los Romanos. El alboroto que éstos provocaron al acudir al socorro de sus navíos puso en expectativa a Imilcón, gobernador de Lilibea, y cerciorándose después de lo ocurrido a la luz del día, destaca allá las tropas extranjeras de la ciudad. Grande fue la consternación de los romanos al ver el peligro que les amenazaba por todas partes.

El jefe de escuadra cartaginés, apresados algunos cuantos navíos y destrozados otros, sale poco después de Lilibea hacia Heraclea, y se pone a la expectativa para impedir que la escuadra enemiga abordase al campo. Informado por los exploradores de que se avistaba y acercaba un gran número de buques de toda clase, menospreciando a los romanos por la victoria anterior se dirige sin dilación a presentarles batalla. Lo mismo los barcos que se acostumbra a destacar a la descubierta, dieron parte a los magistrados enviados por delante desde Siracusa, de la proximidad del enemigo. La reflexión de que no se hallaban en estado de aventurar una batalla, les hizo guarecerse en una pequeña ciudad de su señorío, sin puerto, mas con unas ensenadas y cómodos promontorios, que avanzándose desde la tierra, cerraban un intervalo. Aquí desembarcaron, y situadas las catapultas y pedreros que sacaron de la ciudad, esperaron la venida de los contrarios. Apenas llegaron los cartagineses, intentaron sitiarles, creídos de que, atemorizados los romanos, se retirarían al pueblo y se apoderarían sin riesgo de sus navíos. Pero fallaron sus esperanzas. Los romanos se defendieron con espíritu; por lo cual, apresados algunos bancos cargados de víveres, la demasiada incomodidad del sitio les obligó a retirarse a cierto río, donde, fondeados, observaban la ruta de los contrarios.

El Cónsul, después que hubo evacuado la comisión que le había detenido en Siracusa, doblado el cabo Pachino, navegaba hacia Lilibea, sin noticia alguna de lo ocurrido a los que iban delante. El jefe de escuadra cartaginés, informado por sus exploradores por segunda vez de que se avistaba el enemigo, se hace a la vela prontamente, con el designio de darle la batalla mientras se hallaba tan distante de los demás navíos. Junio, que había visto a larga distancia la flota cartaginesa y el número de sus buques, sin ánimo para batirse ni facultad para huir por

la intermediación del enemigo, gira hacia unos lugares ásperos y nada seguros y fondea en ellos, prefiriendo correr cualquier riesgo antes que entregar su armada intacta al enemigo. A la vista de esto, Cartalón no quiso ni batirse ni arrimarse a semejante sitio; se apoderó sí de cierto cabo, ancló en él, y puesto a la expectativa entre las armadas, inspeccionaba los movimientos de una y otra.

Se aproximaba seguramente una tempestad, y el mar barruntaba una total revolución, cuando los pilotos cartagineses, hombres prácticos en aquellos mares y en su oficio, previendo lo futuro, se dieron cuenta del peligro y persuadieron a Cartalón que evitase la tempestad y doblase el cabo Pachino. Éste asiente con prudencia a su parecer; y los pilotos, a costa de infinitas fatigas, doblan por último el cabo, y ponen su armada a cubierto. Descargó, al fin, la tempestad y las dos escuadras romanas, carentes de todo abrigo, fueron tan cruelmente maltratadas, que no quedó siquiera un fragmento naval de que poder hacer uso, y una y otra fueron completamente destrozadas, contra lo que se esperaba.

CAPÍTULO XVI

Sorpresa de Erice por Junio.- Descripción de dicha ciudad.- Toma de Erictes por Amílcar.- Tentativas de un general contra otro.- El cartaginés se apodera de Ericina.

Ante tal accidente volvieron los cartagineses a rehacerse y concebir más sólidas esperanzas. Los romanos, debilitados en cierto modo por las pérdidas anteriores, renunciaron ahora completamente a la marina y sólo se atuvieron a la campaña. Los cartagineses, por el contrario, dueños del mar, no se hallaban del todo desesperanzados de hacer otro tanto con la tierra. Con estos infortunios todos se lamentaban del feliz estado de la república, tanto los de Roma como los que sitiaban a Lilibea; pero no por eso desistían del cerco que se habían propuesto; por el contrario, aquellos suministraban víveres por tierra, sin que para esto valiesen excusas, mientras que éstos insistían en el asedio con todas sus fuerzas. Regresado Junio al campo después de su naufragio (249 años antes de J. C.), y penetrado de dolor, maquinaba cómo emprendería algún hecho memorable con que reparar el golpe de su pasada desgracia. Efectivamente, a la más leve ocasión que se le presentó, se apoderó con dolo de Erice y se hizo dueño del templo de Venus y de la ciudad. Es Erice un monte inmediato al mar de Sicilia, en la costa que mira a Italia, entre Drepana y Palermo, pero más inaccesible por el lado que confina con Deprana. Es la más alta montaña sin comparación de todas las de Sicilia, a excepción del Etna. En su cumbre, que es llana, está situado el templo de Venus Ericina, el cual sin discusión alguna es el más famoso en riquezas y de más magnificencia de cuantos tiene la isla. Bajo esta cima se asienta la ciudad, a la que se sube de todas partes por un largo y escabroso camino. Junio, puesta guarnición en la cumbre y en el camino de Drepana, guardaba con vigilancia uno y otro puesto, persuadido a que ateniéndose sólo a la defensiva, al aguardo de otra ocasión, retendría seguramente bajo su poder la ciudad y toda la montaña.

Transcurría el año decimoctavo de la guerra (247 antes de J. C.), cuando los cartagineses, habiendo elegido por su general a Amílcar, por sobrenombre Barca, le entregaron el mando de la armada. Éste con las tropas navales partió a talar la Italia, asoló el país de los locres y de los brucios, marchó de allí con toda la armada hacia los confines de Palermo, y se adueñó de un lugar llamado Erictes, situado junto al mar, entre Erice y Palermo, y tenido sin disputa por el paraje más cómodo para situar un campo con seguridad, aunque dure mucho tiempo. Se trata de una montaña escarpada por todas partes, que se eleva de la región circunvecina a una altura suficiente. Su cumbre no tiene menos de cien estadios de circunferencia, en cuyo espacio se encuentra un terreno muy apto para pastos y semillas, defendido de los vientos del mar y libre absolutamente de todo animal dañino. Está rodeado de eminencias inaccesibles, tanto por el lado del mar como por el que se une con la tierra, entre las cuales el espacio intermedio necesita de pocos reparos para su defensa. En este llano se eleva un promontorio, que al mismo tiempo que representa un alcázar, sirve de cómoda atalaya para registrar lo que pasa en la región cercana. Tiene un profundo puerto, muy conveniente para los que viajan a Italia desde Drepana y Lilibea. Para subir sólo hay tres caminos, y éstos muy difíciles, de los cuales dos están por el lado de tierra y uno por el del mar. Aquí fue donde acampado con arrojo Amílcar, se presentó en medio de sus enemigos, sin contar con ciudad aliada ni otra alguna esperanza de socorro. Aquí donde sostuvo con los romanos grandes choques y encuentros no despreciables. Aquí de donde haciéndose primero al mar, taló la costa de Italia hasta el país de los cumanos; después, venidos los romanos por tierra a acampar a cinco estadios de su armada frente a Palermo, les dio tantos y tan diversos combates por tierra, por espacio de casi tres años, que no es fácil hacer de ellos una relación circunstanciada.

Tal como acaece con los atletas generosos y robustos cuando pelean en disputa de la corona, que haciéndose sin cesar herida sobre herida, ni los mismos contrincantes ni los espectadores pueden llevar razón y cuenta de cada golpe o llaga, y sólo sí por lo que en general

resulta del espíritu y obstinación de cada uno, se forma un juicio arreglado de su pericia, fuerzas y constancia; del mismo modo sucedía con los comandantes de que al presente tratamos. Referir con detalle las causas y modos con que cada día uno a otro se preparaban asechanzas, sorpresas, invasiones y ataques, sería inasequible para un historiador y se tacharía de interminable e infructuoso para los oyentes. Más fácil le será a cualquiera venir en conocimiento de estos dos jefes por la relación general que de ellos se haga y el éxito de sus contiendas. En resumen, nada se omitió: ni estratagemas que enseña la historia, ni artificios que sugiere la ocasión y necesidad urgente, ni obstinado y audaz arrojo cuando convenía. Pero jamás pudieron llegar a una acción decisiva, y esto por muchas razones. Las fuerzas de uno y otro eran semejantes; los campos inaccesibles por su fortaleza; el espacio que los separaba, corto en extremo; de que principalmente provenía que los encuentros particulares eran frecuentes cada día, pero general decisivo, ninguno. En estas refriegas perecían siempre los que venían a las manos; pero si una vez llegaban a retroceder, al instante se veían fuera de peligro, y dentro de sus fortificaciones volvían por segunda vez a la carga.

Mas la fortuna, recto juez de esta lucha, trasladó con arrojo a nuestros atletas del lugar sobredicho y anterior certamen, para empeñarlos en otro combate más obstinado y circo más estrecho. No obstante, la guarnición con que los romanos custodiaban la cumbre y el pie del monte Erice, como hemos dicho, Amílcar tomó la ciudad de los ericinos, situada entre estos dos campos. De aquí provino que los romanos se asentaban en la cima, cercados por el enemigo, sufriesen y se expusiesen a grandes riesgos; y los cartagineses, que no tenían oportunidad de recibir convoyes más que por el solo lado y camino del mar que conservaban, tuviesen que resistir increíblemente, cercados por todas partes por los contrarios. Pero después de haber empleado los dos jefes uno contra otro todo lo que el ardid y el valor da de sí en los asedios, de haber sufrido todo género de miserias y haber probado toda clase de ataques y combates, al fin quedaron indecisos, no como extenuados y agobiados de males, como dice Fabio, sino como hombres

insensibles e invencibles a las desgracias. Antes que uno a otro se venciese, para lo que estuvieron por segunda vez peleando dos años continuos en el mismo sitio, sucedió el fin de la guerra por otro medio. En este estado quedaron las cosas que ocurrieron en Arice y las que ejecutaron los ejércitos de tierra. Estas dos repúblicas se parecían a aquellos valientes gallos en quienes es más el ánimo que las fuerzas. Los cuales, muchas veces imposibilitados de herirse con las alas, se batían sin embargo sostenidos del espíritu, hasta que vueltos a enzarzar voluntariamente, con facilidad se matan a picotazos, y ocurre el quedar uno postrado a los pies de su contrario.

Los trabajos y continuos combates habían ya debilitado y reducido al máximo a los romanos y cartagineses y las frecuentes contribuciones y gastos continuados habían agotado y reducido sus fuerzas.

CAPÍTULO XVII

Tercera armada mandada por Lutacio.- Batalla de Egusa.

Al mismo tiempo los romanos mantenían su espíritu belicoso. Pues aunque los infortunios, y la persuasión de que con solos los ejércitos de tierra terminarían la guerra, les habían obligado ya casi por cinco años a renunciar completamente a la marina; dándose cuenta ahora de que el efecto no había correspondido a sus intentos, principalmente por la audacia del comandante cartaginés, resolvieron por tercera vez depositar sus esperanzas en las fuerzas navales. Con esta determinación se prometían que, si los inicios eran felices, sería el único medio de poner a la guerra un fin dichoso. Esto fue lo que finalmente resolvieron. La primera vez abandonaron el mar cediendo a los reveses de la fortuna; la segunda derrotados por el naufragio de Drepana, y ahora la tercera tornaron a la empresa, en la que, vencido el enemigo y cortados los convoyes al ejército cartaginés que le venía por mar, concluyeron al fin la guerra. Su arrojo era el principal impulso de esta de terminación, pues el Erario no podía prestarles auxilio alguno para esta empresa. Mas el celo y generosidad de los principales ciudadanos al bien público halló mayores recursos que los que necesitaba el logro. Cada particular, según sus facultades, o dos o tres juntos, se encargaron de equipar una galera de cinco órdenes, provista de todo, con sólo la condición de reintegrarse del gasto si a la expedición acompañaba la fortuna. Así se juntaron doscientas galeras de cinco órdenes, para cuya construcción sirvió de modelo la embarcación del rodio. Al comenzar el estío (243 años antes de J. C.) salió esta escuadra a las órdenes de C. Lutacio, quien dejándose ver sobre las costas de Sicilia de improviso, se apoderó del puerto de Deprana y de los fondeaderos que había alrededor de Lilibeá, debido a haberse retirado a Cartago toda la armada enemiga. Más tarde sentó sus baterías contra la ciudad misma, y preparó todo lo necesario para el asedio. Mientras hacía todos los esfuerzos por cercarla, preveía que no tardaría en pre-

sentarse la flota cartaginesa; y sin descuidar su primer propósito, que sólo un combate naval podría terminar la guerra, ensayaba diariamente y ejercitaba sin interrupción de tiempo inútil u ocioso su marinería en lo que la podía conducir a su designio, cuidando exactamente de lo demás correspondiente a su arreglo; con lo cual de rudos marineros formó en poco tiempo hábiles atletas para la lucha que le esperaba.

Los cartagineses sorprendidos de que los romanos tuviesen una flota en el mar y desearan recobrar su dominio, equiparon al punto navíos y los enviaron cargados de granos y demás municiones, con el propósito de que nada de lo necesario hiciese falta a los ejércitos acampados alrededor de Erice. Concedieron a Hannón el mando de esta flota, quien después de haberse hecho a la vela y pasado a la isla de Hiera, anhelaba arribar a Erice sin que lo apercibiesen los enemigos, descargar el socorro, alijar sus navíos, tomar a bordo los mejores soldados y partir con Barca a batirse con los contrarios. Conocida la venida de Hannón, Lutacio comprendió sus ideas, tomó los mejores soldados del ejército de tierra, y se dirigió a la isla de Egusa, situada al frente de Lilibea. Donde exhorta a sus tropas como lo pedía la ocasión, y advierte a los pilotos que al día siguiente se daría la batalla. Al amanecer del otro día advirtió que a los cartagineses les soplaban un próspero y favorable viento, y que el aire contrario y la mar entumecida y alborotada dificultaba la navegación a los suyos. Al principio dudó qué partido tomar en tales circunstancias, mas reflexionando que si probaba fortuna durante la tempestad únicamente tendría que habérselas con Hannón, con las tropas que conducía y con los navíos cargados; y que por el contrario, si esperaba la bonanza y permitía con descuido que los enemigos pasasen y se incorporasen con los ejércitos de tierra, tendría que pelear con navíos ligeros y alijados, con la flor de las tropas de tierra, y lo que es más que todo, con el intrépido Amílcar, que era lo que más había que temer, decidió aprovecharse de la ocasión presente. Observando, pues, que los enemigos navegaban a toda vela, sale del puerto rápidamente, supera la destreza del marinero con facilidad la resistencia de las olas, despliega al instante su armada sobre una línea, y espera vuelta la proa al enemigo.

Los cartagineses, tan pronto advirtieron que los romanos les habían cortado el rumbo, amainan las velas, se alientan mutuamente en los navíos, y vienen a las manos con los contrarios. Era muy diferente el aparato de las dos armadas respecto del que habían tenido en la batalla naval de Deprana; no es de extrañar que el éxito de la acción fuese también diverso. Los romanos habían aprendido el arte de construir navíos, habían desembarcado toda la carga, a excepción de la necesaria para el combate; su marinería, amaestrada de antemano, les prestaba una gran ventaja; tenían a bordo lo mejor de las tropas de tierra, gentes que no sabían volver la cara al peligro. De parte de los cartagineses todo era al contrario. La sobrecarga inhabilitaba a los navíos para el combate; la marinería era absolutamente inexperta y puesta a bordo como se había presentado; los soldados recién alistados, y la primera vez que experimentaban los trabajos y peligros de la guerra. Habían considerado con desprecio y abandono la marina, por suponerse que los romanos jamás pensarían recobrar el imperio de la mar. Por cuyo motivo, inferiores en muchos grados de la acción, fueron vencidos con facilidad al primer choque. Cincuenta de sus navíos fueron hundidos, setenta apresados con sus tripulaciones, y los demás no se hubieran salvado en la isla de Hiera desplegadas las velas y viento en popa si una feliz e inopinada mutación de aire no les hubiera ayudado en el momento crítico. Tras de esto, el Cónsul romano marchó al ejército que estaba en Lilibea, donde tuvo una ardua labor en el arreglo de los navíos y prisioneros que había tomado; no eran muchos menos de diez mil los que había cogido vivos en esta batalla.

CAPÍTULO XVIII

Tratado de paz entre Roma y Cartago.- Consideraciones sobre esta guerra.- Situación de las dos repúblicas después de la paz.

Conocida por los cartagineses la nueva de esta inesperada derrota, por lo que hace al valor y honrosa emulación, se hallaban aún dispuestos para continuar la guerra, pero ignoraban cómo conducirla. Socorrer las tropas que estaban en Sicilia no les era posible, estando en posesión del mar sus contrarios. Abandonarlas y en cierto modo entregarlas, era quedarse sin tropas ni jefes con que hacer la guerra. Por cuyo motivo, participándosele seguidamente a Barca, pusieron en sus manos la seguridad del Estado. Éste se portó como sabio y prudente capitán. Mientras conservó alguna probable esperanza en sus tropas, nada omitió de cuanto se puede esperar de la intrepidez y arrojo. Intentó con la espada, cual ningún otro comandante, todos los medios de la victoria. Pero cuando mudaron de aspecto los negocios y se vio falto de recurso prudente para salvar a los de su mando, cuerdo y experimentado cedió a la necesidad, y despachó embajadores para tratar de paz y alianza. Tanto se admira la prudencia de un general en conocer el tiempo de vencer como el de renunciar a la victoria. Lutacio oyó con gusto la proposición, ya que estaba bien enterado de cuán deteriorados y debilitados se hallaban ya los intereses de Roma con esta guerra. Al fin se terminó la contienda (242 años antes de J. C.) con el tratado siguiente: *Habrá amistad entre cartagineses y romanos, si lo aprueba el pueblo romano bajo estas condiciones. Evacuarán los cartagineses toda la Sicilia; no moverán guerra a Hierón; no tomarán las armas contra los siracusanos ni contra sus aliados; restituirán sin rescate a los romanos todos sus prisioneros; pagarán a los romanos en veinte años dos mil y doscientos talentos eubeos de plata.*

Enviado a Roma este tratado, el pueblo, en vez de aprobar sus condiciones, despachó diez legados que inspeccionasen el asunto más de cerca. Cuando llegaron éstos, nada mudaron de lo principal; sólo sí

ampliaron algún tanto las circunstancias. Limitaron el tiempo de la contribución; añadieron a la cantidad mil talentos; y ordenaron que los cartagineses evacuasen todas las islas que están entre la Italia y la Sicilia. Con dichos pactos y de este modo se concluyó la guerra que hubo entre romanos y cartagineses sobre la Sicilia, tras de haber durado sin interrupción veinticuatro años; guerra la más larga, más continuada y de mayor nombre de cuantas tenemos noticia; guerra en la que, sin contar otras expediciones y preparativos de los que anteriormente hemos hecho mención, se combatió una vez, unidas ambas escuadras, con más de quinientas galeras de cinco órdenes, y otra con pocas menos de setecientas. Los romanos perdieron setecientas, contando las que perecieron en los naufragios; y los Cartagineses quinientas. A la vista de esto, los admiradores de las batallas navales y flotas de Antígono, Ptolomeo y Demetrio, al leer este pasaje, no les será posible mirar sin sorpresa la magnitud de estos hechos. Si a más de esto quisiese alguno tener en cuenta el exceso de las galeras de cinco órdenes respecto de los trirremes con que pelearon los persas contra los griegos, y los atenienses y lacedemonios entre sí, se encontrará con que jamás sobre el mar se batieron tan numerosas armadas. Por esto se evidencia lo que propuse al principio: que los romanos, no por fortuna o mera casualidad, como creen algunos griegos, sino con muy probables fundamentos, después de disciplinados con tales y tan grandes expediciones, no sólo emprendieron con arrojo el imperio y mando del universo, sino que llevaron al cabo su designio.

Sin embargo, ¿dudará alguno cuál es la causa que, señores del universo y árbitros ahora de un poder infinitamente más dilatado que el que antes tenían, no puedan tripular tantos navíos, ni poner sobre el mar tan numerosas escuadras? Mas esta duda será aclarada cuando vengamos a explicar la constitución de su gobierno. Esta es una cuestión de la que ni nosotros debemos hablar de paso, ni el lector mirar con indiferencia. Es asunto que merece atención y que casi ha sido desconocido, por decirlo así, hasta nuestros días, de los historiadores que de él han tratado; unos porque le han ignorado, otros porque le han manejado de un modo oscuro y totalmente infructuoso. Pero en la antes

mencionada guerra, cualquiera observará que eran semejantes los designios de una y otra república, iguales los conatos, igual la grandeza de alma, y sobre todo, igual la obstinada pasión de primacía. Es verdad que respecto de los soldados eran mucho más sobresalientes los romanos; pero también debemos apreciar como el más prudente y valeroso capitán de su tiempo a Amílcar, por sobrenombre Barca, padre natural de Aníbal, aquel que en la consecuencia hizo la guerra a los romanos.

Tras de la paz, fue peculiar y parecida la suerte de ambas repúblicas. Porque a los romanos se les siguió una guerra civil con los faliscos, que terminaron rápidamente y con ventaja, apoderándose en pocos días de su ciudad; y a los cartagineses por el mismo tiempo otra no pequeña ni de corta consideración, que tuvieron que sostener contra las tropas extranjeras, los númidas y los africanos cómplices de esta rebelión: en la cual, después de haber sufrido muchos e inminentes riesgos, aventuraron al fin no sólo su provincia, sino también sus personas y el suelo de su propia patria. Esta guerra merece por muchas razones que nos detengamos en su exposición, la que ejecutaremos breve y sumariamente, según el plan que nos propusimos al principio. Cualquiera, principalmente por lo que entonces ocurrió, se enterará de la naturaleza y circunstancias de esta guerra, llamada por muchos *implacable*. Esta fatalidad manifestará qué medidas y precauciones deben tomar de antemano los Estados que se sirven de tropas extranjeras; como asimismo cuánta y cuán grande diferencia hay entre las costumbres de una confusa y bárbara tropa y los usos de gentes civilizadas y educadas en las leyes del país: por último y lo que es lo principal los hechos de entonces nos instruirán de las causas por que se suscitó la guerra anibálica entre romanos y cartagineses sobre cuyos motivos, por no estar todavía de acuerdo ni los historiadores ni los mismos beligerantes, prestaremos un gran servicio a los amantes de la instrucción en proponerles la sentencia más verdadera.

CAPÍTULO XIX

Trátase de los orígenes de la guerra de los extranjeros contra Cartago.- Error de esta república de concentrar estas tropas dentro de Sicca.- Elección de jefes que hacen los amotinados.

Después que se ratificaron los tratados de paz antes mencionados (242 años antes de J. C.), Amílcar pasó el ejército que tenía en Erice a Lilibeá, y renunció el mando. Gescón, gobernador de la ciudad, se encargó de transportar estas tropas al África. Éste, previendo lo que había de ocurrir, embarcó prudentemente estas gentes por trozos y procuró que hubiese intervalos en su remisión a fin de dar tiempo a los cartagineses para satisfacerles lo que se les debía de sus sueldos conforme fuesen llegando; y despachados a sus casas, hacerles salir de Cartago antes de que llegasen las otras remesas. Este era el objeto de Gescón en enviarlos por partidas. Mas los cartagineses, exhaustos de dinero con los gastos anteriores, y convencidos de que si congregaban y aguardaban a todos en Cartago lograrían de ellos la remisión de alguna parte de los sueldos devengados, los mantuvieron allí con esta esperanza tal como iban llegando y los metieron dentro de la ciudad. Los frecuentes excesos día y noche, y sobre todo, el temor de los cartagineses a la multitud y a su natural incontinencia, obligó a rogar a sus jefes que mientras se les preparaban lo que se les debía y se esperaba a los que faltaban los llevasen todos a una ciudad llamada Sicca, entregando a cada uno una moneda de oro para sus urgencias. Los jefes aceptaron con gusto la salida y quisieron dejar en Cartago los equipajes, tal como habían ejecutado antes, en la inteligencia de que volverían pronto por sus sueldos. Pero los cartagineses temieron de que si estas tropas llegaban a venir con el tiempo, unos arrastrados del amor a sus hijos, y otros al de sus mujeres, parte rehusase salir absolutamente parte, aunque saliesen, los volviese a traer el afecto, de este modo se había incurrido en otros no menores desórdenes. El recelo de estos males les precisó, aunque con grande repugnancia, a hacer llevar con-

sigo los equipajes a los que de ningún modo querían. Reunidos en Sicca los mercenarios, y lograda la quietud y ocio que tanto tiempo hacía apetecían (el mayor inconveniente para tropas extranjeras, y el origen, por decirlo así, única causa de las sediciones), vivían licenciosamente. Al mismo tiempo algunos ociosos calculaban por mayor lo que se les debía de sus sueldos, hacían mayores cálculos que los verdaderos, y manifestaban que era preciso exigirlos de los cartagineses. A esto se añadía que recorriendo en su memoria las promesas hechas por los jefes, cuando les exhortaban en los peligros concebían magníficas esperanzas, y esperaban el logro de su reintegro.

No bien se habían congregado todos en Sicca, cuando marchó allá Hannón, gobernador por entonces de los cartagineses en el África; y lejos de satisfacer sus esperanzas y promesas, les dijo lo contrario: que la república, por lo gravoso de los impuestos y total escasez en que se encontraba, suplicaba le perdonasen una parte de los sueldos que por pacto les estaban debiendo. A causa de este discurso se levantó al instante una disensión y alboroto, y se originaron frecuentes corrillos, primero de cada nación, y después generales. Al no ser de un solo país ni hablar una misma lengua, todo el campo estaba lleno de confusión, desorden y tumulto. Los cartagineses, teniendo como tenían siempre a sueldo tropas de diferentes países, para lo que es precaver con facilidad una conspiración y mantener al soldado subordinado a sus jefes, usaban de una buena política en formar sus ejércitos de diferentes naciones; pero para lo que es instruir, mitigar y corregir a los que una vez errados se han dejado llevar de la ira, el odio o la sedición, era diametralmente contrario su sistema. Tales ejércitos, si la ira o el odio los arrebató alguna vez, no sólo cometen excesos como el común de los hombres, sino que se tornan crueles a manera de fieras y conciben las mayores inhumanidades. Bien a su costa lo experimentaron entonces los cartagineses. Se encontraban entre ellos españoles, celtas algunos ligures y baleares, muchos griegos mestizos, la mayoría desertores y siervos, pero en número más crecido africanos. De forma que ni se podía juntar a todos en un lugar para exhortarlos, ni se encontraba medio de conseguirlo. Pues ¿qué remedio? Poseer el general las len-

guas de cada nación, era imposible. Arengarlos por medio de intérpretes que les repitiesen una misma cosa cuatro o cinco veces parecía aún más dificultoso. Únicamente quedaba suplicarles y reconvenirles por medio de sus oficiales, y este era el expediente de que Hannón se valía de continuo. Pero ocurría también que éstos, o no comprendían lo que se les había dicho, o referían a sus tropas lo contrario de lo que habían pactado con Hannón, unos por ignorancia, y otros por malicia de que provenía estar todos llenos de incertidumbre, desconfianza y falta de trato. Además de esto, recelaban que los cartagineses con estudio, en vez de elegir aquellos jefes que hubiesen sido testigos de sus servicios en Sicilia, y autores de las promesas que se les habían hecho, habían enviado un hombre que no había presenciado ninguna de sus acciones. En fin, llenos de desprecio por Hannón, poco satisfechos de sus jefes particulares, e irritados contra los cartagineses, marchan contra Cartago y se acampan a ciento veinte estadios de distancia, en un lugar llamado Túnez, en número de más de veinte mil.

En ese momento fue cuando los cartagineses reconocieron su imprudencia, mas cuando ya no tenía remedio. Clásico fue el error de haber acantonado en un lugar tanta multitud de tropas extranjeras, mayormente cuando, si se ofrecía un lance, no tenían recurso alguno en los naturales, pero mayor lo fue aún haberles remitido sus hijos, sus mujeres y equipajes. Si hubieran retenido a éstos en rehenes, hubieran consultado ellos con más seguridad sus intereses y hubieran encontrado estas tropas más dóciles al consejo; en vez de que, atemorizados con el vecino campo, sufrieron toda bajeza con deseos de aplacar su furor. Les enviaban víveres en abundancia, y ellos los compraban fijándoles precio. El senado les disputaba continuamente senadores para prometerles que haría su voluntad a medida de su gusto, como estuviese en su mano. Mas ellos excogitaban cada día un nuevo antojo, ya porque el temor y consternación en que veían a los cartagineses había aumentado su valor, ya porque, ensoberbecidos con las expediciones realizadas en la Sicilia contra los ejércitos romanos, se hallaban en la creencia de que ni los cartagineses ni otra nación del mundo se atrevería fácilmente a presentárseles en batalla. Por lo cual, en el supuesto de que los cartagi-

neses les concederían sus sueldos, pasaban más adelante y exigían el precio de los caballos muertos; y una vez éste recibido, manifestaban que se les debían abonar los víveres que desde tanto tiempo se les estaba debiendo, a prorrata de la excesiva estimación que habían tenido durante la guerra. En resumen, mezclados de locos y sediciosos continuamente buscaban nuevo pretexto con que imposibilitar más el convenio. Al fin los cartagineses prometieron cuanto estaba de su parte, y se avinieron en remitir la presente contestación al arbitrio de uno de los generales que habían estado en la Sicilia. No les era posible ver a Amílcar Barca, con quien habían militado en esta isla, porque no habiéndoles venido a ver como diputado, y habiendo hecho voluntaria dimisión del mando, se hallaban en la creencia de que él era la principal causa de su desprecio. Pero amaban entrañablemente a Gescón, que había también mandado en la Sicilia y había hecho un aprecio particular de ellos en diferentes ocasiones, y principalmente en su conducción. Por tanto, le nombraron árbitro de sus disputas.

Partió por mar Gescón con el dinero, y apenas hubo arribado a Túnez, cuando convoca primero a los jefes, reúne después la tropa por naciones, les reprende de lo pasado, les instruye de lo presente; pero sobre toda los exhorta para adelante, rogándoles procedan reconocidos con aquellos de quienes habían recibido sueldo por tanto tiempo. Finalmente empieza a satisfacer las pagas que se les debían, haciendo su entrega por naciones. Se hallaba entre ellos un campanio, por nombre Spendio, siervo fugitivo de los romanos, hombre de gran fuerza y de una audacia temeraria para la guerra. Éste, temeroso de que, venido su señor, no le echase mano y le diese muerte de cruz, según las leyes romanas, no había cosa a que con dichos y hechos no se propasase, con el propósito de interrumpir el convenio. Acompañaba a éste cierto Mathos, africano, hombre libre y que había militado, pero que por haber sido el motor principal de los alborotadores pasados, por miedo de que recayese sobre él la pena en que había hecho incurrir a los demás, había entrado en las miras de Spendio. Éste, llevando aparte a los africanos, les hace ver que después que las otras naciones se hubiesen retirado a sus patrias con sus pagas, los cartagineses descargarían sobre

ellos la ira que abrigaban contra aquellas, y querrían con su castigo atemorizar a todos los africanos. Los soldados, conmovidos con semejantes palabras, bajo el leve pretexto de que Gescón satisfacía, sí, los sueldos, pero difería el precio de los víveres y los caballos, se dirigen de tropel a la asamblea. Oían y escuchaban con atención a Spendio y Mathos, que acusaban y difamaban a Gescón y a los cartagineses; pero si algún otro se acercaba a darles consejo, sin esperar a saber si venía con animo de asentir o contradecir a Spendio, inmediatamente le mataban a pedradas. Muchos murieron de este modo en estas conmociones, tanto oficiales como soldados. No entendían más palabra común que esta: *tírale*, como que de continuo lo estaban practicando, en especial cuando borrachos se reunían después de comer. Y de este modo, lo mismo era comenzar a decir uno *tírale*, se llevaba a cabo con tal prontitud por todas partes, que era imposible escapar el que una vez se acercaba. Finalmente, no atreviéndose nadie por lo dicho a dar su voto, eligieron por jefes a Mathos y Spendio.

CAPÍTULO XX

Declaración de la guerra.- Crítica situación a que se ven reducidos los cartagineses.- Sitios de Utica e Hippacrita.- Incapacidad de Hannón.

No pasaba desapercibido para Gescón cuanto ocurría en la conmoción y tumulto; mas prefería a todo la utilidad de su patria. Consideraba que una vez enfurecidos estos sediciosos, arriesgaba visiblemente Cartago todo sus intereses; por cuyo motivo se presentaba a ellos insistía en reducirlos; unas veces atraía a sí los más importantes, otras los convocaba y exhortaba por naciones. Al mismo tiempo los africanos vinieron insolentemente a pedir las raciones de pan que no habían recibido y creían se les estaban debiendo; pero Gescón en castigo de su altanería, ordenó que fuesen a pedir a Mathos su jefe. Esto les irritó de tal forma que sin más (240 años antes de J. C.) empezaron primero a arrebatar el dinero que estaba presente, y después a echar mano a Gescón y a los cartagineses de su comitiva Mathos y Spendio, en la creencia de que si cometían algún atentado contra ley y derecho se encendería de este modo cuanto antes la guerra, coadyuvaban a los desvaríos de la multitud. Saquearon el equipaje y dinero de los cartagineses, ataron ignominiosamente a Gescón y sus compañeros, los metieron en la cárcel y declararon finalmente la guerra públicamente a Cartago, violando el derecho de gentes por la conjuración más impía. Tal es la causa y origen de la guerra contra los extranjeros, llamada asimismo guerra de África. Mathos, evacuado que hubo estos negocios, envió al instante legados a las ciudades de África, proclamando libertad y rogando le socorriesen y tomasen parte en el asunto. En casi todos los pueblos halló buena disposición para rebelarse contra los cartagineses y para enviarle gustosamente víveres y socorros. Por lo que, dividido el ejército en dos partes, emprendió con la una sitiar a Utica, y con la otra a Hippacrita, por no haber querido entrar en la rebelión estas ciudades.

Los cartagineses, habituados siempre a pasar las necesidades privadas de la vida con lo que daba de sí su territorio, pero a recoger las provisiones públicas y aparatos de guerra de lo que les redituaba el África, y a formar sus ejércitos de tropas extranjeras, se hallaban entonces en grande consternación y desconfianza, al considerar que no sólo estaban privados inesperadamente de todos estos auxilios, sino que cada uno de ellos se había tornado en su perjuicio: tan inopinado era el lance que les pasaba. Aniquilados con la continuada guerra de Sicilia, esperaban que, ajustada la paz, gozarían de algún reposo y tranquilidad apetecible. Pero les sucedió al contrario. Se les originó otra guerra mayor y más formidable. Antes contendían con los romanos sobre la Sicilia, pero ahora tenían que sostener una guerra civil, donde iban a arreglar su propia salud y la de la patria. Añadíase a esto que, como habían salido mal en tantas ocasiones, su hallaban sin provisión de armas, sin fuerzas marítimas, sin pertrechos navales, sin acopios de víveres y sin la más leve esperanza de que les socorriesen desde el exterior sus amigos o aliados. Entonces comprendieron claramente cuánta diferencia haya de una guerra extraña y ultramarina a una doméstica sedición y civil alboroto. Pero ellos mismos habían sido los autores de estos y otros semejantes infortunios.

En la guerra anterior habían tratado con dureza a los pueblos de África, imaginándose que tenían justas razones para exigir de la gente de la campaña la mitad de todos sus frutos, y de los habitantes de las ciudades otro tanto más de tributos que antes pagaban, sin que hubiese remisión o condescendencia con ninguno, por pobre que fuese. De los intendentés admiraban y honraban, no a aquellos que se habían portado con humanidad y dulzura con los pueblos, sino a los que habían reunido más provisiones y pertrechos, aunque a costa del mayor rigor con el paisanaje. De esta clase era Hannón. Y por tal motivo, las gentes, no digo persuasión, una insinuación sola necesitaban para rebelarse. Las mujeres, que hasta entonces habían presenciado sin emoción llevar a la cárcel a sus maridos y parientes por el pago de los impuestos, conjuradas ahora en las ciudades, hacían alarde de no ocultar nada de sus efectos, desprendiéndose de sus adornos y llevándolos para pago de las

tropas. De esta manera recogieron tanto dinero Mathos y Spendio, que no sólo satisficieron los sueldos devengados a los extranjeros y las promesas hechas para empeñarlos en la rebelión, sino que tuvieron con qué proseguir la guerra con abundancia. Tan verdad como esto es que el que quiere gobernar bien, debe no sólo mirar a lo presente, sino extender también sus miras a lo futuro.

Rodeados de tantos males, los cartagineses, habiendo concedido a Hannón el mando, por haberles sujetado antes aquella parte del África situada alrededor de Hecatontapila, reunieron extranjeros, armaron los ciudadanos que tenían edad competente, ejercitaron e instruyeron la caballería de la ciudad, y aprestaron el resto de buques de tres y cinco órdenes que había quedado, con un gran número de lanchas. Mientras tanto Mathos, habiendo acudido a sus banderas hasta setenta mil africanos, divididos en dos trozos, sitiaba sin riesgo a los uticenses y a los hippacritas, y tenía bien asegurado el campo de Túnez, con lo que cortaba a los cartagineses la comunicación con toda el África exterior. Se halla Cartago situada en un golfo que, adentrándose en el mar, forma la figura de una península, rodeada casi por todas partes, ya por el mar, ya por el lago. El istmo que la une con el África mide veinticinco estadios de anchura. La ciudad de Utica está ubicada no lejos de esta parte que mira al mar, y de la otra Túnez, junto al lago. Sobre estos dos lugares acampados los extranjeros, cortaban a los cartagineses la comunicación de la provincia, amenazaban a la ciudad, y con continuos rebatos que día y noche daban a sus muros, ponían en gran terror y espanto a los sitiados.

Mientras tanto Hannón realizaba los esfuerzos posibles para acumular municiones. Éste era todo su talento; pero colocado al frente de un ejército, parecía otro hombre. Se aprovechaba mal de las ocasiones, y se portaba con poca pericia y actividad en todos los asuntos. Cuando se dirigió a Utica a prestar socorro a los cercados, atemorizó a los enemigos con el número de elefantes, que no bajaban de ciento; y aunque al principio tuvo toda la ventaja de su parte, hizo un uso tan malo de ella, que puso en riesgo de perderse hasta los mismos cercados. Había traído de Cartago las catapultas, máquinas y demás pertre-

chos para un asedio, había sentado su campo delante de Utica y emprendido atacar el real de los enemigos. Efectivamente, los elefantes se arrojaron al campo contrario, y los enemigos, no pudiendo soportar la fuerza e ímpetu, tuvieron todos que abandonar los reales. La mayoría de ellos murieron heridos por las fieras; la parte que se salvó hizo alto en una colina escarpada y sembrada de árboles, afianzando su seguridad en el mismo sitio. Entonces Hannón, habituado a pelear con númeradas y africanos, los cuales, si una vez llegan a retroceder, huyen y se distancian dos o tres jornadas en la creencia de haber dado fin de los enemigos y haberlos vencido completamente, abandona absolutamente sus soldados y la defensa del campo, penetra en la ciudad y se entrega a las delicias del cuerpo. Los extranjeros que se habían refugiado en la colina, partícipes del valor de Barca y acostumbrados con los combates que habían sostenido en la Sicilia a retroceder y volver a atacar al enemigo repetidas veces en un mismo día; cerciorados entonces de que el General se había retirado a la ciudad, y los soldados con la ventaja andaban ociosos y desbandados fuera del campo, se reúnen, atacan las trincheras, matan a muchos, obligan a los demás a huir vergonzosamente bajo los muros y puertas de Utica, y se apoderan de todo el bagaje y provisión que tenían los cercados; los cuales sacados de la ciudad con otros pertrechos, cayeron por culpa de Hannón en poder de los contrarios. No fue ésta la única ocasión en que este General incurrió en tanto descuido. Pocos días más tarde, situados al frente los enemigos junto a un lugar llamado Gorza, ofreciéndole proporciones la inmediación del campo contrario para vencerlos dos veces en batalla ordenada y otras dos por sorpresa, ambas las dejó escapar por imprudencia y sin saber cómo.

CAPÍTULO XXI

Sucesión de Amílcar en el mando.- Tránsito del Macar.- Derrota de los rebeldes junto a este río.- Abandona Naravaso el partido de éstos.- Victoria de Amílcar.- Su clemencia con los prisioneros.

Viendo los cartagineses, lo mal que manejaba Hannón sus intereses, otorgaron (240 años antes de J.) por segunda vez el mando a Amílcar, por sobrenombre Barca, y le enviaron por jefe a la presente expedición haciéndole entrega de setenta elefantes, las tropas extranjeras que pudieron levantar, los desertores de los enemigos, junto con la caballería e infantería de ciudad, en total alcanzando diez mil hombres. El esperado ímpetu de su primera salida infundió tanto miedo a los enemigos, que abatió sus espíritus, les hizo levantar el sitio de Utica y puso de manifiesto que correspondía dignamente a sus anteriores acciones a la expectativa que de él el pueblo se había formado. La serie de lo que realizó en esta campaña es como sigue.

En la cordillera de montañas que une a Cartago con el África existen unas eminencias impracticables, donde los caminos que conducen a esta región son artificiales. Mathos había defendido con presidios todos los lugares oportunos de estas colinas. Además, el Macar casi siempre invadible por la abundancia de sus aguas, cerraba igualmente por algunas partes a los de la ciudad la salida a la provincia. El único puente que se halla en este río lo custodiaba Mathos con diligencia, habiendo construido en su inmediación una ciudad. De que provenía que los cartagineses, no sólo no podían entrar tierra adentro con ejército, pero ni aun los particulares que querían pasar les era fácil sin ser vistos de los contrarios. Amílcar, dándose cuenta después de haber intentado todos los medios y recursos, le era aun imposible su tránsito, encontró este expediente. Había observado que cuando soplaban ciertos vientos, se cegaba con arena la boca del río al desaguar en el mar, y que el cieno formaba un paso en la misma embocadura. Dispuesto el ejército para la marcha, sin comunicar a nadie su designio, observaba

que ocurriese lo que hemos dicho. Efectivamente, llegada la ocasión, parte por la noche, y sin que nadie lo perciba, pasa al amanecer sus tropas por este sitio. Todos admiraron su arrojo, los de la ciudad y los enemigos; pero él, mientras, avanzaba por el llano y dirigía su ruta hacia los que defendían el puente.

A la vista de esto, Spendio sale al encuentro al llano, y es sostenido a un mismo tiempo de cerca de diez mil hombres que salieron de la ciudad edificada junto al puente, y de más de quince mil que vinieron de Utica. Después que unos y otros estuvieron al frente, los rebeldes, suponiendo haber cogido en medio a los cartagineses, comunican con sigilo las órdenes, se exhortan a sí mismos y vienen a las manos. Mientras tanto Amílcar proseguía su camino, puestos en la vanguardia los elefantes, en el centro la caballería e infantería ligera, y en la retaguardia los pesadamente armados. Mas advirtiendo que los enemigos atacaban con precipitación, manda invertir el orden de toda la armada; a los que se hallaban en la primera línea ordena que por un cuarto de conversión retrocedan rápidamente, y a los que estaban antes en la última les hace desfilar por los costados y los sitúa al frente del enemigo. Los africanos y extranjeros, en el convencimiento de que los cartagineses huían de miedo, abandonan la formación, los atacan y vienen con vigor a las manos. Pero apenas la caballería, por una mutación, se aproximó a sostener a los que se hallaban formados y a cubrir el resto del ejército, cuando los africanos, que habían acometido temerariamente y a pelotones, asombrados con este extraordinario movimiento, huyeron. Cayeron después sobre los que tenían detrás, y desordenados, ocasionaron la perdición a sí y a sus compañeros. La mayoría fueron atropellados por la caballería y elefantes que iban en su alcance. Perecieron unos seis mil entre africanos y extranjeros, y se hicieron dos mil prisioneros. Los demás se salvaron, parte en la ciudad construida junto al puente, parte en el campo de Utica. Amílcar, lograda de este modo la victoria, marchó en persecución del enemigo. Tomó por asalto la ciudad inmediata al puente, desamparándola y huyendo a Túnez los que estaban dentro, después batió lo restante del país, sometió algunos pueblos y tomó los más por la fuerza. De este modo recobró algún

tanto el espíritu y valor de los cartagineses, desterrando la desconfianza en que hasta entonces habían vivido.

Mathos entretanto insistía en el cerco de los hippacritas y aconsejaba a Autarito, comandante de los galos, y a Spendio cercase al enemigo; pero que evitasen los llanos por el número de su caballería y elefantes, costearan las laderas y atacasen siempre que le viesan en algún embarazo. Con este propósito, envió a los númidas y africanos para que le enviasen socorro y no dejaran pasar la ocasión de recobrar su libertad. Spendio, por su parte, entresacados seis mil hombres de las diversas naciones que había en Túnez, costeaba las montañas haciendo frente a los cartagineses. Traía también consigo dos mil galos, al mando de Autarito, porque los demás que habían militado al principio bajo sus órdenes se habían pasado a los romanos durante el campo de Erice. Sucedió, pues, que los socorros de númidas y africanos vinieron a incorporarse con Spendio, al tiempo que Amílcar estaba acampado en cierta llanura, coronada por todas partes de eminencias. Situados de repente los africanos al frente, los númidas a la espalda y Spendio al costado, pusieron a los cartagineses en gran aprieto e inevitable peligro.

Existía por este tiempo un tal Narvaso, númida de nación, uno de los más nobles entre los suyos y lleno de espíritu castrense. Éste había siempre profesado a los cartagineses cierta inclinación secreta, heredada de sus padres, pero entonces se manifestó más en él por el sobresaliente mérito del general Amílcar. Convencido de que se le presentaba bella ocasión de convenirse y reconciliarse con los cartagineses, llega al campo acompañado de cien númidas, se aproxima a la trinchera y se detiene con valor haciendo señas con la mano. Amílcar, sorprendido de su arrojo, le envía un caballero, a quien responde que quiere tener una conferencia con el General. En esta duda y desconfianza se hallaba aún el Comandante cartaginés, cuando Narvaso, entregando su caballo y armas a los que le acompañaban, entra desarmado dentro de los reales con gran confianza. A todos admiró y dejó absortos su osadía; sin embargo, le recibieron y condujeron al Comandante. Narvaso empezó su discurso diciendo que apreciaba en general

a los cartagineses, pero que sobre todo deseaba ser amigo de Amílcar; que el motivo de su venida era a reconciliarse con él, para tener parte sin rebozo en todas sus operaciones y designios. Este discurso, la confianza con que el mozo había venido y la sencillez con que hablaba, causaron tal complacencia en Amílcar, que no sólo aceptó con gusto recibirlo por compañero de sus operaciones, sino que le prometió con juramento darle su hija en matrimonio si guardaba fidelidad a los cartagineses.

Realizada esta alianza, llegó Narvaso con dos mil númidas que tenía bajo su mando. Con este socorro Amílcar colocó su ejército en batalla. Los de Spendio, incorporados con los africanos, bajan todos al llano y vienen a las manos. El combate fue rudo, pero venció Amílcar. Los elefantes tuvieron mucha parte en la acción; pero Narvaso se distinguió sobre todos. Autarito y Spendio huyeron. De los demás, diez mil quedaron sobre el campo y cuatro mil fueron hechos prisioneros. Conseguida la victoria, el cartaginés dio licencia a los prisioneros que quisieron para militar bajo sus banderas y los armó con los despojos de los enemigos, y a los que no, reuniéndolos, les dijo que les perdonaba los yerros hasta entonces cometidos, bajo cuyo supuesto dejaba al arbitrio de cada uno el retirarse donde más le conviniese; pero les amenazaba que si sorprendía a alguno llevando las armas contra los cartagineses, sería castigado sin remisión.

CAPÍTULO XXII

Pérdida de Cerdeña.- Crueldades cometidas por Mathos y Spendio contra el derecho de gentes.- Consideraciones sobre este punto.

Durante este mismo tiempo (239 años antes de J. C.) los extranjeros que se hallaban de guarnición en la isla de Cerdeña, a ejemplo de Mathos y Spendio se alzaron en rebelión contra los cartagineses que allí había; habiendo encerrado en la ciudadela a Bostar, jefe de las tropas auxiliares, le quitaron la vida junto con sus conciudadanos. Los cartagineses mandaron allá al capitán Hannón con nuevas tropas; pero éstas le abandonaron, se pasaron a los rebeldes, y apoderadas de su persona, al punto le crucificaron. Meditaron después toda clase de tormentos para terminar con los cartagineses que habían quedado en la isla. Y finalmente sojuzgadas las ciudades, gobernaron con imperio Cerdeña, hasta que sublevados contra los del país, fueron arrojados por éstos a la Italia. De este modo como los cartagineses perdieron la Cerdeña, isla considerable por su extensión, población y producciones. Repetir ahora lo que tantos y tan dilatadamente han dicho de ella, me parece excusado, cuando todos lo confiesan.

Mathos, Spendio y el galo Autarito, temerosos de la humanidad de Amílcar para con los prisioneros, recelosos de que los africanos y la mayoría de extranjeros, llevados de este atractivo, no corriesen a la inmunidad que se les ofrecía, deliberaron cómo idearía alguna nueva impiedad con que las tropas se enfureciesen hasta el extremo contra los cartagineses. Decidieron que los convocarían a todos, y hecho esto, entraría en la junta un mensajero con una carta, como enviado de la Cerdeña por los cabecillas de aquella rebelión. La carta indicaría que tuviesen especial cuidado con Gescón y todos sus compañeros, a quienes había faltado a la fe en Túnez, como más arriba apuntamos, porque había algunos en el ejército que mantenían tratos secretos con los cartagineses para libertarlo. Efectivamente, Spendio, bajo de esto falso pretexto, exhorta primero a los suyos a que no crean en la humanidad

del Comandante cartaginés para con los prisioneros, pues por este medio no se había propuesto salvar la vida a los cautivos, sino apoderarse de los demás con el perdón de aquellos y castigar a todos si confiaba en sus palabras. Tras de esto les aconseja se abstenga de enviar a Gescón, si no quieren incurrir en el escarnio de los enemigos y ocasionar el mayor perjuicio a sus intereses permitiendo marchar a un hombre de su consecuencia y tan excelente capitán, que con toda seguridad vendrá a ser contra ellos su más terrible enemigo. Aun no había terminado de proferir estas palabras, cuando he aquí que se presenta otro mensajero, aparentando que venía de Túnez, con otra carta de igual contenido que la de Cerdeña.

Entonces tomó la palabra el galo Autarito, y manifestó: -El único medio de salvar los negocios es renunciar a todas las promesas de los cartagineses. Mientras se confíe en su humanidad no se podrá entablar con ellos alianza verdadera. Supuesto lo cual les suplicaba que creyesen a aquellos, oyesen a aquellos y les escuchasen a aquellos que les propusiesen las mayores ofensas y crueldades contra los cartagineses, y reputasen por traidores y enemigos a los que les inspirasen los sentimientos contrarios.- Dicho esto, les exhorta y aconseja quiten la vida con la mayor ignominia a Gescón, a todos los que habían sido cogidos con él y a los prisioneros que en adelante se hiciesen de los cartagineses. El voto de éste era el de mayor peso en las juntas, porque la tropa entendía sus discursos. El trato continuado con los soldados le había enseñado a hablar el fenicio, y la larga duración de la guerra había precisado a los más a usar de esta lengua cuando se saludaban. Por cuyo motivo todos le aplaudieron a una voz, y él se retiró colmado de elogios. Aproximáronse después muchos de cada nación y desearon, por los beneficios recibidos de Gescón, interceder por su suplicio. Al hablar muchos a un tiempo y cada uno en su propia lengua, no se entendía nada de cuanto proferían. Pero después que se supo con certeza que intercedían por su castigo, y alguno de los que estaban sentados dijo: «*mátalos todos*», inmediatamente mataron a pedradas a cuantos se acercaron. Mientras que los parientes sacaban fuera a estos infelices como si hubieran sido destrozados por las fieras, los soldados de Spen-

dio se apoderan de Gescón y sus compañeros, que eran hasta setecientos, los llevan fuera del atrincheramiento, los sitúan a corta distancia del campo y les cortan primero las manos, empezando por Gescón; este hombre, a quien poco antes habían preferido entre todos los cartagineses, habían reconocido por su bienhechor y puesto por árbitro de sus diferencias. Luego de realizada esta operación, amputan a estos infelices los extremos de todos los miembros, los mutilan, rompen las piernas, y, vivos aún, los arrojan en un hoyo.

Los cartagineses, conocido este infortunio y sin medio para satisfacer su resentimiento, se lamentaron, sintieron en el alma su desgracia y cursaron orden a Amílcar y a Hannón, otro de los comandantes, encargándoles socorriesen y vengasen a estos infelices. Despacharon también reyes de armas a aquellos ímpíos ara recobrar los cadáveres. Mas ellos, lejos de entregarles, advirtieron a los emisarios que ni reyes de armas ni diputados enviasen otra vez, so pena de que sufrirían igual castigo que Gescón. Efectivamente, publicaron un bando de común acuerdo para que al cartaginés que se apresase en adelante se le hiciese morir en el tormento, y al que fuese aliado, se le enviase de nuevo, cortadas las manos: ley que se observó en adelante con todo rigor.

A la vista de esto, cualquiera diría sin reparo que el cuerpo humano y algunas llagas o tumores que en él se engendran se enconan y se tornan completamente incurables, con mucha más razón los ánimos. Existen heridas que, si se las aplica remedio, tal vez éste las irrita y apresura su progreso: si se las omite, su maligna naturaleza corroe las partes próximas, y no se detiene hasta que causa la ruina al cuerpo que las padece. De igual modo en los ánimos se engendran muchas veces tales malignos vapores y enconos, que conducen al hombre a excesos de impiedad y fiereza sobre todos los animales. Con tales hombres, si usas de conmisericordia y dulzura, éste en su opinión es un dolo y artificio que los hace más desconfiados e irreconciliables con sus bienhechores. Si, por el contrario, te vales del castigo y te opones a su furor, no hay crímenes ni atentados de que no sean capaces, calificando de virtud semejante audacia, hasta que convertidos en fieras se desprenden de todo sentimiento de humanidad. Entiéndase que el desarreglo de

costumbres y la mala educación en la infancia son el origen y causa principal de este desorden; bien que hay otras muchas que participan, tales son principalmente los malos tratamientos y la avaricia de los jefes. Buen ejemplo tenemos en lo que entonces aconteció en todo el cuerpo de tropas extranjeras, y sobre todo en los que las mandaban.

CAPÍTULO XXIII

Situación de los cartagineses.- Sitio de Cartago.- Socorros de Hierón y de los romanos.- Los rebeldes imploran la paz acuciados por el hambre.

Condolido Amílcar del desenfreno de los enemigos, manda a llamar a Hannón, persuadido de que juntos los dos ejércitos finalizarían más pronto los negocios. Los enemigos que cogían, a unos los mataban por derecho de represalias; a otros, si eran traídos vivos a su presencia, los arrojaba a las fieras, creyendo ser este el único medio de exterminar del todo a los rebeldes. Ya parecía a los cartagineses que tenían esperanzas más lisonjeras del estado de la guerra, cuando por un universal y repentino trastorno volvieron atrás sus intereses. Lo mismo fue unirse los dos jefes, que llegar a tal punto sus discordias, que no sólo desaprovecharon las ocasiones de batir a sus contrarios, sino que sus debates ofrecieron a éstos muchas proporciones de ejecutarlo en su perjuicio. Enterada de esto la República, ordenó que uno de los Generales saliese del campo y el otro permaneciese, dejándolo a elección de las tropas. Además de esto, aconteció que los convoyes procedentes de los lugares llamados por ellos *emporios*, sobre que fundaban la principal esperanza de los comestibles y demás municiones, fueron del todo inundados por el mar durante una tempestad. La isla de Cerdeña, que les prestó siempre grandes socorros en las urgencias, había pasado a ajeno dominio, como hemos mencionado. Y lo que es más que eso, las ciudades de Hippacrita y Utica, las únicas de toda el África que les habían quedado, las que no sólo habían sostenido con energía la presente guerra, sino que habían permanecido constantes en el tiempo de Agatocles y en la invasión de los romanos, y, en una palabra, las que jamás habían querido cosa en contra de los intereses de Cartago, habían dejado ahora su partido, se habían pasado sin justo motivo a los rebeldes, y su desertión había producido instantáneamente con éstos la más estrecha amistad y confianza, así como excitado contra ellos la ira

y odio más implacable. Dieron muerte y arrojaron por los muros a todos los quinientos hombres que habían venido en su socorro con su jefe, entregaron la ciudad a los africanos, y no permitieron a los cartagineses dar sepultura a los muertos, por más que los suplicaron.

Estos acontecimientos ensoberbecieron tanto Mathos y Spendio, que empezaron a poner sitio a la misma Cartago. Pero Amílcar, asociándose con el capitán Aníbal (éste era a quien el Senado había enviado a la armada, después que los soldados, por la autoridad que la República les había conferido para ajustar diferencias de los dos jefes, tuvieron a bien que Hannón se separase); Amílcar, digo, llevando consigo a éste y a Naravaso, batía la campaña, y cortaba los convoyes a Mathos y Spendio. Naravaso el nómada le fue de suma utilidad, tanto en esta como en otras expediciones. Este era el estado de las armadas, que actuaban a campo raso.

Los cartagineses, cercados por todas partes, se vieron precisados a recurrir a las ciudades aliadas. Hierón, siempre atento a la guerra presente, tenía cuidado en enviarles cuanto le pedían. Pero especialmente manifestó sus deseos en esta ocasión, convencido de que le interesaba, para mantener su poder en la Sicilia y conservar la amistad de los romanos, mirar por la salud de los cartagineses, para no dejar a la voluntad del vencedor ejecutar sus proyectos sin obstáculo. Efectivamente, reflexionaba con toda prudencia y cordura. Pues nunca se debe perder de vista la máxima de no dejar a una potencia engrandecerse tanto, que no se la pueda contestar después, aun en aquello que nos pertenece de derecho. Los romanos asimismo les dieron, en virtud del tratado, cuanto podían después aunque al principio hubo motivos para ciertas desavenencias entre los dos pueblos, por haberse ofendido los romanos de que los cartagineses detuviesen en sus puertos a los que navegaban de Italia a África con víveres para los enemigos, y tuviesen ya en prisión casi quinientos hombres de esta clase; reintegrados después de todos a instancia de los diputados que llegaron a este efecto, procedieron tan reconocidos, que inmediatamente cedieron a los cartagineses en recompensa los prisioneros que les quedaban aun de la guerra de Sicilia. Y desde aquel instante les suministraron prontamente

y con humanidad cuanto les pidieron. Facultaron sus comerciantes para extraer de continuo lo necesario para los cartagineses, y lo prohibieron para los rebeldes. No quisieron acceder a la propuesta de los extranjeros de Cerdeña, que habían abandonado por este tiempo el partido de los cartagineses y les convidaban con la isla. No admitieron a los de Utica, que voluntariamente se entregaban, ateniéndose al tenor de los aliados que hemos apuntado, se pusieron los cartagineses en estado de sufrir el asedio.

Mathos y Spendio no menos eran sitiados que sitiaban. Amílcar los había reducido a tal escasez de lo necesario, que se vieron precisados finalmente a levantar el asedio. Poco tiempo después, estos rebeldes, reunida la flor de las tropas extranjeras y africanas, cuyo total ascendía a cincuenta mil hombres con los que mandaba Zarjas el africano, decidieron volverse a poner en campaña y observar de cerca al enemigo. Huían de los llanos, por temor a los elefantes y caballería de Naravaso; mas procuraban con anticipación ocupar los lugares montuosos y desfiladeros. En todo este tiempo se observó que en el ímpetu y ardimiento no cedían a los contrarios, aunque regularmente eran vencidos por su impericia. Entonces nos manifestó la experiencia cuanto exceso haya de un talento práctico de mandar acompañado de principios, a una impericia y ejercicio militar adquirido sin reglas. Amílcar a veces atraía a encuentros particulares un trozo de tropas, y como hábil jugador de dados las cercaba y las hacía las piezas; otras, aparentando desear una acción general, daba muerte a unos conduciéndolos a emboscadas que no preveían, y aterraba a otros noche y día dejándose a ver de improviso y cuando menos lo esperaban. A cuantos cogía vivos los arrojaba a las fieras. Finalmente, habiéndose acampado, cuando menos se pensaba, cerca de los enemigos en un lugar incómodo para ellos y ventajoso para su ejército, los colocó en tal aprieto, que sin aliento para aventurar un trance ni facultad para evitarle, a causa del foso y trinchera que por todas partes los cercaba, al cabo forzados por hambre se vieron precisados a comerse unos a otros, dando la Divinidad la recompensa merecida a la crueldad y barbarie con que habían procedido con sus semejantes. Sin ánimo para salir al combate, seguros

de la ruina y castigo de los que fuesen apresados, y sin ocurrírseles hacer mención de concertos, a la vista de los excesos cometidos, sufrían el pasar por todo en su perjuicio, fiados en los socorros de Túnez que sus jefes les habían prometido.

Pero finalmente se consumieron los prisioneros con que la crueldad los alimentaba, se terminaron los cuerpos de los esclavos, se les frustró el socorro de Túnez, y la tropa, hostigada de males, prorrumpió en amenazas contra sus jefes. Entonces Autarito, Zarjas y Spendio decidieron entregarse a los enemigos y tratar de concierto con Amílcar. Logrado el salvoconducto de su embajada por medio de un rey de armas que enviaron, llegaron al campo contrario, y Amílcar efectuó con ellos este tratado: *Será lícito a los cartagineses escoger de los enemigos diez personas, las que ellos quieran; y a los demás se les remitirá con su vestido.* Ratificado el tratado, Amílcar dijo al instante que escogía a los presentes según el convenio, y de esta forma los cartagineses se apoderaron de Autarito, Spendio y otros capitanes los más distinguidos. Los africanos, después que supieron la retención de sus jefes, sospechando que habían sido vendidos, por ignorar el tenor de los tratados, acudieron a las armas con este motivo; pero Amílcar los rodeó con los elefantes y demás tropas, y los pasó a cuchillo a todos, en número de más de cuarenta mil. El lugar donde acaeció esta acción se llama *Sierra*, por la similitud que tiene su figura con este instrumento.

CAPÍTULO XXIV

Sitio y ataque de Túnez.- Sorpresa del campamento de Aníbal por Mathos.- Muerte de éste.- Batalla decisiva.- Cesión de la Cerdeña a los romanos.

La mencionada victoria (239 años antes de J. C.) volvió a inspirar en los cartagineses mejores esperanzas para el futuro, en medio de que ya se hallaban privados de todo remedio. Más tarde Amílcar, Naravaso y Aníbal batieron la campaña y las ciudades. Sometidas las más de éstas con la rendición de los africanos, a quienes la victoria anterior hacía pasar a su partido, llegaron a Túnez y emprendieron sitiar a Mathos. Aníbal asentó su campo delante de aquel lado de la ciudad que mira a Cartago, y Amílcar el suyo al lado opuesto. Después, llevando a Spendio y demás prisioneros cerca de los muros, los crucificaron a la vista de los enemigos. Mathos, que se apercibió del descuido y exceso de confianza con que Aníbal se portaba, ataca su atrincheramiento, da muerte a muchos cartagineses, hace abandonar el campo a los soldados y se apodera de todo el bagaje. Coge vivo al mismo Aníbal, le conduce al instante a la cruz que había servido para Spendio, y luego de los más excesivos tormentos, quita a aquel, sustituye a éste vivo en su lugar, y degüella a treinta cartagineses, los más ilustres, alrededor del cuerpo de Spendio: como si la fortuna de intento anduviese ofreciendo alternativas ocasiones a una y otra armada de ejecutar entre sí los mayores excesos de venganza. Llegó tarde a conocimiento de Amílcar la irrupción de los enemigos, por la distancia que había entre los dos campos, y ni aun después de sabida acudió en su socorro, por las dificultades que mediaban en el camino. Por lo cual, levantando el campo de Túnez, llegó al Macar y se apostó a la embocadura de este río en el mar.

La noticia de esta inopinada derrota volvió a abatir y consternar a los cartagineses. Recobrados hasta aquí algún tanto los ánimos, cayeron otra vez en el mismo desaliento. Pero no por eso desistieron de aplicar los remedios conducentes a la salud. Enviaron al campo de

Amílcar treinta personas que escogieron del Senado, al capitán Hannón que ya había mandado en esta guerra, y a todos los que habían quedado en edad de llevar las armas, ya que éste era el último esfuerzo. Recomendaron encarecidamente a los senadores que ajustasen de todos modos las anteriores diferencias de los dos jefes, y les persuadiesen a obrar de concierto, presentarles el estado actual de la república. Después que por medio de muchas y diversas conferencias reunieron a Hannón y a Amílcar en un mismo lugar, consiguieron de ellos el que se aviniesen y rindiesen a sus persuasiones, y en consecuencia unánimes en los pensamientos obraron en todo a beneficio del Estado. Mathos, o bien se le armasen emboscadas o bien se le persiguiese, ya alrededor de Lepta, ya alrededor de otras ciudades, saliendo siempre con lo peor en estos particulares encuentros, resolvió al fin que una acción general decidiese el asunto, partido que acogieron con gusto los cartagineses. Con este fin, unos y otros convocaron a la batalla a todos sus aliados, y reunieron las guarniciones de las ciudades, ya que iban a aventurar toda su fortuna. Cuando todo estuvo dispuesto para la empresa, se ordenaron en batalla y vinieron a las manos de común acuerdo. La victoria se inclinó del lado de los cartagineses. Los más de los africanos perecieron en la misma acción; los demás se salvaron en cierta ciudad, y poco después se rindieron. Mathos fue apresado vivo.

Después de la batalla las demás partes del África se entregaron al instante al vencedor; sólo las ciudades de Hippacrita y Utica, privadas de todo pretexto para implorar la paz, ya que desde sus primeros arrojos no habían dejado lugar al perdón y misericordia, persistieron en la rebelión. Tan conducente como esto es aun en semejantes yerros guardar siempre moderación y no dejarse llevar de grado a excesos irremisibles. Pero lo mismo fue acampar Hannón delante de la una, y Amílcar delante de la otra, que al instante las forzaron a pasar por los pactos y condiciones que los cartagineses quisieron. Finalmente, la guerra de África, que había puesto en tantos conflictos a los cartagineses, se terminó con tales ventajas, que no sólo recobraron el dominio del África, sino que dieron a los autores de la rebelión el merecido castigo; pues celebrando por último la juventud cartaginesa el triunfo

por la ciudad, hizo sufrir a Mathos y sus compañeros todo género de oprobios.

Tres años y cerca de cuatro meses duró la guerra de los extranjeros con los cartagineses, guerra que excedió muchísimo en crueldad y barbarie a todas las otras de que tenemos noticia. Mientras tanto los romanos, convidados de los extranjeros de Cerdeña que habían pasado a su partido, concibieron el designio de pasar a esta isla. Los cartagineses llevaron esto muy a mal, ya que tenían mejor derecho al dominio de la Cerdeña; y estándose aprestando a tomar venganza de los que la habían entregado, los romanos tomaron de esto motivo para declararles la guerra, bajo el pretexto de que no realizaban los preparativos contra los sardos, sino contra ellos mismos. Mas los cartagineses, que habían salido de la guerra precedente como por milagro y en la actualidad se encontraban imposibilitados del todo de suscitarse por segunda vez la enemistad de los romanos, cediendo al tiempo, no sólo evacuaron la Cerdeña sino que les añadieron mil doscientos talentos para evitar el sostener una guerra en las actuales circunstancias. Así ocurrieron estas cosas.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

Resumen de lo tratado en el libro anterior.- Muerte de Amílcar en la España.- Asdrúbal le sucede.- Primer pensamiento de pasar a la Iliria los romanos.- Sitio de Midionia por los etolios y combate de éstos con los ilirios.

El libro precedente sirvió para exponer en qué tiempo los romanos, asegurada la Italia, iniciaron el emprender las conquistas exteriores, cómo pasaron más tarde a la Sicilia y por qué causas sostuvieron guerra contra los cartagineses sobre esta isla; después, cuándo empezaron a formar por primera vez armadas navales, y lo acaecido durante la guerra a uno y otro pueblo hasta su terminación; en la que los cartagineses cedieron la Sicilia y los romanos se apoderaron de toda ella, a excepción de la parte que obedecía a Hierón. A resultas de esto procuramos explicar de qué modo los extranjeros sublevados contra Cartago provocaron la guerra llamada Líbrica; hasta qué extremo llegaron las impiedades ocurridas en ella, y qué éxito tuvieron sus absurdos atentados hasta la terminación y victoria de los cartagineses. Ahora intentaremos demostrar sumariamente lo que se sigue, apuntando cada cosa según el plan que nos propusimos al principio.

Después que se concluyó la guerra de África (239 años antes de J. C.), levantaron tropas los cartagineses, y enviaron seguidamente a Amílcar a la España. Éste, una vez que se hubo hecho cargo del ejército y de su hijo Aníbal, entonces de nueve años de edad, pasó a las columnas de Hércules y restableció en España los intereses de su república. En el espacio de casi nueve años que permaneció en este país, sometió a Cartago muchos pueblos, unos por las armas, otros por la negociación, terminando sus días de una manera digna a sus anteriores acciones. Efectivamente, hallándose al frente de un enemigo, el más esforzado y poderoso, su audacia y temeridad le precipitó en lo vivo de

la acción, donde vendió cara su vida. Los cartagineses otorgaron después el mando a Asdrúbal, su pariente y triarcarco.

Por este tiempo emprendieron los romanos el pasar por primera vez con ejército a la Iliria y estas partes de Europa; expedición que no deben mirar de paso, sino con atención, los que deseen enterarse a fondo del plan que nos hemos propuesto y del auge y fundamento de la dominación romana. Los motivos que les impulsaron a este tránsito (238 años antes de J. C.), son éstos; Agrón, rey de Iliria, hijo de Pleurato, excedía muchísimo en fuerzas terrestres y marítimas a sus predecesores. Éste, sobornado con dádivas por Demetrio, padre de Filipo, había prometido que socorrería a los midionios, sitiados por los etolios, gentes que, por no haber podido de ninguna manera conseguir que los asociasen a su república, habían resuelto reducirlos a viva fuerza. Para esto habían reclutado un ejército de todo el pueblo, habían acampado alrededor de su ciudad y empleaban continuamente toda fuerza y artificio para su asedio. Ya se encontraban los midionios en un estado deplorable, y esperaban de día en día su rendición, cuando el pretor anterior, a la vista de aproximarse el tiempo de las elecciones y ser forzoso el nombramiento de otro, dirigiendo la palabra a los etolios, les dijo: que supuesto que él había sufrido las incomodidades y peligros del cerco, era también razonable que, tomada la ciudad, se le confiase la administración del botín y la inscripción de las armas. Algunos, principalmente aquellos que aspiraban al mismo cargo, se opusieron a la petición y exhortaron a las tropas a que no diesen su voto antes de tiempo, sino que lo dejaran indeciso para quien la fortuna quisiese dispensar esta gloria. Por fin llegaron al acuerdo de que el nuevo pretor que tomase la ciudad repartiría con su predecesor la administración del botín y la inscripción de las armas.

Al día siguiente de esta resolución, día en que se debía hacer la elección y dar la posesión de la pretura, según la costumbre de los etolios, arriban durante la noche a las inmediaciones de Midionia cien bergantines con cinco mil ilirios a bordo, y fondeando en el puerto al rayar el día, hacen un pronto desembarco sin ser vistos, se ordenan en batalla a su manera y avanzan en cohortes al campo enemigo. Los

etolios, apercebidos del suceso, aunque por el pronto les sobrecogió la audacia inesperada de los ilirios, conservaron no obstante su antiguo valor, confiados en el aliento de sus tropas. Colocaron en un llano al frente del campo la pesada infantería y caballería, de que tenían abundancia. Ocuparon con anticipación los puestos elevados y ventajosos que había frente de los reales con un trozo de caballería y gente armada a la ligera. Mas los ilirios, superiores en número y fuerza, rompieron al primer choque la formación de los ballesteros, y obligaron a la caballería que peleaba cerca a retroceder hasta los pesadamente armados. Luego, atacando desde las alturas a los que estaban formados en el llano, al mismo tiempo que los midionios realizaban sobre ellos una salida de la plaza, con facilidad los hicieron huir. Muchos quedaron sobre el campo, pero fue mayor aun el número de prisioneros, apoderándose de las armas y de todo el bagaje. Los ilirios, una vez que hubieron ejecutado la orden de su rey, llevaron a bordo el botín y demás despojos, y se hicieron a la vela inmediatamente, dirigiendo el rumbo hacia su patria.

Libres del asedio los midionios de un modo tan inesperado convocaron a junta y deliberaron, entre otras cosas, sobre la inscripción de las armas. Estuvieron de acuerdo en que éstas se distribuyesen, según la decisión de los etolios, entre el que en la actualidad poseía la pretura y los que en adelante le sucediesen. En este ejemplo demuestra con estudio la fortuna cuál es su poder a los demás mortales. En un corto espacio de tiempo permite a los midionios realicen en sus contrarios aquello mismo que ya casi esperaban sufrir de ellos.

Este imprevisto infortunio de los etolios es una lección para todos, de que en ningún tiempo debemos deliberar de lo futuro como de lo ya pasado, ni contar como seguras anticipadas esperanzas sobre lo que es factible aun acaezca lo contrario, sino que, considerándonos mortales, demos cabida a la incertidumbre en todo acontecimiento, y principalmente en las operaciones militares.

CAPÍTULO II

Muerte de Agrón.- Sucesión de su mujer Teuta en el trono.- Fenice, entregada por los galos a los ilirios. Rescate de esta plaza por los epirotas a precio de dinero.

Después que regresó la armada, el rey Agrón escuchó de sus jefes la relación del combate (232 años antes de J. C.), y alegre sobre manera de haber postrado a los etolios, gente la más feroz, se dio a la embriaguez y otras parecidas comilonas, de cuyas resultas le dio un dolor de costado, que en pocos días le llevó al sepulcro. Le sucedió en el reino su mujer Teuta, que descargó en parte el manejo de los negocios en la fe de sus confidentes. Utilizaba su talento según su sexo. Solamente atenta a la pasada victoria, y sin miramiento a las potencias extranjeras, dio licencia primero a sus corsarios para apresar cualquier buque que encontrasen, más tarde equipó una armada y envió un ejército en nada inferior al primero, permitiendo a sus jefes todo género de hostilidades.

El primer golpe de estos comisionados descargó sobre la Elia y la Mesenia, países expuestos de continuo a las incursiones de los ilirios. El ser la costa dilatada y estar en lo interior del país las ciudades más importantes, hacían cortos y demasiado lentos los socorros que les prestaban contra los desembarcos de los ilirios, de lo que resultaba que éstos talaban impunemente y saqueaban de continuo las provincias. A la sazón la acumulación de víveres les había hecho internar hasta Fenice, ciudad de Epiro, donde, unidos con ochocientos galos que componían la guarnición a sueldo de los epirotas, tratan con éstos sobre la rendición de la ciudad. Efectivamente, con el asenso que éstos prestaron sacan sus tropas los ilirios y se apoderan por asalto de la ciudad y de todo lo que contenía, con la ayuda de los galos que se hallaban en su interior. Apenas conocieron esta nueva los epirotas, se dirigen todos con diligencia al socorro, llegan a Fenice, acampan, se cubren con el río que pasa por la ciudad, y para mayor seguridad quitan las tablas que

le servían de puente. Pero advertidos de que se acercaba por tierra Scerdilaidas, al frente de cinco mil ilirios, por los desfiladeros inmediatos a Antigonea, envían allí parte de su gente para resguardo de esta plaza, y ellos, mientras, con la restante abandonan la disciplina, disfrutan a salvo las ventajas del país y descuidan las centinelas y puestos avanzados. Los ilirios, que supieron la división de sus tropas y demás inobservancia, realizan una salida de noche, y colocando unas tablas sobre el puente, pasan el río sin el menor riesgo, se apoderan de un puesto ventajoso, y permanecen el resto de la noche. Llegado que fue el día, se puso en batalla uno y otro ejército, a la vista de la ciudad. Los epirotas fueron vencidos; muchos de ellos quedaron sobre el campo, pero muchos más aun fueron hechos prisioneros, y los demás huyeron hacia los Atintanes.

Los epirotas, faltos de todo doméstico recurso con estos contra-tiempos, acudieron a los etolios y aqueos, rogando con sumisión su socorro. Éstos, sensibles a sus desgracias, asienten a la demanda, y marchan a Helicrano con el auxilio. Los ilirios, que habían ocupado a Fenice, llegan también al mismo sitio con Scerdilaidas, y acampan cerca de estas tropas auxiliares, con el designio al principio de darles la batalla; pero además de que se lo impedía lo fragoso del terreno, recibieron unas cartas de Teuta, en que les prevenía su pronto regreso por haberse pasado a los dardanios parte de sus vasallos. Y así talado el Epiro, finalizaron un armisticio con los epirotas, por el cual les restituyeron los hombres libres y la ciudad por dinero; y puestos a bordo los esclavos y demás despojos, unos marcharon por mar, otros tornaron a pie a las órdenes de Scerdilaidas por los desfiladeros de Antigonea. Grande fue el terror y espanto que infundió esta expedición a los griegos que habitaban las costas. Todos reflexionaban que, esclavizada de un modo tan increíble la ciudad más fuerte y poderosa que tenía el Epiro, ya no había que cuidar de las campiñas como en los tiempos anteriores, sino de sus propias personas y ciudades. Los epirotas puestos en libertad por un medio tan extraño, distaron tanto de procurar vengarse de los autores de sus agravios, o proceder reconocidos con sus bienhechores, que por el contrario, juntos con los acarnanios envia-

ron embajadores a Teuta para llevar a cabo una alianza con los ilirios, por la que abrazaron en adelante el partido de éste en perjuicio de los aqueos y etolios: resolución que hizo pública por entonces la indiscreción respecto de sus bienhechores, y la imprudencia con que habían consultado desde el principio sus intereses.

Que siendo hombres incurramos en cierto género de males imprevistos, no es culpa nuestra, sino de la fortuna o de quien es la causa; pero que por imprudencia nos metamos en evidentes peligros, no admite duda de que somos nosotros los culpables. Por eso a los yerros de mera casualidad les sigue el perdón, la conmiseración y el auxilio, pero a las faltas de necedad las acompaña el oprobio y reprensión de las gentes sensatas. Esto fue precisamente lo que entonces experimentaron los epirotas de parte de los griegos. Porque en primer lugar, ¿qué hombres, conociendo que los galos pasaban corrientemente por sospechosos, no temen entregarles una ciudad rica, y que excitaba por mil modos su perfidia? En segundo, ¿quién no se previene contra la elección de semejante cuerpo de tropas?, gentes que a instancias de su propia nación, habían sido arrojadas de su patria por no guardar fe a sus amigos ni parientes, gentes que, recibéndolas los cartagineses por las urgencias de la guerra, suscitada una disputa entre soldados y jefes por los sueldos, tomaron de aquí pretexto para saquear a Agrigento, donde habían entrado de guarnición en número entonces de más de tres mil; gentes que, introducidas después en Erice para el mismo efecto, al tiempo que los romanos sitiaban esta plaza, intentaron entregarles la ciudad y a los que estaban dentro; gentes que, malgrado este atentado, se pasaron a los enemigos; gentes, en fin, que lograda la confianza de éstos, saquearon el templo de Venus Ericina: motivos porque los romanos, enterados a fondo de su impiedad, después que finalizó la guerra con los cartagineses, no pudieron hacer cosa mejor que despojarlos de sus armas, meterlos en los navíos y, desterrarlos de toda Italia. A la vista de esto, ¿no se dirá con sobrado fundamento que los epirotas, en el hecho mismo de confiar sus leyes y gobierno democrático a gentes de esta ralea, y poner en sus manos la ciudad más poderosa, se constituyeron autores de sus mismos infortunios? Tuvimos a bien hacer esta

reflexión sobre la imprudencia de los epirotas, para advertir a los políticos que en ningún caso conviene meter en las plazas guarniciones muy fuertes, sobre todo si son de extranjeros.

CAPÍTULO III

Embajada de los romanos a Teuta, reina de Iliria.- Muerte que ésta mandó dar a uno de los embajadores.- Sorpresa de Epidamno malograda.- Batalla naval ganada por los ilirios frente a Paxos y toma de Corcira.

No era de ahora el que los ilirios insultasen de continuo a los que navegaban de Italia, pero actualmente durante su estancia en Fenice (231 años antes de J. C.), destacándose muchos de la escuadra, robaban a unos, degollaban a otros, y conducían prisioneros a no pocos comerciantes italianos. Los romanos, que hasta entonces desestimaron las quejas contra los ilirios, llegando éstas a ser ahora más frecuentes en el Senado, nombraron a Cayo y Lucio Coruncanio por embajadores a la Iliria, para que se informasen con detalle de estos hechos. Teuta, al regreso de sus buques de Epiro, admirada del número y riqueza de despojos que transportaban (era entonces Fenice la ciudad más opulenta del Epiro), cobró doblado valor para insultar a los griegos. Las conmociones intestinas la disuadieron por entonces; pero sosegados que fueron los vasallos que se habían rebelado, al punto puso sitio a Issa, la única ciudad que había rehusado obedecerla. Entonces llegaron los embajadores romanos, quienes admitidos a audiencia, expusieron los agravios que habían recibido. Durante todo el discurso, la reina los escuchó, afectando un aire altivo y demasiado altanero; pero después que concluyeron, les manifestó: «que procuraría poner remedio para que Roma no tuviese motivo de resentimiento de parte de su reino en general; pero que en particular, no se acostumbraba por parte de los reyes de Iliria el prohibir a sus vasallos el corso por utilidad propia». Ofendido de esta respuesta el mas joven de los embajadores, con libertad conveniente sí, pero importuna, la dijo: «Señora, el más apreciable carácter de los romanos es vengar en común los agravios contra sus particulares, y socorrer a sus miembros ofendidos: en este supuesto, intentaremos con la voluntad de Dios obligaros a la fuerza y pron-

tamente a que reforméis las costumbres de los reyes de Iliria.» La reina tomo este desenfado con una ira inconsiderada y propia de su sexo, y la irritó tanto el dicho, que sin respeto a derecho de gentes, envió en seguimiento de los embajadores que habían partido, para que diesen muerte al autor de semejante falta de respeto: acción que lo mismo fue saberse en Roma, que enfurecidos con el insulto de esta mujer, hacer aparatos de guerra, matricular tropas y equipar una armada.

Llegada la primavera, Teuta dispuso mayor número de buques que el anterior, y los volvió a enviar contra la Grecia. De éstos, unos pasaron a Corcira, otros abordaron al puerto de Epidamno, con ánimo en apariencia de hacer agua y tomar víveres, pero en realidad con el designio de sorprender y dar un golpe de mano a la ciudad. Los epidamnios recibieron incautamente y sin precaución estas gentes, que introducidas en la ciudad con vestidos propios para tomar agua y una espada oculta en cada vasija, degollaron la guardia de la puerta y se apoderaron rápidamente de la entrada. Entonces acudió un eficaz socorro de los navíos, según estaba dispuesto, con cuya ayuda se ampararon a poca costa de la mayor parte de los muros. Mas los vecinos aunque desprevenidos por lo inopinado del caso, se defendieron y pelearon con tanto vigor, que al cabo los ilirios, tras de una prolongada resistencia, fueron desalojados de la ciudad. En esta ocasión, el descuido de los epidamnios los puso cerca de perder su patria; pero su valor los salvó y les dio una lección para el futuro. Los jefes ilirios se hicieron a la vela con precipitación, se incorporaron con los que iban delante y fondearon en Corcira, donde hecho un pronto desembarco, emprendieron el poner sitio a la plaza. Los corcirenses, consternados con este accidente, y sin esperanza de ningún remedio, enviaron legados a los aqueos y etolios. Al mismo tiempo que éstos, llegaron también los apoloniatas y epidamnios, rogando les enviasen un pronto socorro y no contemplasen con indiferencia que los ilirios les arrojasen de su patria. Estas embajadas fueron escuchadas favorablemente por los aqueos, quienes dotaron de tripulación de mancomún a diez navíos de guerra, y equipados en breve tiempo, se dirigieron hacia Corcira, con la esperanza de librarla del asedio.

Los ilirios, habiendo recibido de los acarnanios siete navíos de guerra en virtud de la alianza, salieron al encuentro, y se batieron con la escuadra aquea junto a Paxos. Los navíos acarnanios, que se hallaban situados de frente con los aqueos, lucharon con igual fortuna, y salieron del combate sin más daño que las heridas que recibieron sus tripulaciones. Pero los ilirios, ligando sus navíos de cuatro en cuatro, vinieron a las manos. En un principio cuidaron poco de sí propios, y presentando el flanco al enemigo, cooperaron a hacer más ventajoso su ataque. Mas cuando los navíos contrarios se aproximaron, y aferrados con el mutuo choque se vieron imposibilitados de maniobrar y pendientes de los espolones de los buques ligados, entonces los ilirios saltan sobre las cubiertas de las embarcaciones aqueas y las vencen con el número de sus soldados. De esta forma capturaron cuatro navíos de cuatro órdenes, y hundieron uno de cinco con toda la tripulación, a cuyo bordo iba Marco Carinense, hombre que hasta la presente catástrofe había desempeñado todos los cargos a satisfacción de la república aquea. Los que se batían con los acarnanios, luego que advirtieron la ventaja de los ilirios, fiados de su agilidad, se retiraron sin riesgo a su patria viento en popa. Esta victoria ensoberbeció a los ilirios, y les facilitó para el futuro la continuación del sitio con más confianza. Los corcirenses, por el contrario, en medio de que sufrieron aún el asedio por algún tiempo, desesperanzados de todo auxilio con estos accidentes, capitularon con los ilirios, admitieron guarnición y con ella a Demetrio de Faros. Luego de lo cual los jefes ilirios inmediatamente se hicieron a la vela, arribaron a Epidamno y emprendieron de nuevo el sitio de la ciudad.

CAPÍTULO IV

*Los romanos desembarcan en la Iliria.- Expediciones dirigidas por los
cónsules Fulvio y Postumio.- Tratado de paz entre Roma y Teuta.-
Construcción de Cartagena por Asdrúbal.- Tratado de éste con los
romanos*

Conseguían por entonces el consulado (230 años antes de J. C.) C. Fulvio y A. Postumio, cuando aquel salió de Roma con doscientos navíos, y éste marchó al frente del ejército de tierra. La primera intención de Fulvio fue dirigir la proa hacia Corcira, con la esperanza de llegar a tiempo que no estuviese finalizado todavía el sitio. Mas aunque ya llegó tarde, se encaminó, sin embargo, a la isla, con el fin de enterrarse a fondo de lo que ocurría en la ciudad, y al mismo tiempo asegurarse de lo que había comunicado Demetrio. Éste se hallaba desacreditado con Teuta, y temeroso de su resentimiento, había dado aviso a los romanos de que entregaría la ciudad y franquearía cuanto estuviese a su cargo. Efectivamente, alegres los de Corcira al ver la llegada de los romanos, les entregan la guarnición iliria con parecer de Demetrio, y ellos mismos se ponen bajo su protección de común acuerdo, en la creencia de que éste era el único medio de vivir a cubierto en adelante contra los insultos de los ilirios. Recibidos en la amistad los de Corcira, hicieron vela los romanos hacia Apolonia, llevando por guía a Demetrio para la ejecución de los restantes desiguos.

A la sazón pasó Postumio desde Brundusio con su ejército de tierra, compuesto de veinte mil hombres de infantería y dos mil caballos. Lo mismo fue presentarse uno y otro campo a la vista de Apolonia, que recibirlos igualmente sus moradores y comprometerse en su arbitrio; pero con la nueva de que Epidamno se hallaba sitiada, volvieron sin detención a hacerse a la mar. No fue preciso más para que los ilirios levantasen el sitio con precipitación y huyesen, que saber que los romanos se aproximaban. Efectivamente, los cónsules recibieron en

confianza a los epidamnios, y se internaron en la Iliria, sojuzgando de paso a los ardieos. Aquí se hallaron con embajadores de diferentes partes, entre otras de los partenios y atintanos que habían venido a ofrecer su obediencia. Recibidos en la amistad estos pueblos, pasaron a Issa, ciudad a quien tenían también puesto sitio los ilirios. Llegan, hacen levantar el cerco, admiten en su gracia a los vecinos, y se apoderan sobre la costa de varias ciudades de la Iliria a viva fuerza, entre otras a Nutria, donde perdieron mucha gente, algunos tribunos y el cuestor. Finalmente, apresan veinte barcos que traían un gran socorro del país. Los sitiadores de Issa, unos quedaron salvos en Faros por respetos de Demetrio, y los demás se refugiaron por diferentes partes en Arbona. Teuta se salvó con muy pocos en Rizón, lugar muy acomodado para la defensa, distante del mar y situado sobre el río del mismo nombre. Con estas conquistas los romanos sometieron a la dominación de Demetrio la mayor parte de la Iliria, ensancharon los límites de su imperio y se retiraron a Epidamno con la escuadra y el ejército de tierra.

Cayo Fulvio retornó a Roma (229 años antes de J. C.), llevando consigo la mayor parte de uno y otro ejército. Postumio quedó sólo con cuarenta navíos, y reclutando un ejército de las ciudades circunvecinas, pasó allí el invierno, con el propósito de tener en respeto a los ardieos y demás naciones que habían ofrecido la obediencia. Al inicio de la primavera envió Teuta una embajada a Roma, y concluyó un tratado con estas condiciones: *que pagaría el tributo que se tuviese a bien imponerla; que evacuaría toda la Iliria a excepción de pocas plazas (y lo siguiente que principalmente miraba a los griegos); que no navegaría de parte allá de Lisso, más que con dos bergantines, y éstos desarmados*. Ratificados estos pactos, Postumio mandó después embajadores a los etolios y aqueos, quienes después de su llegada justificaron, primero los motivos de haber emprendido la guerra y haber pasado a la Iliria; luego dieron cuenta de su conducta, exhibieron el tratado que acababan de concluir con los ilirios, y satisfechos de la buena acogida que habían hallado en estas naciones, volvieron a Corcira. Esta paz libertó a los griegos de un gran temor; porque los ilirios eran por este mismo tiem-

po enemigos, no de algún pueblo en particular, sino en general de toda la Grecia. Tal fue el primer tránsito de los romanos con ejército a la Iliria y aquellas partes de Europa; y por tales razones la primera alianza que entablaron por la negociación con la Grecia. De aquí tomó Roma motivo para enviar al instante otros diputados a Corinto y Atenas; y en esta fecha aprobó Corinto por primera vez que los romanos interviniesen en sus juegos ístmicos.

A la sazón (229 años antes de J. C.), Asdrúbal, en este estado dejamos los asuntos de la España, ejercía el mando con cordura e inteligencia. Entre los grandes servicios hechos a su patria, había hecho construir una ciudad, llamada por unos Cartago y por otros la Ciudad Nueva, que contribuía muchísimo al auge de los intereses de la república, y sobre todo se hallaba en bella posición para el comercio entre España y África. Haremos ver en otra parte la situación de este pueblo y las ventajas que de él pueden sacar uno y otro país, valiéndonos de ocasión más oportuna.

Apenas se dieron cuenta los romanos del grande y formidable poder que ya Asdrúbal había logrado, pensaron entrar a la parte en los negocios de España. Hallaron que el sueño y la indiferencia en que habían vivido hasta entonces eran las causas del gran poder que Cartago había adquirido, pero procuraron con empeño reparar su descuido. Al presente no osaban imponer alguna dura condición, o tomar las armas contra Cartago, por el riesgo que amenazaba a sus intereses de parte de los galos, de quienes casi esperaban una irrupción de día en día. Y así resolvieron usar de dulzura y suavidad con Asdrúbal, para atacar y dar una batalla a los galos; convencidos de que jamás podrían, no dominar la Italia, pero ni aun vivir seguros en su propia patria, mientras tuviesen a semejantes gentes exploradoras de su conducta. Por cuyo motivo, lo mismo fue llevarse a cabo el tratado con Asdrúbal por la vía de la negociación, en el que, sin hacer mención de lo restante de España, se prohibía a los cartagineses pasar sus armas de parte allá del Ebro, que al instante llevaron la guerra contra los galos que habitaban la Italia.

CAPÍTULO V

Descripción general de Italia y particular del país que ocupaban los galos.- Producciones de esta comarca. Sus costumbres.

Creo oportuno hacer una relación, aunque breve, de estos galos, como conducente al preámbulo y enlace del plan que nos propusimos al principio, recorriendo los tiempos desde aquella época en que estas naciones ocuparon la Italia. Soy del parecer que la historia de estos pueblos merece no sólo conocerse y contarse, sino que es absolutamente necesaria para comprender en qué gentes y países puso Aníbal su confianza en el tiempo en que se propuso arruinar el romano imperio. Pero ante todo hablaremos de la comarca, cuál es ella en sí, y su situación respecto a lo restante de Italia. De esta forma la peculiar descripción de sitios y terrenos facilitará la comprensión de los hechos más memorables.

El conjunto de Italia tiene la figura de un triángulo. El mar Jonio y el golfo Adriático que está inmediato, terminan el costado que mira al Oriente; y el mar Siciliano y Tirrenio, el que cae al Mediodía y Occidente. La unión de estos dos lados entre sí forma el vértice del triángulo, donde se encuentra al Mediodía el promontorio de Italia conocido con el nombre de Cocinto, que divide el mar Jonio y el Siciliano. El lado restante que mira al Septentrión y cubre el corazón de Italia, le terminan sin intermisión los Alpes, cordillera de montañas que, iniciándose en Marsella y lugares situados sobre el mar de Cerdeña, sigue sin cesar hasta el extremo del mar Adriático, salvo un corto espacio cuya anticipada interrupción impide el que se unan. Al pie de esta cadena de montes, que debemos considerar como base del triángulo, según se mira hacia Mediodía, están situadas las llanuras más septentrionales de toda Italia; llanuras de las que hablamos, y cuya fertilidad y extensión excede a la de cuantos pueblos de Europa se compone nuestra historia.

La figura completa y ámbito de esta comarca a igualmente de un triángulo. La unión del monte Apenino con los Alpes, junto al mar de Cerdeña sobre Marsella, forma el vértice de esta figura. Los Alpes finalizan el lado septentrional por espacio de dos mil doscientos estadios, y el Apenino el meridional hasta tres mil seiscientos. La costa del golfo Adriático constituye la base de todo el triángulo. Su extensión desde Sena hasta lo más interior del golfo sobrepasa los dos mil quinientos estadios. De forma que la circunferencia total de esas llanuras incluye diez mil estadios con corta diferencia.

No resulta fácil explicar con palabras la fertilidad de este país. La abundancia de granos es tal, que ha ocurrido muchas veces en la actualidad venderse el modio siciliano de trigo a cuatro óbolos, y el de cebada a dos. La metreta de vino al mismo precio que la cebada. La abundancia de panizo y mijo es excesiva en extremo. Cuál es la cosecha de bellota que se recoge en los encinares sembrados a trechos por estas llanuras, por aquí principalmente lo inferirá cualquiera; que matándose gran cantidad de cerdos en Italia, ya para las necesidades privadas, ya para las provisiones de guerra, sólo de estos campos se obtiene un superabundante surtido. El cálculo más exacto de cuán baratas y abundantes están las cosas necesarias a la vida, se observa por los que viajan por la provincia. Éstos cuando se detienen en una posada, no es preciso trate del precio de cada comestible, sino sólo preguntar en general cuánto es el gasto por persona; y comúnmente los posaderos, por proporcionar a un huésped todo lo necesario, cobran un semise, que es la cuarta parte de un óbolo, y rara vez más. De la muchedumbre de habitantes, de la magnitud y bella disposición de sus cuerpos, como de su espíritu para la guerra, sus mismos hechos serán el más cabal testimonio.

Las colinas y parajes menos montuosos de uno y otro lado de los Alpes, tanto el que está de parte del Ródano, como el que mira a los campos de que acabamos de hablar, se hallan habitados: el que mira al Ródano y Septentrión, por los galos transalpinos, y el que a las llanuras, por los tauriscos, agones y otras muchas naciones bárbaras. La

diferencia de transalpinos no procede de la nación, sino del lugar. Llámense *transalpinos* porque habitan de parte allá de los Alpes.

Las cimas de estos montes hasta el presente están inhabitadas por la aspereza y abundancia de nieve que continuamente en ellas se encuentra. Desde el inicio del Apenino sobre Marsella y unión que éste hace con los Alpes, habitan los ligures a uno y otro costado, tanto el que mira al mar Tirrenio hasta Pissa, que es la primera ciudad de la Etruria al Occidente, como el que cae a los llanos en la tierra firme hasta la provincia de los arretinos. Siguen luego los etruscos, e inmediato a éstos los umbríos, que ocupan uno y otro lado de dicho monte. De ahí en adelante el Apenino se separa del mar Adriático como quinientos estadios, de vuelta a la derecha, abandona las llanuras, y penetrando por entre lo restante de Italia, alcanza el mar de Sicilia. La campiña que deja por esta parte se extiende hasta el mar y ciudad de Sena. El río Po, tan cantado por los poetas con el nombre de Eridano, tiene su origen en los Alpes, en el vértice mismo del triángulo que acabamos de proponer. Desciende a la tierra llana, dirigiendo su curso a Mediodía; mas luego que llega a ésta tuerce su carrera en dirección a Oriente, por donde transcurre hasta que desagua en el mar Adriático por dos bocas. De las dos partes en que divide la campiña, la mayor está hacia los Alpes y el golfo Adriático. Desembocan en él las aguas, que por todas y por cualquiera parte de los Alpes y del Apenino bajan al llano, y engrosan tanto su corriente, que a ninguno cede de cuantos ríos bañan la Italia. La madre es muy ancha y hermosa, aumentándose en especial a la entrada de la canícula con las copiosas nieves que se derriten en los mencionados montes. Remontan su curso embarcaciones desde el mar por la boca Olana hasta casi dos mil estadios. En su nacimiento sólo posee una madre; pero cuando llega a los Trigabolos, se divide en dos. De éstas, una embocadura se llama Padoa y la otra Olana, donde se halla un puerto el más seguro para los que a él arriban de cuantos tiene el Adriático. Los naturales llaman a este río Bodenco.

No menciono, por ahora, lo demás que sobre este río cuentan los griegos, como es la historia de Faetón y su caída, las lágrimas de los álamos negros, lo enlutados que andan los que viven en las inmedia-

ciones de este río, de quienes se dice que aún conservan hasta el presente semejantes vestidos en sentimiento de la muerte de Faetón, y toda la multitud de semejantes historias trágicas, por no adaptarse bien a una clase de preámbulo como éste la exacta narración de tales cosas. Sin embargo, espero hacer en lugar más oportuno la correspondiente memoria de estas fábulas, con la finalidad principalmente de dar a conocer la ignorancia de Timeo sobre los mencionados lugares.

Dichas llanuras fueron habitadas antaño por los etruscos, cuando, dueños de los campos circunvecinos a Capua y Nola, llamados entonces flegreos..., se dieron a conocer y ganaron fama de esforzados por la resistencia que opusieron a muchos pueblos. Por este motivo los que lean la historia de la dominación de este pueblo no deben considerar únicamente el país que al presente ocupan, sino las llanuras de que antes hemos hablado y proporciones que de ellas les provenían. La proximidad hizo que los galos comerciasen con ellos frecuentemente, y envidiosos de la bondad del terreno, bajo un leve pretexto los atacasen de repente con un numeroso ejército, los desalojasen del Po y ocupasen su campiña. Los primeros que habitaban la ribera oriental de este río eran los laos y los lebecios; después los insubrios, nación la más poderosa; seguidamente de éstos los cenomanos, sobre las márgenes del río, y lo restante hasta el mar Adriático los vénetos, nación antiquísima, muy parecida en costumbres y traje a los galos, pero distinta en lenguaje. De éstos escribieron mucho los poetas trágicos y cuentan de ello mil patrañas. En la margen opuesta del Po, alrededor del Apenino, primero están los anianos, después los boios, próximo a éstos hacia el Adriático, los agones, y finalmente, junto al mar, los senones.

Tales son los más célebres pueblos que ocupaban las mencionadas comarcas. Vivían en aldeas sin muros; no conocían el uso de los muebles; su modo de vivir era sencillo; su lecho la hierba, su alimento la carne, su única profesión la guerra y la agricultura. Toda otra ciencia o arte les era desconocida. Sus riquezas consistían en ganado y oro, los únicos bienes que en todo evento se pueden llevar con facilidad y transportar a voluntad. En lo que más empeño ponían era en granjearse

amigos, porque entre ellos era más respetado y poderoso aquel que más gente le obsequiaba y se acomodaba a su gusto.

CAPÍTULO VI

Historia de los galos.- Toma de Roma por éstos.- Encuentros que tuvieron con los romanos.

En un principio los galos dominaban no sólo este país, sino también muchos pueblos próximos, que el terror de su valor había sometido. Al cabo de poco tiempo (389 años antes de J. C.), lograda una victoria sobre los romanos y otros que militaban en su ayuda, siguiendo por tres días tras de los que huían, se apoderaron al fin de la misma Roma, a excepción del Capitolio. Mas la invasión de los vénetos en sus tierras les hizo desistir del empeño, concertar la paz con los romanos, restituirles la ciudad y acudir a su patria. Viéronse después implicados en guerras civiles. La abundancia de que gozaban respecto de sus vecinos excitó el deseo de algunos pueblos que habitaban los Alpes para atacarles y coligarse varias veces en su perjuicio. Mientras los romanos recobraron sus fuerzas y volvieron a ajustar sus diferencias con los latinos.

Treinta años después de tomada Roma (358 años antes de J. C.), avanzaron los galos por segunda vez hasta Alba con un gran ejército. Los romanos no se atrevieron en esta ocasión a oponerles sus legiones por haberles impedido el intento una invasión tan repentina y no haber tenido tiempo de congregar las tropas de los aliados. Pero repetida la irrupción a cabo de doce años (345 años antes de J. C.) con numerosas fuerzas, los romanos, que habían presentido el golpe y convocado sus aliados, sálenles al encuentro con espíritu, resueltos a venir a las manos y aventurar su suerte. El buen ánimo de los romanos amedrentó a los galos y suscitó entre ellos diversidad de pareceres por lo que, llegada la noche, hicieron una retirada a su patria con honores de huida. A este espanto se siguieron trece años de quietud (332 años antes de J. C.), transcurridos los cuales concertaron con Roma un tratado de paz a la vista del auge que su poder había tomado.

Treinta años hacía que vivían en una paz permanente cuando los transalpinos alzaron contra ellos las armas. Temerosos de que se les iba a suscitar una guerra pernicioso (302 años antes de J. C.), apartaron de sí con presentes que les ofrecieron, y el parentesco que hicieron valer, el ímpetu de los que contra ellos se habían concitado, y estimularon su furor contra los romanos, acompañándoles en la empresa. Efectivamente, hecha una invasión por la Etruria, y coligados con ellos los de esta nación, se apoderan de un rico botín y salen de la dominación romana sin que nadie los inquiete. Apenas habían llegado a sus casas, cuando la codicia de lo apresado provocó entre ellos un motín que les hizo perder la mayor parte del despojo y del ejército. Aunque esto es muy común entre los galos luego que se han apropiado el bien ajeno, y especialmente cuando el vino y la comida los ha privado de la razón.

Cuatro años después, unidos los samnitas y los galos, dieron una batalla a los romanos en el país de los camertinos, en la que dieron muerte a mucha gente. El desastre que acababan de recibir no sirvió sino para alentar más a los romanos. No mucho tiempo después salieron a campaña (295 años antes de J. C.), y empeñada la acción con todas las legiones en el país de los sentinatos, pasaron a cuchillo a los más y el resto tuvo que retirarse precipitadamente cada uno a su patria.

Transcurridos diez años (285 años antes de J. C.), llegaron los galos a sitiar a Arrecio con un gran ejército. Los romanos acudieron al socorro, vinieron a las manos a la vista de la ciudad y fueron vencidos. En esta jornada perdió la vida el cónsul Lucio, y M. Curio ocupó su lugar. Éste envió embajadores a los galos para el canje de prisioneros; mas ellos les quitaron la vida contra el derecho de gentes. Dejándose llevar de la ira los romanos, toman las armas al momento (284 años antes de J. C.), se encuentran con los galos senonenses que les salieron al paso, los vencen en batalla, matan a los más, desalojan los restantes y se apoderan de toda la provincia. Aquí fue donde enviaron la primera colonia de la Galia, llamándola Sena, del mismo nombre de los galos que antes la habitaban. De esta ciudad poco ha que, hicimos mención, advirtiéndole que estaba situada cerca del mar Adriático, al extremo de las llanuras que baña el Po.

A la vista de la caída de los senonenses, los boios, temerosos de que por ellos y por su país no corriese la misma suerte, hicieron tomar las armas a todo el pueblo, y llamaron a los etruscos en su ayuda. Reunidos en el lago Oadmón, dieron una batalla campal a los romanos, en la que quedaron sobre el campo la mayoría de los etruscos y se salvaron muy pocos de los boios. Al año siguiente, coligados otra vez estos pueblos, arman toda la juventud y vienen a las manos con los romanos. Mas una total derrota les hizo ceder a pesar de su espíritu, solicitar la paz a los romanos (283 años antes de J. C.) y concertar con ellos un tratado. Todo esto sucedió tres años antes que Pirro pasase Italia y cinco años antes que los galos fuesen derrotados en Delfos. Por estos tiempos parece que la fortuna había infundido en todos los galos un cierto humor belicoso a manera de contagio. De estos choques resultaron a los romanos dos especialísimas ventajas, porque las derrotas que habían sufrido por parte de los galos y la costumbre de no poder ver ni esperar mayor mal que el que ya habían experimentado, los convirtieron en perfectos atletas en las operaciones militares contra Pirro; y el haber reprimido anteriormente la audacia de estos pueblos, les puso en condición, sin necesidad de distraer sus fuerzas, de pelear primero con Pirro por defender la Italia, y disputar más adelante con los cartagineses por dominar la Sicilia.

Después de estos descalabros, los galos vivieron el reposo por cuarenta y cinco años, y conservaron la paz con los romanos. Pero luego que faltaron aquellos que fueron testigos oculares de los pasados desastres y sobrevinieron jóvenes llenos de ardor inconsiderado, sin experiencia ni conocimiento de revés o fatalidad alguna, al instante (lo que es propensión humana) empezaron a remover lo que estaba sosegado, a exasperarse con los romanos por fútiles motivos y a llamar en su ayuda a los galos de los Alpes. Al principio (238 años antes de J. C.) estos proyectos se fraguaban en secreto por sólo los cabecillas, sin comunicarlos con el pueblo. De lo que resultó que, adelantándose con ejército lo transalpinos hasta Arimino, recelosa la plebe de lo boios, se sublevó contra sus jefes y contra los que habían llegado, dio muerte a Ates y Galato, sus propios reyes, y venidos a las manos, se destruyeron

entre sí en formal batalla. Los romanos, amedrentados con esta invasión, salieron a campaña; pero enterados de que se habían deshecho ellos mismos, se retiraron de nuevo a sus casas.

Cinco años después de este sobresalto, en el consulado de M. Lepido, se repartieron los romanos aquel país de la Galia llamado el Piceño, de donde había desalojado a los senonenses por medio de una victoria. Cayo Flaminio fue el que, por congraciarse con el pueblo, introdujo esta ley (233 años antes de J. C.), que en realidad debemos confesar fue el origen de la corrupción del pueblo romano y el fundamento de la guerra que se le originó después a los senonenses. La mayoría de los galos entraron en esta coalición, especialmente los boios, por estar contiguos a los romanos. Se hallaban persuadidos a que Roma ya no movía la guerra por el mando e imperio sobre ellos, sino por su aniquilación y total exterminio.

Con tal motivo, unidos los insubrios y boios, los dos pueblos más poderosos de la nación, enviaron a punto embajadores a los galos que habitaban los Alpes y el Ródano, llamados gesatos, porque militaban por cierto sueldo: ésta es propiamente la significación de esta palabra. Para persuadir y estimular a Concolitano y Aneroestes, reyes de estos pueblos, a levantarse en armas contra los romanos, los legados les presentaron por lo pronto una buena suma de dinero, y les dieron una idea para adelante de la opulencia de este pueblo, y de las cuantiosas riquezas que disfrutarían si lograban la victoria. Pero acabaron de convencerlos fácilmente cuando a lo dicho añadieron firmes testimonios de su alianza, y les recordaron los hechos de sus antepasados, los cuales en otra igual expedición habían, no sólo vencido en batalla a los romanos, sino que después se habían apoderado por asalto de la misma Roma, y dueños de todo lo que encontraron, la habían dominado por siete meses, hasta que finalmente, restituida ésta de voluntad y por favor, salvos e indemnes habían regresado a sus casas con todo el despojo. Estas palabras inflamaron tanto a los jefes de la nación para la guerra, que jamás se vio salir de estos contornos de la Galia ni ejército más numeroso ni soldados más bravos y aguerridos.

Mientras tanto, Roma, ya con lo que oía, ya con lo que se pronosticaba, se hallaba en un continuo temor y sobresalto. Tanto, que unas veces alistaba tropas, acopiaba granos, juntaba municiones; otras sacaban sus ejércitos hasta las fronteras, como si ya estuviesen los galos dentro del país, cuando aún no se habían movido de sus casas. No contribuyó poco este levantamiento a los cartagineses para promover sus intereses en España sin riesgo alguno. Los romanos, convencidos como hemos dicho anteriormente a que esta guerra les era más urgente por amenazarles más de cerca, se vieron precisados a mirar con indiferencia los asuntos de España, llevando toda su atención el ponerse antes a cubierto contra los Galos. Por lo que, asegurada la paz con Cartago por medio de un tratado concluido con Asdrúbal, de que poco ha hicimos mención, todos unánimes atacaron en tales circunstancias al enemigo más próximo, persuadidos a que les era de la mayor importancia terminar de una vez con tales gentes.

CAPÍTULO VII

Los galos invaden la Etruria.- Estado de fuerzas que los romanos tenían.- Victoria de los galos sobre los romanos en las proximidades de Fesola.

Transcurridos ocho años de la división del campo Piceno (226 años antes de J. C.), los gesatos alistaron un ejército poderoso y bien provisto, pasaron al otro lado de los Alpes y vinieron a acampar al río Po, donde se les unieron otros galos. Los insubrios y boios permanecieron firmes en su primera resolución; mas los vénetos y cenomanos, con una embajada que los romanos les enviaron, prefirieron la alianza de éstos. De lo que resultó que los reyes galos se vieron en precisión de dejar una parte del ejército para cubrir la provincia contra el terror de estos pueblos, mientras que ellos, trasladando el campo con todo el resto, compuesto de cincuenta mil infantes y veinte mil caballos y carros, marcharon con denuedo, encaminando sus pasos hacia Etruria.

Tan pronto se supo en Roma que los galos habían pasado los Alpes, se envió a Arimino al cónsul L. Emilio con ejército para que contuviese por aquella parte el ímpetu del enemigo, y se destacó a uno de los pretores para la Etruria. El otro cónsul C. Atilio ya había marchado anteriormente a la Cerdeña con sus legiones. A pesar de esto, en Roma todos se hallaban consternados al considerar el grande y terrible peligro que les amenazaba. Aunque no es de extrañar, cuando perduraba aun en sus corazones aquel antiguo terror del nombre galo. Y así, atentos únicamente a este cuidado, se reúnen tropas, alistan legiones, previenen estén prontos los aliados, y ordenan traer de todas las provincias sujetas padrones de los que se hallasen en edad de tomar las armas, para saber con exactitud el total de sus fuerzas. Se cuidó de que la mayor y más florida parte de tropas marchase con los cónsules. De granos, armas y demás pertrechos de guerra se acumulare tantos, que nadie se acordaba de otro igual hasta entonces. De todas partes contribuían gustosamente al logro de sus intentos. Porque los habitantes de

Italia, atemorizados con la invasión de los galos, no juzgaban ya que tomaban las armas por auxiliar a los romanos ni por afirmar su imperio; por el contrario, creían que los empeñaba el peligro de sus personas, de sus ciudades y de sus campiñas: motivos porque obedecían con gusto sus mandatos.

Con el fin de que los mismos hechos nos den a conocer la gran república que osó atacar más adelante Aníbal, y el formidable imperio contra quien hizo frente su arrojo, bien que llegó a tal punto su dicha que sumió a los romanos en los mayores infortunios, será conveniente exponer los pertrechos de guerra y número de fuerzas que ya entonces éstos poseían. Salieron con los cónsules cuatro legiones romanas, compuestas cada una de cinco mil doscientos infantes y trescientos caballos. Acompañaban asimismo a uno y otro cónsul treinta mil hombres de a pie y dos mil caballos de tropas aliadas. De sabinos y etruscos, que al tiempo preciso vinieron al socorro de Roma, se reunieron cuatro mil caballos y más de cincuenta mil infantes, de los cuales, formando un cuerpo, fue enviado a las órdenes un pretor para cubrir la Etruria. De umbríos y sarsinatos, moradores del Apenino, se congregaron hasta veinte mil. De vénetos y cenomanos otros tantos, que fueron situados en el límite de la Galia para invadir la provincia de los boios y reprimir sus salidas. Éstos eran los ejércitos que defendían las fronteras del país.

En Roma no estaban desprevenidos contra la probabilidad de una guerra. Tenían un ejército, que hacía veces de cuerpo de reserva, de veinte mil infantes y mil quinientos jinetes romanos, y treinta mil infantes y dos mil caballos de tropas aliadas. En los padrones enviados al Senado constaban ochenta mil hombres de a pie y cinco mil de a caballo, entre los latinos; setenta mil de a pie y siete mil de a caballo, entre los samnitas; cincuenta mil infantes y dieciséis mil caballos, entre los japiques y mesapiques unidos treinta mil infantes y tres mil caballos, entre los lucanos, y veinte mil infantes y cuatro mil caballos, entre los marsos, maruquinos, ferentanos y vestinos. Además de esto, guarnecían la Sicilia y Tarento dos legiones, compuestas cada una de cuatro mil doscientos infantes y doscientos caballos. El número de romanos y campanios inscritos ascendía a doscientos cincuenta mil infantes y

veintitrés mil caballos. Con lo que el total de tropas acampadas delante de Roma sobrepasaba de ciento cuenta mil hombres de a pie y seis mil de a caballo; y el todo de las que podían llevar las armas, tanto romanas como aliadas, ascendía a setecientos mil infantes y setenta mil caballos. Y a la vista de esto, ¿se atreverá Aníbal a invadir Italia con veinte mil hombres escasos? Pero de esto nos informará mejor la secuencia.

Así que llegaron los galos a la Etruria, corrieron y talaron impunemente la provincia, sin encontrar resistencia. Marcharon, finalmente, contra la misma Roma y ya se encontraban en las proximidades de Clusio, ciudad distante de esta capital tres días de camino cuando supieron que el ejército romano que guarnecía la Etruria venía con ánimo de alcanzarles por la espalda y se hallaba ya muy cercano. Con este aviso volvieron sobre sus pasos y salieron al encuentro, deseosos de batirse. Ya iba a ponerse el sol cuando avistaron los dos ejércitos. En este estado hicieron alto, sentando los reales uno y otro a corta distancia. Llegada la noche, los galos encendieron fuegos y dejaron sola la caballería, advirtiéndola que luego con la luz del día los alcanzasen a ver los enemigos, siguiesen sus pasos: ellos, mientras, hacen una oculta retirada hacia Fesola, donde se acampan, con ánimo de esperar su caballería y dar de improviso contra el ímpetu del enemigo. Los romanos, que con la luz del día advirtieron la caballería sola, creyendo que los galos habían emprendido la huida, siguen con calor el alcance. Pero apenas se hubieran aproximado, cuando los galos hicieron frente, dieron sobre ellos, y aunque al principio fue viva la acción de una y otra parte, al fin, superiores los galos en espíritu y gente, dieron muerte a poco menos de seis mil romanos e hicieron huir a los demás. La mayoría se retiró a un lugar ventajoso, donde se hizo fuerte. En un principio los galos pensaron en sitiarnos; pero malparados con la marcha, fatigas y trabajos de la noche anterior, dejaron una guardia de su caballería alrededor de la colina y se fueron a descansar y sosegar, con ánimo al día siguiente de forzarlos si de voluntad no se entregaban.

CAPÍTULO VIII

Llegada de los cónsules Emilio y Atilio a la Etruria.- Cogen en medio a los galos.- Orden y disposición de ambos ejércitos.- Batalla de Telamón.- Victoria lograda por los romanos.

Mientras tanto (226 años antes de J. C.), Lucio Emilio, que guarnecía las costas del mar Adriático, oyendo que los galos habían invadido la Etruria y se acercaban a Roma, vino con diligencia al socorro y llegó felizmente a la ocasión más precisa. No bien había sentado sus reales próximos al enemigo, cuando los que se habían refugiado en la eminencia, advertidos de su llegada por los fuegos que veían, recobraron el espíritu y destacaron durante la noche algunos de los suyos desarmados por lo oculto de un bosque, para que informasen al cónsul de lo ocurrido. Con este aviso, Emilio, comprendiendo que la urgencia no daba lugar a consultas, ordenó a los tribunos salir al amanecer con la infantería y él al frente de la caballería se dirige hacia la colina. Los jefes galos, que se habían dado cuenta de los fuegos durante la noche, conjeturando la llegada de los enemigos, tuvieron consejo. El rey Aneroeste dio su voto en estos términos: que supuesto que se encontraban dueños de tan rico botín, cuyo número de hombres, ganados y alhajas era al parecer inexplicable, no le parecía acertado arriesgar ni exponer toda la fortuna, sino tornarse a su patria impunemente; y luego que, desembarazados de esta carga, se hallasen expeditos, volver a atacar a los romanos con todas las fuerzas, si se tuviese por conveniente. Todos estuvieron de acuerdo en que se debía proceder en las presentes circunstancias según el parecer de Aneroestes, por lo cual la noche misma en que tomaron este acuerdo levantaron el campo antes de amanecer y marcharon junto al mar por la Etruria. Emilio, aunque incorporó en su ejército el trozo de tropas que se había salvado en la colina, creyó sin embargo que en modo alguno le convenía aventurar una batalla campal, pero sí ir tras de ellos y observar los tiempos y puestos ventajosos por si podía incomodar al enemigo o quitarle la presa.

Al mismo tiempo el cónsul C. Atilio, habiendo arribado de Cerdeña a Pissa con sus legiones, las conducía a Roma, trayendo el camino opuesto a los enemigos. Ya se encontraban los galos en las proximidades de Telamón, promontorio de la Etruria, cuando los forrajeadores de éstos cayeron en manos de los batidores de Atilio y fueron apresados. Examinados por el Cónsul, le informan de lo acaecido hasta entonces y le comunican la vecindad de los dos ejércitos, advirtiéndole que el de los galos se hallaba muy inmediato, y a espaldas de éste el de Emilio. Atilio, asombrado en parte con la noticia y en parte alentado por parecerle que con su marcha había cogido al enemigo entre dos fuegos, ordena a los tribunos que formen en batalla las legiones y avancen a paso lento, dándolas todo el frente que permitía el terreno. Él, fijándose en una colina cómodamente situada sobre el camino por donde precisamente habían de pasar los galos, toma la caballería y se dirige con diligencia a ocupar su cumbre para dar por sí principio a la acción, en la inteligencia de que de este modo se le atribuiría la gloria principal del suceso. Al principio los galos, ignorantes de la llegada de Atilio, infiriendo de esta novedad que la caballería de Emilio los había bloqueado durante la noche y se había apoderado con anticipación de los puestos ventajosos, destacan con prontitud la suya con alguna infantería ligera para desalojarlos de la colina. Pero en cuanto supieron por uno de los prisioneros que se trajo la llegada de Atilio, ordenan sin dilación la infantería de tal suerte que haga dos frentes, una por detrás y otra por delante, en atención a que sabían que unos les seguían por la espalda, y se presumían que otros les saldrían al encuentro por el frente, conjetura que sacaron de las noticias que tenían y circunstancias que a la sazón ocurrieron.

Emilio había oído la llegada de las legiones a Pissa, pero no sospechaba de que estuviesen tan cerca, y hasta que vio el combate de la colina no acabó de asegurarse que se hallaban tan próximas las tropas de su compañero. Destacó prontamente la caballería para socorro de los que peleaban en la altura, y puesta en orden la infantería según la costumbre romana, avanzó hacia los contrarios. Los galos habían situado a los gesatos e insubrios al frente de la retaguardia, por donde

esperaban a los de Emilio, y al frente de la vanguardia habían ordenado a los tauriscos y boios, habitantes del Po. Éstos tenían la formación contraria a los primeros, y estaban vueltos para contener el ímpetu de los de Atilio. Los carros con sus yuntas cubrieron una y otra ala. El botín fue colocado sobre un collado inmediato, con un destacamento para su custodia. Situado a dos caras el ejército de los galos, no sólo representaba una formación terrible, sino también eficaz. Los insubrios y boios entraron en la contienda con sus calzones y sayos ligeros rodeados al cuerpo. Pero los gesatos, ya por vanidad, ya por valor, los arrojaron, y desnudos se situaron los primeros del ejército con solas sus armas, suponiendo que de este modo estarían más desembarazados y libres de que las zarzas que había en ciertos parajes se les enredasen en los vestidos e impidiesen el manejo de las armas. La acción tuvo principio en la colina, donde con facilidad la veían todos por la prodigiosa multitud de caballos de cada ejército que combatían mezclados entre sí. Entonces el cónsul C. Atilio, que peleaba con intrepidez, fue muerto en el combate, y su cabeza fue llevada a los reyes galos. A pesar de esto, la caballería romana realizó tan bien su deber, que al fin se apoderó del puesto y venció a los contrarios. Poco después avanzó la infantería una contra otra. Éste fue un espectáculo bien particular y maravilloso, tanto para los que entonces estuvieron presentes como para los que han sabido después representar en su imaginación el hecho por la lectura.

Efectivamente, de una batalla compuesta de tres ejércitos no puede menos de resultar un aspecto y género de acción extraño y vario. A más de que tanto ahora como entonces, durante el mismo combate, estuvo en disputa si la formación de los galos era la más peligrosa, por verse atacados por ambas partes, o si, por el contrario, la más ventajosa, porque peleaban al mismo tiempo con ambos ejércitos, afianzaba cada uno su seguridad en el que tenía a la espalda, y sobre todo, cerradas las puertas a la fuga, no quedaba más arbitrio que la victoria, ventaja peculiar de un ejército situado a dos frentes.

Por lo que respecta a los romanos, ya les alentaba el ver al enemigo entre dos fuegos y rodeado por todas partes, ya los horrorizaba el buen orden y gritería del ejército de los galos. Porque la multitud de

clarines y trompeteros, que por sí era innumerable, unida a los cánticos de guerra de todo el ejército, producía tal y tan extraordinario estrépito, que parecía no sólo que las trompetas y soldados, sino también que los lugares circunvecinos despedían de sí voces con el eco. Infundía también terror la vista y movimiento de los que se hallaban desnudos en la vanguardia, ya que sobresalían en robustez y bella disposición. Todos los que ocupaban las primeras cohortes estaban adornados de collares de oro y manillas; a cuya vista los romanos, ya se sobrecogían, ya estimulados con la esperanza de rico botín, concebían doblado espíritu para el combate.

Después que los flecheros romanos avanzaron al frente, según costumbre, para disparar espesas y bien dirigidas saetas, a los galos de la segunda línea les sirvieron de mucho alivio sus sayos y calzones; pero a los desnudos de la vanguardia, como sucedía el lance al revés de lo que esperaban, este hecho los colocó en grande aprieto y quebranto. Porque como el escudo galo no puede cubrir a un hombre, cuanto mayores eran los cuerpos, y éstos desnudos, tanto más se aprovechaban los tiros. Finalmente, imposibilitados de vengarse contra los que disparaban, por la distancia y número de flechas que sobre ellos caía, prostrados y deshechos con el actual contratiempo, unos furiosos y desesperados se arrojaron temerariamente al enemigo y buscaron la muerte por su mano, otros se refugiaron a los suyos, hicieron público su temor y desordenaron a los que estaban a la espalda. De esta forma fue abatida la altivez de los gesatos por los flecheros romanos.

Lo mismo fue retirarse los flecheros y salir al frente las cohortes, que venir a las manos los insubrios, boios y tauriscos, y hacer una vigorosa resistencia. Cubiertos como estaban de heridas, mantenía a cada uno el espíritu en su puesto. Sólo había la diferencia que eran inferiores, tanto en general como en particular, en la estructura de las armas. Efectivamente, el escudo romano tiene una gran ventaja sobre el galo para defenderse, y la espada para maniobrar... contrariamente el sable galo únicamente sirve para el tajo. Pero después que la caballería romana descendió de la colina y los atacó con vigor en flanco, entonces

la infantería gala fue deshecha en el sitio mismo de la formación, y la caballería tomó la huida.

Fueron muertos cuarenta mil galos, y se hicieron no menos de diez mil prisioneros, entre los cuales se encontraba Concolitano, uno de sus reyes. El otro, llamado Aneroestes, se refugió en cierto lugar con pocos que le siguieron, donde se dio la muerte a sí y a sus parientes. El Cónsul romano, recogido que hubo los despojos, los envió a Roma, pero el botín lo restituyó a sus dueños. Más tarde tomó los dos ejércitos, atravesó la Liguria e hizo una irrupción en el país de los boios. Saciado de despojos el deseo del soldado, llegó a Roma en pocos días con el ejército. Las banderas, las manillas y collares de oro, atavíos que traen los galos al cuello y manos, adornaron el Capitolio. Los otros despojos y prisioneros sirvieron para la entrada y decoración de su triunfo. De este modo se desvaneció aquella terrible invasión de los galos, que puso en tanta consternación y espanto a la Italia toda, y principalmente a Roma. Después de esta victoria los romanos concibieron esperanzas de poder desalojar completamente a los galos de los alrededores del Po. A tal efecto, nombrados cónsules Q. Fulvio y Tit. Manlio, los enviaron a ambos con ejército y grande aparato de guerra. Este repentino ataque (225 años antes de Jesucristo) aterró a los boios, y les fue preciso someterse a la fe de los romanos. En el resto de la campaña no se hizo cosa de provecho, por las copiosas lluvias que sobrevinieron y pestilencial influencia que se introdujo en el ejército.

CAPÍTULO IX

Invasión por las fuerzas acaudilladas por Furio y Cayo Flaminio de las Galias.- Batalla entre insubrios y romanos.- Victoria por éstos.- Segunda invasión de Marco Claudio y Cornelio contra los insubrios.- Victoria y toma de Milán por Cornelio.

Los cónsules sucesores, Publio Furio y Cayo Flaminio, tornaron a invadir la Galia (224 años antes de Jesucristo) por el país de los anamuros, pueblo que se asienta cerca de Marsella. Lograda la amistad de estas gentes, pasaron a la provincia de los insubrios, por la confluencia del Adoa por el Po. Las penalidades que sufrieron en este tránsito y campamento no les dejaron obrar de momento, y concluido después un tratado, evacuaron estos países. Tras de haber discurrido muchos días por aquellos contornos, cruzaron el río Clusio y llegaron a la provincia de los cenomanos, sus aliados, con quienes volvieron a entrar por los subalpinos hasta las llanuras de los insubrios, incendiando la campiña y saqueando sus aldeas. Los jefes insubrios, viendo que era inevitable el designio de los romanos, determinaron probar fortuna y arriesgar todas sus fuerzas. Para lo cual reunieron en un sitio todas las banderas, aun aquellas de oro, llamadas inmovibles, que sacaron del templo de Minerva, hicieron los demás preparativos convenientes y acamparon con cincuenta mil hombres al frente del enemigo, llenos de satisfacción y de amenazas.

Los romanos habían pensado valerse de las tropas galas, sus aliadas, a la vista de la infinita superioridad del enemigo. Pero al considerar la inconstancia de los galos y que el combate había de ser contra gentes de la misma nación que la que ellos habían recibido, recelaban comprometer en tales hombres asunto de tanta importancia. Finalmente resolvieron permanecer ellos de parte acá del río, hacer pasar de parte allá a los galos, sus aliados, y quitar después los puentes. De esta forma se aseguraban a un tiempo de cualquier insulto y como que tenían los galos un río invadeable a la espalda, no les dejaban otro arbitrio de

salvación que la victoria. Realizado esto, se dispusieron para el combate.

Es famosa la sagacidad de que usaron los romanos en esta batalla. Los tribunos instruyeron, en común y en particular, a cada soldado cómo debía actuar durante la acción. Habían observado en los combates anteriores que el furor de la nación gala en el primer ímpetu era el más temible, mientras se veía sin lesión; que la fábrica de sus espadas, como hemos dicho anteriormente, sólo tenía el primer golpe y éste cortante, pero que después su longitud y latitud se embotaba y encorbaba tanto que si no se daba tiempo al que la manejaba para apoyarla contra el suelo y enderezarla con el pie, venía a ser absolutamente ineficaz su segundo golpe. En este supuesto, los tribunos reparten a las cohortes de la vanguardia las lanzas de los triarios que se hallaban a la retaguardia, y, por el contrario, mandan a éstos que se sirvan de sus espadas. En este orden embisten de frente a los galos, cuyos sables, lo mismo fue descargar los primeros tajos sobre las lanzas, que quedar inutilizados. Entonces vienen a las manos, y mientras los galos están sin acción, privados del golpe cortante, único uso que hacen de la espada, por no tener en absoluto punta, los romanos, manejando las suyas, no de tajo, sino de punta, ya que la tienen penetrante, les hieren sobre los pechos y rostros, descargan herida sobre herida y pasan a cuchilla a la mayoría. Todo el lauro se debió a la previsión de los tribunos, porque el cónsul Flaminio había dirigido la acción con poca prudencia. Al formar su ejército sobre la margen misma del río y no dejar espacio a las cohortes para retirarse, privó a los romanos de aquella peculiar ventaja que tienen en batirse. Porque si durante la acción hubiera sucedido verse las tropas un poco estrechadas de terreno, la imprudencia del jefe las hubiera precipitado en el río sin remedio. Pero finalmente su valor, como hemos dicho, las hizo salir vencedoras, y apoderándose de un rico botín e infinitos despojos, volvieron a Roma.

Al año siguiente enviaron los galos a solicitar la paz dispuestos a pasar por cualesquier condiciones; mas los cónsules sucesores Marco Claudio y Cn. Cornelio insistieron en que no se les concediese. Este

desaire determinó a los galos a hacer el último esfuerzo (223 años antes de J. C.) Recurrieron otra vez a los gesatos de los alrededores del Ródano, y tomaron a sueldo treinta mil hombres, que tuvieron sobre las armas, esperando la llegada del enemigo. Al inicio de la primavera los Cónsules tomaron las legiones y se dirigieron al país de los insubrios. Así que hubieron llegado, acamparon alrededor de Agerra, ciudad situada entre el Po y los Alpes, y la pusieron sitio. Los insubrios, imposibilitados de socorrerla, por estar tomados de antemano los puestos ventajosos, pero resueltos libertarla del asedio, atraviesan el Po con una parte del ejército, penetran en la dominación romana y pone sitio a Clastidio. Conocida por los cónsules esta noticia, toma Marco Claudio la caballería con parte de la infantería y marcha con diligencia dar auxilio a los cercados. Apenas supieron los galos la llegada de los romanos, levantan el sitio, les salen al encuentro y se ordenan en batalla. No obstante de que les atacó con ímpetu y esfuerzo la caballería romana, resistieron el primer choque; pero cercados e incomodados después por la espalda y los costados, tuvieron finalmente que emprender la huida. Muchos se arrojaron en el río fueron víctimas de la corriente, pero los más murieron a manos del enemigo. Los romanos tomaron Agerra, bien provista de víveres, por haberse retirado los galos a Milán, capital del país de los insubrios. Cornelio siguió el alcance, y se presentó de repente delante de esta plaza. Al principio los galos se estuvieron quietos; pero al retirarse el cónsul a Agerra salen, atacan con vigor su retaguardia, matan a muchos y obligan a una parte a emprender la huida, hasta que el cónsul, llamando a los de la vanguardia, los exhorta a que hagan frente y vengán a las manos con los contrarios. Los romanos obedecieron a su jefe atacaron con viveza a los que venían persiguiéndoles. Pero los galos, aunque con la presente ventaja resistieron con vigor por algún tiempo, poco después, volviendo la espalda, huyeron a las montañas. Cornelio marchó en su seguimiento, taló el país y tomó a Milán a viva fuerza.

Este accidente abatió completamente las esperanzas de los jefes insubrios y los rindió a discreción de los romanos. Tal éxito tuvo la guerra contra los galos, guerra, que si se mira a la soberbia y furor de

los que la sostuvieron, a las batallas que se dieron y al número de combatientes que murieron, a ninguna es inferior de cuantas nos cuentan las historias; pero si se atiende a sus principios y al inconsiderado manejo de cada una de sus partes, ninguna es más despreciable. La razón es porque las acciones de los galos, no digo las más, sino absolutamente todas, las gobierna más la ira que la razón. En este supuesto, considerando nosotros el corto tiempo en que habían sido desalojados de los alrededores del Po, a excepción de pocas plazas situadas al pie de los Alpes, tuvimos a bien no pasar en silencio su primera invasión, las acciones que después ejecutaron, y su total exterminio. Convencidos de que es propio de la historia traer a la memoria y encomendar a nuestros sucesores estas vicisitudes de la fortuna, para que los venideros, faltos absolutamente de instrucción en tales casos, no extrañen las repentinas y temerarias irrupciones de los bárbaros, por el contrario comprendan algún tanto la corta duración y suma facilidad con que se desvanece esta clase de enemigos si se les hace frente y se echa mano antes de cualquier recurso que condescender con alguna de sus pretensiones.

A mi entender, los que hicieron mención y transmitieron a la posteridad la invasión de los persas en la Grecia y la de los galos en Delfos, contribuyeron, no algo, sino infinito, al éxito de los combates que por la común libertad sostuvieron los griegos. Porque si uno se imagina las extraordinarias acciones que entonces se realizaron, y se acuerda de la infinidad de hombres, de la altivez de pensamientos y de la inmensidad de aparatos que arrolló el ánimo y espíritu de los que supieron pelear con resolución e inteligencia, no habrá temor de gastos, armas u hombres que le retraiga de exponer el último aliento por su país y su patria. Y como el terror de los galos ha puesto en consternación muchas veces a los griegos, no sólo en lo antiguo, sino actualmente, esto me ha estimulado más a hacer una relación, aunque breve, de estos pueblos desde su origen. Mas ahora volvamos a donde interrumpimos el hilo de la narración.

CAPÍTULO X

Muerte de Asdrúbal.- Aníbal, su sucesor.- Motivo por que prevaleció en todo el Peloponeso el nombre aqueo.- Sistema de esta república.- Ejemplos de su integridad y quién fue el autor de la liga aquea.

El capitán de los cartagineses, después de haber gobernado la España por ocho años (221 antes de J. C.), fue muerto una noche en su tienda a traición por un galo, que quiso satisfacer sus particulares ofensas. Su urbanidad con los potentados del país, mayormente que sus armas, habían proporcionado un grande ascendiente a los intereses de Cartago. La república, atenta a la sagacidad y valor que Aníbal, aunque joven, mostraba en los negocios, le confió el mando de la España. Luego que tomó éste las riendas del gobierno, cuando fue fácil colegir de sus designios que llevaría las armas contra Roma, lo que al fin ejecutó sin que pasara mucho tiempo. De aquí en adelante todo fue recelos y mutuas querellas entre cartagineses y romanos. Aquellos tomaban ocultas medidas con el anhelo de satisfacer las pérdidas que habían sufrido en la Sicilia; éstos desconfiaban a la vista de sus proyectos; de donde claramente se infería la guerra que dentro de poco había de estallar entre ambos pueblos.

Por este mismo tiempo los aqueos y el rey Filipo con los demás aliados promovieron contra los etolios la guerra llamada *social*. Y supuesto que, referidas las cosas de Sicilia, África y sus resultas, según el enlace de nuestro preámbulo, hemos llegado al origen de la guerra *social* y al de la segunda guerra que se hizo entre romanos y cartagineses, llamada comúnmente anibálica, desde cuya época hemos prometido en el exordio dar principio a nuestra historia; será procedente que, omitidos por ahora estos hechos, pasemos a los que sucedieron en la Grecia, para que de esta forma corresponda en todas sus partes nuestro preámbulo, llegue la narración hasta esta misma fecha y demos principio a la historia y enunciación de las causas que privativamente hemos emprendido.

En el supuesto de que no nos hemos propuesto referir las acciones de una nación (por ejemplo, de los griegos o persas), como han hecho otros antes que yo, sino todas las acaecidas en las diversas partes del mundo conocido, para cuyo designio han contribuido ciertas particularidades de la edad presente, que manifestaremos por menor a su tiempo; será del caso apuntar ligeramente, antes de principiar la obra, los pueblos más célebres y lugares más conocidos del universo. De los asiáticos y egipcios bastará hacer mención desde la época que acabamos de fijar. Pues a más que muchos han publicado la historia de sus pasadas acciones y no hay persona que no la conozca, no ha ocurrido en nuestros días alteración ni innovación extraordinaria de la fortuna que valga la pena de repasar sus anteriores anales. Pero de los aqueos y casa real de Macedonia, por el contrario, convendrá recorrer ligeramente los tiempos pasados, supuesto que ha sucedido en nuestro tiempo la total extinción de ésta y el extraordinario auge y estrecha unión de aquellos, como dijimos más arriba. Muchos habían intentado antes de ahora persuadir a los peloponesiacos a esta concordia; mas como no les impelía a obrar el amor de la común libertad, sino el de la elevación propia, ninguno pudo conseguirlo. Pero actualmente ha tomado tal incremento y consolidación esta liga que no sólo han formado entre sí una sociedad de aliados y amigos por lo que respecta a intereses, sino que usan las mismas leyes, los mismos pesos, las mismas medidas, las mismas monedas, los mismos magistrados, los mismos senadores, los mismos jueces; y en una palabra, lo único que impide que casi todo el Peloponeso no sea reputado por una sola ciudad, es el que no estén cercados de unos mismos muros sus habitantes; todo lo demás, ya sea en común, ya en particular en cada ciudad, es idéntico y en todo semejante.

Ante todo no será infructuoso conocer cómo y de qué manera prevaleció el nombre de aqueo en todo el Peloponeso. Porque ni los que heredaron esta denominación de sus mayores exceden a los demás en tensión de país, ni en número de ciudades, ni riquezas, ni en valor de habitantes. Al contrario, Arcadia y Laconia llevan mucha ventaja a los aqueos en población y terreno, y el valor de estos pueblos es capaz

de ceder la primacía a alguno otro de la Grecia. Pues ¿cómo o en qué consiste que actualmente son celebrados estos y los demás pueblos del Peloponeso por haber abrazado su gobierno y apellido? Atribuir esto a la casualidad, a más de que no es regular, sería una ridiculez manifiesta. Mejor será que inquiramos causa, pues sin ella no se obra nada bueno o malo. A mi entender, es la siguiente. No se encontrará república donde la igualdad, la libertad, y, en una palabra, donde la democracia sea más perfecta ni la constitución más sencilla que en la aquea. Este sistema de gobierno tuvo en el Peloponeso algunos partidarios voluntarios; muchos a quienes atrajo la persuasión y el convencimiento, y otros con quienes se usó de violencia, pero poco después se complacieron de haber sido forzados. No había privilegio que distinguiese a sus primeros fundadores. Todos gozaban de iguales derechos desde el acto de su recepción. Y sólo valiéndose de los dos poderosos antídotos, la igualdad y la dulzura, vio logrados prontamente sus premeditados designios. Esto se debe reputar por fundamento y causa principal de la concordia de los peloponesios, que ha constituido en tan elevada fortuna. Que esta privativa constitución y gobierno que acabamos de exponer se observase ya antes entre los aqueos, fuera de otras mil pruebas que lo pudieran hacer demostrable, bastará por ahora traer uno o dos testimonios que lo comprueben.

Cuando se quemaron los colegios de los pitagóricos en aquella parte de Italia llamada la Gran Grecia, originó después, como es regular, una conmoción general sobre el gobierno, a causa de haber perecido principales de cada ciudad con tan imprevisto accidente. De aquí provino llenarse las ciudades griegas aquella comarca de muertes, sediciones y todo género de alborotos. En tales circunstancias, aunque las más de las repúblicas griegas enviaron sus legados para restablecimiento de la paz, la Gran Grecia sólo se valió de la fe de los aqueos para el expediente de sus presentes disturbios. Y no sólo por entonces adoptó la constitución aquea, sino que poco después determinó imitar en un todo su gobierno. Para esto los crotoniatas, los sibaritas y caulionatos, congregados y convenidos, consagraron primero un templo a Júpiter Homorio o *Limítrofe*, y un edificio público donde celebrar sus

juntas y consejos; después admitieron las leyes y costumbres de los aqueos, y acordaron poner en práctica y seguir en todo su sistema. Aunque en adelante la tiranía de Dionisio Siracusano y la prepotencia de los bárbaros circunvecinos les obligó a abandonarlo, no por voluntad, sino por fuerza.

Después de la inopinada derrota de los lacedemonios de Leuctres, y haberse alzado los tebanos con el mando de la Grecia contra toda esperanza, se promovió una disputa por toda la Grecia, pero principalmente entre estos dos pueblos, negando aquellos haber sido vencidos, y rehusando éstos reconocerles por vencedores. Entre todos los griegos, en solos los aqueos se comprometieron los tebanos y lacedemonios para la decisión de esta diferencia, en atención, no a su poder, pues entonces era casi el menor de la Grecia, sino a su fe principalmente y probidad en todas las acciones. Este concepto general tenían todos formado de los aqueos por aquellos tiempos. Entonces todo su poder consistía únicamente en la rectitud de sus consejos; realizar algún hecho o acción memorable que mirase al engrandecimiento de sus intereses no podían, a causa de no tener una cabeza capaz de ejecutar sus proyectos. Lo mismo era descubrirse algún talento superior, que oscurecerle y sofocarle el gobierno de Lacedemonia, o más bien el de Macedonia.

Pero luego que en la consecuencia tuvo esta república jefes que correspondiesen a sus intenciones, dio al instante a conocer el poder que en sí encerraba, por la liga que formó entre los peloponesios, acción la más gloriosa. Arato el escioniano fue la cabeza y autor de este proyecto; Filopemen, el megalopolitano lo suscitó y llevó a su complemento, y Licortas con sus secuaces lo corroboró e hizo durable por algún tiempo. En el transcurso de la obra procuraré notar donde convenga qué fue lo que hizo cada uno, de qué modo en qué fecha. Del gobierno de Arato, tanto ahora como después hablaré sumariamente, por haber él compuesto comentarios muy fieles y elegantes de sus propias acciones; pero por lo que hace a los demás, haré una relación más circunstanciada y crítica. Presumo que la narración será mucho más fácil y más proporcionada a la inteligencia de los lectores si doy

principio en aquella época en que, distribuidos en aldeas los aqueos por los reyes de Macedonia, empezaron a confederarse entre sí sus ciudades. Desde cuya unión, aumentándose sin cesar, han llegado a la elevación que al presente admiramos y de que poco ha hicimos particular mención.

CAPÍTULO XI

Resumen de la historia de los aqueos.- Ydeas de su gobierno.- Expediciones de Arato.- Esfuerzos de éste para abolir la tiranía en el Peloponeso.- Alianza de los etolios con Antígono, gobernador de Macedonia y con Cleomenes, rey de Lacedemonia.

Transcurría la olimpiada ciento veinticuatro (282 año antes de J. C.), cuando los patrenses y dimeos empezaron a confederarse; época en que murieron Ptolomeo, hijo de Lago, Lisimaco, Seleuco y Ptolomeo Cerauno. Todos éstos dejaron de vivir en la mencionada olimpiada. Tal era el estado de los aqueos en los tiempos primitivos. Su primer rey fue Tisamenes, hijo de Orestes, quien arrojado de Esparta con el regreso de los heraclidas, se apoderó de la Acaya. Después de éste fueron gobernados sin interrupción por la misma línea hasta Ogiges, con cuyos hijos, descontentos de que no lo mandaban según las leyes sino con despotismo, transformaron el gobierno en democracia. En los tiempos sucesivos hasta el reinado de Alejandro y de Filipo aunque tal vez variaron los negocios a medida de las circunstancias, procuraron no obstante retener en general, como hemos mencionado, el gobierno popular. Esta república se componía de doce ciudades, las que subsisten hoy día menos Olenos y Helice, que fue absorbida por el mar antes de la batalla de Leuctres. Las ciudades son estas: Patras, Dima, Fares, Tritaia, Leoncio, Ægira, Pellene, Ægio, Bura, Ceraunia, Olenos y Helice.

En los últimos tiempos de Alejandro y primeros de la mencionada olimpiada, se originaron entre estos pueblos tales discordias y disensiones, principalmente por los reyes de Macedonia, que separados todos de la liga, consultaron su conveniencia por opuestos caminos. Esto fue la causa de que Demetrio, Casandro y más adelante Antígono Gonatas colocasen guarnición en algunas ciudades, y otras fuesen ocupadas por los tiranos, cuyo número se aumentó prodigiosamente entre los griegos por este Antígono. Mas hacia la olimpiada ciento

veinticuatro, y en la misma que Pirro pasó a Italia, arrepentidas estas ciudades, como hemos indicado, empezaron de nuevo a coligarse. Los primeros que se confederaron fueron los dimeos, patrenses, tritaios y farenses; por eso no ha quedado monumento alguno de esta concordia. Aproximadamente cinco años después, los egeos arrojaron la guarnición y entraron en la liga. Siguió el ejemplo los burios, luego de haber dado muerte a su tirano. Al mismo tiempo los carinenses recobraron su antiguo gobierno. Porque Iseas, tirano de Carinea, observando la expulsión de la guarnición de Ægio, la muerte del tirano de Bura por Marco y los aqueos, y que dentro de poco se le atacaría a él por todas partes, depuso el mando; y después de haber tomado de los aqueos un salvoconducto para su salvaguardia, agregó la ciudad a la liga de éstos.

Pero ¿a qué propósito recorrer tiempos tan remotos? En primer lugar, para manifestar cómo, en qué tiempo y quiénes fueron los primeros aqueos que restablecieron el presente estado; en segundo, para que, no mis palabras, sino los mismos hechos sirvan de testimonio a su gobierno, que siempre tuvo un solo sistema entre los aqueos; a saber, convidar a los pueblos con la igualdad y libertad de su república, y hacer guerra y resistir de continuo a cuantos, o por sí, o por medio de reyes, intentasen reducir a servidumbre sus ciudades. De esta forma y con esta máxima consiguieron tan grande empresa, ya por sí, ya por sus aliados. Por que también lo que éstos contribuyeron a la liga en los tiempos sucesivos se debe referir al gobierno de los aqueos. Pues en medio de haber acompañado a los romanos en las más y más famosas expediciones, jamás los prósperos sucesos les hicieron anhelar propias conveniencias, antes bien por todos los servicios que prestaron a los aliados no desearon otra recompensa que la libertad de cada uno y la concordia común del Peloponeso. Pero esto mejor se comprenderá por los efectos mismos de sus acciones.

Durante los veinticinco años primeros (256 antes d J. C.) tuvieron una misma forma de gobierno las mencionadas ciudades, nombrando por turno un secretario común y dos pretores. Les pareció mejor des-

pués el elegir uno y a éste darle la confianza de todos los negocios. El primero que obtuvo este honor fue Marco Carineo.

A los cuatro años del mandato de éste (252 ante de J. C.), el valor y audacia de Arato el Sicioniano, entonces de veinte años de edad, libertó su patria de la tiranía y la agregó a la República Aquea; tanto le había gustado desde sus primeros años el sistema de esta nación.

Elegido pretor por segunda vez al octavo año (244 antes de J. C.), se apoderó con astucia de la ciudad de Corinto, donde mandaba Antígono; acción que libertó de un gran sobresalto al Peloponeso, puso en libertad a los corintios y los incorporó en la República Aquea. En el transcurso de la misma pretura tomó por trato la ciudad de Megara y la unió a los aqueos. Todos estos hechos sucedieron en el año antes de aquel descalabro de los cartagineses que los desalojó de toda la Sicilia y los puso en términos de pagar tributo por primer vez a los romanos. Habiendo conseguido grandes progresos en poco tiempo los intentos de Arato, en adelante ejerció el mando, dirigiendo todos sus designios y acciones al único objeto de arrojar a los macedonios de Peloponeso, abolir las monarquías y afirmar a cada uno la libertad común que había heredado de sus padres. Mientras vivió Antígono Gonatas se propuso oponerse a las intrigas de éste y a la ambición de los etolios, procediendo en cada asunto con suma delicadeza, en medio de que había llegado a tanto la injusticia y osadía de ambos, que ya habían acordado entre sí la ruina de esta nación.

Después de la muerte de Antígono, los aqueos se confederaron con los etolios, les ayudaron con generosidad en la guerra contra Demetrio, cesaron por entonces las disensiones y enemistades, y en su lugar sucedieron la unión y cordial afecto. Sólo diez años reinó Demetrio, y con su muerte, ocurrida hacia el primer tránsito de los romanos en la Iliria, se presentó una bella ocasión a los aqueos para promover sus primeros designios. Todos los tiranos del Peloponeso se consternaron con la falta de éste, que era, digámoslo así, el que los sostenía con tropas y dinero. Por otra parte, Arato, que estaba resuelto a que depusiesen sus dignidades, los instaba, los ofrecía premios y honores si asentían, y los amenazaba con los mayores peligros si lo rehusaban.

Con esto por fin tomaron el partido de renunciar voluntariamente la tiranía, poner en libertad sus patrias e incorporarse en el gobierno de los aqueos. Lisiadas el Megalopolitano, como hombre astuto y prudente, previendo lo que había de suceder, depuso gustosamente la dignidad real durante la vida de Demetrio, y entró a la parte en la sociedad nacional. Aristomaco, tirano de los argivos, Jenón, de los hermionenses, y Cleónimo, de los filiasios, despojados de sus insignias reales, abrazaron la democracia.

Estas alianzas, habiendo aumentado soberbiamente el poder de los aqueos, dieron envidia a los etolios (228 años antes de J. C.), quienes llevados de su connatural perfidia y avaricia, y sobre todo de la esperanza de disolver la liga, trataron con Antígono Gonatas sobre la división de las ciudades aqueas, así como lo habían practicado anteriormente con Alejandro sobre las de los acarnanios. Llevados entonces de semejantes deseos, tuvieron la temeridad de hacer alianza y unir sus fuerzas con Antígono, gobernador que era a la sazón de la Macedonia y tutor del joven Filipo, y con Cleomenes, rey de Lacedemonia. Veían en Antígono, pacífico poseedor de la Macedonia, un enemigo cierto y declarado de los aqueos, por la sorpresa de éstos en la ciudadela de Corinto. Presumían que si lograban hacer entrar en sus miras a los lacedemonios y despertar en ellos el antiguo odio contra esta nación, era la ocasión de invadir a los aqueos, y atacados por todas partes, arrollarlos con facilidad. Y en verdad que hubieran logrado su intento, si no hubieran omitido lo principal del proyecto. No contaban con que tenían por antagonista en sus designios a un Arato, hombre que sabía salir de todas las dificultades. Efectivamente, por más que intentaron descomponer y provocar una guerra injusta a los aqueos, no sólo no consiguieron lo que habían propuesto, sino que como Arato, pretor a la sazón, se oponía y frustraba con astucia sus intentos, aumentaron su poder y el de la nación. La consecuencia nos hará ver cómo manejaron estos asuntos.

CAPÍTULO XII

*La guerra cleoménica.- Arato decide confederarse con Antígono.-
Gestiones de Nicofanes y Cercidas.- Arenga que éstos hacen a Antígono.*

Observaba Arato que el pudor contenía a los etolios para tomar las armas abiertamente contra los aqueos debido a los recientes beneficios recibidos de éstos la guerra contra Demetrio (225 años antes de J. C.); pero que mantenían tratos secretos con los lacedemonios. Advertía que la envidia llegaba a tal extremo, que a pesar de haberles Cleomenes quitado y tomado con dolo a Tegea, Mantinea y Orcomeno, ciudades no sólo aliadas, sino gobernadas entonces por las mismas leyes, lejos de ofenderse de este proceder, le habían asegurado su conquista. Extrañaba que hombres a cuya ambición les era suficiente antes cualquier pretexto para declarar la guerra contra los que en cierto modo les habían ofendido, consintiesen ahora voluntariamente en que les faltasen a la fe y en perder de grado las principales ciudades, sólo por ver a Cleomenes en estado de contrarrestar a los aqueos. Estas consideraciones determinaron a Arato y demás próceres de la república a no provocar a nadie con la guerra, pero sí oponerse a los intentos de los lacedemonios. Al principio no tuvieron otra trascendencia sus deliberaciones; pero dándose cuenta en la consecuencia que Cleomenes, con la osadía de construir el Ateneo en el país de los megalopolitanos, se le declaraba abiertamente por su cruel enemigo; entonces, convocada a junta la nación, resolvieron hacer público su resentimiento contra los lacedemonios. Tal es el principio y época de la guerra llamada cleoménica.

Al principio los aqueos se propusieron hacer frente a los lacedemonios con sus propias fuerzas; parte porque conceptuaban que lo más honroso era no mendigar la salud de ajena mano, sino defender por sí mismos su ciudad y provincia; parte porque querían conservar la amistad con Ptolomeo por los beneficios anteriores, y no dar a entender

que en tomar las armas llevaban otro objeto. Ya se hallaba algún tanto empeñada la guerra. Cleomenes había abolido la antigua forma de la república, y había sustituido la tiranía en vez del legítimo gobierno; pero continuaba la guerra con sagacidad y esfuerzo. Entonces Arato que preveía y temía para el futuro el artificio y audacia de los etolios. se propuso malograr con anticipación sus intentos. Advertía en Antígono un rey laborioso y prudente, al paso que escrupuloso observador de los tratados. Vivía firmemente persuadido que los reyes por naturaleza a nadie reconocen por amigo o enemigo, sino que regulan siempre la amistad o enemistad en la balanza de la conveniencia. Bajo este supuesto resolvió abocarse con Antígono, y unir con él sus fuerzas, haciéndole ver las ventajas que de ello le resultarían. Manejar este asunto a las claras, no lo juzgaban procedente por muchas razones. Por supuesto, esperaba que Cleomenes y los etolios se opondrían al proyecto; a más de que en el hecho de acudir por socorro extraño, el pueblo aqueo se desanimaría y presumiría que ya en él tenía del todo perdidas las esperanzas, cosa que de ningún modo quería diesen a entender sus operaciones. Por lo que determinó manejar en secreto el proyecto que maquinaba. De aquí se originó el verse precisado contra su voluntad a decir y hacer en el exterior cosas que, aparentando un aire contrario, ocultasen su designio. Esta es la razón por que no se encuentran en sus comentarios algunas de estas circunstancias.

Sabía Arato que los megalopolitanos sufrían la guerra con impaciencia, tanto porque, vecinos a Lacedemonia, se hallaban más expuestos que los demás, como porque no les suministraban los auxilios suficientes los aqueos, a quienes tenía igualmente abatidos el peso de esta desgracia. Conocía claramente lo propensos que estaban a la casa real de Macedonia, por los beneficios, recibidos en tiempo de Filipo, hijo de Amintas. De ello infería que si Cleomenes los estrechaba al instante acudirían a Antígono y buscarían la protección de Macedonia. Comunicado en secreto todo el proyecto con Nicofanes y Cercidas, dos megalopolitanos que tenían derecho de hospitalidad con su padre, y muy a propósito para el asunto, fácilmente consiguió por su mediación que los megalopolitanos adoptasen el pensamiento de enviar legados a

los aqueos, para conseguir licencia de acudir a Antígono por socorro. Los megalopolitanos eligieron por diputados al mismo Nicofanes y Cercidas para con los aqueos, y desde allí en derechura para con Antígono, en caso que esta nación lo aprobase. Efectivamente, los aqueos permiten a los megalopolitanos su embajada. Nicofanes se presenta al Rey inmediatamente, le expone cuanto a su patria breve y sumariamente lo preciso, pero se extiende mucho sobre lo general de los negocios según los mandatos o instrucciones de Arato.

Tales fueron sus razones: demostrar a Antígono el poder y miras de la liga de los etolios con Cleomenes, y hacer ver que aunque amenazaba primero a los aqueos, consecutivamente descargaría sobre él mismo y con más fuerza; que era evidente que los aqueos no podrían sostener la guerra contra estas dos potencias, pero que era aún más fácil de comprender que lo primero al que tuviese entendimiento, que los etolios y Cleomenes, una vez sojuzgados los aqueos, no se satisfarían ni se contendrían en este estado; que la codicia de los etolios no era capaz de saciarse, no digo en los límites del Peloponeso, pero ni aun en los de la Grecia toda; que aunque parecía que la ambición de Cleomenes y todos sus designios se contentaban por el pronto con el mando del Peloponeso, una vez éste conseguido, anhelaría consecutivamente por el de la Grecia, al que no podía llegar sin la previa catástrofe del imperio macedonio. En este supuesto, le rogaba que, atento al futuro, reflexionase cuál tenía más cuenta a sus intereses, o junto con los aqueos y beocios disputar a Cleomenes en el Peloponeso el mando de la Grecia, o abandonando la nación más poderosa, arriesgar en la Tesalia el imperio de Macedonia contra los etolios, beocios, aqueos y lacedemonios. Finalmente, expusieron que si los etolios, en atención a los beneficios recibidos de los aqueos en tiempo de Demetrio, diesen a entender les acomodaba el sosiego como hasta ahora, los aqueos solos se defenderían contra Cleomenes; que siéndoles la fortuna favorable, no necesitarían de auxilio; pero que si les era adversa, y los etolios unían sus armas con los enemigos, le rogaban estuviese a la mira de los negocios para no dejar pasar la ocasión de socorrer al Peloponeso en tiempo que podía aún salvarle. Cuanto a la fidelidad y reconocimiento

al beneficio, creían que debía estar seguro, pues prometían que Arato, cuando llegase el caso, daría testimonio a satisfacción de ambas partes, y cuidaría de indicarle el tiempo de venir al socorro.

Escuchado este discurso Antígono calificó acertado y prudente el consejo de Arato, y puso en consecuencia toda su atención en los negocios. Escribió a los megalopolitanos prometiéndoles socorro, siempre que fuese con la aprobación de los aqueos. Regresados a su patria Nicofanes y Cercidas, entregaron las cartas del rey y dieron cuenta de la inclinación y afecto que les había dispensado. Alentados los megalopolitanos con esta noticia se dirigieron al punto a la asamblea de los aqueos, para persuadirles a que hiciesen venir a Antígono y le encomendasen lo antes posible el manejo de la guerra. Arato, informado privadamente por Nicofanes de los sentimientos del rey para con los aqueos y para con él mismo, se hallaba sumamente gozoso de ver que no había formado en vano el proyecto, ni había encontrado en Antígono tan absoluta oposición como esperaban los etolios. Pero lo que más conducía a su propósito era la inclinación de los megalopolitanos en dar a Antígono el manejo de la guerra con consentimiento de los aqueos. Su principal deseo era, como hemos indicado anteriormente, no necesitar de auxilio; pero llegado el caso que la necesidad le obligase a implorarlo, prefería más se llamase al rey por toda la nación, que por sí solo. Temía de que después de haber venido este príncipe, y vencido a Cleomenes y los lacedemonios, si tomaba alguna providencia en perjuicio del gobierno común, no le atribuyesen todos la causa de este accidente; creyendo que en esto obraba Antígono con justicia, en satisfacción de la injuria que él había cometido antes contra la casa real de Macedonia en la toma del Acrocorinto. Y así lo mismo fue venir los megalopolitanos a la asamblea general, presentar las cartas a los aqueos, dar cuenta de la buena acogida que el rey les había hecho, pedir se le enviase a llamar lo antes posible, y que este mismo era el voto de toda la nación tomó la palabra Arato, y luego de haber aplaudido la buena voluntad del rey y aprobado la resolución del pueblo, pronunció un largo discurso, exhortándolos a que intentasen ante todas las cosas defender por sí sus ciudades y campiñas. Esto era lo más

glorioso y precedente. Y caso de serles adversa la fortuna, entonces recurriesen al auxilio de los amigos, cuando ya hubiesen probado todos los arbitrios domésticos.

CAPÍTULO XIII

Opinión de Arato, aprobada.- Entrega que éste hace del Acrocorinto a Antígono.- Toma de Argos por los aqueos.- Las conquistas logradas por Antígono.- Sorpresa de Cleomenes en Megalópolis.

Luego de haber sido aprobado por todos el consejo de Arato, se decidió permanecer en el mismo estado (225 años antes de J. C.) y que los aqueos solos hiciesen la actual guerra. Pero después que Ptolomeo, renunciando a la amistad de los aqueos, por depositar en los lacedemonios más esperanza que en éstos de poder malograr los intentos de los reyes de Macedonia, empezó a prestar auxilio a Cleomenes, con el fin de enemistarle con Antígono; y después que los aqueos venidos a las manos con Cleomenes en una jornada, lucren vencidos por primera vez junto a Licæo, deshechos por la segunda en batalla ordenada en los campos de Megalópolis llamados Laodiceos, donde fue muerto Leusiadas, y derrotados por completo por la tercera en Dimas, no lejos de un sitio llamado Hecatombeo, quedando sobre el campo todo el pueblo; entonces no sufriendo ya más dilación los negocios, el peligro presente obligó a todos a acudir a Antígono. En esta ocasión le envió Arato a su hijo de embajador, y acabó de confirmar lo que tenía tratado sobre el socorro. Surgía la gran dificultad y embarazo de que ni el rey prestaría el auxilio a menos de que se le devolviese el Acrocorinto, y se le entregase la ciudad de Corinto para plaza de armas en la actual guerra, ni los aqueos se atreverían a poner en manos de los macedonios a los corintios contra su voluntad. Por eso esta resolución sufrió al principio algunas dilaciones, a fin de reflexionar mejor sobre sus seguridades.

Con estos favorables acontecimientos, Cleomenes había esparcido el terror, y talaba impunemente las ciudades, atrayendo unas con halagos, y otras con amenazas. Tras de haber tomado de este modo a Cafyas, Pellene, Feneo, Argos, Fliunte, Cleonas, Epidauro, Hermión, Troizena, y por último a Corinto, sentó su campo frente a Sicione. Este

paso sacó a los aqueos de la mayor incertidumbre. Porque habiendo los corintios notificado al pretor Arato y a los aqueos que se retirasen de la ciudad, y enviado a llamar a Cleomenes, se les presentó una justa ocasión y pretexto de que se valió Arato para ofrecer a Antígono el Acrocorinto que ellos poseían. Con la entrega de esta ciudadela hizo desaparecer aquella pasada ofensa para con la casa real de Macedonia; dio una suficiente prueba de su futura alianza, y consiguientemente proveyó al rey de una fortaleza para la guerra contra los lacedemonios. Cleomenes a quien ya sus esperanzas aseguraban la conquista toda del Peloponeso, conocido el tratado de los aqueos con Antígono, levantó el campo de Sicione, sentó sus reales cerca del istmo, y fortificó con trinchera y foso el espacio que media entre el Acrocorinto y los montes Oneios. Antígono, que ya se hallaba prevenido de antemano, y sólo aguardaba la ocasión según las instrucciones de Arato, coligiendo entonces de las noticias que le venían cuán cerca se encontraba Cleomenes y su ejército, envió a decir a Arato y a los aqueos, hallándose aún en la Tesalia que le asegurasen de lo prometido, y condujo su ejército hasta el istmo por la Eubea. Porque los etolios que tanto en otras ocasiones como al presente habían intentado prohibir a Antígono el socorro, le habían advertido no entrase en Pila con ejército, o de otro modo le impedirían el tránsito con las armas. Finalmente Antígono y Cleomenes vinieron a sentar sus campos al frente uno de otro; aquel con el anhelo de entrar en el Peloponeso, y éste con el de prohibirle la entrada.

No obstante que los aqueos se hallaban en un estado deplorable, no por eso desistían de su proyecto, ni tenían perdidas sus esperanzas; por el contrario mismo fue declararse Aristóteles Argivo contra el partido de Cleomenes, que acudir ellos al socorro y tomar por trato la ciudad de Argos bajo la conducta de Timojenes. Este suceso se debe reputar por la principal causa del restablecimiento de sus intereses. Esto fue lo que contuvo el ímpetu de Cleomenes y abatió el espíritu de sus tropas como se vio por los mismos hechos. Pues a pesar de haber tomado con anticipación los puestos más oportunos, tener una provisión más copiosa de pertrechos que Antígono y estar estimulado de

mayor ardor y emulación, lo mismo fue darle parte de que los aqueos habían tomado a Argos, que abandonar precipitadamente las ventajas que hemos mencionado y hacer una retirada con honores de huida, temeroso de que los enemigos no le cortasen por todas partes. Más tarde se dejó caer sobre Argos, llevando a cabo algún esfuerzo por reconquistarla; pero rechazado por el valor de los aqueos y obstinación de los argivos que habían mudado de consejo, desistió del empeño, tomó el camino de Mantinea y tornó de es modo a Esparta.

Este retiro abrió a Antígono sin riesgo las puertas del Peloponeso y le hizo dueño del Acrocorinto. De aquí, sin detenerse ni un instante, se aprovechó de la ocasión y marchó a Argos, donde tras haber aplaudido a los habitantes y arreglado los asuntos de la ciudad, volvió al punto a mover el campo, dirigiendo su ruta hacia la Arcadia. Desalojó después las guarniciones de los castillos que había construido Cleomenes en el país de los egios y belminates, y haciendo entrega de estos fuertes a los megalopolitanos, llegó a Egio a la asamblea de los aqueos. Allí dio razón de su conducta y de lo que se había de realizar en adelante; posteriormente, elegido general por todos los aliados, pasó una parte del invierno en las cercanías de Sicione y de Corinto.

Llegada la primavera (224 años antes de J. C.), tomó el ejército y salió a campaña. Al tercer día llegó a Tegea, donde acudieron también los aqueos, y sentados sus reales, empezó el asedio de esta ciudad. Los macedonios estrecharon tan vivamente el cerco con todo género de máquinas y minas, que al instante los de Tegea, sin esperanza de remedio, se rindieron. No bien Antígono había asegurado la ciudad, cuando emprendió otras operaciones y marchó sin dilación a la Laconia. Apenas se acercó Cleomenes, que ya estaba aguardando en las fronteras de sus dominios, comenzó a probar y tentar sus fuerzas con algunas escaramuzas; pero advertido por sus batidores que la guarnición de Orcomeno venía en socorro de Cleomenes, levanta el campo al punto, marcha a allá y toma a viva fuerza esta ciudad al primer choque. Luego sienta sus reales alrededor de Mantinea y la pone sitio. No tardó en apoderarse el miedo de la plaza y rendirse a los macedonios; con lo que, mudando el campo, se dirigió a Heraia y Telfusa, ciudades que

también tomó por voluntaria cesión de sus habitantes. Finalmente aproximándose ya el invierno, marchó a Egio a la asamblea de los aqueos, donde concedida licencia a los macedonios de ir a invernar a sus casas, él permaneció con los aqueos para tratar y deliberar sobre los negocios presentes.

Por entonces, observando Cleomenes que Antígono había licenciado sus tropas; que se había quedado en Egio únicamente con los extranjeros; que distaba de Megalópolis tres días de camino; que esta ciudad, a más de que su magnitud y despoblación la hacían difícil de guarnecer, a la sazón se hallaba mal custodiada por estar Antígono próximo, y principalmente, por haber perdido la vida en las batallas de Licæo y Laodicia la mayoría de los ciudadanos capaces de llevar las armas, se valió de unos fugitivos mesenios que vivían en Megalópolis, y con su ayuda entró una noche dentro de sus muros sin que nadie se apercibiese. Llegado el día, no sólo faltó poco para que el buen ánimo de los megalopolitanos le desalojase, sino que le puso a riesgo de una total derrota. El mismo lance le había ocurrido tres meses antes, por haber entrado con dolo por aquella parte de la ciudad llamada Colea; pero entonces la multitud de sus tropas y la previa ocupación de los puestos ventajosos le pusieron a tiro de conseguir su intento. Al fin, arrojados los megalopolitanos, se apoderó de la ciudad, la que saqueó con tanta crueldad y rigor, que no quedó esperanza de poder volver a ser poblada. Creo que el haber usado Cleomenes de esta inhumanidad fue en venganza de no haber podido jamás en diferentes ocasiones hallar entre los megalopolitanos ni entre los stinfalios quien apoyase su partido, coadyuvase sus deseos ni fuese traidor a su patria. Únicamente entre los clitorios, gente amante de la libertad y valerosa, hubo un tal Tearces que se cubrió de esta infamia, y éste aseguran con razón los clitorios que no nació entre ellos, sino que era linaje supuesto de uno de los soldados extranjeros que habían venido de Orcomeno.

CAPÍTULO XIV

Severo juicio contra Filarco.- Objeto de la historia.-Diferencias entre ésta y la tragedia.- Los mantineos abandonan la liga de los aqueos y son reconquistados por Arato.- Perfidia que éstos cometen con la guarnición aquea, y benigno castigo a tal delito.

Ya que, en cuanto a la historia de esta época escrita por Arato, en el concepto de algunos merece más aprobación Filarco, que en muchas cosas opina de modo diferente y asegura lo contrario, será procedente o más bien preciso, puesto que hemos optado por seguir a Arato en las acciones de Cleomenes, no permitir quede indeciso este punto, por no dejar en los escritos la impostura con igual poder que la verdad. Generalmente este historiador expone por toda su obra muchas expresiones, sin más reflexión que conforme se le presentaron. Prescindiendo de otras que no es menester tacharle ni censurarle por ahora, solamente haremos juicio de aquellas que se coinciden con los tiempos de que vamos hablando y pertenecen a la guerra Cleoménica. Esto será precisamente lo que baste para demostrar todo el espíritu que le animaba y lo que podemos esperar de su historia. Para manifestar la crueldad de Antígono, de los macedonios, de Arato y de los aqueos, dice que tras de ser sojuzgados los mantineos, sufrieron grandes desgracias, y la mayor y más antigua ciudad de la Arcadia fue afligida con tantas calamidades, que a todos los griegos excitaba a compasión y llanto. Para mover a compasión a los lectores y hacer patético el discurso, nos representa, ya abrazándose las mujeres, los cabellos desgreñados, los pechos descubiertos; ya lágrimas y lamentos de hombres y mujeres que sin distinción eran arrebatadas con sus hijos y ancianos padres. Siempre que quiere describirnos el horror, incurre en el mismo defecto por toda la obra. Omite lo bajo y afeminado de su estilo, y paso a examinar lo que es peculiar y constituye la utilidad de la historia.

No es preciso que un historiador sorprenda a los lectores con lo maravilloso, ni que excogite razonamientos verosímiles, ni que expon-

ga con nimiedad las consecuencias de los sucesos. Esto es bueno para los poetas trágicos; sino que cuente los dichos y hechos según la verdad, por insignificantes que parezcan. El objeto de la historia y de tragedia es muy diferente. La tragedia se propone la admiración y momentánea deleitación de los oyentes por medio de pensamientos los más verosímiles; la historia, la perpetua instrucción y persuasión de los estudiosos por medio de dichos y hechos reales. En la tragedia, como sólo es para embeleso de los espectadores se emplea la probabilidad, aunque falsa; pero en la historia reina la verdad, como que es para utilidad de los estudiosos. Aparte de esto, Filarco nos cuenta la mayoría de los sucesos sin hacer suposición de causa ni modo como sucedieron, sin cuyos requisitos no es posible que nos compadezcan con justo motivo ni nos irriten a tiempo oportuno. Por ejemplo, ¿quién no sufrirá con impaciencia ver azotar a un hombre libre? Sin embargo, si el tal es autor de algún delito, se dice que le está bien merecido, y si esto se hace para corrección y escarmiento, merecen a más estimación y gracias los que lo impusieron. De igual modo, quitar la vida a un ciudadano se reputa por la maldad más execrable y digna de los mayores suplicios; con todo es claro que matar a un ladrón o adúltero es lícito, y vengarse de un traidor o tirano merece recompensa. Tan cierto como esto es que, para juzgar de una acción, no tanto se ha de mirar al hecho cuanto a la causa, intención del que la ejecutó y diferencia de casos.

En este supuesto, los mantineos, abandonada voluntariamente la liga de los aqueos, entregaron sus personas y patria a los etolios y después a Cleomenes. Ya habían abrazado este partido y formaban parte del gobierno lacedemonio, cuando cuatro años antes de la venida de Antígono, sobornados por Arato algunos de sus ciudadanos, los conquistaron a viva fuerza los aqueos. En esta ocasión, lejos de venirles mal por el mencionado delito, por el contrario, todos celebraron lo que entonces pasó: tan repentino fue el cambio de voluntades de uno y otro pueblo. Efectivamente, lo mismo fue apoderarse Arato de la ciudad, que prevenir a sus tropas no tocasen al bien ajeno. Luego, reunidos los mantineos, les persuadió tuviesen buen ánimo y permaneciesen en sus casas, pues vivirían seguros mientras estuviesen asociados a los

aqueos. A la vista de un tan inesperado y extraordinario beneficio, los mantineos cambiaron súbitamente de sentimientos. Y aquellos que poco antes enemigos de los aqueos habían visto perecer a muchos de sus parientes y a no pocos ser víctimas de la violencia, recibieron ahora a estos mismos en sus casas, los convidaron a comer consigo y demás parientes, y no hubo urbanidad que entre unos y otros no se repitiese. Y en verdad que tuvieron para esto sobrado fundamento, pues no sé que jamás hombres hayan caído en manos de enemigos más benignos, ni que do infortunios al parecer más grandes hayan salido con menos pérdidas que los mantineos, por la humanidad con que Arato y los aqueos los trataron.

Más tarde, viendo las conmociones que entre ellos existía, y comprendiendo los ocultos designios de los etolios y lacedemonios, enviaron legados a los aqueos rogando les prestasen auxilio. Los aqueos se lo concedieron y sortearon trescientos de sus propios ciudadanos. Aquellos a quienes cupo la suerte, abandonando su patria y bienes, fueron a vivir a Mantinea para proteger la libertad y salud de estas gentes. Remitieron también doscientos extranjeros que juntos con los aqueos mantenían la tranquilidad de que antes gozaban. Pero transcurrido poco tiempo sublevados entre sí los mantineos, llamaron a los lacedemonios, les entregaron la ciudad y pasaron a cuchillo a los aqueos que vivían en su compañía; traición la mayor y más detestable que se puede imaginar. Pues ya que se propusieron olvidar del todo los beneficios y amistad que tenían con los aqueos, debieran por lo menos haber perdonado esta guarnición y permitido se retirase bajo una salvaguardia. Esto se acostumbra conceder por derecho de gentes aun a los enemigos. Pero ellos, por dar a Cleomenes y los lacedemonios una prueba suficiente del designio que maquinaban violaron el sagrado derecho de gentes y cometieron la mayor impiedad por su gusto. ¿De qué odio no son dignos hombres que por sí mismos se constituyen homicidas y verdugos de aquellos que, ocupada por fuerza poco antes su ciudad, los habían perdonado y a la sazón estaban custodiando su salud y libertad? ¿Qué pena será con digno castigo a su delito? Acaso me dirá alguno: ser vendidos con sus hijos y mujeres, puesto que fue-

ron conquistados. Pero esta es ley de guerra que se usa aun con aquellos que no han cometido perfidia alguna. Luego son acreedores de suplicio mayor y más acerbo. De modo que aunque hubieran sufrido lo que Filarco nos cuenta, no debieran los griegos haberles tenido compasión, por el contrario haber aplaudido y aprobado el hecho de los que vengaron impiedad semejante. Pero no obstante no haber padecido los mantineos otro castigo en este infortunio que la de ser saqueados sus bienes y vendidos los hombres libres Filarco, por dar algo de portentoso al caso, no sólo nos forjó un simple embuste, sino un embuste inverosímil Su excesiva ignorancia no le dejó reflexionar sobre otros hechos coincidentes. Y si no, ¿cómo los aqueos, apoderados a viva fuerza de la ciudad de Tegea, por aquel mismo tiempo, no ejecutaron con éstos igual castigo? Porque si la causa de este proceder se ha de atribuir a la crueldad de los aqueos, era normal que, conquistados al mismo tiempo los de Tegea, hubieran sufrido la misma pena. Conven-gamos, pues, en que si con solos los mantineos usaron de mayor rigor, prueba evidente que también éstos les dieron mayor motivo.

CAPÍTULO XV

Muerte del tirano Aristomaco.- Filarco exagera este hecho.

Refiere además de esto Filarco que Aristomaco Argivo, hombre de ilustre cuna, descendiente de tiranos y el mismo tirano de Argos, capturado por Antígono y los aqueos, fue conducido a Cencreas, donde dejó de existir víctima de los tormentos más inicuos y crueles que jamás sufrió hombre alguno. Conserva en este hecho su característico lenguaje, y finge ciertos gritos proferidos por Aristomaco durante la noche mientras le atormentaban, que llegaron a oídos de los vecinos próximos. Cuenta que unos horrorizados de semejante impiedad, otros no dándose crédito, y muchos indignados de acción, echaron a correr a aquella casa. Pero dejémonos ya de estos portentos trágicos, y baste lo dicho. Yo creo que Aristomaco, aun cuando no hubiera ofendido en modo alguno a los aqueos, sus costumbres y crímenes contra la patria le hacían reo de los mayores suplicios. Pues aunque este escritor, con vistas a ensalzar su dignidad, e inspirar en los lectores mayor indignación por sus suplicios, no sólo nos cuenta que era tirano, sino que descendía de tiranos; esta, a mi ver, es la más grave y mayor acriminación que contra él se podía proferir. El nombre mismo contiene la significación más impía y abraza todo lo más injusto y execrable que hay entre los hombres. A más de que aun cuando Aristomaco hubiera sufrido los más crueles tormentos como nos cuenta Filarco, no me parece había satisfecho el merecido castigo por aquel solo día en que Arato, acompañado de los aqueos, penetró por sorpresa en Argos, y luego de haber sostenido rudos combates y peligros por la libertad de los argivos, fue finalmente desalojado por no haberse declarado ninguno de los conjurados que estaban dentro contenidos del temor del tirano. Aristomaco entonces, bajo pretexto y presunción de que existía algunos cómplices en la irrupción de los aqueos, hizo degollar a ochenta inocentes ciudadanos de los principales a la vista de sus parientes. Omito otras atrocidades de su vida y de sus ascendientes, pues sería largo de contar. A la

vista de esto, no es de extrañar le cupiese la misma suerte. Más sorprendente sería que sin castigo alguno hubiera acabado sus días. Ni se debe imputar a crueldad de Antígono y de Arato el que, apoderados en guerra de un tirano, le quitasen la vida en los suplicios; cuando si le hubieran muerto con tormentos en el seno de la paz misma, se lo hubieran aprobado y aplaudido los hombres sensatos. Y si a lo expuesto se añade la traición cometida a los aqueos, ¿de qué pena no será digno? Forzado de la necesidad con la muerte de Demetrio, tuvo que deponer poco antes la tiranía, y halló contra toda esperanza un asilo seguro en la dulzura y probidad de los aqueos, los cuales le perdonaron no sólo las maldades cometidas durante su tiranía, sino que le incorporaron en la república y le dispensaron el sumo honor de entregarle el mando de sus tropas. Pero luego que vio en Cleomenes un rayo de esperanza más lisonjera, olvidado al instante de este beneficio, separó su patria y afecto de los aqueos en las circunstancias más urgentes, y se unió a los enemigos. Semejante hombre, después capturado, merecía, no que en el silencio de la noche muriese atormentado en Cencreas, como refiere Filarco, sino que se le pasease por todo el Peloponeso para que sirviese de ejemplo su castigo y acabase la vida de este modo. Sin embargo, a pesar de ser tan malo, no sufrió otra pena que la de ser arrojado en el mar por ciertos crímenes que cometió en Cencreas.

Aparte de esto, Filarco nos cuenta con exageración y afecto las calamidades de los mantineos, persuadido a que es oficio de un historiador referir los malos hechos. Pero no hace mención en absoluto de la generosidad con que se condujeron los megalopolitanos por el mismo tiempo; como si fuese más propio de la historia referir defectos humanos que poner de manifiesto acciones virtuosas y laudables; o si contribuyesen menos a la corrección de los lectores los hechos ilustres y plausibles que las acciones inicuas y vituperables. Para hacer valer la magnanimidad y moderación de Cleomenes para con sus enemigos, nos refiere cómo tomó a Megalópolis, y cómo la conservó intacta mientras despachó mensajeros a Messena para los megalopolitanos, rogándoles que, en atención a haberles devuelto indemne su patria, coadyuvasen sus intentos. Agrega cómo los megalopolitanos, empeza-

da a leer la carta, no tuvieron paciencia para acabarla, y por poco no mataron a pedradas a los mensajeros. Pero lo que es inseparable y propio de la historia, a saber, aplaudir y hacer mención de las resoluciones generosas, esto lo omite, sin que haya para ello motivo que lo impida. Porque si reputamos por hombres de honor a los que sólo con palabras y demostraciones sostienen la defensa de sus amigos y aliados, y a los que por el mismo caso toleran la desolación de sus campos y asedio de sus ciudades, no sólo los aplaudimos, sino que los tributamos en recompensa las mayores gracias y mercedes, ¿qué deberemos pensar de los megalopolitanos? ¿No formaremos de ellos el concepto más magnífico y honroso? Ellos sufrieron primero que Cleomenes asolase sus campos; ellos abandonaron después del todo la patria, por mantener el partido de los aqueos; ellos, finalmente, presentada la ocasión más imprevista y extraordinaria de recobrarla, prefirieron privarse de sus campos, sus sepulcros, sus templos, su patria, sus haciendas, y, en una palabra, de todo lo más amable al hombre, por no faltar a la fe a sus aliados. ¿Se hizo jamás o se podrá hacer acción más heroica? ¿Qué pasaje más oportuno a un historiador para excitar la atención de sus lectores? ¿Qué ejemplo más eficaz para estimular a la observancia de los tratados y conservar el vínculo de una sociedad firme y verdadera? Sin embargo, Filarco no hace de esto mención alguna, ofuscándose a mi ver sobre los hechos más memorables y precedentes a un escritor.

Después de esto nos dice que del saco de Megalópolis cogieron los lacedemonios seis mil talentos, y de éstos los dos mil se los entregaron a Cleomenes, según costumbre. ¿Quién no admirará aquí principalmente la impericia e ignorancia de las nociones más corrientes sobre los recursos y poder de las ciudades griegas, cosa de que debe un historiador estar perfectamente instruido? No digo en aquellos tiempos, en que los reyes de Macedonia, y más aún las continuas guerras civiles tenían arruinado del todo el Peloponeso; pero ni aun en los actuales, en que conformes todos gozan al parecer de la mayor abundancia, es posible, sin embargo, que de los efectos del Peloponeso todo, a excepción de los hombres, se pueda reunir semejante suma. Que lo que preferi-

mos no es al aire, sino con algún fundamento, nos lo manifestará lo siguiente. Nadie ignora que cuando los atenienses, en unión de los tebanos, armaron diez mil hombres y equiparon cien galeras para emprender la guerra contra Lacedemonia, ordenaron que se valuasen las tierras, las casas, el Ática toda y demás efectos, para sufragar con sus réditos los gastos de la guerra. No obstante, la estimación toda no ascendió sino a cinco mil setecientos cincuenta talentos. A la vista de esto, ¿no parecerá inverosímil lo que acabamos de decir del Peloponeso? Ninguno, por muy exagerado que sea, se atreverá a asegurar que se sacó por entonces de Megalópolis más de trescientos talentos puestos que todos saben que la mayoría de los hombres libres y esclavos se habían refugiado a Messena. Pero la mejor prueba de lo arriba dicho es que no cediendo los mantineos a los pueblos de la Arcadia en poder ni en riquezas, según Filarco, no obstante sitiada y tomada su ciudad, aunque no se escapó ninguno, ni les fue fácil ocultar cosa alguna, todo el botín, vendidos los hombres, ascendió sólo a trescientos talentos.

Pero ¿a quién no admirará aún más lo que se sigue? Cuenta que diez días antes de la batalla vino un embajador de Ptolomeo a Cleomenes, con la noticia de que su amo rehusaba suministrarle dinero, y le exhortaba a que concertase la paz con Antígono; que escuchada la embajada, Cleomenes resolvió probar lo antes posible fortuna, antes que se divulgase la nueva en el ejército, por no tener esperanza en sus propios fondos de poder satisfacer las pagas al soldado. Pues si entonces Cleomenes se hubiera hallado con seis mil talentos, hubiera podido exceder a Ptolomeo en riquezas, y aun cuando sólo hubiera tenido trescientos, era más que suficiente para sostener sin riesgo y proseguir la guerra contra Antígono. Reconozcamos, pues, que es una prueba de la mayor ignorancia y falta de reflexión decir que Cleomenes tenía puestas todas sus esperanzas en la liberalidad de Ptolomeo, y asegurar al mismo tiempo que era dueño por entonces de tantos bienes. Otros muchos y semejantes errores comete nuestro historiador por los tiempos de que vamos hablando y por toda su obra, pero basta lo dicho en cumplimiento de nuestro designio.

CAPÍTULO XVI

Irrupción de Cleomenes por los campos de Argos.- Número de tropas de Antígono y Cleomenes.- Notable disposición de los respectivos campamentos.

Una vez hubo sido tomada Megalópolis, mientras que Antígono tenía sus cuarteles de invierno en Argos, Cleomenes reunió las tropas al iniciarse la primavera, y exhortadas según lo exigía el caso, sacó su ejército y entró por el país de los argivos. Este paso pareció temerario y arriesgado al vulgo, por lo bien defendidas que se encontraban las vías de la provincia, pero seguro y prudente a las gentes sensatas. A la vista de haber Antígono licenciado sus tropas, estaba seguro de que en primer lugar realizaría aquella invasión sin riesgo; y en segundo, cuando hubiese asolado la campiña hasta los muros, los argivos, a cuya vista se haría este estrago, se indignarían inevitablemente y se quejarían de Antígono. En este caso, si por no poder sufrir 'la insolencia de la tropa, hacía Antígono una salida y arriesgaba un trance con la gente que entonces tenía, se prometía con sobrado fundamento que le resultaría fácil la victoria; si, por el contrario, persistía en su resolución y apetecía el reposo, creía que aterrados los enemigos y alentados sus soldados podría retirarse a su patria sin peligro. Efectivamente, todo ocurrió como lo había pensado. Arrasada la campiña, empezó la tropa en corrillos a murmurar de Antígono; mas éste, como buen rey y prudente soldado, prefirió el sosiego rehusando emprender cosa de que no le constase el buen éxito. Con esto, Cleomenes, según su primer designio, taló la campiña, amedrentó a los contrarios, inspiró aliento a sus tropas contra el peligro que las amenazaba y se tornó a su patria impunemente.

Luego que llegó el verano, se unieron los macedonios y aqueos de regreso de sus cuarteles de invierno, y Antígono al frente del ejército se dirigió con los aliados hacia la Laconia. Llevaba consigo diez mil macedonios de que constaba la falange, tres mil rodeleros, trescientos

caballos, mil agrianos y otros tantos galos. El total de extranjeros ascendió a tres mil infantes y trescientos caballos; de los aqueos tres mil hombres de a pie y trescientos de a caballo, todos escogidos; de los megalopolitanos, mil al mando de Cercidas Megalopolitano, armados a la manera de Macedonia. Los aliados eran dos mil infantes boios y doscientos caballos; mil infantes epirotas y cincuenta caballos; otros tantos acarnanios y mil seiscientos ilirios al mando de Demetrio de Faros. De forma que todo el ejército se componía de veintiocho mil infantes y mil doscientos caballos.

Cleomenes, que aguardaba esta irrupción, había fortificado todas las otras vías de la provincia con presidios, fosos y cortaduras de árboles. Él había acampado junto a Selasia con un ejército de veinte mil hombres, conjeturando con fundamento de que por allí entrarían los contrarios, como sucedió efectivamente. Dos montañas forman este desfiladero, la una llamada Eva, y la otra Olimpo. Entre ellas pasa el camino que va a Esparta, junto al río Enuntes. Cleomenes había extendido una línea con foso y trinchera por delante de estas montañas. Apostó sobre el monte Eva a los aliados, al mando de su hermano Euclidas, y él, con los lacedemonios y extranjeros, ocupaba el monte Olimpo. La caballería, con una parte de extranjeros, la tenía acampada en unas llanuras a orillas del río, sobre uno y otro lado del camino.

Así que llegó Antígono advirtió que los puestos estaban bien defendidos que Cleomenes, habiendo distribuido a cada trozo del ejército el lugar conveniente, había tomado con tanta habilidad los ventajosos que toda la disposición de su campo se asemejaba a un cuerpo de bravos campeones en acción de acometer; que nada había omitido de cuanto previene el arte para el ataque y la defensa, antes bien era igualmente eficaz su formación, y seguro de un insulto su campamento. Todo esto le hizo desistir de tentar al enemigo de repente y venir a las manos por el pronto. Sentó su campo a corta distancia y se cubrió con el río Gorgilo. Allí se detuvo algunos días, ya para reconocer la naturaleza del terreno y diversidad de las tropas enemigas, ya para aparentar al mismo tiempo ciertos movimientos que pusiesen en expectación para adelante el ánimo de los contrarios. Pero no encontran-

do puesto alguno indefenso ni desguarnecido, por acudir Cleomenes rápidamente a todas partes mudó de resolución. Finalmente, ambos unánimes estuvieron de acuerdo en que una batalla decidiese el asunto: tan esforzados e iguales eran estos dos capitanes que entonces la fortuna había reunido.

Antígono opuso contra los que defendían el monte Eva los macedonios, armados de escudos de bronce, y los ilirios formados por cohortes alternativamente. El mando de éstos lo confió a Alejandro, hijo de Acmetes, y a Demetrio de Faros. Detrás puso a los acarnanios y cretenses, y a sus espaldas estaban dos mil aqueos, que hacían veces de cuerpo de reserva. La caballería a las órdenes de Alejandro la formó alrededor del río Cēnuntas al frente de la enemiga, mandando cubrir sus costados con mil infantes aqueos y otros tantos megalopolitanos. Él con los extranjeros y macedonios decidió atacar el monte Olimpo, donde se hallaba Cleomenes. Situó en la primera línea a los extranjeros, y en la segunda la falange macedonia, dividida en dos trozos, uno tras otro, obligándole a esta formación la estrechez del terreno. La señal dada a los ilirios para comenzar el combate (es de suponer que éstos, pasado el río Gorgilo por la noche, se habían apostado al pie del monte Eva) era un lienzo levantado en las inmediaciones del monte Olimpo, y la que se dio a los megalopolitanos y a la caballería fue una cota de color de púrpura, enarbolada junto al rey.

CAPÍTULO XVII

Batalla de Selasia y victoria por Antígono.- Huida de Cleomenes a Alejandría.- Toma de Esparta por Antígono.- Restablecimiento del gobierno republicano en esta y otras ciudades.- Muerte de varios reyes.- Sus sucesores.

Así que llegó el tiempo de la acción (223 años antes de J. C.) y se dio la señal a los ilirios por medio de los jefes de lo que debía realizar cada uno, todos prontamente se presentaron al enemigo y comenzaron a ascender la montaña. Los armados a la ligera, que desde el inicio de la acción estaban formados con la caballería de Cleomenes, viendo que las cohortes aqueas habían quedado indefensas por la espalda, acometen su retaguardia y ponen en el mayor apuro a los que se esforzaban en ganar la cumbre, ya que de parte arriba se veían atacados de frente por Euclidas, y de parte abajo invadidos y cargados con vigor por los extranjeros. Filopemen el megalopolitano se dio cuenta del peligro, y previendo lo que iba a suceder, advirtió primero a los jefes la situación en que se encontraban; mas viendo que no se le escuchaba, por no haber obtenido jamás cargo en la milicia y ser demasiado joven, anima a sus conciudadanos y ataca con valor a los contrarios. No fue preciso más para que los extranjeros que cargaban por la espalda a los que ascendían la montaña, oída la gritería y visto el choque de los caballos, dejasen al instante a los ilirios y echasen a correr a sus primeros puestos para dar socorro a su caballería. De esta forma, los ilirios, macedonios y demás gente que iba delante con ellos, libres del estorbo, acometieron con esfuerzo y confianza a los contrarios. Por aquí se reconoció en la consecuencia, que Filopemen había sido causa de la ventaja obtenida contra Euclidas.

Refieren que Antígono después de la acción, por tentar a Alejandro, comandante de la caballería, le preguntó que por qué había comenzado el choque antes de dar la señal, y que éste, habiéndole respondido que no había sido él, sino cierto joven megalopolitano

quien lo había empezado contra sus órdenes, Antígono dijo: «El joven, atendidas las circunstancias, obró como excelente capitán, y, vos capitán, como un joven cualquiera.» Efectivamente, si como Euclidas dejó de aprovecharse de la ventaja del terreno, cuando vio subir las cohortes de los ilirios hubiera salido al encuentro, desde lejos y cargado sobre el enemigo, sin duda habría desordenado y desbaratado sus líneas, retirándose poco a poco y acogiéndose sin peligro a la eminencia. De esta forma deshecha la formación de los enemigos e inutilizado el peculiar uso de sus armas, los hubiera fácilmente hecho huir, favorecido como estaba del terreno. Pero nada de esto ejecutó; antes, como si tuviese asegurada la victoria, hizo todo lo contrario. Permaneció inmóvil en la cumbre, según se había colocado al principio, esperando recibir en la cima a los contrarios para hacerles después huir por lugares más pendientes y escarpados. Mas sucedió al contrario, como era normal. Pues como no había dejado espacio para retroceder, y las cohortes llegaron intactas y unidas, se vio en tal apuro, que le fue preciso combatir en la cima misma de la montaña. De allí adelante, a medida que el peso de las armas y la formación fue fatigando al soldado, los ilirios adquirían consistencia, y Euclidas iba perdiendo terreno por no haber dejado espacio para retroceder y cambiar de posición a los suyos. De modo, que a poco tiempo tuvo que volver la espalda y emprender la huida por unos lugares escarpados e intransitables.

Mientras tanto vino a las manos la caballería. La de los aqueos desempeñó con denuedo su obligación, ya que la iba la libertad en la batalla. Pero sobre todo Filopemen, cuyo caballo fue herido mortalmente en la refriega, y él, peleando a pie, recibió una herida cruel que le atravesó ambos muslos. Los dos reyes iniciaron el choque en el monte Olimpo con los armados a la ligera y extranjeros en número casi de cinco mil entre ambos. Como la acción era a la vista de los reyes y de los ejércitos, bien se pelease por partidas, bien en general, todos procuraban excederse de ambas partes. Se batían hombre a hombre y línea a línea con la mayor valentía. Pero Cleomenes, viendo a su hermano puesto en huida, y a la caballería que peleaba en el llano casi vencida, temió no cargasen sobre él los enemigos por todos lados, y se

vio precisado a desbaratar el atrincheramiento de su campo y sacar todo el ejército de frente por un costado. Dada la señal por las trompetas para que la infantería ligera se retirase del espacio que mediaba entre los dos campos, vuelven las lanzas con grande algazara y vienen a las manos las dos falanges. La acción fue viva. Unas veces retrocedían los macedonios, oprimidos del valor de los laconios; otras éstos eran rechazadas por la vigorosa formación de aquellos. Finalmente, las tropas de Antígono puestas en ristre las lanzas, dieron sobre los lacedemonios con aquella violencia propia de la falange doble, y los desalojaron de sus atrincheramientos. Todo el resto de la gente, o fue muerta, o emprendió una huida precipitada. Cleomenes, con algunos caballeros, se retiró a Esparta sin peligro, de donde, llegada la noche, bajó a Githio, y en unos navíos que tenía aprontados de antemano para un accidente marchó con sus amigos a Alejandría.

Antígono tomó a Esparta por asalto. En lo demás trató a los lacedemonios con generosidad y dulzura. Restableció entre ellos el antiguo gobierno, y a los pocos días partió de la ciudad con su ejército, por haber llegado a su conocimiento que los ilirios habían penetrado en la Macedonia y talaban sus campos. De esta forma acostumbra siempre la fortuna terminar los más arduos asuntos cuando menos se espera. Pues si entonces Cleomenes hubiera aplazado algunos días la batalla, o si retirado a Esparta después de la acción hubiera esperado un poco ocasión más oportuna, habría sin duda conservado el reino. Finalmente, Antígono llegó a Tegea, restituyó también a sus moradores en el primitivo estado, y dos días después llegó a Argos, a tiempo que se celebraban los juegos nemeos. Luego de haber obtenido allí de parte de los aqueos en general y de cada ciudad en particular todo lo que podía contribuir a inmortalizar su nombre y gloria, se dirigió a Macedonia a largas jornadas. Allí sorprendió a los ilirios, vino con ellos a las manos de poder a poder, y los venció en batalla. Pero los esfuerzos y gritos que dio para animar sus tropas durante la acción (222 años antes de J. C.), le causaron un vómito de sangre, de que le provino tal debilidad que en pocos días falleció.

Toda la Grecia se había prometido de él grandes esperanzas, no sólo por su pericia en el arte militar, sino mucho más por su arreglo de vida y probidad de costumbres. Dejó el reino de Macedonia a Filipo, hijo de Demetrio.

Pero ¿a qué propósito narración tan prolija sobre la guerra cleonémica? Porque uniéndose estas épocas con las que en adelante hemos de hablar, nos pareció procedente o, por mejor decir, necesario, según nuestro propósito inicial, hacer manifiesto y palpable a todos el estado que entonces tenían los macedonios y griegos. Por este mismo tiempo pasó de esta vida Ptolomeo, y le sucedió en el reino Ptolomeo Filopator. Murió asimismo Seleuco, hijo de Seleuco Callinico, llamado también Pogón. Tuvo por sucesor en el reino de Siria a Antíoco, su hermano. Sucedió a estos reyes casi lo mismo que a aquellos primeros poseedores que obtuvieron estos reinos, después de la muerte de Alejandro; es decir, que así como Seleuco, Ptolomeo y Lisímaco murieron en la olimpiada ciento veinticuatro, como hemos apuntado, éstos en la ciento treinta y nueve.

Después de haber concluido las advertencias y presupuestos de toda nuestra historia, por lo que se ve cuándo, cómo y por qué causa, dueños los romanos de toda Italia, empezaron a extender sus conquistas por defuera y osaron disputar el imperio de la mar a los cartagineses; y luego de haber hecho ver en qué estado se hallaban entonces los griegos, macedonios y cartagineses, será conveniente, puesto que según nuestro primer designio hemos llegado a aquellos tiempos en que los griegos meditaban la guerra social los romanos la anibálica y los reyes de Asia la de la Cæle-Siria, concluir este libro con el fin de las guerras precedentes y muerte de los potentados que las manejaron.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO PRIMERO

Panorama de toda la obra y distribución de materias que se han de tratar en adelante.

Dijimos en el libro primero de toda la obra, y tercero respecto de éste, que iniciaríamos nuestra historia por la guerra social, la de Aníbal y la de la Cæle-Siria. Allí también expusimos las causas porque, recorriendo los tiempos anteriores, escribiríamos los dos libros precedentes. Ahora trataremos de referir con claridad estas guerras, las causas de que se originaron y los motivos porque se hicieron tan memorables. Pero antes diremos algo sobre el propósito de la obra.

El único objeto de todo lo que nos hemos propuesto escribir es hacer ver el cómo, cuándo y por qué causa todas las partes del mundo conocido fueron sometidas al poder de los romanos; y como este suceso tiene principio conocido, tiempo determinado y conclusión evidente, tuvimos a bien poner a la vista como en bosquejo aquellos principales hechos que mediaron entre su fin y principio. Nada en mi concepto es más capaz de dar al lector una justa idea de todo el propósito. Porque como muchas veces el ánimo por el todo viene en conocimiento de los particulares, y al contrario, por los particulares muchas a la cierta ciencia del todo; nosotros, que reputamos por el mejor método de enseñar y explicar el que proviene de ambos, daremos consiguientemente a lo dicho un prospecto de nuestra historia. La idea general del argumento y términos en que está prescrito ya la hemos declarado.

Los hechos particulares tienen su origen en las guerras que hemos mencionado; su conclusión y éxito en la ruina del reino de Macedonia; el tiempo que ha mediado entre su principio y fin, cincuenta y tres años; en los cuales se contienen tales y tan sobresalientes acciones, cuales ninguna edad anterior comprendió en igual intervalo. La narra-

ción de éstas, empezando desde la olimpiada ciento cuarenta, es como se sigue.

Luego que hayamos demostrado las causas por qué se suscitó la guerra llamada anibálica entre cartagineses y romanos, expondremos cómo aquellos, invadida Italia y arruinado su poder, pusieron en el mayor apuro a las personas y patria de éstos, y llegaron concebir la magnífica y extraordinaria esperanza de hacerse dueños, por asalto de la misma Roma. Trataremos después de explicar cómo por aquel mismo tiempo Filipo, rey de Macedonia, finalizada la guerra con los etolios y sosegados los disturbios de la Grecia, empezó a unir sus miras con los cartagineses; cómo Antíoco y Ptolomeo Filopator disputaron entre sí y vinieron al cabo a tomar las armas por la Cæle-Siria, cómo los rodios y prusias declararon la guerra a los bizantinos, y les obligaron a levantar el tributo que exigían de los que navegaban al Ponto. Aquí nos detendremos y examinaremos la política de los romanos, para hacer ver al mismo tiempo que contribuyó muchísimo lo peculiar de su gobierno a recobrar no sólo el mando de la Italia y de la Sicilia y añadir a su imperio la España y la Galia, sino también a sojuzgar finalmente a los cartagineses y pensar en la conquista del universo. Al mismo tiempo daremos cuenta por una breve digresión de la ruina del reino de Hierón Siracusano. Añadiremos después los alborotos de Egipto, y de qué modo, muerto el rey Ptolomeo, Antíoco y Filipo, conspiraron sobre la división del reino, dejando a su hijo, y atacaron con engaño y violencia éste el Egipto y la Caria y aquel la Cæle-Siria y la Fenicia.

A esto seguirá un resumen de las acciones de romanos y cartagineses en la España, África y Sicilia, de donde nos trasladaremos con la narración a los pueblos de la Grecia y a las alteraciones que sobrevinieron en sus intereses. Referiremos las batallas navales de Atalo y los romanos contra Filipo, como también la guerra que hubo entre este príncipe y los romanos, por qué motivos y cuál su éxito. Uniremos a esto sus resultas, y haremos mención de aquel despecho que condujo a los etolios a llamar del Asia a Antíoco, y encender la guerra entre aqueos y romanos. Manifestaremos las causas de esta guerra, y el paso de Antíoco por Europa. Expondremos primero cómo huyó de la Gre-

cia; después cómo fue derrotado y tuvo que abandonar el país de parte de acá del monte Tauro; y finalmente, cómo los romanos, castigada la audacia de los gálatas, se apoderaron del imperio del Asia sin disputa, y libraron a los habitantes del Asia citerior de los sobresaltos e injurias de estos bárbaros. Expondremos después los infortunios de los etolios cefallenios, y emprenderemos las guerras que Eumenes sostuvo contra Prusias y los gálatas, así como la que este príncipe y Ariarato hicieron contra Farnaces. Después de haber apuntado la concordia y gobierno del Peloponeso y el auge de la república de los rodios, haremos una recapitulación de todo el discurso y de las acciones, sin omitir la expedición de Antíoco Epifanes contra el Egipto, la guerra de Perseo y ruina del imperio de Macedonia. Todos estos hechos nos manifestarán por menor la conducta con que se manejaron los romanos para llegar a sojuzgar toda la tierra.

Si los sucesos prósperos o adversos bastasen para formar juicio de lo laudable o vituperable de los hombres y de los Estados, convendría sin duda que finalizásemos el discurso y concluyésemos nuestra historia en las últimas acciones que acabamos de apuntar. Puesto que, según nuestro primer propósito, se completa aquí el tiempo de los cincuenta y tres años llega a su apogeo el auge y extensión del Imperio Romano, y todo el mundo se vio forzado a confesar que no había más que obedecer a Roma y someterse a sus leyes. Pero como el mero éxito de las batallas no es capaz de dar una justa idea de los vencedores ni vencidos, porque a muchos las mayores prosperidades manejadas sin cordura acarrearón tamaños infortunios, y a no pocos las más horribles adversidades soportadas con constancia se les convirtieron muchas veces en ventajas, tuvimos a bien añadir a lo dicho cuál haya sido la conducta de los vencedores después de la victoria, y cómo hayan gobernado el universo, qué aceptación y crédito hayan merecido de los pueblos, y cuáles y cuán diversos juicios se hayan formado de los que manejaban los negocios; qué inclinaciones y afectos prevalecieron y reinaron en el gobierno privado de cada uno, y en general de la república. Por aquí conocerá el siglo presente si es de desechar o adoptar la dominación romana, y los siglos venideros juzgarán si era digna de

elogio y emulación, o de infamia y vituperio. En esto consistía principalmente la utilidad de nuestra historia, tanto para ahora como para el futuro. Pues yo no creo que ni los comandantes de ejército ni los que juzgan de sus acciones, se propongan por último fin las victorias y las conquistas. Ningún hombre de entendimiento emprende una guerra por el solo fin de triunfar de sus contrarios, ni surca los mares sólo por pasar de una parte a otra, ni aprende las ciencias y artes únicamente por saberlas. Todos se mueven en sus operaciones, o por el placer, o por la gloria, o por la utilidad que en ellas encuentran. Por lo cual la mayor perfección de esta obra estará en dar a conocer cuál era el estado de cada pueblo después de la conquista y sujeción del universo al poder romano, hasta que se volvieron a suscitar nuevas alteraciones y alborotos. La importancia de los hechos y lo extraordinario de los sucesos me han precisado a describir estas conmociones dándoles origen muy diverso. Pero la principal razón es haber sido no sólo testigo ocular de las más de las acciones, sino haber coadyuvado a la ejecución de unas y haber sido autor principal de otras.

Durante esta conmoción fue cuando los romanos llevaron la guerra contra los celtíberos y vacceos los cartagineses contra Massanisa, rey de África, y Atalo y Prusias disputaron entre sí sobre el Asia. En este tiempo Ariarates, rey de Capadocia, destronado por Orofernes con la ayuda de Demetrio, recobró por sí mismo el reino paterno; Demetrio, hijo de Seleuco, después de haber reinado en Siria doce años, perdió la vida y el reino por conspiración de otros reyes; los griegos, acusados de haber sido autores de la guerra de Perseo, y absueltos del crimen que se les imputaba, fueron restituidos a su patria por los romanos. Poco tiempo después estos mismos atacaron a los cartagineses, al principio por desalojarlos, y después con ánimo de arruinarlos por completo, por motivos que más adelante se dirán. Finalmente, hacia este mismo tiempo, separados los macedonios de la amistad de los romanos, y los lacedemonios de la república de los aqueos, se vio empezar y acabar a un tiempo el común infortunio de la Grecia toda.

Tal es el plan que me he propuesto. Quiera la fortuna prolongarme la vida hasta llevar a cabo la empresa. Bien que, aunque me sobre-

venga la muerte, estoy persuadido que no quedará abandonado el asunto, ni faltarán hombres capaces que estimulados por su importancia, tomen a cargo llevarlo a la perfección. Pero, puesto que hemos recorrido sumariamente los hechos más señalados, con el fin de dar a los lectores una idea general y particular de toda la historia, será bien que, acordándonos de lo prometido, demos principio a nuestro argumento.

CAPÍTULO II

Algunos errores sobre las verdaderas causas de la segunda guerra púnica.- Refutación al historiador Fabio.

Ciertos escritores que narraron los hechos de Aníbal, queriéndonos exponer las causas por que se suscitó la segunda guerra púnica entre romanos y cartagineses, asignan por primera el sitio de Sagunto por los cartagineses, y por segunda, el paso del Ebro por estos mismos, contra lo que se había pactado. Yo más bien diría que estos fueron los principios de la guerra, pero de ningún modo concederé que fuesen los motivos. A no ser que se quiera decir que el paso de Alejandro por Asia fue causa de la guerra contra los persas, y que la guerra de Antíoco contra los romanos provino del arribo de éste a Demetriades, motivos que ni uno ni otro son verdaderos ni aun probables. Porque ¿quién ha de pensar que estas fueron las causas de las muchas disposiciones y preparativos que Alejandro, y anteriormente Filipo durante su vida, habían realizado para la guerra contra los persas, o de las operaciones de los etolios anteriores a la venida de Antíoco para la guerra contra los romanos? Esto es de hombres que no comprenden cuánto disten y qué diferencia haya ente *principio*, *causa* y *pretexto*; que estos dos últimos preceden a toda acción, y que el principio es lo último de los tres. Yo llamo principio de toda acción aquellos primeros pasos, aquellas primeras ejecuciones de lo que ya tenemos proyectado; pero causas, aquello que antecede a los juicios y deliberaciones, como son pensamientos, especies, racionios que se hacen sobre asunto, y por los cuales nos determinamos a juzgar emprender alguna cosa. Lo que sigue manifestará mejor mi pensamiento.

Cualquiera comprenderá con facilidad cuáles fueron los verdaderos motivos y origen que tuvo la guerra contra los persas. El primero fue la retirada de los griegos, bajo la conducta de Jenofonte, de las provincias del Asia superior en la que atravesando toda Asia con quien se hallaban en guerra, no hubo bárbaro que osase interrumpirles el

paso. El segundo fue el paso por Asia de Agesilao, rey de Lacedemonia, en el que, en medio de no haber encontrado quien se opusiese a sus designios, tuvo que volverse sin haber ejecutado, cosa de provecho, por los alborotos que se originaron en la Grecia en este intermedio. De estas expediciones infirió y conjeturó Filipo la cobardía y flojedad de los persas, al paso que advirtió en él y en los suyos la pericia en el arte militar, y se le pusieron de manifiesto las grandes y sobresalientes ventajas que obtendría de esta guerra; y lo mismo fue conciliarse la benevolencia de toda la Grecia que, bajo pretexto de querer vengarla de las injurias recibidas de los persas, tomar la resolución y propósito de hacer la guerra y disponer todo lo necesario para la empresa. Quede pues, sentado que las causas de la guerra contra los persas son las dos primeras que hemos dicho: el pretexto este segundo, y el principio el paso de Alejandro por Asia.

De igual modo es indudable que se debe tener por motivo de la guerra entre Antíoco y los romanos la indignación de los etolios. Pues imaginándose éstos que los romanos los despreciaban por el feliz éxito de la guerra contra Filipo, como hemos dicho anteriormente, no sólo llamaron a Antíoco, sino que la cólera que por entonces concibieron los condujo a emprenderlo y sufrirlo todo por vengarse. El pretexto fue la libertad de la Grecia, a la que sin fundamento y con engaño exhortaban los etolios, recorriendo con Antíoco las ciudades; y el principio fue el arribo de este rey a Demetríades. Me he detenido más de lo regular sobre esta distinción, no por censurar a los historiadores, sino por librar de error a los lectores. Porque ¿de qué sirve al enfermo el médico que ignora las causas de las enfermedades del cuerpo humano? ¿O qué utilidad la de un ministro de Estado que no sabe distinguir el modo, motivo y origen de donde toma principio cada asunto? Ciertamente que ni aquel aplicará los remedios convenientes, ni éste manejará con acierto los negocios que lleguen a sus manos, sin el previo conocimiento de lo que hemos dicho. En esta inteligencia, nada se ha de observar ni inquirir con tanto estudio como las causas de cada suceso. Pues muchas veces de una cosa de poca monta se originan los más

graves asuntos, y en cualquiera materia se remedian con facilidad los primeros impulsos y pensamientos.

Refiere Fabio, escritor romano, que la avaricia y ambición de Asdrúbal, junto con la injuria hecha a los saguntinos, fueron la causa de la segunda guerra púnica; que este general, después de haber adquirido en España un dilatado dominio, emprendió a su vuelta de África abolir las leyes patrias, y erigir en monarquía la república de Cartago, pero que los principales senadores, comprendiendo su propósito, se le habían opuesto de común acuerdo; que Asdrúbal, receloso de esto, se retiró de África, y en la consecuencia gobernó la España a su antojo, sin miramiento alguno al senado de Cartago, que Aníbal, compañero y émulo desde la infancia de los intentos de Asdrúbal, observó la misma conducta en los negocios que su tío, cuando se le encomendó el gobierno de la España; que por eso hizo ahora esta guerra a los romanos por su capricho contra el dictamen de la república, pues no hubo en Cartago hombre de autoridad que aprobase lo que Aníbal había hecho con Sagunto. Por último, añade que después de la toma de esta ciudad vinieron los romanos a Cartago, resueltos, o a que los cartagineses les entregasen a Aníbal, o a declararles la guerra. Pero si se le preguntase a este historiador: ¿y qué ocasión más oportuna se pudo presentar a Cartago, o qué resolución más justa y ventajosa pudiera haber tomado, puesto que desde el principio, como asegura, se hallaba ofendida del proceder de Aníbal, que acceder entonces a la solicitud de los romanos, entregarles al autor de las injusticias, deshacerse buenamente del enemigo común de la patria por ajena mano, asegurar la tranquilidad al Estado, evitar la guerra que la amenazaba, y satisfacer su resentimiento a costa sólo de un decreto? ¿Qué tendría que responder a esto? Bien sé yo que nada. Pues los cartagineses estuvieron tan ajenos de echar mano de este expediente, que, por el contrario, hicieron la guerra diecisiete años continuos por parecer de Aníbal, y no la terminaron hasta que, exhaustos de todo recurso, se vieron por fin cerca de perder su patria y personas.

CAPÍTULO III

Los verdaderos motivos de la segunda guerra púnica: el odio de Amílcar contra los romanos, la toma de la Cerdeña por éstos, los nuevos tributos que impusieron a los cartagineses, y los éxitos de los cartagineses en la España.

El haber mencionado a Fabio y a su historia, no es porque tema que la verosimilitud de sus declaraciones halle crédito en algunos. Los absurdos de este escritor son tales, que, sin que yo los advierta, ellos por sí mismos se presentarán a la vista de los lectores. Sino para avisar a los que tomen en la mano su historia, que no reparen en el título del libro, sino en lo que contiene. Pues existen hombres que no deteniéndose en las palabras, sino en quien las dice, e impresionados de que el autor es contemporáneo y miembro del senado, reputan al instante por verdadero cuanto refiere. Mi sentir es, que así como no se debe despreciar la autoridad de este escritor, tampoco darla por sí sola un entero asenso, sino examinar a más los hechos para formar juicio.

Bajo este supuesto, se debe reputar por primera causa de la guerra entre romanos y cartagineses (aquí fue donde nos separamos del asunto) la indignación de Amílcar, llamado Barca, padre natural de Aníbal. Este general mantenía un espíritu invencible aun después de la guerra de Sicilia. Advertía que las tropas que habían estado bajo su mando en Erice se conservaban aún enteras y en los mismos sentimientos que su jefe, y que si el descalabro que sufrió en el mar su república la obligó a ceder al tiempo y a concertar la paz, su rencor siempre era el mismo, y sólo esperaba ocasión de declararle. Y en verdad, que a no haberse sublevado en Cartago los extranjeros, por su parte hubiera vuelto de nuevo a emprender la guerra. Pero prevenido de las sediciones intestinas, tuvo que ocuparse en sosegarlas.

Aquietados que fueron estos alborotos, los romanos declararon la guerra a los cartagineses. Al principio éstos se pusieron en defensa, esperanzados de que la justificación de su causa volvería por la victo-

ria, como hemos declarado en los libros anteriores, sin los cuales no será posible comprender cómodamente, ni lo que ahora se dice, ni lo que se dirá en la consecuencia. Pero como los romanos cuidasen poco de su justicia, los cartagineses, oprimidos y sin saber qué hacerse, tuvieron que acomodarse al tiempo, evacuar la Cerdeña, y consentir en pagar otros mil doscientos talentos sobre los primeros, por redimirse de una guerra en tales circunstancias. Esta es la segunda causa, y en mi concepto la mayor, de la guerra que más tarde se originó. Pues Amílcar, uniendo a su particular resentimiento el odio de sus ciudadanos, apenas hubo deshecho los rebeldes extranjeros y asegurado la tranquilidad a la patria, puso toda su atención en la España, con la intención de servirse de ella como de almacén para la guerra contra los romanos. Los venturosos resultados de los cartagineses en este país se deben tener por tercera causa; pues fiados en estas tropas, emprendieron con vigor la mencionada guerra. Existen muchas pruebas de que Amílcar fue el principal autor de la segunda guerra púnica, aunque su muerte había sido diez años antes que aquella comenzase. Para testimonio de lo dicho bastará lo que voy a decir.

Cuando vencido Aníbal por los romanos tuvo finalmente que retirarse de su patria y acogerse a la corte de Antíoco, los romanos, conocedores ya de lo que los etolios maquinaban, enviaron legados a este príncipe con la misión de sondear sus intenciones. Los embajadores, advirtiendo que el rey daba oídos a los etolios y que meditaba la guerra contra ellos, dieron en hacer la corte a Aníbal, con el fin de hacerle sospechoso con Antíoco. Efectivamente, vieron cumplidos sus deseos. Andando el tiempo, y creciendo más y más en el rey los recelos contra Aníbal, se presentó finalmente la ocasión de sacar a cuento uno a otro su interior desconfianza. En este coloquio, luego de haber traído Aníbal muchas pruebas en su defensa, viendo que de nada servían sus razones, vino a parar en esto: «Cuando mi padre se disponía a partir a España con ejército, contaba yo solo nueve años: me hallaba arrimado al altar, mientras él sacrificaba a Júpiter; y después de tributadas a los dioses las libaciones y ritos acostumbrados, mandó se retirasen un poco los circunstantes; y llamándome, me preguntó con caricias si quería

acompañarle a la expedición; yo le respondí con gozo que sí, y aun se lo supliqué con aquel modo propio de un muchacho; él entonces, tomándome de la derecha, me acercó al altar, y me mandó que, puesta la mano sobre las víctimas, jurase no ser jamás amigo de los romanos. En este supuesto, estad seguro que mientras penséis en suscitar ofensas contra los romanos podéis fiar de mí, como de un hombre que os servirá con fe sincera; pero si tratáis de compostura o alianza, no necesitáis dar oídos a calumnias, sino recelarse y guardarse de mí, pues siempre obraré contra Roma en todo lo posible.»

Este discurso, que pareció a Antíoco sincero y de corazón, disipó todas sus anteriores sospechas; y al mismo tiempo se debe reputar por un testimonio evidente del odio de Amílcar y de todo su proyecto, como se vio por los mismos hechos. Pues suscitó a los romanos tales enemigos en Asdrúbal, su yerno, y Aníbal, su hijo natural, que llegó al exceso de la enemistad. Es verdad que Asdrúbal murió antes de hacer público su propósito, pero para eso a Aníbal le sobró tiempo para manifestar el rencor que había heredado de su padre contra los romanos. Por eso los que gobiernan Estados deben poner su principal estudio en comprender las intenciones que tienen las potencias en reconciliarse o en contraer alianza, cuándo reciben la ley forzada de la necesidad, y cuándo postradas de corazón, para cautelarse de aquellas, reputándolas como espioneras de la ocasión; y fiarse de éstas como de súbditas y amigas verdaderas, participándolas cuanto ocurra sin reparo. Tales son las causas de la guerra de Aníbal. Ahora se van a exponer los principios.

CAPÍTULO IV

Expediciones de Aníbal por España.- Pretextos con que procura equivocar a la embajada de los romanos.- Sitio y toma de Sagunto.

Aunque los cartagineses sufrían con impaciencia la pérdida de la Sicilia, aumentaba mucho más su indignación la de la Cerdeña y la suma de dinero que últimamente se les había impuesto, como hemos indicado. Por tal motivo, así que tuvieron bajo su dominio la mayor parte de la España, todas las acriminaciones contra los romanos hallaron en ellos buena acogida. Entonces llegó la noticia de la muerte de Asdrúbal, a quien se había encargado el mando de la España por falta de Amílcar. De momento esperó la República, hasta ver a quién se inclinaban las tropas; pero después que se supo que el ejército había elegido de común consentimiento a Aníbal por su jefe, al punto, junto el pueblo, ratificó a una voz la elección de los soldados. No bien Aníbal había tomado el mando, cuando se propuso sujetar a los olcades. Fue a acamparse delante de Althea, ciudad la más fuerte de esta nación, y después de un vigoroso y terrible ataque (221 años antes de J. C.) se apoderó de ella en un momento. Este accidente aterró a los demás pueblos y los sometió al poder de Cartago. Más tarde vendió el botín de estas ciudades, y dueño de infinitas riquezas se volvió a invernar a Cartagena. Allí, generoso con los que le habían servido, satisfizo las raciones al soldado, ofreció gratificaciones para el futuro, se granjeó un sumo aprecio y excitó en sus tropas magníficas esperanzas.

Al iniciarse el verano dio principio a la campaña por los vacceos, atacó a Salamanca y la tomó por asalto (220 años antes de J. C.) Puso sitio asimismo y ganó por fuerza a Arbucala, ciudad que por su magnitud, gran población y fuerte resistencia de sus habitantes le costó mucho trabajo. A la vuelta, los carpetanos, nación casi la más poderosa de aquellos países, le atacaron y pusieron en el mayor apuro. Se habían unido a éstos los pueblos vecinos, conmovidos principalmente Por los olcades fugitivos, y sublevados por los salmantinos que se habían sal-

vado. Si los cartagineses se hubieran visto forzados a combatir en batalla ordenada, hubieran perecido sin remedio. Pero Aníbal tuvo en esta ocasión la sagacidad y prudencia de irse retirando lentamente, poner por barrera al río Tajo y dar la batalla en el paso del río. Efectivamente, auxiliado de las ventajas del río y de los casi cuarenta elefantes que tenía, todo le salió maravillosamente como había pensado. Los bárbaros intentaron superar y vadear el río por muchas partes; pero la mayoría perecieron en el desembarco, porque al paso que iban saliendo los elefantes que estaban a la margen, los atropellaban antes de ser socorridos. Aparte de esto, la caballería, como resistía mejor la corriente y desde encima del caballo peleaba contra la infantería con ventaja, mató mucha gente en el mismo río. Por último, Aníbal pasó al otro lado, y dando sobre los bárbaros, ahuyentó más de cien mil. Con esta derrota no hubo ya pueblo, del Ebro para acá, que osase hacer frente a los cartagineses, como no sea Sagunto. Pero Aníbal, atento a las instrucciones y consejos de su padre, procuraba en cuanto podía no mezclarse con esta ciudad, a fin de no dar a las claras pretexto alguno de guerra a los romanos, hasta haberse asegurado de lo restante de España.

Entretanto los saguntinos enviaban a Roma correos de continuo, ya porque, presintiendo lo que había de ocurrir, temían por sus personas, ya porque querían informar a los romanos de los progresos de los cartagineses en la España. En Roma se habían mirado con indiferencia estas representaciones; pero entonces se despacharon embajadores que inquiriesen la verdad del hecho. Por este mismo tiempo Aníbal, después de haber sujetado los pueblos que se había propuesto, volvió por segunda vez con el ejército a invernar a Cartagena, que era como la capital y la corte de lo que los cartagineses poseían en la España. Allí encontró los embajadores romanos, y admitiéndolos a audiencia, escuchó su comisión. Estos le declararon que no tocase a Sagunto, pues estaba bajo su amparo, ni pasase el Ebro, según el tratado concluido con Asdrúbal. Aníbal, joven entonces, lleno de ardor militar, afortunado en sus propósitos y estimulado de un inveterado odio contra los romanos, como si hubiese tomado por su cuenta la protección de Sagunto, se quejó a los embajadores: de que originada poco antes una

sedición en Sagunto, los vecinos habían tomado por árbitros de la disputa a los romanos, y éstos habían quitado la vida injustamente a algunos de los principales; que esta perfidia no la podía dejar él impune, pues los cartagineses tenían por costumbre, recibida de sus mayores, no permitir se hiciesen injurias. Pero al mismo tiempo envió a Cartago para saber cómo se portaría con los saguntinos que, validos de la alianza de los romanos, maltrataban algunos pueblos de su dominio. En una palabra, Aníbal obraba con imprudencia y cólera precipitada. Por eso, en vez de verdaderos motivos echaba mano de fútiles pretextos, costumbre ordinaria de los que, prevenidos de la pasión, desprecian lo honesto. ¿Cuánto mejor le hubiera estado manifestar que los romanos le restituyesen la Cerdeña, y juntamente el tributo que validos de la ocasión les habían exigido sin justicia, o de lo contrario declararían la guerra? Pero Aníbal, por haber silenciado en esta ocasión el verdadero motivo y haber supuesto la injuria de los saguntinos, que no había, dio a entender que empezaba la guerra, no sólo sin fundamento, pero aun contra todo derecho.

Los embajadores romanos, asegurados de que la guerra sería indefectible, se embancaron para Cartago con el propósito de hacer a los cartagineses las mismas protestas. No se persuadían a que el teatro de la guerra fuese en la Italia, sino en la España, en cuyo caso les serviría Sagunto de plaza de armas. Por eso el senado romano, que adaptaba sus deliberaciones a este intento, previendo que la guerra sería importante, dilatada y distante de la patria, tomó la providencia de asegurar los negocios de la Iliria.

Ocurrió por este tiempo (220 años antes de J. C.) que Demetrio de Faros, olvidado de los beneficios anteriormente recibidos de los romanos, y despreciándolos por el terror que antiguamente los galos y actualmente los cartagineses les habían infundido; depositada toda su confianza en la casa real de Macedonia por haber socorrido y acompañado a Antígono en la guerra cleoménica, talaba y arruinaba en la Iliria las ciudades de la dominación romana, navegaba con cincuenta bergantines del otro lado del Lisso contra el tenor del tratado, y saqueaba muchas de las islas Ciclades. A la vista de esto, los romanos, conside-

rando el floreciente estado de la casa real de Macedonia, procuraron poner a cubierto las provincias situadas al Oriente de Italia. Se hallaban persuadidos a que después de corregida la locura de los ilirios y reprendida y castigada la ingratitud e insolencia de Demetrio, tendrían aún tiempo de prevenir los intentos de Aníbal. Pero les fallaron sus propósitos. Pues Aníbal les ganó por la mano y les quitó la ciudad de Sagunto. Esto fue causa de que la guerra se hiciese, no en la España, sino a las puertas de Roma y en toda Italia. Sin embargo, los romanos, siguiendo su primer proyecto, enviaron a la Iliria con ejército a L. Emilio por la primavera del año primero de la olimpiada ciento cuarenta. Aníbal partió de Cartagena con sus tropas y se encaminó hacia Sagunto.

Esta ciudad se halla situada en la falda de una montaña que, uniendo los extremos de la Iberia y de la Celtiberia, se extiende hasta el mar. Dista de éste como siete estadios. Su territorio produce todo género de frutos, los más sazonados de la España. Aníbal, acampado frente a Sagunto, estrechaba con vigor el cerco (220 años antes de J. C.) Preveía que de la toma de esta plaza por fuerza le provendrían muchas ventajas para el futuro. Ante todo presumía que quitaría a los romanos la esperanza de hacer la guerra en España; después estaba persuadido a que el terror que esparciría este ejemplo haría más dóciles a los que ya eran sus súbditos, y más circunspectos a los que estaban aún independientes, y, sobre todo, que no dejando enemigos tras de él proseguiría su marcha sin peligro. Aparte de esto, creía que abundaría de dinero para la empresa, que el botín que cada uno conseguiría daría ánimo a sus soldados para seguirla, y que la remisión de despojos a Cartago le atraería el afecto de sus conciudadanos. Estas reflexiones le estimulaban a insistir en el sitio con brío. Unas veces, dando ejemplo al soldado, trabajaba él mismo en la construcción de las obras; otras, exhortando a la tropa, se exponía, arrojado, a los peligros, sin rehusar fatiga ni cuidado. Finalmente, a los ocho meses tomó la ciudad a viva fuerza. Dueño de muchos dineros, prisioneros y muebles, el dinero lo aplicó a sus propósitos particulares, como se había propuesto; los prisioneros los distribuyó entre los soldados, a cada uno según su mérito,

y los muebles todos los remitió al instante a Cartago. En nada desmintió la acción a su idea; todo le salió como él había imaginado. La tropa vino a ser más intrépida para el peligro, los de Cartago más propensos a sus mandatos, y él, bien provisto de pertrechos, emprendió muchas acciones ventajosas.

CAPÍTULO V

Expedición de Emilio a la Iliria y toma de muchas plazas por éste.- Victoria sobre Demetrio.- Embajada de Roma a Cartago.- Manifiesto en que esta República justifica su derecho.

Mientras tanto Demetrio, conocida la intención de los romanos, introdujo en Dimalo una guarnición competente con todas las municiones necesarias. En las demás ciudades hizo matar a los del bando contrario, y entregó los gobiernos a sus amigos. Él eligió entre sus vasallos seis mil hombres los más valerosos, y se metió con ellos en Faros (220 años antes de J. C.) Entretanto el cónsul romano llegó a la Iliria con las legiones, y advirtiendo que los enemigos vivían confiados en la fortaleza y provisiones de Dimalo y en que en su concepto era inconquistable, decidió iniciar la campaña por esta plaza con el fin de aterrar a los enemigos. Para ello exhortó en particular a los tribunos, y tras haber avanzado las obras por muchas partes, emprendió el sitio con tal vigor que a los siete días tomó la ciudad. Este repentino accidente abatió tanto el espíritu de los contrarios, que al instante vinieron de todas las ciudades a rendir y ofrecer la obediencia a los romanos. El cónsul recibió a cada uno bajo los pactos competentes, y se hizo a vela hacia Faros contra Demetrio mismo. Pero enterado de que la ciudad se hallaba bien fortificada, que encerraba gran número de tropas escogidas y que estaba provista de víveres y demás pertrechos, recelaba no viniese a ser el sitio difícil y duradero. Para precaver estos inconvenientes se valió de esta estratagema a su llegada. Arribó a la isla durante la noche con todo el ejército, desembarcó la mayor parte en unos lugares montuosos y cóncavos, y llegado el día se hizo a la mar con veinte navíos, a la vista de todos, para el puerto cercano a la ciudad. Demetrio, que advirtió los navíos, despreciando su corto número, salió de la ciudad al puerto para impedir el desembarco.

Luego que vinieron a las manos, se enardeció la batalla. Acudían de la plaza continuos refuerzos, hasta que finalmente salieron todos.

Los romanos que habían desembarcado durante la noche, caminando por lugares ocultos llegaron a este tiempo, y ocupando una eminencia fortificada que existe entre esta ciudad y el puerto, cortaron la retirada a los que salían de la plaza al socorro. Visto esto por Demetrio, desistió de impedir el desembarco, y después de unidas y exhortadas sus tropas, resolvió combatir en batalla ordenada contra los que ocupaban la colina. Los romanos, que advirtieron que los ilirios les atacaban con vigor y en buen orden, dieron también sobre ellos con un valor espantoso. Al mismo tiempo los que habían saltado de los navíos invadieron por la espalda a los ilirios, y acosados por todas partes, se vieron en un desorden y confusión extrema. Finalmente, molestados por el frente y por la espalda, tuvieron que emprender la huida. Algunos se refugiaron a la ciudad, pero la mayor parte se esparció en la isla por caminos extraviados. Demetrio se embarcó en unos bergantines que tenía anclados en ciertas calas desiertas para un accidente, y haciéndose a la vela durante la noche, aportó felizmente a la corte del rey Filipo, donde pasó el resto de su vida. Era un príncipe dotado de valor y espíritu, pero inconsiderado y del todo indiscreto. Su fin fue semejante al método de vida. Pues habiendo emprendido tomar la ciudad de Messenia con parecer de Filipo, su arrojo y temeridad en el acto mismo de la acción le hizo perder la vida. Pero de esto hablaremos pormenor cuando llegue el caso. Emilio al punto tomó a Faros por asalto y la destruyó; después, apoderado del resto de la Iliria y ordenadas las cosas a medida de su gusto, volvió a Roma al fin del estío, donde celebró su entrada con triunfo y toda magnificencia; premio debido, no sólo a la destreza, sino aun más al valor con que se había conducido en los negocios.

Así que llegó a Roma la nueva de la toma de Sagunto, no se puso en deliberación si se había de emprender la guerra. Algunos escritores lo dicen, y aun refieren las opiniones que hubo de una y otra parte, pero incurren en el absurdo más clásico. ¿Cómo es posible que los romanos, que en el año anterior habrían declarado la guerra a los cartagineses en caso que invadiesen las tierras de Sagunto, tomada ahora por fuerza la ciudad, se reuniesen estos mismos a consultar si se había de emprender o no la guerra? ¿Cómo no se ha de extrañar que, al insi-

nuar la consternación de los senadores, añadan estos escritores que los padres llevaron a los hijos de doce años al senado, y que habiéndoles dado parte de la consulta, ni aun a sus parientes revelaron el secreto? Esto es inverosímil y absolutamente falso. A no ser que se quiera decir que la fortuna, a más de otras prerrogativas, ha dispensado a los romanos el don de la prudencia desde el vientre de su madre. Semejantes escritos, como los de Chæreas y Sosilo, no merecen más refutación. Estos, en mi concepto, no tienen traza ni disposición de historia, sino de cuentos forjados en la tienda de un barbero y propalados por el vulgo.

Luego que supieron los romanos el atentado contra Sagunto, nombraron embajadores y los enviaron a Cartago sin tardanza, con orden de proponer dos partidos a los cartagineses: uno que no podían aceptar sin deshonor y perjuicio, y otro que era principio de una costosa y desastrosa guerra. Solicitaban, o que se les entregase a Aníbal y sus consejeros, o intimarles la guerra. Llegados que fueron a Cartago los embajadores y admitidos en el senado, expusieron sus instrucciones. Los cartagineses escucharon con indignación el objeto de su propuesta; sin embargo, dieron comisión al más capaz de ellos para exponer el derecho de la República.

Éste callaba el tratado ajustado con Asdrúbal, como si no se hubiese llevado a cabo; y caso de serlo, como que en nada les perjudicaba, por haberse concluido sin el parecer del senado. Para prueba de esto, traía el ejemplo de los mismos romanos cuando Luctacio firmó la paz en la guerra de Sicilia, que no obstante estar ya ésta aprobada por el cónsul, la dio después por nula el pueblo romano, por haberse hecho sin su consentimiento. Toda su defensa se redujo a insistir y apoyarse en los últimos tratados que se habían concertado en la guerra de Sicilia, en los que decía no había nada dispuesto sobre la España; sólo si se había prevenido expresamente que habría seguridad entre los aliados de uno y otro pueblo; pero negaba que en aquel tiempo fuesen aliados de los romanos los saguntinos, y para prueba de esto leía a cada paso los tratados.

Los romanos rehusaban absolutamente disputar sobre el derecho. Manifestaban que esta discusión tendría lugar en el caso de que Sagunto permaneciese en su primitivo estado, y entonces sería factible que las palabras solas terminasen la controversia pero una vez arruinada esta ciudad contra la fe de los tratados, o se les había de entregar a los autores de la infracción, hecho por donde harían ver al mundo que no habían tenido parte en semejante atentado y que se había cometido sin su consentimiento, o no queriendo hacerlo, confesar que habían coadyuvado..., y entonces a qué fin tan vagos y generales discursos.

Nos ha parecido preciso no silenciar este pasaje, para que aquellos a quienes toca e interesa conocer a fondo estas materias no ignoren la verdad en las deliberaciones más urgentes ni los políticos, seducidos de la ignorancia y parcialidad de los escritores, yerren en adquirir una noticia exacta de los tratados que ha habido entre romanos y cartagineses desde el principio hasta nuestros días.

CAPÍTULO VI

Tratados de paz entre romanos y cartagineses antes de la segunda guerra púnica.

Ciertamente los primeros tratados que se llevaron a cabo entre romanos y cartagineses fueron en tiempo de L. Junio Bruto y Marco Horacio, los dos primeros cónsules que se nombraron después de abolidos los reyes, y por quienes fue consagrado el templo de Júpiter Capitolino, veintiocho años antes del paso de Jerjes a la Grecia. Expresamos aquí sus palabras, interpretándolas con la exactitud posible. Pues es tal la diversidad que se encuentra, aun entre los romanos, de la lengua de hoy a la de aquellos tiempos (509 años antes de J. C.), que apenas los más inteligentes podrán explicar con trabajo algunos lugares. El tratado está comprendido en estos términos: «Habría alianza entre romanos y cartagineses y sus aliados respectivos con estas condiciones: no navegarán los romanos ni sus aliados de parte allá del Bello Promontorio, a no ser que los completa alguna tempestad o fuerza enemiga, y en caso de ser alguno arrojado por fuerza, no le será lícito su buque o culto de sus dioses, y partirá dentro de cinco días. Los que vengan a comerciar no pagarán derecho alguno más que el del pregonera y el del escribano. Todo lo que sea vendido en presencia de éstos, la fe pública servirá de garante al vendedor, bien la venta sea en África o bien en Cerdeña. Si algún romano aportase a aquella parte de Sicilia en que mandan los cartagineses, guárdesele en un todo igual derecho. Los cartagineses no ofenderán a los ardeatos, antiatos, laurentinos, cirroeenses, tarracinenses ni otro algún pueblo de los latinos que obedezca a los romanos. Se abstendrán de hacer agravio a las ciudades aliadas, aunque no estén bajo la dominación romana. Si tomasen alguna, la restituirán íntegra a los romanos. No construirán fortaleza en el país de los latinos, y si entran en esta provincia como enemigos, no pasarán la noche en ella.»

Llámase *Bello Promontorio* el que está al frente de la misma Cartago hacia el Septentrión, pasado el cual prohíben absolutamente los cartagineses que los romanos naveguen con navíos largos hacia el Mediodía. La causa de esto, a mi entender, es para que no les exploren las campiñas próximas a Bizacio y a la pequeña Sirtes, que por la fertilidad del terreno llaman ellos *Emporios*. Conceden, sin embargo, lo necesario al que, arrojado por la tempestad o violencia enemiga, necesite alguna cosa para los sacrificios y reparo de su buque; pero previenen no tome nada por fuerza y salga al quinto día de haber fondeado. Permiten a los romanos comerciar en Cartago, en todo el país de África de parte acá del Bello Promontorio, en Cerdeña y en aquella parte de Sicilia sujeta a Cartago, y prometen bajo fe pública que les guardarán justicia. Bien se deja ver por este tratado que los cartagineses hablan de la Cerdeña y del África como propias; pero de la Sicilia, por el contrario, hacen distinción expresa, comprendiendo el tratado aquella sola parte que obedece a Cartago. Del mismo modo los romanos expresan el Lacio en la convención; pero no mencionan lo restante de Italia, por no hallarse bajo su dominio.

A éste se siguió otro tratado, en el que los cartagineses incluyeron a los tirios y Uticenses, y se añadió al Bello Promontorio Mastia y Tarseio, pasadas las cuales, se prohibió que los romanos pirateasen ni construyesen ciudad (352 años antes de J. C.) Su tenor es el siguiente: «Habrà alianza entre romanos y sus aliados, y los cartagineses, tirios, uticenses y aliados de éstos con estas condiciones: no andaràn a corso, ni comerciaràn ni edificaràn ciudad los romanos de parte allà del Bello Promontorio, Mastia y Tarseio. Si los cartagineses tomasen alguna ciudad en el Lacio que no esté sujeta a los romanos, retendrán para sí el dinero y los prisioneros, pero restituiràn la ciudad. Si los cartagineses apresasen alguno con quien estén en paz los romanos por algùn tratado escrito, aunque no sea su súbdito, no le llevaràn a los puertos de los romanos; y en caso de ser llevado, si le coge algùn romano, quedará libre. A lo mismo estaràn atendid los romanos. Si éstos tomasen agua o víveres de alguna provincia de la dominación de Cartago, con el pretexto de los víveres no ofenderàn a nadie con quien tengan paz y

alianza los cartagineses... A ninguno será lícito hacerse justicia por su mano y si la hiciese, será esto reputado por crimen público. Ningún romano comerciará ni construirá ciudad de Cerdeña y África, ni aportará allá sino para tomar víveres y reparar su buque. Si la tempestad le arrojase, saldrá dentro de cinco días. En aquella parte de Sicilia en que mandan los cartagineses y en Cartago obrará y venderá un romano con la misma libertad que un ciudadano. El mismo derecho tendrá un cartaginés en Roma.»

Por segunda vez insisten los cartagineses en este tratado en hablar del África y de la Cerdeña como propias, y prohibir a los romanos todo arribo. Por el contrario de la Sicilia, especifican aquella sola parte dominada por ellos. De igual forma los romanos, por lo respectivo al Lacio, estipulan no se haga daño a los ardeatos, antiatos, circeios y tarracinos. Estas son las ciudades marítimas que se hallan sobre la costa del Lacio, y que quieren estén comprendidas en el tratado.

Últimamente, antes que los cartagineses comenzasen la guerra de Sicilia (281 años antes de J. C.), concertaron los romanos otro tratado hacia el paso de Pirro por Italia. En él se observan los mismos pactos que en los precedentes, con la diferencia de añadirse lo siguiente: «Si los romanos o cartagineses quieren hacer alianza por escrito con Pirro, la harán unos y otros con la condición de que se podrá auxiliar mutuamente a los que sean atacados. En el caso de que cualquiera de los dos pueblos necesite de socorro, los cartagineses pondrán los navíos, tanto para el viaje como para el combate; pero cada uno pagará el sueldo a sus tropas. Los cartagineses socorrerán a los romanos aun en el mar, si fuese necesario. Pero ninguno será forzado a echar fuera la tripulación contra su voluntad.»

Los tratados estaban confirmados con estos juramentos. En el primero los cartagineses juraron por los dioses patrios, y los romanos por una piedra, según una antigua costumbre, y a más por Marte Quirino y Grandivo. El juramento por una *piedra* era de este modo: el que firmaba el tratado con este juramento después de haber jurado sobre la fe pública, tomaba una piedra en la mano y decía estas palabras: «Si juro verdad, que me suceda bien, y si pensase u obrase de otro modo,

que salvos todos los demás en sus patrias en sus leyes, en sus bienes, templos y sepulcros, yo solo sea exterminado, como ahora lo es esta piedra»; y diciendo esto arrojaba la piedra de la mano.

Estos tratados subsisten y se conservan en láminas de bronce hasta hoy en el templo de Júpiter Capitolino, en el archivo de los ediles. A la vista de esto cualquiera extrañará con razón en el historiador Filino no el que ignore estos monumentos; esto no es sorprendente, cuando aun en nuestros días no los sabían los romanos y cartagineses más ancianos, ni los que se preciaban haber hecho su principal estudio en el derecho público; sino el que se atreva sin autoridad ni razón a escribir lo contrario, a saber, que había un tratado entre romanos y cartagineses, por el que aquellos se obligaban a abstenerse de toda la Sicilia, y éstos de toda la Italia, y que los romanos habían violado el pacto y el juramento en el acto mismo que pasaron la primera vez a la Sicilia; cuando semejante instrumento jamás ha existido, ni se halla de él memoria alguna. Estas son sus palabras terminantes en el segundo libro, cuya relación circunstanciada emitimos para este lugar cuando hicimos de ellas mención en el conjunto de nuestra obra, para desengaño de muchos que creen en los escritos de Filino. Ciertamente, si en el paso de los romanos a la Sicilia se considera en que al cabo recibieron a los mamertinos en su gracia, y los socorrieron después a sus instancias, no obstante haber faltado a la fe a los de Messina y Regio; con razón se vituperará el hecho. Pero creer que pasaron a la Sicilia contra algún juramento o tratado, es una crasa ignorancia.

Terminada la guerra de Sicilia (242 años antes de J. C.), se concertó otro tratado cuyas principales condiciones son estas: «Abandonarán los cartagineses la Sicilia y todas las islas situadas entre ésta y la Italia; habrá seguridad entre los aliados de uno y otro pueblo; no dispondrá el uno en la dominación del otro, ni reedificará públicamente, ni reclutará tropas, ni contraerá alianza con los aliados del otro pueblo; los cartagineses pagarán dos mil dcientos talentos en diez años, los mil de contado; los cartagineses restituirán a los romanos sin rescate todos sus prisioneros.» Concluida después la guerra de África (239 años antes de J. C.), los romanos hicieron un decreto para declarar la

guerra a los cartagineses, y añadieron estos pactos al tratado: «Los cartagineses saldrán de la Cerdeña, y añadirán otros mil y doscientos talentos a la suma que hemos apuntado.» A más de éstos se terminó el último tratado con Asdrúbal en la España, por el que se convino *que los cartagineses no pasarían con las armas el río Ebro* (229 años antes de J. C.)

Estos son los convenios que hubo entre romanos y cartagineses desde el principio hasta el tiempo de Aníbal: por donde se ve que así como no se halla que los romanos violasen juramento alguno para pasar a la Sicilia, igualmente no se encontrará causa ni pretexto razonable para la segunda guerra, por la que se apropiaron la Cerdeña. Por el contrario, es incontestable que las circunstancias precisaron a los cartagineses a evacuar la Cerdeña, contra todo derecho, y a pagar la suma de dinero que hemos dicho. Porque el agravio que los romanos suponen, de que durante la guerra de África fueron maltratados sus comerciantes, quedó remitido cuando entregados de todos los prisioneros que los cartagineses habían conducido a sus puertos, restituyeron ellos en reconocimiento y sin rescate los que tenían, como hemos demostrado por menor en el libro antecedente. Siendo esto así, sólo nos resta examinar e inquirir a cuál de los dos pueblos se ha de atribuir la causa de la guerra de Aníbal.

CAPÍTULO VII

Manifiesto en que exponen los romanos su derecho.- A cuál de las dos repúblicas se debe atribuir la causa de la segunda guerra púnica.- Utilidades de la historia y ventajas en que excede la universal a la particular.

Acabamos de ver lo que los cartagineses alegan por su parte. Ahora diremos las razones que exponen los romanos, de que entonces, ciegos con la cólera de haber perdido a Sagunto, no hicieron uso, y al presente andan en boca de todos. Ante todo, que no se debía reputar por inválido el tratado terminado con Asdrúbal, como se atrevían a proferir los cartagineses. Porque en éste no se añadió, como en el de Luctacio, la cláusula de que sería valedero si lo ratificaba el pueblo romano; sino que Asdrúbal, con autoridad absoluta, firmó sus condiciones, en las que se contenía que los cartagineses no pasarían con las armas el río Ebro. A más de que en el tratado que se hizo sobre la Sicilia estaba contenido, como ellos confiesan, que habría mutua seguridad entre los aliados de uno y otro pueblo; esto es, no sólo entre los que entonces había, como interpretan los cartagineses, pues entonces se hubiera añadido: o que no se recibirían otros aliados más que los que ya había, o que el tratado no comprendería a los que después se recibiesen. Pero no habiéndose especificado ninguno de estos extremos, es evidente que la seguridad debe ser comprensiva a todos los aliados de uno y otro pueblo, tanto los que a la sazón había, como los que se recibiesen en el futuro. Esto la razón misma lo está dictando, pues ciertamente no hubieran concertado un tratado que les quitaba la libertad de admitir, según las circunstancias, los amigos o aliados que les pareciesen ventajosos, y les obligaba a pasar por las ofensas que otros hiciesen a los que habían tomado bajo su amparo. La mente principal de unos y otros en este tratado fue abstenerse mutuamente de ofender a los aliados que ya entonces tenía cada uno, y de ninguna manera el uno contraer alianza con los aliados del otro; pero respecto de los que después

se podrían recibir, que no se reclutasen tropas que no dispusiese el uno en la dominación y aliados del otro, y que se guardaría seguridad entre todos los aliados por ambas partes.

Siendo esto así, es también notorio que los saguntinos, muchos años antes del tiempo de Aníbal, se habían puesto bajo la protección de los romanos. La mayor prueba de esto, y que asimismo confiesan los mismos cartagineses, es que, amotinados entre sí los saguntinos, no se comprometieron en los cartagineses, aunque vecinos y dueños ya de la España, sino en los romanos, por cuya mediación lograron el restablecimiento de su gobierno. Convengamos, pues, en que si se sienta por causa de la segunda guerra púnica la ruina de Sagunto, se deberá conceder que los cartagineses emprendieron la guerra injustamente: bien se mire al tratado de Luctacio, por el que se previene que habrá seguridad en los aliados de uno y otro pueblo, bien al de Asdrúbal, por el que se prohíbe a los cartagineses adelantar sus conquistas del otro lado del Ebro. Pero si se atiende a la pérdida de la Cerdeña y al nuevo tributo que con ella se les impuso, se confesará precisamente que los cartagineses, en haberse valido de la ocasión para satisfacerse de los que les habían ofendido en situación tan urgente, iniciaron la guerra de Aníbal con justicia. Quizá me dirá alguno de los que lean sin reflexión este pasaje, que he individualizado sin necesidad esta materia más de lo que convenía. Yo confesaré sin reparo que si alguno se supone ser por sí solo bastante contra cualquier accidente, el conocimiento de las cosas pasadas le será curioso, pero no necesario. Mas como ningún mortal se atreverá a decir otro tanto, ni de sí propio, ni del estado, pues aunque por el presente viva feliz, si tiene entendimiento, no asegurará con prudencia la misma dicha para el futuro; por eso me confirmo en que le es no sólo útil, sino aun preciso, el saber las cosas que nos han precedido. Sin este conocimiento, ¿cómo se hallarán socios o aliados que nos venguen de nuestras particulares injurias, o de las de la patria? ¿Cómo, para promover o emprender de nuevo algún proyecto, se incitará a otros a que coadyuven nuestros propósitos? ¿Cómo, finalmente, contento con los sucesos contemporáneos, se ganarán amigos que corroboren nuestro dictamen y conserven el estado actual, si no se sabe

recordar a cada uno lo pasado? Por regla general los hombres se acomodan a lo presente, y en dichos hechos se parecen a los monos; de suerte que es difícil a veces calar sus intenciones y descubrir a fondo la verdad. Pero las acciones de los pasados, como las ha calificado el mismo éxito, nos muestran sin rebozo la intención y pensamiento de sus autores, y nos enseñan de quiénes debemos esperar favor, beneficio o socorro, y de quienes lo contrario. Por ellas se conoce a cada paso quién se compadecerá de nuestros infortunios, quién tomará parte en nuestra indignación, y quién nos vengará de la ofensa; cosa que acarrea infinitas ventajas, ya en común, ya en particular, para el trato civil de las gentes. Por lo cual los que escriben o leen historias, no tanto deben cuidar de la narración de los hechos mismos cuanto de los antecedentes, coincidentes y consecuencias. A la historia, si se la quita el porqué, cómo, con qué fin se hizo tal acción, y si correspondió el éxito; lo que queda no es más que un mero ejercicio de palabras que no produce instrucción. Y aunque por el pronto divierte, es de ninguna utilidad para adelante.

En este supuesto, los que se imaginen que nuestra obra será difícil de comprar y de leer por el número y magnitud de sus libros, tengan entendido que no saben cuánto más fácil es comprar y leer cuarenta libros coordinados bajo una cuerda, que nos den una justa idea de lo sucedido en Italia, Sicilia y África desde el tiempo en que Timeo termina la historia de Pirro hasta la toma de Cartago, y al mismo tiempo lo que ha ocurrido en las otras partes del mundo, desde la huida de Cleomedes, rey de Esparta, hasta la batalla dada entre aqueos y romanos junto al istmo del Peloponeso, que leer o comprar las obras que se han escrito sobre cada uno de estos hechos. Porque a más de que estos escritos superan muchísimo a mis comentarios, es imposible que los lectores saquen de ellos cosa fija. En primer lugar, porque los más no concuerdan sobre las circunstancias de un mismo asunto; después, porque omiten los hechos contemporáneos, de cuya recíproca comparación y confrontación se forma juicio muy diverso del que se concibió viéndolos separados; y últimamente, porque son del todo incapaces de tocar las cosas más importantes. El principal constitutivo de la historia,

según hemos dicho, es lo que se siguió a los hechos, lo que acaeció al mismo tiempo, y más aún lo que dio motivo. Así es que vemos que la guerra de Filipo dio ocasión a la de Antíoco, la de Aníbal a la de Filipo, la de Sicilia a la de Aníbal, y que en el espacio intermedio hubo muchos y diversos sucesos, que todos concurrieron a un mismo fin. Todo esto se puede comprender y conocer por una historia universal; pero por las que tratan separadamente de cada una de estas guerras, como la de Perseo o la de Filipo, es imposible. A no ser que alguno presuma que leídas en estos autores las simples descripciones de las batallas, se halla ya enterado a fondo de la economía y disposición de toda la guerra, error a la verdad bien manifiesto. Soy, pues, de sentir que cuanta ventaja hay del saber al simple oír, otro tanto superará mi historia a las relaciones particulares.

CAPÍTULO VIII

Declaración de la guerra.- Sabias providencias que toma Aníbal para poner a cubierto el África y la España.- Marcha desde Cartagena hasta los Pirineos.- Numerosas e importantes conquistas.

Enterados los embajadores romanos (aquí nos separamos del hilo de la narración), de lo que los cartagineses exponían, no pronunciaron más palabra que decir el más anciano, descubriendo su seno a los senadores: «Aquí os traemos la guerra y la paz; escoged la que queréis que saque.» El presidente de los cartagineses respondió: «Sacad la que os parezca.» A lo que dijo el romano, que sacaba la guerra, y los más de los senadores contestaron a voces que la aceptaban. Con esto se separaron los embajadores y la asamblea.

Aníbal, que entonces se hallaba en cuarteles de invierno en Cartagena, licenció ante todo a los españoles para sus casas, con el propósito de tenerlos prontos y dispuestos para el futuro. Más tarde instruyó a su hermano Asdrúbal de la conducta que había de observar en el gobierno y mando con los españoles, y de las prevenciones que debía tomar contra los romanos, caso que él se ausentase. Por último, tomó providencias para poner a cubierto el África. Para esto se valió de una sagaz y prudente política. Hizo pasar las tropas de África a España, y las de España a África, ligando con este vínculo la fidelidad entre ambos pueblos. Los que pasaron de España a África fueron los thersitas, los mastianos, los de las montañas y los olcades. El total de estas gentes ascendía a mil doscientos jinetes, y trece mil ochocientos cincuenta infantes. Pasaron también los baleares, llamados propiamente *honderos*. Se les llamó así, como también la isla, por el uso de la honda. Acuarteló la mayor parte de estas tropas en Metagonia de África, y al resto en la misma Cartago. Sacó de los pueblos de los metagonitas otros cuatro mil infantes, y los envió a Cartago para que sirviesen a un tiempo de rehenes y de tropas auxiliares. Dejó a su hermano Asdrúbal en España cincuenta navíos de cinco órdenes, dos de a cuatro, y cinco

de a tres. Treinta y dos de los primeros y los cinco últimos estaban bien tripulados. Dejóle también cuatrocientos cincuenta jinetes libifénices y africanos, trescientos lorigitas, y mil ochocientos nómidas, massilios, masselios, macios y mauritanos de los que habitaban la costa del océano; con una infantería de once mil ochocientos cincuenta africanos, trescientos ligures, quinientos baleares y veintiún elefantes. Nadie debe extrañar que describamos las operaciones de Aníbal en la España con la exactitud que apenas podrá otro que haya manejado privativamente esta materia; ni imputarme que me asemejo a aquellos escritores que palean sus embustes para que merezcan crédito. Pues habiéndome encontrado en Lacinio una plancha de bronce escrita por Aníbal cuando estaba en Italia, resolví darla una entera fe en el asunto, y preferí atenerme a esta memoria.

Aníbal, una vez tomadas todas las providencias para la seguridad del África y de la España, no aguardaba ni esperaba ya más que los correos que le habían de enviar los galos. Se hallaba ya exactamente informado de la fertilidad del país que yace al pie de los Alpes y a los contornos del Po, del número de habitantes de aquella comarca, del espíritu belicoso de sus moradores, y lo más importante, del odio que conservaban todavía contra los romanos por las guerras precedentes, de que ya hemos hecho mención en el libro anterior para que el lector comprendiese lo que habíamos de decir en la consecuencia. Satisfecho de esta esperanza, todo se lo prometía de la exacta correspondencia que mantenía con los príncipes galos, tanto cisalpinos, como inalpinos. Pensaba que el único modo de hacer la guerra a los romanos dentro de Italia, era si superadas primero las dificultades del camino pudiese llegar a los mencionados países, y hacer que los galos cooperasen y tomasen parte en su premeditado propósito. Finalmente, llegaron los correos, le enteraron de la voluntad y expectación de los galos, y le expusieron los grandes trabajos y dificultades que había que vencer en las cumbres de los Alpes, pero que no eran insuperables. Con esto, llegada la primavera, sacó sus tropas de los cuarteles de invierno. Ensoberbecido con las noticias que acababa de recibir de Cartago, y seguro del afecto de sus ciudadanos, empezó ya a animar las tropas a las

claras contra los romanos. Les informó cómo éstos se habían atrevido a pedir que se les entregase su persona y todos los jefes del ejército. Les descubrió la fertilidad del país donde habían de ir, la benevolencia de los galos y la alianza con ellos contraída. Habiendo manifestado las tropas un pronto deseo de seguirle, alabó su buena voluntad, señaló día para la marcha, y despidió la junta.

Evacuados estos asuntos en el transcurso del invierno, y puesto el conveniente resguardo en las cosas de África y España, sacó su ejército el día señalado, compuesto de noventa mil infantes y cerca de doce mil caballos. Pasado que hubo el Ebro, sojuzgó los ilergetas, bargusios, áirennoslos y andosinos, pueblos que se extienden hasta los Pirineos. Tras de haber sujetado todas estas gentes y haber tomado por fuerza algunas de sus ciudades pronta e inesperadamente, bien que después de frecuentes y reñidos combates y con pérdida de mucha gente, dejó a Annón el gobierno de todo el país de parte acá del Ebro y el mando de los bargusios, de quienes principalmente se desconfiaba por la amistad que tenían con los romanos. Separó de su ejército diez mil infantes y mil caballos para Annón, y le dejó el equipaje de los que habían de seguirle. Despidió otros tantos a sus casas, con el propósito, ya de dejar a éstos afectos a su persona y dar a los demás esperanzas de volver a su patria, ya de que todos, tanto los que iban bajo sus banderas como los que permanecían en la España, tomasen las armas con gusto, si llegaba el caso de necesitar de su socorro. Con esto, desembarazado del bagaje el restante ejército, compuesto de cincuenta mil infantes y nueve mil caballos, tomó el camino por los montes Pirineos para pasar el Ródano; armada a la verdad no tan numerosa como fuerte y aguerrida con las continuas campañas que había hecho en la España.

CAPÍTULO IX

Digresión geográfica.- División del universo y nociones más comunes de esta materia.

A fin de que la ignorancia de los lugares no haga confusa la narración a cada paso, será necesario que digamos de dónde partió Aníbal, cuáles y cuántos países pasó y a qué parte de Italia fue su llegada. Expondremos no sencillamente las nomenclaturas de los lugares, ríos y ciudades, como hacen algunos escritores, creyendo ser esto suficiente para la individual inteligencia y discernimiento. Confieso que si se trata de lugares conocidos, contribuye muchísimo para renovar la especie de dominación de los hombres; pero en los completamente desconocidos, la simple relación de los nombres tiene igual fuerza a aquellas dicciones imperceptibles que vagamente pulsan nuestros oídos. Pues como el entendimiento carece de dónde apoyarse, ni puede referir a idea alguna conocida lo que le dicen, no le viene a quedar más que una noción vaga y confusa. En este supuesto indicaremos un método que facilite al lector acomodar a principios ciertos y conocidos lo que se le diga sobre especies desconocidas. La primera, más importante y más común noción a todos los hombres es por la que cualquiera, aunque de cortos alcances, conoce la división y orden del universo en *Oriente*, *Occidente*, *Mediodía* y *Septentrión*. La segunda por la que acomodando los diferentes lugares de la tierra bajo cada una de las mencionadas partes, y refiriendo mentalmente lo que escucha a una de ellas, reducimos los lugares desconocidos y que no hemos visto a ideas conocidas y familiares.

Sentados estos principios del mundo en general, síguese ahora, observando la misma división, instruir al lector de la tierra que conocemos. Esta se divide en tres partes, con sus tres distintas denominaciones. La una se llama el *Asia*, la otra el *África*, y la tercera la *Europa*. Finalizan estas tres partes el Tanais, el Nilo y el estrecho de las columnas de Hércules. El *Asia* yace entre el Nilo y el Tanais; está situada

respecto del universo bajo el espacio que media entre el Oriente del estío y el Mediodía. El *África* yace entre el Nilo y las columnas de Hércules; su situación está bajo el Mediodía del universo, y sucesivamente bajo el Ocaso del invierno hasta el Occidente equinoccial que cae a las columnas de Hércules. Estas dos regiones, consideradas en general, ocupan la costa meridional del mar Mediterráneo desde Levante hasta Occidente.

La *Europa* yace al frente de estas dos partes hacia el Septentrión, y se extiende sin interrupción desde Levante hasta Occidente. Su mayor y más considerable parte se halla situada bajo el Septentrión, entre el río Tanais y Narbona, que dista poco hacia el Ocaso de Marsella y de las bocas por donde el Ródano desemboca en el mar de Cerdeña. Desde Narbona y sus alrededores habitan los celtas hasta los montes Pirineos, que se extienden sin interrupción desde el mar Mediterráneo hasta el Océano. La restante parte de la Europa, desde los mencionados montes hasta el Occidente y las columnas de Hércules, parte está rodeada por el mar Mediterráneo, parte por el Océano. La parte que está sobre el Mediterráneo hasta las columnas de Hércules se llama *Iberia*; la que baña el Océano, llamado el mar Grande, no tiene aún nombre común, por haberse descubierto recientemente. Toda ella se halla habitada por naciones bárbaras y en gran número, de las que hablaremos con detalle en la consecuencia.

Como ninguno hasta nuestros días puede asegurar con certeza si la Etiopía, en donde el Asia y el África se unen, es continente por la parte que se extiende sin interrupción hacia el Mediodía, o está rodeada del mar; del mismo modo no tenemos hasta ahora noticia del espacio que cae al Septentrión entre el Tanais y Narbona, a no ser que en el futuro a fuerza de descubrimientos sepamos alguna cosa. Lo cierto es que los que hablan o escriben de otro modo de estas tierras se deben reputar por ignorantes y forjadores de fábulas. Hemos apuntado estas noticias para que la narración no venga a ser del todo incomprensible a los que ignoran la geografía; antes bien puedan, según estas generales divisiones, aplicar y referir mentalmente cualquier noticia, haciendo sus cálculos por la situación del universo. Porque así como en el

mirar acostumbramos volver siempre el rostro hacia el lugar que nos señalan, de igual forma en el leer debemos trasplantar y llevar la imaginación a los lugares que nos apunta el discurso. Pero dejándonos de estas digresiones, volvamos a tomar la serie de nuestra historia.

CAPÍTULO X

Número de estadios que hay desde Cartagena a Italia. Roma envía a la España a Publio Cornelio, y al África a Tiber Sempronio.- Sublevación de los boios.- Arribo de Escipión a las bocas del Ródano.

Por este tiempo los cartagineses eran dueños de todas las provincias de África que se hallan sobre el Mediterráneo, desde los altares de Fileno que caen junto a la gran Sirtes hasta las columnas de Hércules, espacio de costa de más de dieciséis mil estadios de longitud. Habían sometido también, pasado el estrecho que está junto a las columnas de Hércules, toda la España hasta aquellas rocas donde confinan los Pirineos con el mar Mediterráneo y se separan los españoles de los galos. Distan estos montes del estrecho de las columnas de Hércules aproximadamente mil estadios. Porque desde las columnas hasta Cartagena, de donde emprendió Aníbal su viaje para Italia, se cuentan tres mil. Desde Cartagena, o la Nueva Cartago como otros llaman, hasta el Ebro hay dos mil seiscientos; desde el Ebro hasta Emporio mil seiscientos, y desde allí hasta el paso del Ródano otros tantos. En la actualidad los romanos tienen medido y señalado este camino con exactitud de ocho en ocho estadios. Desde el paso del Ródano, ascendiendo por el mismo río hacia su nacimiento hasta principiar el camino de los Alpes que va a Italia, se cuentan mil cuatrocientos estadios. Las restantes cumbres de los Alpes, las que era forzoso superar para llegar a las llanuras de Italia que baña el Po, se extienden cerca de mil doscientos. De forma que todo el camino que Aníbal debía atravesar para venir desde Cartagena a Italia, ascendía a cerca de nueve mil estadios. De este espacio, si se mira a la longitud, tenía ya casi andado la mitad, pero si se atiende a las dificultades le restaba aún la mayor parte.

Ya se disponía Aníbal a pasar los desfiladeros de los Pirineos, receloso de que los galos por la defensa natural de los lugares no le cerrasen el paso, cuando los romanos conocieron por los embajadores enviados a Cartago lo que se había resuelto y decretado. Llegada antes

de lo que se esperaba la nueva de que Aníbal, había pasado el Ebro con ejército, tomaron la decisión de enviar a la España a Publio Cornelio, y al África a Tiberio Sempronio (219 años antes de J. C.) Mientras que estos dos cónsules disponían sus legiones y realizaban los demás preparativos, procuraron finalizar el asunto que anteriormente tenían entre manos, de enviar colonias a la Galia Cisalpina. Pusieron toda diligencia en cercar con muros las ciudades, y dieron orden para que los que habían de vivir en ellas (en número de seis mil hombres para cada una) partiesen a su destino en el término de treinta días. Una de estas colonias fue construida de parte acá del Po, y se llamó *Placencia*; la otra de parte allá, y se la dio el nombre de *Cremona*.

Luego que se establecieron estas colonias, los galos llamados boios, que de tiempos atrás maquinaban romper con los romanos y por falta de ocasión no lo habían llevado a efecto, alentados y fiados en las nuevas de que venían los cartagineses, se separaron de los romanos, abandonándolos los rehenes que habían dado al finalizar la última guerra, de que ya hicimos mención en el libro antecedente. Atraieron a su partido a los insubrios, que fácilmente conspiraron en la rebelión por el antiguo odio, y talaron los campos que los romanos habían adjudicado a cada colonia. Persiguieron a los fugitivos hasta Motina, colonia romana, y la pusieron sitio. Se encontraron cercados dentro de la plaza tres ilustres romanos que habían sido enviados para la división de las tierras, uno de ellos Cayo Lutacio, varón consular, y dos pretores. Éstos pidieron se les admitiese a una conferencia, y se la concedieron los boios; mas tuvieron la deslealtad de prenderlos a la salida, persuadidos a que por éstos canjearían sus rehenes. Con esta nueva, Lucio Manlio, pretor y comandante de las tropas de aquel país, se dirigió prontamente a su socorro. Pero los beocios que supieron la venida, le tendieron una emboscada en un monte, y luego que hubieron entrado en lo fragoso los romanos, los atacaron por todas partes y dieron muerte a los más. Los demás emprendieron la huida al iniciarse el combate; y aunque después de ganar las alturas se hicieron fuertes por algún tiempo, apenas pudo pasar esto por una honesta retirada, Los boios siguieron tras de ellos, y los encerraron en un pueblo llamado

Tanes. Luego que llegó a Roma la noticia de que los boios tenían cercada la cuarta legión y la sitiaban con brío, se destacó al instante a su socorro la legión que antes se había entregado a Publio bajo las órdenes de un pretor, y se ordenó a éste que levantase y dispusiese otras tropas entre los aliados.

Éste era el estado de los galos desde el inicio de la guerra hasta la llegada de Aníbal; el éxito que después tuvieron fue tal como hemos dicho en los libros anteriores y acabamos de exponer al presente. Al llegar la primavera, los cónsules romanos, preparado todo; lo necesario para la ejecución de sus propósitos, se hicieron a la mar para las expediciones que se habían propuesto. Escipión marchó a la España con sesenta navíos, y Sempronio al África con ciento sesenta buques de cinco órdenes. Éste pensó hacer la guerra con tanto asombro y acopió tantos pertrechos en Lilibea, donde juntó las guarniciones de todas las ciudades, como si al primer arribo hubiera de poner sitio a la misma Cartago. Escipión, costeando la Liguria, llegó al quinto día a las inmediaciones de Marsella, y fondeando en la primera boca del Ródano, llamada de Marsella, desembarcó a sus gentes. Allí supo que ya Aníbal había pasado los Pirineos, bien que le juzgaba aún muy distante por las dificultades del camino y multitud de galos que había en el intermedio. Mas Aníbal, ganados unos con el dinero y vencidos otros con la espada, llegó con su ejército al paso del Ródano cuando menos se esperaba, teniendo el mar de Cerdeña a la derecha. Escipión, sabida la llegada de los enemigos, ya porque le parecía increíble la celeridad de la marcha, ya porque quería enterarse a punto fijo, destaca trescientos hombres de a caballo, los más valerosos, dándoles por guías y auxiliares a los galos que se hallaban a sueldo de los de Marsella. Él, mientras, reparó sus tropas de la fatiga de la navegación, y deliberó con los tribunos qué puestos se habían de ocupar y dónde se había de salir al encuentro al enemigo.

CAPÍTULO XI

*Llegada de Aníbal al Ródano - Preparativos que hace para pasarle.-
Oposición que encuentra entre los bárbaros del país.*

Luego que se acercó Aníbal a las inmediaciones del río, sentó el campo a cuatro jornadas de su embocadura, y se dispuso a pasarlo por ser allí la madre de una regular anchura. Después de haber ganado de todos modos la confianza de los pueblos próximos, les compró todas las canoas de una pieza y esquifes de que tenían abundancia, por ser muy dados al comercio marítimo sus naturales. Tomóles también toda la madera para la construcción de buques de una pieza, con la que en dos días se construyó un número exorbitante de pontones, procurando cada uno fundar en sí mismo la esperanza de pasar el río sin necesidad del compañero. Mientras tanto se reunió en el lado opuesto un gran número de bárbaros para impedir el paso a los cartagineses. A la vista de esto, Aníbal, infiriendo de las actuales circunstancias que ni le era posible pasar el río por fuerza, teniendo sobre sí tal número de enemigos, ni permanecer en aquel sitio, a menos de tener que recibir el ímpetu de los contrarios por todos lados, destacó a la entrada de la tercera noche una parte de su ejército al mando de Annón, hijo del rey Bomílcar, dándole por guías a los naturales del país. Éstos, remontando el río cerca de doscientos estadios, llegaron a un paraje, donde dividiéndose la corriente de agua en dos partes, formaba una pequeña isla. Allí hicieron alto, y trabando unos y ligando otros los leños cortados en el vecino bosque, en corto tiempo construyeron el número de balsas que bastaba a la actual urgencia, en las que atravesaron el río sin riesgo ni impedimento. Se apoderaron después de un sitio ventajoso, donde pasaron todo aquel día, para recobrase de la pasada fatiga y disponerse al mismo tiempo a ejecutar la orden que se les había dado. Aníbal, por su parte, hacía lo mismo con las tropas que le habían quedado. Pero lo que más cuidado le daba era el paso de sus elefantes, en número de treinta y siete.

Apenas llegó la quinta noche, los que ya habían pasado al otro lado, marcharon al amanecer junto al río, contra los bárbaros que estaban al frente del ejército. Entonces Aníbal, que tenía dispuestos los soldados, puso por obra su pasaje. Embarcó la caballería pesadamente armada en los bateles, y la infantería más ligera en las barcazas. Los bateles formaban una línea en la parte superior de la corriente, y por bajo estaban las barcazas de menos resistencia, a fin de que sosteniendo aquellos la violencia principal del agua, hiciesen a éstas más seguro el paso. Se decidió asimismo llevar a nado los caballos en las popas de los bateles. De esta forma, como un solo hombre conducía del ramal tres o cuatro en cada costado de la popa, en un instante a la primera remesa pasaron un buen número de caballos al otro lado. Los bárbaros, que advirtieron el intento de los enemigos, salen tumultuosamente y a pelotones del campamento persuadidos a que con facilidad impedirían el desembarco a los cartagineses. Apenas vio Aníbal los fuegos que los suyos hacían de la otra parte, señal que se les había dado cuando ya estuviesen cerca, ordenó embarcar a todos, y que los que gobernaban los bateles se opusiesen a la violencia de la corriente. Hecho esto prontamente, los que iban en los bateles se alentaban mutuamente a gritos y luchaban con la violencia del agua; los dos ejércitos cartagineses que estaban viéndolo sobre una y otra margen, esforzaban y animaban con algazara a sus compañeros; los bárbaros, formados al frente, cantaban sus himnos y pedían la batalla, de suerte que el conjunto presentaba un espectáculo pavoroso y capaz de inspirar espanto.

En ese instante los cartagineses que se hallaban al otro lado, dando súbita y repentinamente sobre los bárbaros que habían desamparado sus tiendas, unos prenden fuego al campamento y los más marchan contra los que defendían el paso. Los bárbaros, sobrecogidos con un tan inesperado accidente, parte acuden al socorro de las tiendas, parte se defienden y pelean contra los que los atacaban. Entonces, Aníbal, viendo que el efecto correspondía a sus deseos, al paso que los suyos iban desembarcando, los forma en batalla, los exhorta y los lleva contra los bárbaros, que desordenados y atónitos con lo imprevisto del caso, vuelven la espalda prontamente y emprenden la huida.

CAPÍTULO XII

Aníbal atraviesa el Ródano.- Exhortación a sus tropas.- Encuentros de dos partidas de caballería romana y cartaginesa.- Tránsito de los elefantes.

Dueño del pasaje y victorioso, Aníbal dio prontamente providencia para el paso de la gente que había quedado en la otra orilla. Una vez que hubieron pasado en corto tiempo todas las tropas, sentó sus reales, aquella noche en la margen del mismo río. Al día siguiente, con la nueva que tuvo de que la escuadra romana había anclado en las bocas del Ródano, destacó quinientos caballos nómadas escogidos a reconocer el sitio, número y operaciones del contrario. Al mismo tiempo ordenó a los peritos que pasasen los elefantes. Él, mientras, convocado el ejército, mandó entrar a Magilo, potentado que había venido de los llanos alrededor del Po, y por medio de un intérprete hizo saber a sus tropas la resolución tomada por los galos este era un estímulo muy poderoso para excitar el valor de los soldados. Pues a más de que por una parte era eficaz la presencia de los que los convidaban y ofrecían ayudar en la guerra contra los romanos, y por otra no se podía dudar de la promesa que hacían de que los conducirían a Italia por lugares, en donde no les faltase nada y la marcha fuese corta y segura, se unía a esto la fertilidad y extensión del país a donde habían de ir, y la buena voluntad de los naturales con quienes habían de hacer la guerra contra los romanos. Expuestas estas razones, se retiraron los galos. Acto seguido tomó la palabra Aníbal, y renovó a sus tropas la memoria de lo que habían realizado hasta entonces. Dijo que de cuantas arrojadas acciones y peligros habían emprendido, en ninguna les había desmentido el deseo, siguiendo su parecer y consejo; que tuviesen buen ánimo en adelante, a la vista de haber superado el mayor de los obstáculos; que ya eran dueños del paso del río, y testigos oculares de la benevolencia y afecto de los aliados; por último, que descuidasen sobre el mecanismo de la empresa, puesto que se hallaba a su cargo, y que sólo

obedientes a sus órdenes se portasen como buenos y dignos de sus anteriores acciones. El ejército mostró y atestiguó un gran ardor y deseo de seguirle. Aníbal alabó su buena disposición, hizo votos a los dioses por todos, y ordenó que se cuidasen y preparasen con diligencia para trasladar el campo al día siguiente.

No bien se había disuelto la asamblea, cuando llegaron los númeridas que habían sido antes enviados a la descubierta, la mayoría de ellos muertos, y los restantes huyendo a rienda suelta. Pues a corta distancia del campo, cayendo en manos de la caballería romana que Escipión había destacado para el mismo efecto, fue tal la obstinación con que unos y otros se batieron, que de romanos y galos murieron ciento cuarenta, y de númeridas más de doscientos. Terminado el combate, los romanos se acercaron en su persecución a examinar con sus ojos el campamento de los cartagineses, y se volvieron prontamente para informar al cónsul de la llegada del enemigo, como efectivamente lo hicieron apenas llegaron a los reales. Escipión, después de haber embarcado con prontitud el bagaje, levantó el campo, y condujo su ejército a orillas del río, deseoso de venir a las manos con los enemigos. Aníbal, el día después de la junta, al amanecer situó toda la caballería de frente al mar, para que sirviese de cuerpo de reserva, y ordenó a la infantería ponerse en mancha. Él esperó a los elefantes y demás gente que había quedado con ellos. El paso de los elefantes fue de esta manera.

Construidas muchas balsas, unieron fuertemente dos la una a la otra, que juntas componían como cincuenta pies de anchura, y las fijaron bien en la tierra a la entrada del río. A éstas añadieron otras dos por la parte que estaba fuera del agua, y dieron mayor extensión a esta especie de puente para el paso. Para que toda la obra estuviese inmóvil y no se la llevase el río, aseguraron desde tierra el costado expuesto a la corriente, atándole con gumenas a los árboles que había al margen. Luego que se hubo dado a todo el puente doscientos pies de longitud, se construyeron después otras dos balsas excesivamente mayores y se unieron a las últimas. Estas dos estaban fuertemente ligadas entre sí, pero respecto de las otras, de tal modo que fuese fácil romper las liga-

duras. A éstas ataron muchas maromas, con las que los bateles que habían de ir tirando a remolque impidiesen que el río se las llevase, y sosteniéndolas contra la fuerza de la corriente, pudiesen las fieras pasar y abordar en ellas al otro lado. Después trajeron y esparcieron cantidad de tierra, hasta que pusieron con céspedes la entrada semejante, igual y del mismo color que el camino que conducía las fieras hasta el pasaje. Estos animales estaban acostumbrados a obedecer siempre a los indios hasta llegar al agua, pero meter el pie dentro jamás se habían atrevido. Para esto echaron delante por el terraplén dos hembras, y al instante siguieron los demás. Luego que estuvieron sobre las últimas balsas, cortaron las ligaduras que las asían a las otras, y tirando a remolque los bateles, separaron al instante las fieras y balsas que las sostenían, de las que estaban terraplenadas. De momento se alborotaron las bestias, volviendo y revolviendo de una parte a otra; pero viéndose rodeadas del agua por todos lados, se intimidaron y se contuvieron por precisión en su lugar. Así es como Aníbal, uniendo las balsas de dos en dos, pasó la mayor parte de las fieras. Algunas, asustadas, se arrojaron al río en medio del pasaje, cuyos conductores todos se ahogaron, pero se salvaron las bestias. Pues como tienen fuertes y largas las trompas, levantándolas sobre el agua, respiraban y despedían cuanto les venía encima, con lo que resistiendo la corriente por mucho tiempo pasaron en derecha al otro lado.

CAPÍTULO XIII

Ruta que tomó Aníbal después de pasado el Ródano para superar los Alpes.- Extravagantes testimonios de los historiadores cuando describen el tránsito de Aníbal por estas montañas.

Una vez finalizado el paso de los elefantes, Aníbal formó de ellos y de la caballería la retaguardia, y marchó junto al río, dirigiendo su ruta desde el mar hacia el Oriente en ademán de quien va al interior de Europa. Porque el Ródano tiene su nacimiento por encima del golfo Adriático hacia el Occidente, en aquella parte de los Alpes que miran al Septentrión, corre hacia el ocaso del invierno y desemboca en el mar de Cerdeña. Su curso generalmente es por un valle cuya parte septentrional habitan los galos ardieos, y la meridional toda confina con el arranque de los Alpes que miran al Septentrión. Las llanuras inmediatas al Po, de que ya hemos hablado largamente, se hallan separadas del valle por donde corre el Ródano por las cumbres de dichos montes, que, principiando desde Marsella, se extienden hasta la extremidad del golfo Adriático. Éstos son, pues, los montes que Aníbal atravesó ahora para entrar en Italia.

Ciertos historiadores, cuando hablan de estas montañas, por querer asombrar a los lectores con prodigios, incurren imprudentemente en dos defectos muy ajenos de la historia. Se ven precisados a contar embustes y contradicciones. Pues al paso que representan a Aníbal como un capitán de inimitable valor y cordura, nos le pintan como el más insensato sin disputa. Y cuando ya no hallan cabo ni salida al enredo, introducen a los dioses y semidioses en los hechos verdaderos de la historia. Nos pintan tan escabrosas y ásperas las cordilleras de los Alpes que apenas, no digo a la caballería, ejército y elefantes, pero ni aun a la infantería ligera la sería asequible el tránsito. De igual modo nos describen tal la soledad de estos lugares, que a no haberseles aparecido algún dios o héroe que les mostrase el camino, faltos de consejo,

hubieran perecido todos. Confesemos, pues, que esto es incurrir en los dos defectos que hemos apuntado.

Porque ¿se dará general más imprudente, ni capitán más insensato que Aníbal, que, conduciendo un tan numeroso ejército, en quien fundaba la esperanza del logro de sus propósitos, ignorase los caminos y lugares y no supiese a dónde ni contra quién se dirigía, y, lo que es un exceso de locura, emprendiese, no lo que dicta la razón, sino lo imposible? Meter un ejército en un terreno desconocido, es cosa que no harían otros, reducidos al último extremo y faltos de todo consejo; pues esto es cabalmente lo que atribuyen a Aníbal cuando estaba aún en tiempo de prometérselo todo de su empresa. Lo mismo digo de la soledad, escabrosidad y asperezas de estos lugares; todo ello es un manifiesto embuste. Estos escritores no saben que antes de la venida de Aníbal, los galos vencidos del Ródano, no una ni dos veces, no en tiempos remotos, sino recientemente, habían pasado los Alpes con numerosas tropas para auxiliar a los galos de los contornos del Po y llevar sus armas contra los romanos, como hemos dicho en los libros anteriores. Ignoran que sobre los mismos Alpes habitan muchísimos pueblos. Por eso, faltos de estos conocimientos, cuentan que se apareció un semidiós para servir de guía a los cartagineses. En esto se asemejan precisamente a los compositores de tragedias. Así como estos poetas, por sentar al principio supuestos falsos y repugnantes, tienen que recurrir para la catástrofe y desenredo de sus dramas a algún dios o a alguna máquina, del mismo modo aquellos escritores se ven precisados a fingir que se les ha aparecido algún héroe o dios, por haber supuesto fundamentos falsos e inverosímiles. Porque ¿cómo se puede con absurdos principios dar a la acción un éxito razonable? Aníbal se condujo en esta empresa, no como éstos escriben, sino con demasiada prudencia. Se había informado muy en detalle de la bondad del país a donde dirigía sus pasos y de la aversión de los pueblos contra los romanos. Para las dificultades que pudieran ocurrir en el intermedio, se había valido de guías y conductores de la misma tierra, hombres que, por la comunión de intereses, habían de correr el mismo riesgo. Nosotros hablamos de estas cosas tanto con mayor satisfacción, cuanto que

las hemos sabido de boca de los mismos contemporáneos, hemos examinado con la vista estos lugares y hemos viajado en persona por los Alpes para ilustración y propio conocimiento.

CAPÍTULO XIV

Llega Aníbal a lo que se llama la isla y pone en posesión del trono a un potentado de aquel país.- Oposición que encuentra en los allobroges al principiar los Alpes.- Victoria por los cartagineses.

Tres días después de haber levantado el campo los cartagineses, llegó el cónsul Escipión al paso del río; e informado de que habían marchado, fue, como era regular, tanto mayor su sorpresa cuanto estaba persuadido a que jamás los enemigos se atreverían a tomar aquella ruta para Italia, ya por la multitud de bárbaros que habitaban aquellas comarcas, ya por lo poco que había que fiar en sus palabras. Mas desengañado de que, efectivamente, habían tenido tal osadía, se retiró otra vez a sus navíos. Luego que llegó, embarcó las tropas, envió a la España a su hermano y él volvió a tomar el rumbo hacia la Italia, con el anhelo de prevenir a Aníbal en las cordilleras de los Alpes, atravesando la Etruria. Aníbal, a los cuatro días de camino tras haber pasado el Ródano, llegó a lo que llaman la *Isla*, país bien poblado y abundante en granos. Llámase así por su misma situación; pues corriendo el Ródano y el Saona cada uno por su costado, rematan en punta al confluente estos dos ríos. Es semejante en extensión y figura a lo que se llama *Delta* en Egipto, a excepción de que en la *Delta* cierra él un costado al mar, donde vienen a desaguar los dos ríos, y en la *Isla* unas montañas impenetrables y escarpadas, o, por mejor decir, inaccesibles. Aquí halló Aníbal dos hermanos que, armados el uno contra el otro, se disputaban el reino. El mayor supo obligar y empeñar a Aníbal en su ayuda para adjudicarse la corona. El cartaginés asintió, prometiéndose de esta acción por el pronto casi seguras ventajas. Efectivamente fue así, que unidas sus armas con las de éste y arrojado el menor, logró del vencedor infinitas recompensas. No sólo proveyó abundantemente la armada de granos y demás utensilios, sino que, sustituyendo en vez de las armas viejas y usadas otras nuevas, renovó oportunamente todas las fornituras del ejército. Vistió asimismo y calzó a la mayor parte, con lo

que les procuró una gran comodidad para superar los Alpes. Pero el principal servicio fue que, entrando Aníbal con temor en las tierras de los galos llamados allobroges, puesto a la retaguardia con su ejército, le puso a cubierto de todo insulto, hasta que llegó a la subida de los Alpes.

Ya había caminado Aníbal junto al río ochocientos estadios en diez días, cuando al iniciar la subida de los Alpes se vio en un inminente riesgo. Mientras estuvo en el país llano, los jefes subalternos de los allobroges se habían abstenido de inquietar su marcha, parte porque temían la caballería, parte porque respetaban los bárbaros que le acompañaban. Pero apenas éstos se retiraron a sus casas y Aníbal comenzó a entrar en tierra quebrada, entonces, reunidos los allobroges en bastante número, ocuparon con anticipación los puestos ventajosos por donde había de subir Aníbal. Si hubieran sabido ocultar su propósito, la ruina del ejército cartaginés era inevitable; pero fueron descubiertos a tiempo, y aunque hicieron mucho daño, fue menor el que ellos recibieron. Pues apenas advirtió el cartaginés que los bárbaros ocupaban los puestos ventajosos, ordenó hacer alto, acampando al pie de las colinas. Envío delante algunos galos de los que servían de guías para explorar los intentos y disposición del contrario. De vuelta de su comisión, supo que por el día observaban una exacta disciplina los allobroges y guardaban sus puestos, pero que por la noche se retiraban a la ciudad inmediata. Atento a esta noticia, formó el plan siguiente. Hizo avanzar el ejército a la vista de todos y acampó no lejos del enemigo al pie de aquellas gargantas. Llegada la noche, ordenó encender fuegos, dejó aquí la mayor parte del ejército y él con la tropa más valerosa y expedita atravesó los desfiladeros y se apoderó de los puestos que anteriormente habían abandonado los bárbaros, por haberse retirado a la ciudad según su costumbre.

Apenas los allobroges, llegado el día, echaron de ver lo sucedido, desistieron por el pronto del intento; pero advirtiendo después que el número de acémilas y caballería subía con dificultad y a larga distancia aquellos despeñaderos, se valieron de la ocasión para salir al paso. Efectivamente, atacaron la retaguardia por muchos lados, y hubo una

gran mortandad en el ejército cartaginés, principalmente de caballos y bestias, no tanto por los golpes de los bárbaros cuanto por la desigualdad del terreno. Pues como el camino era no sólo angosto y áspero sino en declive y pendiente, a cualquier movimiento o a cualquier vaivén iban rodando por aquellos precipicios muchas bestias y acémilas con sus cargas. Pero la principal confusión la causaron los caballos heridos, pues espantados unos, chocaban con las bestias que tenían al frente, e impetuosos otros, atropellaban cuanto se les oponía por delante de los desfiladeros, de lo que provenía un gran desorden. Atento a esto Aníbal, reflexionando que, perdido el bagaje, no habría ya remedio que esperar aun para los que se salvaran, toma a los que por la noche se habían apoderado de las eminencias, y se dirige al socorro de los que emprendían la subida. De esta forma, como los atacó desde arriba, causó un grande estrago en los enemigos, bien que no fue menor el de los suyos, porque se aumentó la confusión por ambas partes al ver la gritería y choque de los nuevos combatientes. Pero después que la mayoría de los allobroges perecieron, y el resto, vuelta la espalda, tuvo que retirarse, entonces hizo pasar, aunque con pena y trabajo, aquellos desfiladeros a las bestias y caballos que le habían quedado, y él, reuniendo las reliquias que pudo de la acción, atacó la ciudad, de donde los contrarios le habían salido al encuentro. Tomóla a poca costa, porque la esperanza del botín había echado fuera a todos sus moradores y la habían dejado casi desierta. Esta conquista le reportó muchas ventajas, tanto para el presente como para el futuro. Se rehizo por el pronto del número de caballos, bestias y hombres que le habían tomado; tuvo abundancia para adelante de granos y ganados para dos o tres días, y lo que fue una precisa consecuencia, esparcido el terror por la comarca, consiguió que los pueblos vecinos no se atreviesen con facilidad a interrumpirle la subida.

CAPÍTULO XV

Paso de los Alpes por Aníbal.- Emboscadas, desfiladeros y dificultades que tuvo que vencer.

Aníbal, sentados allí los reales, hizo alto todo un día, y volvió a emprender la marcha. En los días siguientes marchó el ejército sin riesgo particular. Pero al cuarto volvió a incurrir en un gran peligro. Los pueblos próximos al camino fraguan una conspiración, y le salen al paso con ramos de oliva y con coronas. Ésta es una señal de paz casi general entre los bárbaros, así como lo es el caduceo entre los griegos. Aníbal, que ya vivía con recelo de la fe de estos hombres, examinó con cuidado su intención y todos sus propósitos. Ellos le expusieron que les constaba la toma de la ciudad y ruina de los que le habían atacado; le manifestaron que el motivo de su venida era con el deseo de no hacer daño ni de que se les hiciese, para lo cual le prometían dar rehenes. Aníbal dudó durante mucho tiempo y desconfió de sus palabras; pero reflexionando que si admitía sus ofertas haría acaso a estos pueblos más contenidos y tratables, y que si las desechaba los tendría por enemigos declarados, consintió en su demanda y fingió contraer con ellos alianza. Como los bárbaros entregaron al instante los rehenes, proveyeron abundantemente de carnes el ejército y se entregaron del todo y sin reserva en mano de los cartagineses, Aníbal empezó a tener alguna confianza, tanto que se sirvió de sus personas para guías de los desfiladeros que faltaban. Pero a los dos días que iban de batidores, se reúnen todos, y al pasar Aníbal un valle fragoso y escarpado, le acometen por la espalda.

Ésta era la ocasión en que hubieran perecido todos sin remedio, si Aníbal, a quien duraba aún alguna desconfianza, pronosticando lo que había de ocurrir, no hubiera situado delante el bagaje y la caballería y detrás los pesadamente armados. Este auxilio hizo menor la pérdida, porque reprimió el ímpetu de los bárbaros. Bien que, aun con esta precaución, murieron gran número de hombres, bestias y caballos.

Porque, como los contrarios caminaban por lo alto a medida que los cartagineses por lo bajo de las montañas, ya echando a rodar peñascos, ya tirando piedras con la mano, pusieron las tropas en tal consternación y peligro, que Aníbal se vio en la precisión de pasar una noche con la mitad del ejército sobre una áspera y rasa roca, separado de la caballería y bestias de carga para vigilar en su defensa, y aun apenas bastó toda la noche para desembarazarse de aquel mal paso. Al día siguiente, retirados los enemigos, se reunió con la caballería y acémilas, y prosiguió su marcha a lo más encumbrado de los Alpes. De allí adelante ya no le embistieron los bárbaros con el total de sus fuerzas. Solamente le atacaban por partidas, y presentándose oportunamente, ya por la retaguardia, ya por la vanguardia, le robaban algún bagaje. De mucho le sirvieron en esta ocasión los elefantes, pues por la parte que ellos iban jamás se atrevieron acercarse los contrarios, asombrados con la novedad del espectáculo. Al noveno día llegó a la cima de estos montes, donde acampó y se detuvo dos días para dar descanso a los que se habían salvado y esperar a los que se habían rezagado. Durante este tiempo muchos de los caballos espantados y bestias de las que habían arrojado las cargas, descubriendo maravillosamente por las huellas el ejército, volvieron y llegaron al campamento.

Era entonces el final del otoño, y se hallaban ya cubiertas de nieve las cimas de estos montes, cuando advirtiéndolo Aníbal que los infortunios pasados y los que esperaban aún habían abatido el valor de sus tropas, las convoca a junta y procura animarlas, valiéndose para esto del único medio de enseñarles la Italia. Está, pues, esta región de, tal modo situada al pie de los Alpes, que de cualquier parte que se mire, parece que la sirven de baluarte estas montañas. De esta forma, poniéndoles a la vista las campiñas que riega el Po, recordándoles la buena voluntad de sus moradores, y señalándoles al mismo tiempo la situación de la misma Roma, recobró de algún modo el espíritu de sus soldados. Al día siguiente levantó el campo y emprendió el descenso. En él no se le presentaron enemigos, fuera de algunos que rateramente le molestaron. Pero la desigualdad del terreno y la nieve le hicieron perder poca menos gente que había perecido en la subida. Efectiva-

mente, como la bajada era angosta y pendiente, y la nieve ocultaba el paso al soldado, cualquier traspíe o desvío del camino era un precipicio en un despeñadero. Bien que la tropa, acostumbrada ya a este género de males, sufría con paciencia este trabajo. Pero luego que llegó a cierto paso cuya estrechez imposibilitaba el paso a los elefantes y bestias (era un despeñadero que, a más de que ya anteriormente tenía casi estadio y medio de camino, a la sazón estaba aún más escarpado con el desmoronamiento de la tierra), allí comenzó de nuevo a desalentarse y acobardarse la tropa. El primer pensamiento de Aníbal fue evitar el precipicio por un rodeo; pero como la nieve le imposibilitaba el camino, desistió del empeño.

Era cosa particular y extraña lo que allí acaecía. Sobre la nieve que antes había y permanecía del invierno anterior, había caído otra nueva en este año. En ésta fácilmente se hacía impresión, como que estaba blanda por haber caído recientemente y ser poca su altura; pero, cuando pisoteada la nueva se llegaba a la que estaba debajo congelada lejos de poderse asegurar el soldado parecía que nadaba, y faltándole los pies, caía en tierra, a la manera que acontece a los que andan por un terreno resbaladizo. A esto se añadía otro mayor trabajo. Como el soldado no podía imprimir la huella en la nieve que había debajo, si caído quería tal vez valerse de las rodillas o manos para levantarse, tanto con mayor lástima él y todo lo que le había servido de asidero iba rodando por aquellos lugares generalmente pendientes. Las acémilas, cuando caían, rompían el hielo forcejeando por levantarse: una vez éste quebrado, quedaban atascadas con la pesadez de la carga y como congeladas con la opresión de la nieve anterior. A la vista de esto, fue preciso desistir de este arbitrio y acampar en el principio del desfiladero, quitándole antes la nieve que contenía. Después, con el auxilio de la tropa, se abrió un camino en la misma peña, aunque con mucho trabajo. En un solo día se hizo el bastante para que transitasen las bestias y caballería. Luego que éstas hubieron pasado, se mudó el real a un sitio que no tenía nieve y se las soltó a pastar. Aníbal mientras, distribuidos en partidas los númidas, prosiguió la conclusión del camino, y apenas después de tres días de trabajo pudo hacer pasar los elefantes, que se

hallaban ya muy extenuados del hambre. Pues las cumbres de los Alpes y sus inmediaciones, como en invierno y verano las cubre la nieve de continuo, están del todo rasas y desnudas de árboles; pero las faldas de uno y otro lado producen bosques y arboledas, y generalmente son susceptibles de cultivo.

Finalmente, incorporado todo el ejército, prosiguió Aníbal el descenso, y tres días después de haber atravesado los mencionados despeñaderos, alcanzó el llano con mucha pérdida de gente, que los enemigos, los ríos y la longitud del camino habían causado; y mucha más, no tanto de hombres cuanto de caballos y acémilas, que los precipicios y malos pasos de los Alpes se habían tragado. Había tardado cinco meses en todo el camino desde Cartagena, contando los quince días que le había costado el superar los Alpes hasta que penetró con el mismo espíritu en las llanuras del Po y pueblos de los insubrios. El cuerpo de tropas que le había quedado a salvo se reducía a doce mil infantes africanos, ocho mil españoles y seis mil caballos, como él mismo lo testimonia en una columna hallada en Lacinio, describiendo el número de su gente.

Durante este tiempo Publio Escipión, que, como arriba hemos indicado, había dejado las legiones a su hermano Cnelio, le había recomendado los negocios de España y que hiciese la guerra con vigor a Asdrúbal, desembarcó en Pisa con poca gente. Pero atravesando la Etruria, y tomando allí de los pretores las legiones que estaban a su cargo para hacer la guerra a los boios, marchó a acamparse a las llanuras del Po, donde aguardó al enemigo, deseoso de venir con él a las manos.

CAPÍTULO XVI

Digresión que hace el autor para justificarse sobre varios particulares históricos.

Ya que hemos llevado a la Italia la narración, los dos generales y la guerra, antes de dar principio a los combates deseamos justificarnos brevemente de ciertos particulares que conducen a la historia. Quizá se nos preguntará cómo habiéndonos extendido tanto sobre varios lugares del África y de la España, no hemos dicho siquiera una palabra ni del estrecho de las columnas de Hércules, ni del mar Océano y sus particularidades, ni de las islas Británicas y confección del estaño, ni de las minas de oro y plata que existen en España, sobre que los autores han escrito tanto y tan contrario. Ciertamente que si hemos omitido estos puntos no ha sido por considerarlos ajenos de la historia, sino, en primer lugar, porque no hemos querido interrumpir la narración a menudo, ni distraer al lector de la serie del asunto; y en segundo, porque nos hemos propuesto, no el tratar estas curiosidades en distintos lugares y de paso, sino exponer su certeza en cuanto nos sea posible con separación, destinando lugar y tiempo a esta materia. En este supuesto, no hay que extrañar si en la consecuencia, llegando a semejantes pasajes, omitimos sus circunstancias por estas causas. Es verdad que algunos gustan de que en todo lugar y en cualquier parte de la historia se siembren estas particularidades; pero no advierten que en esto se asemejan a los glotones cuando son convidados. Tales hombres, por probar de todo lo que les presentan, ni por el pronto toman el verdadero gusto a los manjares, ni para adelante sacan nutrimento provechoso de su digestión, sino todo lo contrario. Del igual modo los que aman en la lectura incidentes inconexos, ni consiguen por el pronto una diversión verdadera, ni para adelante una instrucción correspondiente. Existen, sin embargo, muchas pruebas de que entre todas las otras partes de la historia ésta merece una atención y corrección más exacta, como se ve principalmente por éstas. Todos los historiadores, o cuando no la ma-

yoría, que han intentado describir las propiedades y situación de los países que se hallan a los extremos del mundo conocido, los más han cometido frecuentes yerros. De ningún modo conviene perdonar a estos autores; por el contrario, es preciso impugnarlos, no de prisa y corriendo, sino de propósito y con fundamento. Ya que se les ha de refutar su ignorancia, no con invectivas y mordacidades, sino más bien con aplausos y correcciones. Pues se ha de tener entendido que si volvieran ahora, enmendarían y mudarían mucho de lo que entonces profirieron. En los tiempos anteriores, casi no se encontrará un griego que emprendiese explorar las extremidades de la tierra, por ser intento vano. Eran muchos e innumerables los peligros que había en el mar, y muchísimo mayores en los viajes por tierra. Aparte de que si alguno por precisión o por gusto viajaba a los extremos del mundo, ni aun así conseguía el fin que se había propuesto. Era difícil examinar de visu los más de los países, ya por la barbarie que en unos reina, ya por la soledad que en otros existía. Era aún más dificultoso enterarse, y sacar alguna ilustración con el auxilio de la palabra, de aquellos que se habían visto, por la diversidad del idioma. Y dado el caso que hubiese uno instruido en los viajes, aun así era muy difícil que este tal, despreciando las fábulas y patrañas, se contuviese dentro de una relación moderada, prefiriese por su honor la verdad, y no nos contase más de lo que había visto.

Siendo, pues, no digo difícil, sino casi imposible una exacta noticia de estas cosas en los siglos anteriores, no es normal que por haber omitido algún hecho o haber incurrido en algún defecto, se reprenda a estos autores; antes bien, merecen de justicia que se les aplauda y admire, por haber tenido algún conocimiento y haber promovido este estudio en tales tiempos. Pero en nuestros días, que por el dominio de Alejandro en Asia e imperio de los romanos en lo restante del mundo, casi todo el orbe es navegable o transitable, y que hombres sabios, libres del cuidado de los negocios militares y políticos, han logrado con este motivo las mayores proporciones de inquirir y examinar esta clase de descubrimientos; es necesario que sepamos mejor y con más certeza lo que ignoraron nuestros antepasados. Esto procuraremos

cumplir, destinando en la historia lugar conveniente para esta materia. Para entonces descaremos nos presten toda su atención los amantes de este estudio, puesto que hemos sufrido fatigas y padecido infortunios, viajando por el África, España, Galia y mar exterior que circunda estas regiones, con el fin principalmente de corregir la ignorancia de los antiguos en esta parte, y procurar a los griegos el conocimiento de estos países del mundo. Pero ahora, tornando a tomar el hilo de la narración, expondremos los combates que se dieron de poder a poder en Italia entre romanos y cartagineses.

CAPÍTULO XVII

Situación del ejército de Aníbal después de atravesar los Alpes.- Toma de Turín.- Arenga de Aníbal antes de la batalla del Tesino.

Conocemos ya al número de tropas con que Aníbal penetró en Italia. Su primer cuidado, luego que llegó, fue acamparse al pie de los Alpes para dar descanso a los soldados. Las subidas, bajadas y desfileros de las cumbres de estos montes habían, no sólo deteriorado notablemente el ejército, sino que la falta de víveres y desaliño de los cuerpos lo habían desfigurado enteramente. Hubo muchos a quienes el hambre y los continuos trabajos hicieron despreciar la vida. Pues a más de que tales lugares imposibilitaban el acarreo de comestibles que bastase a tantos miles, de los una vez transportados, con la pérdida de la acémila se perdía ya la mayor parte. De aquí provino que el que había salido del tránsito del Ródano con un ejército de treinta y ocho mil infantes y más de ocho mil caballos, en la cordillera de los Alpes había perdido, como hemos mencionado, cerca de la mitad, y ésta a la vista y demás apariencia tan desmejorada por los continuos trabajos, que parecía una tropa de salvajes. Por eso, el principal cuidado de Aníbal se redujo a cuidar de estas gentes, para que recobrasen el espíritu y fuerzas tanto ellos como los caballos.

Una vez que el ejército se hubo restaurado, intentó primero atraer a su amistad y alianza a los taurinos, pueblos que, situados al pie de los Alpes, sostenían entonces una guerra con los insubrios, y recelaban de la fe de los cartagineses. Pero no teniendo efecto sus insinuaciones, puso su campo alrededor de la capital de esta nación, y la tomó a los tres días de asedio. Pasó a cuchillo a todos los que se le habían opuesto, con lo que infundió tal terror entre los bárbaros de la comarca, que todos vinieron al momento a ponerse en sus manos. El restante número de galos que habitaban aquellas campiñas hubiera sin duda apetecido unirse con Aníbal, tal como en el principio lo había proyectado; pero prevenidos e impedidos la mayor parte de ellos por las legiones roma-

nas y precisados otros a seguir su partido, gustaban del reposo. A la vista de esto, Aníbal decidió no detenerse, sino marchar adelante y ejecutar alguna acción que asegurase la confianza de los que deseaban unir con él su fortuna.

Este era su propósito cuando tuvo la noticia que Escipión había atravesado el Po con sus legiones y se hallaba cerca. De momento no dio crédito a estos rumores. Se acordaba de que pocos días antes había dejado a este cónsul a las márgenes del Ródano; reflexionaba que la navegación desde Marsella a la Etruria era larga y peligrosa, y estaba informado que el camino desde el mar Etrusco a los Alpes por Italia era largo y penoso para un ejército. Pero confirmándose más y más la noticia admiró y extrañó el empeño y diligencia del cónsul. Lo mismo sucedió a Escipión por su parte. Al principio no se podía persuadir que Aníbal emprendiese el paso de los Alpes con un ejército compuesto de tan diversas naciones, y dado que lo intentase, se presumía que hallaría su ruina sin remedio. Pero cuando estando aún en estos discursos supo que Aníbal había llegado salvo a Italia y que ya tenía puesto cerco a algunas de las ciudades, se asombró de la audacia e intrepidez de semejante hombre. El mismo terror se sintió en Roma a la llegada de estas noticias. Apenas atento a las últimas nuevas que habían arribado de la toma de Sagunto, se había tomado la providencia de enviar un cónsul al África para sitiar la misma Cartago, y el otro a la España para oponerse allí a Aníbal, cuando he aquí que llega la noticia de que Aníbal se halla dentro de Italia con ejército y tiene ya puesto sitio a algunas de sus ciudades. En medio del sobresalto que causó esta inopinada nueva, se envió un correo inmediatamente a Lilibea para informar a Tiberio de la llegada de los enemigos, y suplicarle que pospuestos todos sus proyectos viniese cuanto antes al socorro de la patria. Tiberio, reuniendo al momento su marinería, la intimó la orden de dirigir el rumbo hacia Roma, y a los tribunos que marchasen con las tropas de tierra, fijándoles el día en que habían de pernoctar en Arimino. Es ésta una ciudad situada sobre el mar Adriático, al extremo de las llanuras del Po hacia el Mediodía. Una conmoción tan universal y concurrencia

de acasos tan imprevistos había puesto a todos en la mayor inquietud sobre lo que ocurría.

Para entonces, aproximándose ya Aníbal y Escipión uno al otro, empezaron a animar cada uno a sus soldados y ponerles a la vista lo que convenía a las presentes circunstancias. De un modo semejante exhortó Aníbal a los suyos. Reunió el ejército, hizo traer a los jóvenes cautivos que lo habían incomodado en el tránsito de los desfiladeros de los Alpes y habían sido hechos prisioneros. Es de suponer que para tenerlos dispuestos a su propósito los había tratado con dureza, ya teniéndolos en duras prisiones, ya hostigándolos con el hambre, ya macerando sus cuerpos con azotes. En este estado, los hizo sentar en el centro y les presentó las armaduras gálicas con que sus reyes acostumbraban adornarse para entrar en un combate particular. A más de esto les puso delante caballos e hizo traer vestidos muy costosos. Después les preguntó quiénes de ellos querían luchar uno contra otro, con la condición de que el vencedor había de tener por premio los despojos presentes, y el vencido muriendo se eximía de los males actuales. Habiendo todos clamado y pedido que querían entrar en la lid, mandó echar suertes, y a los dos en quienes cayese se les armase y se batiesen. Luego que los jóvenes escucharon esta orden, cuando levantando las manos pedía cada uno con ansia a los dioses fuese él del número de los escogidos. Apenas se hubo publicado el sorteo, los elegidos se alegraron en extremo, y los otros al contrario. Terminado el combate, los restantes cautivos felicitaban igualmente al vencido y al vencedor, como que se habían libertado de infinitas y graves penas que les quedaban aún sufrir a ellos. El mismo efecto hizo este espectáculo a los cartagineses, que haciendo comparación entre el muerto y la miseria de los que veían llevar vivos, se compadecían de éstos, al paso que reputaban a aquél por venturoso.

Aníbal, habiendo con este ejemplo impresionado en el ánimo de sus tropas aquella disposición que se había propuesto, salió al centro de la asamblea y dijo: «Ved aquí por qué os he presentado estos prisioneros, para que la vista eficaz de la condición de los infortunios ajenos os haga consultar lo mejor sobre vuestro estado presente. A igual combate

y situación os ha reducido la fortuna, e iguales son los premios que ahora os presenta. Es preciso, o vencer, o morir, o vivir bajo el yugo de los contrarios. El premio de la victoria es, no caballos y sayos, sino dueños de las riquezas romanas, llegar a ser los más dichosos de los hombres. Si peleando y combatiendo hasta el último aliento os sucede algún fracaso, sin saber lo que son miserias, vendéis la vida como buenos por la empresa más honrosa. Pero, si vencidos por amor a la vida, volvéis la espalda o tomáis otro cualquier medio para salvaros, no habrá males ni desdichas que no os sobrevengan. Yo no creo haya alguno tan necio ni mentecato que, al considerar el largo camino que ha recorrido desde su casa, al acordarse de tantos combates ocurridos en el intermedio y al representársele los caudalosos ríos que ha pasado, fíe en los pies el volver a su patria. En este supuesto es preciso que, depuesta del todo tal esperanza, forméis de vuestra fortuna la misma idea que poco ha hicisteis de los acasos ajenos. Así como de los prisioneros aplaudisteis de igual modo al vencedor y al vencido, y tuvisteis compasión de los que quedaron con vida, el mismo concepto debéis hacer de vuestra suerte, y entrar en la batalla con el ánimo, lo primero, de vencer, y cuando esto no se pueda, de morir, pues una vez vencidos no resta recurso alguno de vida. Si os echáis estas cuentas y tenéis estos ánimos, conseguiréis sin duda el vencer y vivir. Jamás desmintió la victoria a hombres que, o por gusto o por precisión, entraron en la lid con tal propósito. Aparte de que cuando los enemigos tienen los sentimientos contrarios, como ahora los romanos, que por caerles cerca su patria aseguran la salud en la huida, es indudable que no podrán tolerar el ímpetu de una gente desesperada.» La tropa aplaudió el ejemplo y el discurso, y se revistió del espíritu y presencia de ánimo que el orador apetecía. Entonces Aníbal, después de haberles elogiado, intimó la marcha para el día siguiente al amanecer, y despidió la junta.

CAPÍTULO XVIII

Arenga de Escipión a sus tropas.- Batalla del Tesino.- Traición de los galos que militaban bajo las banderas romanas.- Paso del Trebia por Escipión y pérdida de su retaguardia.

Mientras tanto (219 años antes de J. C.), P. Cornelio había ya vadeado el Po, y decidido a pasar adelante, había ordenado a los peritos tender un puente sobre el Tesino. Después reunió las restantes tropas y les hizo su arenga. Se extendió mucho sobre la majestad de Roma y hechos de sus mayores; pero atento al caso presente, dijo: «Que aun cuando no hubiesen ensayado jamás sus fuerzas hasta el presente contra enemigo alguno, el saber sólo que las habían de emplear contra los cartagineses debía asegurarles la esperanza de la victoria; que era una cosa indigna e intolerable que unos hombres tantas veces vencidos por los romanos, sus tributarios por tantos años y habituados ya casi a servirles por tanto tiempo, tuviesen la avilantez de levantar la vista contra sus señores. Pero cuando prescindiendo de lo dicho, tenemos la reciente prueba de que el presente enemigo ni aun mirarnos sólo se atreve a la cara, ¿qué juicio deberemos formar para adelante, si lo reflexionamos con cuidado? El choque de la caballería nómada con la nuestra junto al Ródano les salió mal, pues muertos muchos, tuvo en esto que huir vergonzosamente hasta su campo. El general y todo su ejército, al saber la llegada de nuestras legiones, hizo una retirada a manera de huida, y el miedo le obligó contra su voluntad a tomar el camino de los Alpes. Es cierto que Aníbal se halla ahora en Italia, pero con pérdida de la mayor parte del ejército, y la restante sin fuerzas e inutilizada con tantos trabajos. De igual modo la mayor parte de los caballos ha muerto, y el resto, por la longitud y malos pasos del camino, será de ningún provecho.» Con estas razones procuraba persuadirlos a que, para vencer, sólo necesitaban presentarse al enemigo, pero que su principal confianza la debían depositar en que se hallaba presente su persona. Pues nunca él, abandonada la escuadra y los negocios

de España a que había sido enviado, hubiera venido acá con tanta diligencia si razones poderosas no le hubieran persuadido a que era necesaria para la salud de la patria esta jornada y que en ella estaba segura la victoria. La autoridad del que hablaba y verdad de lo que decía, infundió ánimo en la tropa para el combate. Entonces el cónsul, aceptando su buen deseo, les exhortó estuviesen prontos a recibir sus órdenes, y despidió la junta.

Al día siguiente marcharon los dos generales a lo largo del Tesino por la parte que mira a los Alpes, teniendo el romano el río a su izquierda y el cartaginés a su derecha. Al segundo día, habiendo sabido uno y otro por sus forrajeadores que el enemigo se hallaba cerca, acamparon e hicieron alto. Al otro día, Aníbal con la caballería y Escipión con la suya y los flecheros de a pie, batieron la campaña, deseosos cada uno de reconocer las fuerzas del contrario. Apenas el polvo que se levantó dio a conocer la proximidad del enemigo, cada uno por su parte se formó en batalla. Escipión hizo avanzar los flecheros con la caballería gala, y situados de frente los restantes, avanzaba a lento paso. Aníbal formó su primera línea con la caballería de freno y todo lo que había en ella demás fuerte, cubrió sus alas con la nómida para rodear al enemigo, y salió al encuentro. Ansiosos por pelear unos y otros, jefes y caballeros, el primer choque se dispuso de manera que los flecheros, apenas hubieron disparado sus primeros dardos, asombrados con el ímpetu del enemigo y temerosos de que no les atropellase la caballería que les venía encima, retrocedieron al instante y echaron a huir por los intervalos de sus propios escuadrones. Los que componían el centro vinieron mutuamente a las manos y sostuvieron por largo tiempo igual la balanza del combate. La batalla era al mismo tiempo de caballería e infantería, porque muchos en la acción echaron pie a tierra. Pero luego que los nómidas rodearon y atacaron al enemigo por la espalda, los flecheros de a pie que anteriormente habían evitado el choque de la caballería, fueron atropellados por la multitud e ímpetu de sus caballos. La vanguardia romana, que desde el principio peleaba con el centro cartaginés, viéndose invadida por detrás por los nómidas, tuvo que desamparar el puesto. Una gran parte de romanos quedó sobre el cam-

po, pero fue mayor aún la de los cartagineses. Muchos de aquellos emprendieron una huida precipitada, algunos se unieron con el cónsul.

Escipión inmediatamente levantó el campo y atravesó las llanuras hasta el puente del Po, con el anhelo de hacer pasar prontamente sus legiones. Tomó el partido de poner sus tropas a cubierto, a la vista de ser el país tan llano, el enemigo superior en caballería y hallarse él gravemente herido. Aníbal creyó por algún tiempo que las legiones de a pie reanudarían el combate; pero advirtiéndolo que habían salido del campamento, las siguió hasta el río. Allí, como encontrase desunidas la mayor parte de las tablas del puente y un cuerpo de seiscientos hombres que había quedado para su custodia, los hizo prisioneros, y con la noticia que le dieron de que los demás estaban ya muy lejos, retrocedió y tomó el camino opuesto a lo largo del río con el deseo de encontrar un lugar apropiado para tenderle un puente. Luego de dos días de marcha hizo uno de barcas, y encargó a Asdrúbal el paso de las tropas. Él pasó poco después y dio audiencia a los embajadores que habían venido de los pueblos próximos. Pues con la victoria que había ganado, todos los galos de la comarca anhelaban ganar su confianza según su primer propósito, proveerle de municiones y militar bajo sus banderas. Recibidos que fueron éstos con agrado, y pasadas sus tropas a esta parte, caminó río abajo haciendo una marcha opuesta a la anterior, con el deseo de alcanzar al enemigo. Escipión, después de atravesado el Po, había acampado alrededor de Placencia, colonia romana. Allí se había detenido para curar su herida y las de sus soldados, creyéndose seguro de todo insulto. Entretanto, Aníbal, al segundo día de haber pasado el río, alcanzó a los enemigos, y al tercero formó a su vista el ejército en batalla. Pero viendo que nadie se le presentaba, se atrincheró a cincuenta estadios de distancia.

Entonces los galos que militaban bajo las banderas romanas, al ver la mayor prosperidad de los cartagineses, mancomunados entre sí, acecharon la ocasión de atacar a los romanos sin salir cada uno de su tienda. Luego de haber cenado y haberse recogido dentro del campamento, dejaron pasar la mayor parte de la noche. Pero cerca de la madrugada toman las armas hasta dos mil de a pie y poco menos de

doscientos de a caballo, dan sobre el campo de los romanos, que se hallaba próximo, matan muchos, hieren a no pocos, y por último, cortadas las cabezas de los muertos, marchan con ellas a los cartagineses. Aníbal recibió su llegada con agrado, los colmó de elogios por el pronto les prometió premios correspondientes a cada uno para el futuro y los envió a sus ciudades para que informasen a sus conciudadanos de lo hasta allí obrado y los exhortasen a contraer con él alianza. Era preciso que todos por necesidad abrazasen el partido de Aníbal, a la vista del insulto cometido por sus conciudadanos contra los romanos. Efectivamente, vinieron, y con ellos los boios, que le entregaron los tres personajes enviados por los romanos para la división de las tierras, de quienes se habían apoderado contra todo derecho al iniciarse la guerra, como hemos indicado anteriormente. Aníbal aplaudió su buen afecto, les dio testimonios de amistad y alianza, y les devolvió los tres romanos, advirtiéndoles los custodiasen para canjear por ellos sus rehenes, como al principio habían pensado.

Mucho afligió a Escipión la traición de los galos, y no dudando que enajenados de antemano sus ánimos contra los romanos, se pasarían con este hecho todos los de la comarca al partido de los cartagineses, decidió poner remedio para el futuro. Por lo cual, llegada la noche, levantó el campo al amanecer, y tomó el camino hacia el río Trebia y eminencias a él inmediatas, para afianzar su seguridad en la fortaleza de aquel terreno y vecindad de sus aliados. Pero apenas advirtió Aníbal su traslado, destaca prontamente en su seguimiento la caballería númerada, y poco después la restante, siguiendo él detrás con todo el ejército. Los númerados encontraron desierto el campamento romano y le prendieron fuego. Esto tuvo mucha cuenta a los romanos; como que si los hubieran perseguido los númerados sin detenerse, habrían alcanzado los bagajes y hubieran dado muerte a muchos romanos en aquellas llanuras. Pero llegaron cuando ya los más habían pasado el Trebia. Sólo faltaba la retaguardia, y de ésta una parte fue muerta y otra hecha prisionera. Escipión, pasado el Trebia, sentó sus reales en las primeras colinas, y fortificado su campo con foso y trinchera, mientras aguardaba a Sempronio y las legiones que con él venían, curaba su herida con

cuidado, deseoso de tener parte en el futuro combate. Aníbal sentó su campo a cuarenta estadios de distancia del enemigo. Allí, los galos que habitaban aquellas campiñas, alentados con los progresos de los cartagineses, proveían abundantemente de víveres al ejército, y en toda acción o peligro los hallaba Aníbal por compañeros.

CAPÍTULO XIX

Pretextos romanos para justificar su derrota.- Aníbal toma por trato a Clastidio.- Refriega de la caballería y ventaja de Sempronio.- Diversidad de pareceres entre los dos cónsules sobre la guerra.- Emboscada de Aníbal.

Apenas llegó a Roma la nueva de la batalla entre la caballería, fue tanto mayor la sorpresa cuanto tenía la noticia de inesperada. Pero no faltaron pretextos a que atribuir el haber sido vencidos. Unos culpaban la temeridad del cónsul, otros el mal resultado que de propósito habían dado de sí los galos, infiriendo esto de la última deserción. Pero en fin, estando aún indemnes las legiones de a pie, se lisonjeaban de que no había que temer por la salud de la República. Por eso cuando Sempronio pasó por Roma se creyó que desde que él hubiese unido sus legiones, la presencia sola de este ejército concluiría la guerra. Luego que reunieron éstas en Arimino, como se habían convenido por juramento, cuando los tomó el cónsul, y se dirigió con diligencia a incorporarse con Escipión. Después que se hubo acercado al campamento de éste, sentó sus reales a corta distancia, e hizo descansar sus legiones que habían marchado cuarenta días continuos desde Lilibea a Arimino. Él, mientras, realizaba todos los preparativos para la batalla, y conferenciaba frecuentemente con Escipión, ya informándose de lo pasado, ya deliberando sobre lo presente.

En el transcurso de este tiempo, Aníbal tomó por trato la ciudad de Clastidio, entregándosela Brundusino, su gobernador por los romanos. Dueño de la guarnición y de los acopios de trigo, se sirvió de éste para las presentes urgencias, y se llevó consigo a los prisioneros sin hacerles daño. Deseaba por este rasgo de humanidad dar a entender a los que en adelante se aprendiesen, que no había que desesperar de su clemencia. Recompensó al traidor magníficamente, con el propósito de atraer al partido de Cartago todos los que obtenían algún cargo. Después, advirtiendo que algunos galos de los que habitaban entre el Po y

el Trebia habían contraído con él alianza, y al mismo tiempo se comunicaban con los romanos, persuadidos a que por este medio hallarían seguridad en uno y otro partido; destacó dos mil infantes y mil caballos entre galos y númeridas, con orden de que talasen sus tierras. Ejecutada prontamente esta orden, y dueños de un rico despojo, al instante acudieron los galos al campamento romano para implorar su socorro.

Sempronio, que ya de antemano buscaba la ocasión de actuar, valiéndose ahora de este pretexto, envió allá la mayor parte de su caballería, y con ella hasta mil flecheros. Éstos, pasado prontamente el Trebia, vienen a las manos con los que traían el botín, los hacen volver la espalda y retirarse a su campamento. Las guardias avanzadas del campo cartaginés que lo advirtieron, se dirigen prontamente al socorro de los que eran perseguidos, ponen en huida a los romanos y los hacen volver hacia su campo. Entonces Sempronio, visto este accidente, destacó toda la caballería y los flecheros, con cuyo refuerzo vueltos a retroceder los galos, se acogieron dentro de dos fortificaciones. Pero Aníbal, que a la sazón se hallaba desprevenido para una acción general, y creía que era oficio de un prudente capitán no arriesgar jamás trance decisivo por leves pretextos y sin propósito se contentó con detener a los que se refugiaban al real y obligarles a volver hacer frente al enemigo; pero les prohibió por medio de sus edecanes y trompetas perseguirle ni venir a las manos. Los romanos persistieron algún tiempo; pero finalmente se retiraron, después de haber perdido alguna gente y haber muerto un gran número de cartagineses.

Soberbio y alegre Sempronio con tan feliz suceso, ardía en vivos deseos de llegar cuanto antes a una batalla decisiva. Aunque se había propuesto manejarlo todo a su arbitrio, por estar Escipión enfermo, sin embargo conferenciaba con él sobre el asunto, con el propósito de tener asimismo el voto de su colega. Escipión era del sentir opuesto en las actuales circunstancias. Creía que ejercitado el soldado durante el invierno, se haría después más esforzado; que la inconstancia de los galos, viendo a los cartagineses en inacción y mano sobre mano, no persistiría en la fe y maquinaría alguna nueva traición contra ellos; y, por último, que restablecido él de su herida, haría algún útil servicio a

la república. De estas razones se valía para persuadirle a no pasar adelante. Sempronio conocía bien la verdad y conveniencia de estos consejos; pero se dejaba arrastrar de la ambición y excesiva confianza. Ansiaba temerariamente decidir por sí el asunto antes que Escipión pudiese intervenir en la acción, o le previniesen en el mando los cónsules sucesores, de cuya elección era ya el tiempo. Y así como no se acomodaba a las circunstancias de los negocios, sino a las suyas, nadie dudaba en que le desmentirían sus deliberaciones. Aníbal, aunque del mismo sentir que Escipión sobre el estado presente, infería lo contrario. Deseaba venir a las manos lo antes posible, con el propósito, primero de aprovecharse de aquellos recientes impulsos de los galos; después de batirse con unas tropas inexpertas y recién alistadas, y últimamente de no dar tiempo a Escipión para asistir al combate. Pero el motivo más poderoso era por hacer algo y no dejar transcurrir el tiempo inútilmente. Efectivamente, el único medio de conservarse un general que llega con ejército a un país extraño y emprende una conquista extraordinaria, es renovar con continuas empresas las esperanzas de sus aliados. En este supuesto se disponía para una acción, seguro de que Sempronio no dejaría de atacarle.

Aníbal, habiendo observado de antemano que el espacio que mediaba entre los dos campos era un sitio llano y descampado, más a propósito para emboscadas, por correr un riachuelo cuyas elevadas márgenes estaban cubiertas de espesas zarzas y jarales, pensó en fraguar una celada a sus contrarios. Ésta le era tanto más fácil, cuanto que los romanos, recelándose únicamente de los terrenos montuosos, por acostumbrar los galos a prepararles siempre asechanzas en tales parajes, vivían confiados en los lugares llanos y descubiertos, sin percatarse que a veces la llanura es más a propósito para tender una emboscada más a cubierto y a menos riesgo que los matorrales. En ésta los que están ocultos registran con anticipación la campiña, y nunca les faltan eminencias adecuadas para esconderse. Cualquiera mediana margen de un riachuelo, cualquier cañaveral, cualquier zarzal u otro cualquier género de jarales, basta para cubrir no sólo la infantería, sino a veces la

caballería, con la corta precaución de inclinar de espaldas hacia la tierra el reverbero de las armas y poner por bajo los morriones.

Aníbal, pues, habiendo participado a su hermano Magón y demás de la junta de lo que después pensaba hacer, todos aplaudieron su propósito. Luego que hubo cenado el ejército, llama a Magón su hermano, joven por cierto, pero lleno de espíritu e instruido en el arte militar, y le da el mando de cien hombres de a caballo y otros tantos de a pie. Le previene que elija los que le parezcan más valerosos de todo el ejército, y después de haber cenado vengan todos a su tienda antes de anocheecer. Después que los hubo exhortado y excitado en ellos el valor que requería el caso, ordenó a cada uno escoger de su propia compañía los más esforzados, y venir a cierta parte del campamento. Ejecutada la orden, se reunió un número de mil caballos y otros tantos de a pie, y los envió por la noche al lugar de la emboscada, dándoles guías y previniendo a su hermano el tiempo de atacar. Él, mientras, reúne al amanecer a los númidas, gentes hechas a toda prueba, y luego de haberlos exhortado, y prometido premios a los que se distinguiesen, ordena que se aproximen al campo enemigo, y hecha la primera descarga, regresen prontamente a pasar el río, para movilizar al enemigo. Todo su fin era coger a Sempronio en ayunas y desprevenido para la acción. Después convoca a los demás oficiales e igualmente los anima para el combate, previniéndolos den de comer a toda la gente y hagan tener prontas sus armas y caballos.

CAPÍTULO XX

La batalla del Trebia.

Luego que advirtió Sempronio que le caballería n mida se aproximaba (219 años antes de J. C.), destacó al instante la suya, con orden de actuar y venir con ella a las manos. Acto seguido envió seis mil flecheros de a pie y él se echó fuera del campamento con las tropas restantes. Se hallaba tan satisfecho de la mucha gente que mandaba y de la ventaja que había obtenido el día anterior sobre la caballería, que creía que sola la presencia bastaba para la victoria. Era entonces el rigor del invierno, nevaba aquel día y hacía un frío excesivo. Casi todos los hombres y caballos habían salido sin desayunarse. Al principio mostró la tropa mucho espíritu y gallardía; pero apenas hubo pasado el Trebia, que a la sazón iba tan crecido por la lluvia caída durante la noche en aquellos contornos, que llegaba el agua al soldado hasta los pechos; el frío y el hambre (como ya era entrado el día) la abatió completamente. Por el contrario los cartagineses habían comido y bebido en sus tiendas, les echaron pienso a sus caballos y se habían untado y armado alrededor del fuego.

No bien los romanos hubieron vadeado el río, cuando Aníbal, que aguardaba este lance, envió por delante para refuerzo de los n midas a los lanceros y honderos de las islas Baleares en número de ocho mil y sale él con todo el ejército. A distancia de ocho estadios del campo formó sobre una línea recta su infantería, compuesta casi de veinte mil hombres, españoles, galos y africanos. La caballería, que con la de los galos aliados ascendía a m s de diez mil hombres, la dividió sobre sus alas, y delante de éstas situó los elefantes divididos en dos trozos. En el transcurso de este tiempo Sempronio ordenó retirar su caballería, a la vista de no saber qué partido tomar contra un enemigo que, al paso que huía con facilidad y desorden, volvía otra vez a la carga con valor y brío. Tal es el particular modo de pelear de los n midas. Colocó después la infantería según el orden de batalla que acostumbran los roma-

nos. Ésta se componía de dieciséis mil romanos y veinte mil aliados, número a que asciende un ejército completo cuando se trata de una acción general y las urgencias han unido los dos cónsules. Cubrió después sus dos alas con la caballería, compuesta de cuatro mil hombres, y avanzó arrogante a los contrarios, marchando a lento paso y en orden de batalla.

Ya que estuvieron a tiro unos y otros, los armados a la ligera, que se hallaban al frente, empezaron la acción. Todo lo que tuvo de perjudicial este prelude a los romanos, tuvo de ventajoso a los cartagineses. Pues a más de que los flecheros romanos de a pie estaban fatigados desde por la mañana y habían arrojado la mayor parte de sus dardos en la refriega contra los númeridas, la continua humedad les había inutilizado los restantes. Igual penalidad sufría la caballería y el ejército todo. Mas a los cartagineses sucedía todo lo contrario. Esforzados y vigorosos, habían entrado en la lucha de refresco, y acudían con facilidad y prontitud donde era necesario. Así, lo mismo fue retirarse por los intervalos los que peleaban al frente y venir a las manos la infantería pesadamente armada, que quedar arrollada en ambas alas la caballería romana por la cartaginesa, que era muy superior en número y había reparado al salir sus fuerzas y las de sus caballos. Efectivamente abandonado el puesto por la caballería romana y desamparados los costados de la falange, los lanceros cartagineses y la tropa númerida ocupan el lugar de los que se hallaban delante, atacan la infantería romana por los flancos y la ponen en tal apuro que no la dejan pelear contra los que tenía al frente. Los pesadamente armados, que de ambas partes ocupaban la vanguardia y centro de toda la formación, pelearon sin ceder por mucho tiempo y mantuvieron igual el combate.

En este instante salieron los númeridas de la emboscada y cargando prontamente por la espalda a los que luchaban en el centro, pusieron en gran turbación y congoja las legiones romanas. Por último, atacadas ambas alas de frente por los elefantes, alrededor y en flanco por los armados a la ligera, vuelven la espalda y son rechazadas y perseguidas hasta el río próximo. Llegado este momento, los númeridas de la emboscada atacan, matan y destrozan las últimas líneas del centro de los

romanos, mas las primeras, forzadas de la necesidad, vencen a los galos y una parte de africanos, hacen en ellos una gran carnicería y se abren paso entre los cartagineses. Éstas, apenas advirtieron el destrozo de sus alas, perdieron la esperanza de poderlas dar socorro o regresar de nuevo al campamento. Pues el terror de la caballería, el río y la lluvia que caía, eran otros tantos obstáculos a sus intentos y retorno. Por lo cual, sin perder la formación ni desunirse, se retiraron a Placencia sin peligro, en número poco menos de diez mil. De los restantes, la mayor parte pereció a orillas del río, a manos de los elefantes y de la caballería. La infantería que logró salvarse y una gran parte de caballería siguió las huellas del cuerpo de tropas que hemos dicho y se refugiaron con ellas en Placencia. El ejército cartaginés fue en su seguimiento hasta el río, pero imposibilitado de pasar adelante por el frío, se retiró otra vez al campamento. Todos se hallaban gozosos con el feliz éxito de la acción. La mortandad de españoles y africanos fue corta, de galos más considerable; pero la lluvia y la nieve maltrató a todos tan cruelmente que, a excepción de uno, murieron todos los elefantes, y el frío acabó con muchos hombres y caballos.

CAPÍTULO XXI

Preparativos de Roma para la campaña siguiente. - Expedición de Cornelio Escipión en la España. - Artificios de que se vale Aníbal para atraer los galos a su partido y asegurar su persona de un atentado. - Resolución de pasar a la Toscana.

Aunque Sempronio no ignoraba su derrota, quiso ocultar en lo posible al Senado y pueblo romano lo ocurrido, y despachó correos que diesen cuenta de cómo la batalla se había dado, y lo riguroso de la estación le había arrebatado de las manos la victoria. Los romanos de momento dieron crédito a estas noticias; pero informados poco después de que los cartagineses ocupaban el campamento de los suyos; que los galos todos habían abrazado el partido de Aníbal; que sus legiones, abandonado el campo de batalla, se habían refugiado en las ciudades próximas y no tenían más provisiones que las que les llegaban del mar por el Po; entonces acabaron de comprender a punto fijo el éxito de la batalla. Ante un accidente tan inesperado, se puso suma diligencia en acumular provisiones, cubrir los países fronterizos, enviar tropas a Cerdeña y Sicilia, poner guarniciones en Tarento y demás puestos oportunos y equipar una escuadra de sesenta naves de cinco órdenes. Aparte de esto, Cn. Servilio y Cayo Flaminio, que a la sazón habían sido nombrados cónsules, alistaron tropas entre los aliados, levantaron legiones entre los suyos y acumularon víveres en Arimino y en la Etruria, ya que en estos lugares se había de llevar a cabo la campaña. Imploraron asimismo el socorro de Hierón, que les envió quinientos cretenses y mil rodeleros. En fin, por todos lados se tomaron las medidas más eficaces. Tales son los romanos en general y en particular; entonces más formidables cuanto más inminente es el peligro.

En el transcurso de este tiempo (219 años antes de J. C.), Cn. Cornelio, a quien su hermano Publio había dejado el mando de las fuerzas navales, como hemos indicado anteriormente, haciéndose a la vela con toda la escuadra desde las bocas del Ródano, aportó a aquella

parte de España llamada Emporio. Allí, desembarcando a sus tropas, puso sitio a todos los pueblos marítimos hasta el Ebro que rehusaron obedecerle, y recibió con agasajo a los que de voluntad se entregaron, procurando en lo posible no se les hiciese extorsión alguna. Después que hubo asegurado estas conquistas, penetró tierra adentro con su ejército, ya notablemente engrosado con los aliados españoles. Al paso que se iba internando, recibía unos pueblos en su amistad, otros los reducía por fuerza. Los cartagineses que mandaba Hannón en aquellos países vinieron a acampar frente a él, alrededor de una ciudad llamada Cissa; pero Escipión, formadas sus huestes, les dio la batalla, la ganó y se apoderó de un rico botín; ya que en poder de éstos había quedado el equipaje todo de los que habían pasado a Italia. Aparte de esto, contrajo alianza y amistad con todos los pueblos de esta parte del Ebro, y tomó prisioneros al general Hannón y al español Indivilis. Éste era un potentado en el interior del país, que había sido siempre sumamente afecto a los intereses de Cartago.

Luego que supo Asdrúbal lo que había sucedido, pasó el Ebro, y vino prontamente al socorro. Informado de que las tropas navales de los romanos vivían desmandadas y llenas de confianza por la ventaja que habían logrado las legiones de tierra, toma de su ejército ocho mil infantes y mil caballos, sorprende estas tropas dispersas por aquellos campos, mata a muchos y precisa a los restantes a refugiarse a sus navíos. Tras de lo cual se retira, vuelve a pasar el Ebro y sentado su cuartel de invierno en Cartagena, entrega todo su cuidado a los preparativos y defensa del país de parte acá del Ebro. Escipión vuelto a la escuadra, castigó a los autores de este descuido según la disciplina romana, y formado después un cuerpo de las tropas terrestres y navales, marchó a invernar a Tarragona. Allí distribuyó por partes iguales el despojo entre los soldados, con lo que se granjeó su afecto y benevolencia para el futuro. Tal era el estado de los negocios de España.

Llegada la primavera (218 años antes de J. C.), Flamínio tomó sus legiones, atravesó la Etruria, y fue a campar a Arrecio. Mientras tanto Servilio marchó a Arimino para contener por aquella parte el ímpetu del enemigo. Aníbal durante el cuartel de invierno en la Galia cisalpina

retuvo en prisiones a los romanos que había capturado en la última batalla suministrándoles escasamente lo necesario. Mas por lo tocante a los aliados, después de haberlos tratado por el pronto con toda humanidad, los reunió y les dijo que él no había venido a pelear contra ellos sino contra los romanos por su defensa; que era interés suyo si lo consideraban atentamente, el preferir su amistad; puesto que el principal motivo de su venida era por restituir la libertad a los italianos y ayudarles a recobrar las ciudades y campos de que los romanos les habían despojado. Dicho esto, despidió a todos a sus casas sin rescate. Su propósito en esto era, a más de atraer por este medio a su partido los pueblos de Italia y enajenar sus ánimos de los romanos, conmovier a asimismo a aquellos cuyas ciudades o puertos se hallaban bajo el poder romano.

Durante los cuarteles de invierno se valió de esta astucia, propia de un cartaginés. Receloso de la inconstancia de los galos, y trazas que podían maquinarse contra su persona, por estar aún reciente la alianza que con ellos había contraído, ordenó hacer gorras y caperuzas adaptables a toda clase de edades. De éstas utilizaba continuamente, desfigurándose ya con una, ya con otra. Según la gorra, mudaba igualmente de vestido; de forma que no sólo los que le veían de paso, sino aun los que se paraban a hablarle, tenían trabajo en conocerle.

Advirtiéndole después que los galos sufrían con impaciencia que su país fuese el teatro de la guerra, y que deseaban y anhelaban la ocasión de invadir las tierras del enemigo, pretextando el odio contra los romanos, cuando en realidad era la codicia del despojo; resolvió levantar el campo cuanto antes y satisfacer los deseos de las tropas. Apenas cambió la estación del tiempo, se informó de aquellos que les parecían más prácticos en los caminos. Encontró todas las otras entradas al país enemigo, largas y sabidas de los romanos. Sólo la que a través de unas lagunas conducía a la Etruria le pareció penosa, pero corta, y extraña en el concepto de Flaminio. Desde luego se halló más conforme a su inclinación este camino, y resolvió hacer por él el viaje. Esparcida la voz en el ejército de que el general los había de llevar por ciertas lagu-

nas, todos comenzaron a temer al considerar los lagos y pantanos de la marcha.

CAPÍTULO XXII

Paso de los pantanos de Clusio e incomodidades que sufrió el ejército cartaginés.- Carácter de Flaminio.- Los deberes de un general.

Una vez que Aníbal fue informado en detalle de que los lugares por donde había de pasar eran cenagosos, pero de suelo firme y sólido, levantó el campo. Colocó en la vanguardia a los africanos y españoles con todo lo más fuerte del ejército, y con ellos incorporó el bagaje, a fin de que por de pronto no les faltase cosa alguna. Para adelante descuidó completamente la pro-visión del soldado; pues pensaba que una vez llegado al país enemigo, si era vencido no necesitaría de nada; y si vencedor, todo le sobraría. Después de éstos situó a los galos; y detrás de todos a la caballería. Encargó a su hermano Magón el cuidado de la retaguardia, para que dado el caso que la flojedad y aversión al trabajo en especial de los galos o de alguno otro, molestada del camino quisiese volver atrás, lo impidiese con la caballería, y obligase por fuerza. Los españoles y africanos, como caminaban por los pantanos cuando no estaban aún hollados, y a más eran gentes sufridas y acostumbradas a semejantes fatigas, pasaron sin gran trabajo. Por el contrario los galos avanzaban a mucha costa, puesto que ya estaba conmovido y pisoteado el fondo de las lagunas. Esta fatiga se les hacía tanto más penosa e insoportable, cuanto que eran bisonos en tales trabajos. Mas no podían volver pie atrás porque la caballería se venía echando encima. Conveníamos, pues, en que todos tuvieron mucho que sufrir, principalmente por la falta de sueño; ya que por espacio de cuatro días y tres noches seguidas tuvieron que caminar dentro del agua. Pero quienes en especial padecieron fatigas y miserias sobre los demás fueron los galos.

La mayor parte de bestias cayeron y perecieron en el lodo. De su caída resultaba una ventaja al soldado; pues sentándose sobre ellas o sobre el cúmulo de sus cargas, permanecía sobre el agua y dormía de este modo un corto espacio de la noche. La continua marcha por lugares pantanosos fue causa de que muchos caballos perdiesen los cascos.

Aníbal mismo, montado sobre el único elefante que le había quedado, se salvó con mucho trabajo; pues incomodado de una grave dolencia que le sobrevino a la vista, al cabo perdió un ojo, por no permitirle la urgencia ni tiempo ni sosiego para curarse.

Luego de haber pasado Aníbal estos pasos pantanosos contra lo que todos esperaban, y haberse informado de que Flaminio acampaba en la Etruria frente a Arrecio, sentó él sus reales al margen de las lagunas. Su propósito era dar descanso a la tropa, indagar la disposición del romano y naturaleza del terreno que tenía delante. Efectivamente, averiguó que el país que tenía a la vista abundaba mucho en riquezas; y que todo el talento de Flaminio se reducía a saberse insinuar en el espíritu del vulgo y populacho, pero que para el manejo de asuntos serios y mando militar era negado, a más de que vivía muy satisfecho de sus fuerzas. De aquí infería que si conseguía pasar de la otra parte del campamento contrario y apostarse en aquellos lugares a su vista, el cónsul, impaciente con los escarnios de la tropa, no podría mirar con indiferencia la tala del país, y herido del dolor, vendría prontamente al socorro, y le seguiría a cualquier parte, con el anhelo de apropiarse para sí solo la victoria, antes que llegase su colega. De estos movimientos se prometía muchas proporciones para atacarle.

Efectivamente no se puede negar que Aníbal discurría con sobrado juicio y experiencia. Porque si alguno presume que en el arte militar hay otra prenda más estimable que estudiar a fondo la inclinación y carácter de su antagonista, este tal yerra y tiene unas ideas muy confusas. A la manera que en un combate particular de hombre a hombre o línea a línea es necesario que el que se propone vencer considere atentamente los medios de poder conseguir el fin propuesto y explore cuál es la parte flaca e indefensa del contrario; del mismo modo se requiere que los que mandan ejércitos indaguen en su antagonista, no cuál es la parte desarmada de su cuerpo, sino cuál es lo débil de su espíritu para mejor sorprenderle. Generales ha cuya desidia y total inacción ha arruinado del todo no sólo los negocios del Estado, sino aun sus propios intereses. Otros que por el inmoderado deseo al vino ni dormir pueden, si la borrachera no ha enajenado sus sentidos. Y no faltan

quienes, por amor a las mujeres y embeleso en estos placeres, sacrificaron ciudades y haciendas, y aun se acarrearón una vida vergonzosa. La cobardía y desidia granjean una ignominia particular al que las tiene; pero en un general son peste universal y la más contagiosa. En manos de éstos, un ejército no sólo se hace indolente, sino que muchas veces fiado en tal cabeza incurre en los mayores desastres. La temeridad, la confianza, la cólera inconsiderada, la vanidad y el orgullo, son otras tantas ventajas para los enemigos, y perjuicios para los suyos. Un general semejante es cebo de toda asechanza, emboscada o artificio. Y así creo que si un general pudiese conocer las flaquezas del otro, y atacar a los enemigos por aquel flanco por donde su antagonista está menos defendida en muy corto tiempo conquistaría todo el mundo. Pues a la manera que, perdido el gobernalle de un navío toda la embarcación con la tripulación viene a poder del enemigo, del mismo modo un general en la guerra, si se deja sorprender por una astucia o artificio, él y toda su gente vienen las más de las veces a ser víctima de los contrarios. Efectivamente, no desmintieron la idea de Aníbal los pronósticos y conjeturas que hizo entonces del general romano.

CAPÍTULO XXIII

Batalla del lago Trasimenes ganada por Aníbal.- Discriminación de los prisioneros.

Luego que hubo Aníbal levantado el campo (218 años antes de J. C.) de los alrededores de Fesula, y avanzando un poco más allá del campamento romano, atacó el país próximo. Al punto Flaminio, irritado y fuera de sí, juzgó este paso del cartaginés por un desprecio a su persona. Pero cuando vio después la tala de la comarca y el humo que por todas partes indicaba la asociación de la campiña, se lamentó amargamente, teniendo ésta por la más cruel afrenta. Así fue que, aconsejándole algunos que de ningún modo convenía dirigirse arrebatadamente al enemigo, ni venir con él a las manos, sino mantenerse a la defensiva, respetar el número de su caballería, y sobre todo aguardar al otro cónsul para dar la batalla con todas las legiones juntas, no sólo no hizo caso de sus avisos, pero ni sufrir pudo a los que tal le aconsejaban. «Ahora bien, les dijo: recapacitad en vuestro interior qué dirán en nuestra patria al ver talados los campos casi hasta la misma Roma y nosotros acampados de la Etruria a espaldas del enemigo.» Por último, dicho esto, levantó el campo y marchó con el ejército sin ninguna previa noticia de las circunstancias ni del terreno; sólo sí con el ardiente deseo de venir a las manos, como si tuviese segura la victoria. Era tal la confianza que había inspirado en la multitud, que eran más los que iban a causa del ejército por la codicia del botín, cargados de cadenas, grillos y otros tales aparatos, que los mismos armados. Entretanto Aníbal avanzaba siempre hacia Roma por la Etruria, teniendo la ciudad de Cortona y montes a ella próximos a la izquierda, y el lago Trasimenes a la derecha. Mientras se iba internando, incendiaba y talaba los campos, para provocar más la cólera del cónsul. Pero luego que advirtió que ya estaba cerca Flaminio, reconoció los puestos oportunos para su intento, y se dispuso para una batalla.

Existía sobre el tránsito un llano valle, cuyos dos lados a lo largo se hallaban coronados de unos cerros encumbrados y continuos. En su anchura tenía al frente una montaña escarpada y de difícil acceso, y a la espalda un lago, entre el cual y el arranque de los collados quedaba una entrada muy estrecha que conducía al valle. Aníbal, pues, habiendo penetrado en este lugar por el desfiladero contiguo al lago, tomó la montaña del frente, y apostó en ella los africanos y españoles Colocó los baleares y lanceros de la vanguardia en torno a los cerros que caían a la derecha, dándoles la mayor extensión que pudo. Igualmente situó la caballería y los galos alrededor de los de la izquierda; pero con tal extensión que los últimos tocasen con la entrada que a mitad del lago y el pie de las montañas conducía valle. Dadas estas disposiciones durante la noche, apostadas varias emboscadas alrededor del valle, estaba quieto. Flaminio marchaba detrás, con el anhelo de alcanzar al enemigo. El día anterior, por haber llegado tarde, acampó en las márgenes del lago; pero al amanecer del siguiente condujo por el lago su vanguardia al próximo valle, con el fin de provocar al enemigo. Había aquel día una niebla muy espesa. Lo mismo fue conocer Aníbal que la mayor parte del ejército había penetrado en el valle, y tocaba ya con él la vanguardia enemiga, dio la señal de atacar, y envió orden a los que estaban emboscados para acometer a un tiempo a los romanos por todos lados. Flaminio se sorprendió de un lance tan imprevisto. Los jefes y tribunos romanos, rodeados de una densa niebla que le impedía la vista, y atacados e invadidos desde lo alto por diferentes sitios, no sólo se encontraban imposibilitados de acudir a donde era preciso, pero ni aun entender podían lo que ocurría. Efectivamente, ya les acometían por el frente, ya por la espalda, ya por los flancos, de que provenía que los más eran pasados a cuchillo en la misma forma que iban marchando, sin darles lugar a ponerse en defensa, vendidos, digámoslo así, por la impericia de su jefe. Se hallaban aún deliberando lo que habían de hacer, cuando de improviso descargaba sobre ellos el golpe de la muerte. Entonces, Flaminio, abatido y desesperanzado de todo remedio, perdió la vida a manos de ciertos galos que le atacaron. Perecieron en el valle casi quince mil romanos, sin poder obrar ni evitar el lance.

Esta es una ley inviolable en su disciplina, no huir ni desamparar las líneas. Los que a la entrada del desfiladero fueron interceptados entre el lago y el pie de las montañas, tuvieron una muerte vergonzosa, o por mejor decir, lastimosa. Impelidos dentro del lago unos, turbado el sentido se echaron a nadar, y con el peso de las armas se ahogaron; y los más se metieron hasta donde pudieron, dejando solo la cabeza fuera del agua. Mas luego que sobrevino la caballería, viendo inevitable su ruina, levantaban las manos, pedían la vida, y cometían todo género de humillaciones; pero al fin, o fueron degollados por los enemigos, o animándose mutuamente se dieron una muerte voluntaria. Sólo seis mil hombres de los que entraron en el valle vencieron a los que tenían al frente; y aunque muy capaces de contribuir en gran parte a la victoria, ni pudieron dar socorro a los suyos, ni rodear a los contrarios, por no ver lo que se hacían. Con el afán de ir adelante, marchaban creyendo encontrar siempre cartagineses, hasta que sin saber cómo se hallaron en las cumbres. Situados en lo más alto, y disipada ya la niebla, advirtieron el estrago ocurrido, e imposibilitados de hacer algún esfuerzo, por estar ya el enemigo apoderado de toda la campaña, se retiraron unidos a cierto lugar de la Etruria. Después de la acción se destacó allá al capitán Maharbal con los españoles y lanceros, sitió el lugar por todos lados, y los redujo a tal escasez que, depuestas las armas, se rindieron bajo la sola condición de que les salvaran las vidas. Así pasó en general la batalla que se dio en la Etruria entre romanos y cartagineses.

Aníbal, traídos a su presencia los prisioneros, tanto los que Maharbal había hecho como los otros, los reúne todos en número de más de quince mil y ante todo les dice: que Maharbal no tenía facultades para asegurarles la vida sin haberle consultado. De aquí tomó motivo para reprender a los romanos; y hecho esto, distribuyó entre los batallones para que los custodiasen, a cuantos habían sido capturados. A los aliados los dejó ir todos a sus casas sin rescate, advirtiéndoles lo mismo que anteriormente había manifestado, que él no había venido a hacer la guerra a los italianos, sino a los romanos, por recobrar a ellos la libertad. Más tarde, dio descanso a sus tropas e hizo los funerales a treinta de los más principales de su ejército que habían muerto. La

pérdida total ascendía a mil quinientos hombres, la mayor parte galos. Hecho esto, seguro ya de la victoria deliberaba con su hermano y demás confidentes por dónde y cómo adelantaría sus conquistas.

CAPÍTULO XXIV

Efectos producidos en Roma por esta derrota.- Pérdida de cuatro mil caballos que mandaba Centenio.- Tránsito de Aníbal por la Umbría y el Piceno hasta la costa del Adriático.

Recibida en Roma la nueva de esta derrota, los magistrados no pudieron suavizar ni aminorar el hecho por ser un infortunio de tanto bulto; y así, convocado a junta el pueblo, se vieron en la necesidad de declararle la verdad del caso. Luego que el pretor dijo desde la tribuna a los circunstantes: *hemos sido vencidos en una gran batalla*, la consternación fue tal, que los que se habían hallado en una y otra parte, creyeron haber hecho entonces más estrago estas palabras que la batalla misma. Y con razón, pues no estando acostumbrados de tiempo inmemorial a escuchar palabra o acción que confesase su vencimiento, sentían ahora la pérdida sin medida y sin consuelo. Sólo el Senado permaneció invariable en el ejercicio de sus funciones, providenciando lo qué y cómo cada uno había de actuar en adelante.

Durante el transcurso de la acción (218 años antes de J. C.), el cónsul Cn. Servilio, que guarnecía los alrededores de Arimino, esto es, la costa del golfo Adriático en donde se unen las llanuras de la Galia con lo restante de Italia, no lejos de las desembocaduras del Po en el mar; Servilio, dijo, enterado de que Aníbal había penetrado en la Etruria y se hallaba acampado frente a Flaminio, había decidido unirse al cónsul con sus legiones. Pero imposibilitado por la pesadez de ejército, destacó delante con diligencia a Cayo Centenio con cuatro mil caballos, para que en caso de necesidad socorriese a Flaminio antes de que él llegase. Apenas después de la batalla tuvo Aníbal el aviso de esta socorro, envió al encuentro a Maharbal con los lanceros y un trozo de caballería. No bien éstos habían venido a las manos, cuando al primer choque perdió Centenio casi la mitad de la gente. El resto fue perseguido hasta una colina, y el día siguiente fue hecho prisionero. Tres días hacía que había llegado a Roma la nueva de la batalla, y como que

entonces fermentaba con mayor fuerza por la ciudad la sensación de este infortunio, cuando sobrevino este otro descalabro que abatió no sólo al pueblo sino al Senado mismo. Cesó el despacho de los negocios anuales, se omitió la elección de los magistrados mayores, se deliberó sobre el estado presente y se creyó que la actualidad de los negocios y urgencia de las circunstancias exigían un magistrado con autoridad absoluta.

Aníbal, aunque seguro ya de una victoria tan completa, no juzgó a propósito aproximarse a Roma por lo pronto. Contentóse, sí, con batir la campaña y talarla impunemente, dirigiéndose hacia el Adriático. Atravesó la Umbría y el Piceno y llegó al décimo día a la costa del golfo. Hizo en este tránsito un botín tan cuantioso, que ni llevar ni conducir podía el soldado lo que había saqueado, y pasó a cuchillo una multitud de hombres prodigiosa. Había ordenado matar a todos los que se encontrasen en edad de llevar las armas, a la manera que se ejecuta en la toma de las ciudades. Tan antiguo e implacable era el odio que sentía contra los romanos.

Acampado el cartaginés junto al mar Adriático, en una provincia fértil en todo género de producciones, puso toda la atención en el recobro y convalecencia, no menos de las tropas que de los caballos. Pues como habían pasado un invierno a la inclemencia en la Galia Cisalpina, el frío, la inmundicia, el paso por las lagunas y las miserias, habían engendrado igualmente en hombres que en caballos una especie de sarna y de laceria. Por tanto, dueño de un país abundante, engordó sus caballos, restauró las fuerzas y espíritu de sus tropas, y dueño de innumerables armas con tantos despojos, armó a los africanos a la moda romana. Ahí fue donde envió por mar noticia a Cartago de lo hasta allí sucedido. Pues hasta entonces no se había acercado al mar desde que había entrado en Italia. Con estas nuevas se alegraron infinito los cartagineses, y pusieron gran empeño y diligencia en promover de todos modos los asuntos de la Italia y de la España.

CAPÍTULO XXV

Fabio nombrado dictador.- Diferencia entre la Dictadura y el Consulado.- Razones que movieron a Fabio a atenerse sólo a la defensiva.- Conducta opuesta de Minucio.- Aníbal decide pasar a la Campania.- Descripción de este país.

Entretanto en Roma se eligió por dictador a Quinto Fabio (218 años antes de J. C.), personaje distinguido por su prudencia y por su ilustre nacimiento. Aun en nuestros días se llamaba a los de esta familia *Máximos*, esto es, muy grandes, por las gloriosas acciones de su ascendiente. Esta es la diferencia que hay entre la *dictadura* y el *consulado*: que al cónsul acompañan doce lictores, y al dictador veinticuatro. Aquel necesita en muchos casos de la autoridad del Senado para ejecutar sus propósitos; éste es un magistrado de potestad absoluta, que una vez nombrado, cesa toda otra autoridad, a excepción de la de los tribunos. Pero de esto haremos en otro lugar una digresión más exacta. Con el dictador se nombró también a M. Minucio por general de la caballería. Este oficial está bajo las órdenes del dictador; pero cuando éste está ocupado, ejerce, digámoslo así, sus funciones.

Aníbal trasladaba de tiempo en tiempo su campamento, sin salir del país próximo al mar Adriático. Hacía lavar los caballos con vino añejo de que allí hay abundancia, con lo que los limpió de la laceria y sarna que padecían. Asimismo cuidaba de que los heridos se curasen y los restantes recobrasen la robustez y brío para las empresas que meditaba. En este estado, así que hubo atravesado y talado los campos de Petrutiano y de Adria, como también los de los marrucinos y ferentanos, dirigió su marcha hacia la Apulia. Esta provincia está dividida en tres partes con sus tres denominaciones. Una la ocupan los daunios y la otra los messapios. Aníbal primero invadió la Daunia, y empezando por Luceria, colonia romana, arrasó sus contornos. Después, acampado en torno a Ibonio, corrió el país de los argiripianos y taló impunemente la Daunia toda.

Para entonces Fabio, tomada posesión de su empleo, salió a campaña con el general de la caballería y cuatro legiones que por costumbre se habían para él alistado, después de haber ofrecido sacrificios a los dioses. Apenas se incorporó sobre las fronteras de la Daunia con las tropas que habían venido al socorro desde Arimino, separó a Servilio del mando de las legiones de tierra y le envió bien escoltado a Roma con orden de acudir donde fuese preciso, si los cartagineses hiciesen algún movimiento por mar. Él, con el general de la caballería, tomó las legiones y se fue a acampar alrededor de Aigas, a cincuenta estadios de los cartagineses.

Aníbal, informado de la llegada de Fabio, para aterrar a los enemigos al primer ímpetu, sacó su ejército, lo aproximó al campo romano y le formó en batalla. Luego de un corto rato de estancia, viendo que ninguno salía, se retiró de nuevo a su campamento. Fabio, decidido a no emprender cosa sin consejo ni arriesgar el trance de una batalla, sino a atender primeramente y sobre todo a la seguridad de los suyos, vivía firme en este propósito. Al principio fue motejado y burlado de que temía y rehusaba la acción, pero el tiempo hizo confesar y conceder a todos que, en tan críticas circunstancias, ninguno era capaz de haberse conducido con más prudencia y cordura. Aun el éxito mismo de los negocios calificó prontamente de acertadas sus reflexiones. Y con razón, pues las tropas cartaginesas estaban ejercitadas desde su primera edad en continuas guerras. Tenían a su cabeza un general criado entre ellas e instruido desde la infancia en todas las evoluciones militares. Habían ganado muchas batallas en la España y vencido dos veces consecutivas a los romanos y sus aliados. Y sobre todo, privadas de todo recurso, sólo fundaban la esperanza de su salud en la victoria. Lo contrario a esto sucedía en el ejército romano. Por lo cual Fabio, en el supuesto de que no era posible venir al trance de una acción general sin ser cierta su ruina, se atuvo a aquellas ventajas que le dictaba su prudencia, se contuvo en ellas y por ellas condujo la guerra.

Las ventajas que tenía Fabio y que no le podían faltar, era una abundante cantidad de provisiones y un prodigioso número de soldados. Bajo este plan se propuso en adelante seguir siempre de cerca a

los contrarios y ocupar con anticipación los puestos oportunos de que tenía noticia. Como por la espalda le venían abundantes socorros, no dejaba jamás salir a forrajear al soldado, ni que se desmandase un punto fuera del real; por el contrario, los retenía juntos y reunidos, y observaba la oportunidad de los lugares y ocasiones. De esta forma interceptaba y mataba muchos cartagineses, que por desprecio se separaban a forrajear fuera del campo. Su propósito en esto era privar siempre a los contrarios de estas partidas que se desmandaban, y al mismo tiempo infundir aliento poco a poco por medio de estas particulares ventajas y recobrar el espíritu de sus legiones vencidas antes en campales batallas. Pero hacerle consentir en dar un combate general, era imposible. A Minucio de ningún modo agradaba esta conducta. Unía su sentir al de las tropas, y difamaba a Fabio en el concepto de todos, porque conducía la guerra con poca actividad e indolencia; pero que él, al contrario, anhelaba venir a las manos y arriesgar la batalla.

Los cartagineses, después de haber saqueado los campos que hemos dicho, pasaron el Apenino y se dejaron caer sobre los Samnitas, país abundante y que gozaba, desde hacía mucho tiempo, de una paz profunda; donde hallaron tanta abundancia de víveres que ni el consumo ni la tala pudieron acabar con tal despojo. Saquearon también la campiña de Benevento, colonia romana, y tomaron a Venusia, ciudad bien amurallada y abundante en todo género de riquezas. Los romanos les seguían siempre detrás, a una o dos jornadas de distancia; pero rehusaban acercarse y venir a las manos. La conducta de ver a Fabio rehusar visiblemente la batalla sin dejar jamás de acampar a su lado, dio atrevimiento a Aníbal para echarse sobre las campiñas de Capua, y en particular sobre Falerno, persuadido a una de dos: o que obligaría al enemigo a combatir, o haría ver al mundo que era dueño de todo y los romanos le cedían la campaña. Con este paso se prometía que, atemorizadas las ciudades, abandonarían el partido de los romanos; pues hasta entonces, no obstante haberlos ya vencido en dos batallas, ninguna ciudad de Italia se había pasado al partido de Cartago; antes bien permanecían fieles, a pesar de haber algunas sufrido mucho. Por aquí

se puede conjeturar el respeto y sumisión de los aliados para con la república romana.

Efectivamente, Aníbal reflexionaba justamente. Porque las campiñas de Capua son las más sobresalientes de Italia, ya por su bondad y fertilidad, ya por la proximidad al mar y ferias que en ellas se celebran, a que acuden navegantes de casi todas las partes del mundo. Aquí se hallan las ciudades más célebres y hermosas de toda Italia. Sobre la costa está Sinuessa, Cumas, Puzzuolo, Nápoles y Nuceria; en el interior del país, al Septentrión, se encuentran Caleno y Teano; al Oriente y Mediodía la Daunia y Nola, y en el corazón de estas llanuras está situada Capua, ciudad que excede a todas en magnificencia. A la vista de esto es muy conforme lo que los mitológicos cuentan de estos campos, llamándolos también *Flegreos*, como aquellos otros tan celebrados: ni hay que admirar que la amenidad y belleza de estas campiñas fuese el principal motivo de la contienda entre los dioses. A todas estas ventajas se agrega que estas llanuras son fuertes y absolutamente inaccesibles, pues las rodea por una parte el mar y por todo el resto altas y continuadas montañas, que únicamente franquean tres entradas angostas y difíciles, viniendo del interior del país; una por el lado de los samnitas, otra por el lado del Eribano y la restante por el lado de los hirpinos. Acampados, pues, los cartagineses en estas llanuras como en un teatro, esperaban que la misma novedad aterraría a todos y publicaría que los romanos rehusaban la batalla, al paso que los presentaría a ellos como dueños de la campaña sin disputa.

CAPÍTULO XXVI

Tala de la Campania por Aníbal.- Estratagema con que engaña a Fabio para salir de esta tierra.

Llevado de estos pensamientos, Aníbal salió de Samnio, y cruzando las gargantas del monte Eribano, se apostó a las márgenes del Aturno, que casi divide en dos partes las mencionadas llanuras. Sentado el campo del lado que mira a Roma, talaba por sus forrajeadores la campiña impunemente. Fabio se admiró mucho de la resolución y arrojo del enemigo, pero esto mismo le afirmaba más en su propósito. Por el contrario, Minucio y todos los tribunos y comandantes del ejército, creyendo haber cogido en el lazo al enemigo, eran de parecer que se debía marchar cuanto antes a la Campania y no mirar con indiferencia la asolación del país más delicioso. Fabio, en cuanto a acercarse a estas llanuras, mostraba y aparentaba el mismo ardor y deseo que los demás. Mas luego que se aproximó a Falerno, dejándose ver en las faldas de las montañas, seguía de cerca al enemigo, por no dar a entender a sus aliados que le abandonaba la campaña; pero nunca bajaba al llano el ejército, temeroso de una batalla campal por las razones que hemos indicado, y porque indudablemente era muy superior en caballería el enemigo.

Aníbal, luego de haber tentado a Fabio y talado toda la Campania, hecho un inmenso botín, se disponía a levantar el campo. Su propósito era no malograr el despojo, sino ponerle en parte segura, donde pudiese pasar el invierno, para que de esta forma nada faltase al ejército por lo pronto, y disfrutase siempre la misma abundancia. Fabio descubrió la idea del cartaginés, que se disponía a salir por la misma parte por donde había entrado, y considerando que la estrechez del terreno era muy acomodada para atacarle, apostó cuatro mil hombres sobre el mismo desfiladero y los exhorta a aprovecharse de la ocasión con que la oportunidad del terreno les invitaba. Él mientras, con la mayor parte

del ejército, se colocó sobre una colina que dominaba aquellas gargantas.

No bien habían llegado los cartagineses y sentado su campo en el llano al pie de la misma montaña, cuando se prometió el romano quitarles sin peligro el botín, y acaso con la ventaja del sitio poner fin a la guerra. En esto ocupaba Fabio toda su atención, discurriendo qué puestos ocuparía, cómo situaría sus gentes, por quiénes y por dónde se daría principio al ataque. Pero Aníbal, infiriendo de las circunstancias que todas estas medidas se dejaban para el día siguiente, no le dio tiempo ni lugar para ejecutar sus propósitos. Envía a llamar a Asdrúbal, que mandaba a los gastadores, le da la comisión para que con toda diligencia recoja y ate los más haces que pueda de leña seca y otras materias combustibles, y que entresacados de todo el botín los dos mil bueyes más hechos al trabajo y gordos, los sitúe al frente del campamento. Hecho esto, convoca a los gastadores, y les muestra una colina sita entre su campo y los desfiladeros por donde había de realizar su paso. Les manda que, cuando se les dé la señal, hagan subir a palos y por fuerza los bueyes hasta llegar a la cumbre, después de lo cual da orden para que todos cenén y se recojan. Al fin de la tercera vigilia de la noche saca sus gastadores y manda atar a las astas de los bueyes los manojos. Esto se ejecutó prontamente, por haber muchos ocupados en esta labor. Después da la señal de prender fuego a todos los haces y hacer subir y conducir los bueyes a las cumbres. Detrás de éstos coloca a los lanceros, con orden de que ayuden hasta cierto lugar a los que conducían los bueyes; pero cuando éstos comiencen a arremeter, acudan por los costados a ganarlas alturas con gran gritería y a ocupar las cumbres para auxiliarse y venir a las manos, caso que el enemigo hiciese en ellas resistencia. Al mismo tiempo él marcha a las gargantas y desfiladeros, llevando a la vanguardia los pesadamente armados, detrás de éstos la caballería, después el botín, y a la retaguardia los españoles y galos.

Luego que los romanos que guardaban los desfiladeros advirtieron que se acercaban a las cumbres las antorchas, persuadidos a que por allí hacía su marcha Aníbal, abandonan los puestos y acuden a las

alturas. Ya se hallaban próximos a los bueyes y dudaban aún qué significarían estos fuegos, figurándose y esperando algún mayor infortunio. Apenas llegaron los lanceros, se originó entre cartagineses y romanos una leve escaramuza; pero los bueyes, que arremetían por entre medias, hicieron estar separados a unos y otros sobre las cumbres y permanecer quietos hasta que llegase el día, por no acabar de comprender lo que pasaba. Fabio, ya dudoso con este accidente, y persuadido a que sería dolo, según la expresión del poeta; ya resuelto a no arriesgar un trance ni llegar a una acción decisiva, según su primer propósito, prefirió la quietud dentro de las trincheras, y aguardó el día. Entre tanto, Aníbal, saliéndole la empresa a medida del deseo, pasó sin riesgo el ejército y el botín por los desfiladeros, apenas vio desamparados los puestos por los que guardaban el mal paso.

Advirtiendo después al amanecer que sus lanceros eran oprimidos por los que ocupaban las alturas, destacó allá un trozo de españoles que, viniendo a las manos, dieron muerte a mil romanos, se incorporaron a poca costa con los armados a la ligera, y descendieron todos juntos. Fuera ya del territorio de Falerno con esta estratagema, y acampado en parte segura, no pensaba ni discurría más que dónde y cómo pasaría el invierno. Este paso aterró y consternó todas las ciudades y pueblos de Italia. Generalmente se culpaba a Fabio como a hombre que por su poca actividad había dejado escapar al contrario de este lazo. Pero él no desistía de su propósito. Preciso pocos días después a ausentarse a Roma para cumplir ciertos sacrificios, entregó a Minucio las legiones y le recomendó encarecidamente al partir que no cuidase tanto de hacer daño al enemigo, cuanto de conservar sin detrimento a los suyos. Pero este general hizo tan poco caso del aviso, que estándoselo aún diciendo, todo su ánimo y pensamiento lo tenía puesto en combatir y arriesgar un trance. Este era el estado de los negocios en Italia.

CAPÍTULO XXVII

Batalla naval ganada por Escipión a Asdrúbal en España.- Roma envía a Publio Escipión para obrar de concierto con su hermano.- Pasan los romanos el Ebro por primera vez.- Abilix entrega a los Escipiones los rehenes que Aníbal había dejado en Sagunto.

En el transcurso de este tiempo (218 años antes de J. C.), Asdrúbal, general de las tropas de España, habiendo equipado en el invierno los treinta navíos que su hermano le había dejado, y dotado de tripulación a otros diez más, hizo salir de Cartagena al empezar la primavera los cuarenta buques de guerra, entregando a Amílcar el mando de esta escuadra. Él, al mismo tiempo, sacó las tropas de tierra de los cuarteles de invierno, y levantó el campo. La escuadra bogaba sin perder la tierra de vista, y el ejército marchaba a lo largo de la costa con el propósito de que el río Ebro fuese el punto de reunión de ambas armadas. Cneio, descubierto el intento de los cartagineses, decidió primero salirles al encuentro por tierra desde sus cuarteles de invierno; mas con la noticia del gran número de fuerzas y magnitud de pertrechos que traía el contrario, reprobado el primer pensamiento, equipó treinta y cinco navíos, tomó de las legiones de tierra los más aptos para las ocupaciones navales, los embarcó, y llegó al segundo día desde Tarragona a los alrededores del Ebro. Después de haber anclado a ochenta estadios de distancia del enemigo, destacó a la descubierta dos navíos de Marsella muy veleros. Porque estas gentes eran las primeras a exponerse a los peligros, y con su intrepidez acarreaban a los romanos infinitas ventajas. Ningún pueblo estuvo más constantemente adherido a los intereses de Roma que los marsilienses, tanto en las ocasiones que ofreció la consecuencia, como principalmente ahora en la guerra contra Aníbal. Informado Cneio por los navíos exploradores de que la escuadra enemiga había fondeado a la embocadura del Ebro, marchó allá con diligencia con el fin de sorprender a los contrarios.

Asdrúbal, a quien sus vigías habían dado parte mucho antes de la llegada del enemigo, al paso que formaba sus tropas de tierra sobre la ribera, daba ordena la marinería para que subiese a sus navíos. Cuando ya estuvo a tiro la escuadra romana, dada la señal de atacar, se vino a las manos. Trabada la acción, los cartagineses disputaron por algún tiempo la victoria, pero poco después emprendieron la huida. El socorro de infantería que estaba formado a la vista sobre la ribera, lejos de infundir aliento a la marinería para el combate, la acarreó perjuicio, por tenerla prevenido un asilo para su vida. A excepción de dos navíos perdidos con sus tripulaciones, y otros cuatro cuyos remos fueron quebrados y muertos los que los ocupaban, los demás echaron a huir a tierra. Pero perseguidos con brío por los romanos, se arrimaron a la ribera, saltaron de sus navíos y se acogieron al campamento de los suyos. Los romanos se acercaron con intrepidez a tierra, y atando a sus popas los navíos que pudieron mover, se hicieron a la vela gozosos en extremo de haber vencido al primer choque a los contrarios, haberse apoderado de toda aquella costa, y haber capturado veinticinco navíos. Después de esta victoria tomaron mejor semblante los negocios de los romanos en la España.

Los cartagineses, recibida la noticia de este descalabro, enviaron al instante setenta navíos bien tripulados. Estaban persuadidos a que sin el imperio del mar no se podía intentar empresa alguna. Esta escuadra tocó primero en Cerdeña, después abordó a Pissa en Italia, donde esperaba incorporarse con Aníbal. Pero saliendo los romanos contra ella con ciento veinte buques de cinco órdenes, informados los cartagineses de su llegada, se volvieron a Cerdeña, y desde allí a Cartago. Servilio, jefe de la armada romana, los persiguió por algún tiempo creyendo alcanzarlos, pero la mucha ventaja que llevaban le hizo desistir del empeño. Primeramente abordó a Lilibea en Sicilia, y después se hizo a la vela para la isla de Cercina en África, donde habiendo exigido un tributo de los naturales porque no les talase el país, dio la vuelta. Al paso tomó la isla de Cossiro, puso guarnición en aquel pueblo y tornó a Lilibea, donde anclada la armada, se restituyó poco después al ejército de tierra.

Conocida la victoria naval que Cneio había ganado, el senado, persuadido a que era conveniente, o más bien preciso, no desatender los asuntos de la España, sino hacer frente a los cartagineses y avivar la guerra, equipó veinte navíos al mando de P. Escipión, según de antemano tenía proyectado, y le envió con diligencia a reunirse con su hermano para actuar con él de común acuerdo. Temía sobremanera que una vez apoderados los cartagineses de estos países, y acopiados aquí víveres y pertrechos en abundancia, no tomasen con mayor empeño el recobro del mar, y proveyendo a Aníbal de gentes y dinero, no le ayudasen a sojuzgar la Italia. Por eso, en el concepto de que esta guerra era de la mayor importancia, se envió una escuadra a las órdenes de P. Escipión, quien después de haber llegado a España e incorporándose con su hermano, hizo grandes servicios a la República. Hasta entonces no se habían atrevido los romanos a pasar el Ebro, sólo se habían contentado con ganar la amistad y alianza de los pueblos de esta parte; pero ahora lo cruzaron por primera vez y se animaron a adelantar sus conquistas del otro lado coadyuvando no poco la fortuna sus intentos. Después de haber aterrado a los pueblos de la comarca con su paso, fueron a acampar a cuarenta estadios de Sagunto, en torno a un templo consagrado a Venus. Ocupado aquí un puesto ventajoso, ya para estar a cubierto, ya para proveerse por mar de lo necesario, pues al paso que ellos avanzaban la escuadra les seguía por la costa, les sucedió a su favor este accidente.

Cuando Aníbal pensaba pasar a Italia, de todas las ciudades de España que tuvo desconfianza, tomó en rehenes los hijos de los hombres más ilustres, que depositó en Sagunto, ya por la fortaleza de la ciudad, ya por la fidelidad de los moradores que en ella dejaba. Había entre ellos cierto español llamado Abilix, personaje en honor y conveniencias sin par, y en afecto y fidelidad a los cartagineses muy superior a todos. Éste considerado el estado de los negocios, y juzgando más ventajoso el partido de los romanos, concibió el atentado de entregar los rehenes, pensamiento propio de un español y de un bárbaro. Persuadido a que podría valer entre los romanos si a tiempo oportuno les daba un testimonio y prueba de su afición, pensó, faltando a la fe a

los cartagineses, entregar los rehenes a los romanos. Había notado que Bostar, capitán cartaginés a quien Asdrúbal había enviado para prohibir a los romanos el paso del Ebro, y por falta de valor se había retirado y acampado hacia aquel lado de Sagunto que mira al mar, era hombre sencillo, suave de condición, y demasiado crédulo. Con éste trabó la conversación sobre los rehenes, y le dijo que una vez pasado el Ebro por los romanos, ya no podían los cartagineses mantener la España en respeto; que en tales circunstancias necesitaban de agrado para con los pueblos. En cuyo supuesto, si ahora que los romanos se habían aproximado a Sagunto, la tenían puesto sitio y peligraba la ciudad, sacase los rehenes y los devolviese a sus padres y ciudades; por una parte se desvanecería el empeño de los romanos, cuyo principal anhelo en apoderarse de los rehenes era para realizar esto mismo, por otra granjearía a los cartagineses el amor de todos los españoles, como que pródigo en lo porvenir, había tomado tan sabias medidas para seguridad de estas prendas. Pero lo que haría valer muchísimo este beneficio, sería si a él se le comisionase este encargo. Pues restituyendo los jóvenes a las ciudades, no sólo conciliaría a los cartagineses la benevolencia de sus padres, sino también la de todo el pueblo, sirviéndose de este ejemplo para ponerles a la vista la buena voluntad y generosidad de los cartagineses para con sus aliados. Aparte de esto, aseguraba que el mismo Bostar se debía prometer para sí una magnífica recompensa de parte de los que recibían sus hijos; pues reintegrados contra toda esperanza de lo que más amaban, se esmerarían a competencia en remunerar al autor de tan grande beneficio. Estas y otras parecidas razones dichas a este efecto, persuadieron a Bostar a prestar su consentimiento.

Señalado el día para ir con todo lo necesario a llevar los jóvenes, se retiró Abilix a su casa. Llegada la noche, se fue al campo de los romanos, donde unido con algunos españoles que militaban en su armada, se hizo presentar por ellos a los dos Escipiones. Tras de un largo discurso sobre el afecto e inclinación que tendrían los españoles a su partido, si recobraban los rehenes, prometió ponerlos en sus manos. Publio admitió con indecible gozo la promesa, le ofreció magníficas recompensas y señalado el día, hora y lugar donde debía aguardarle, se

Tornó Abilix a Sagunto. Allí tomó algunos confidentes de su satisfacción y vino a casa de Bostar, donde recibidos los jóvenes, salió por la noche de la ciudad, pasó del otro lado del campo enemigo para ocultar su propósito, llegó al día y lugar convenido, y entregó todos los rehenes a los dos generales romanos. Publio honró sobremanera a Abilix y se sirvió de él para la restitución de los rehenes a sus patrias, dándole para que le acompañasen algunos de su confianza. Al paso que Abilix recorría las ciudades y devolvía los rehenes, representaba a lo vivo la clemencia y generosidad de los romanos, y la desconfianza y dureza de los cartagineses; paso que, unido al ejemplo de su propia desertión, arrastró muchos españoles al partido de los romanos. Bostar, a quien el acto de haber entregado los rehenes al enemigo acreditó de hombre para su edad de un pueril talento, incurrió después en grandes trabajos. Los romanos, al contrario, sacaron de esta restitución grandes ventajas para los propósitos que meditaban; pero como se hallaba ya la estación tan avanzada, distribuyeron unos y otros sus tropas en cuarteles de invierno. Éste era el estado de los negocios de España.

CAPÍTULO XXVIII

Aníbal acampa en Gerunio.- Ventajas de Minucio sobre Aníbal.

Informado Aníbal por sus batidores (aquí fue donde interrumpimos el hilo de la historia), de que en los alrededores de Luceria y Gerunio existía mucha abundancia de granos y que esta última plaza era acomodada para almacenes, tomó la resolución de pasar allí el invierno, y costeando el monte Liburno, condujo su ejército a las mencionadas ciudades. Apenas llegó a Gerunio, plaza distante de Luceria doscientos estadios, procuró atraer a su amistad a los habitantes por el agrado, y aun les dio testimonios de sus promesas. Mas despreciadas sus instancias, emprendió poner sitio a la ciudad. Apoderado de ella prontamente, pasó a cuchillo los moradores, pero dejó intactas la mayor parte de las casas y los muros, con el fin de servirse de ellas para trojes durante el invierno. Hizo acampar al ejército frente a la plaza y fortificó su campo con foso y trinchera. Desde aquí enviaba los dos tercios de su ejército a la recolección de granos, con orden a cada uno de los que se hallaban encargados de esta labor de traer una cierta medida para los de su propia compañía. Él con la tercera parte guardaba el campamento y cubría desde varios puestos a los forrajeadores. Como el país era generalmente llano y descampado, el número de forrajeadores casi infinito y la estación muy oportuna para el acarreo, era innumerable la cantidad de granos que al día acumulaban.

Entretanto Minucio conducía de cerro en cerro las legiones que había recibido de Fabio, persuadido siempre a que el tiempo le presentaría ocasión de venir a las manos con los cartagineses. Pero oyendo que éstos ya habían tomado a Gerunio, que forrajaban la campiña y que se hallaban atrincherados delante de la ciudad, dejó las cumbres y descendió por la ladera al llano. Llegado a una colina que está en el país de los larinatos, llamada *Calela*, se acampó en sus alrededores, resuelto de todos modos a batirse con el enemigo. Apenas advirtió Aníbal la aproximación de los romanos, deja salir al forraje un tercio

de su ejército, y él con los dos restantes se dirige al enemigo y se atrinchera en un collado distante dieciséis estadios de la ciudad, con el propósito a un tiempo de aterrar a los contrarios y poner a cubierto a sus forrajeadores. En el transcurso de la noche destacó dos mil lanceros para ocupar una cima ventajosa de un cerro que mediaba entre los dos campos y dominaba de cerca el de los romanos. A la vista de esto, Minucio, llegado el día, envió su infantería ligera a atacar el cerro. Después de una obstinada refriega, los romanos por fin se apoderaron del puesto y trasladaron allí todo el campo. Aníbal hasta cierto tiempo retuvo consigo la mayor parte del ejército, por estar al frente uno y otro campo. Pero viendo que pasaban muchos días, se vio en la necesidad de destacar a unos para el apacentamiento de los ganados y separar a otros para el forraje, cuidadoso según su primer proyecto de no consumir el botín y hacer los mayores acopios de granos, a fin de que durante el invierno reinase la abundancia, tanto en hombres como en bestias y caballos, pues fundaba en éstos las principales esperanzas de su ejército.

Para entonces Minucio, habiendo advertido que la mayor parte de los enemigos se hallaba esparcida por la campiña en las ocupaciones antes mencionadas, sacó su ejército a la hora del día que le pareció más oportuna, se aproximó al campamento de los cartagineses, formó en batalla a los pesadamente armados, y distribuida en piquetes la caballería e infantería ligera, la envió contra los forrajeadores, con orden de no dar cuartel a ninguno. Este accidente colocó a Aníbal en el mayor embarazo, pues ni se hallaba en estado de contrarrestar a los que tenía al frente, ni dar socorro a los dispersos por la campiña. Los romanos que salieron contra los forrajeadores, dieron muerte a muchos de los desmandados; de los que quedaron formados en batalla llegó a tal extremo la insolencia, que arrancaron la empalizada y por poco no sitiaron a los cartagineses. Aníbal, mientras, lo pasaba malamente; pero en medio de este contratiempo permanecía firme, ya rechazando a los que se acercaban, ya defendiendo su campamento aunque con trabajo, hasta que acudió al socorro Asdrúbal con cuatro mil de los que se habían refugiado al campo inmediato a Gerunio. Entonces, recobrado

algún tanto, sale contra los romanos, se forma en batalla a corta distancia del campo, y evita, aunque con trabajo, el peligro que le amenazaba. Minucio, después de haber muerto un gran número de enemigos en la refriega del campamento y haber pasado a cuchillo muchos más en la campiña, se retiró lleno de bellas esperanzas para el futuro. Al día siguiente los cartagineses abandonaron las trincheras, y el general romano marchó allá y ocupó su campamento. Pues Aníbal, temeroso de que los romanos no se apoderasen por la noche del campo de Gerunio, a la sazón indefenso, y se hiciesen dueños del tren y acopios de municiones, decidió abandonar éste y volverse otra vez a acampar en aquella parte. De aquí adelante los cartagineses fueron más cautos y reservados en los forrajes, y los romanos, por el contrario, más osados y animosos.

CAPÍTULO XXIX

Minucio, dictador como Fabio.- División del ejército entre los dos dictadores.- Ruina que sufre Roma por la temeridad de Minucio y ventajas que saca por la reserva de Fabio.

Cuando llegó la noticia, en Roma se alegraron muchísimo de un suceso que tenía más de exagerado que de verdadero. Creían que, en vez de la anterior desconfianza, por un feliz cambio, se presentaban ahora los negocios de mejor aspecto. Presumían que la inacción y cobardía de las legiones hasta entonces no había provenido de la timidez del soldado cuanto de la irresolución del jefe. Por eso todos vituperaban y difamaban a Fabio, como a hombre que por falta de valor había dejado pasar las ocasiones. Por el contrario, de Minucio exageraban tanto el valor por este hecho, que hicieron entonces con él lo que nunca se había hecho. Le nombraron dictador, en la persuasión de que pondría pronto fin a la guerra; con lo que hubo dos dictadores para una misma expedición, ejemplo nunca visto hasta entonces entre los romanos. Cuando supo Minucio el afecto que la plebe le dispensaba y el poder que el pueblo le había confiado, concibió doblado atrevimiento para contrarrestar y tentar al enemigo. Entretanto Fabio llegó al ejército, y lejos de alterarle estos accidentes, le afirmaron más en su anterior dictamen. Viendo a Minucio orgulloso, opuesto a todos sus intentos repitiendo a cada paso que se diese la batalla, le propuso esta alternativa: o turnar en el mando por días, o dividir el ejército y usar cada uno de sus legiones como le dictase su capricho. Minucio adoptó con gusto el último partido, y así dividieron las tropas y acamparon separadamente, distantes como doce estadios.

Aníbal, parte por la relación de los prisioneros que había cogido, parte por lo que los mismos hechos le indicaban, conoció la oposición que había entre los dos jefes y la impetuosidad y vanagloria de Minucio. Satisfecho de que semejante disposición entre los contrarios más era a su favor que en contra suya, dirigió todas sus baterías contra

Minucio, con el propósito de reprimir su audacia y prevenir sus esfuerzos. Existía entre el campo suyo y el de Minucio una colina capaz de incomodar a cualquiera de los dos. Tomó la resolución de ocuparla. Pero como se hallaba firmemente persuadido que Minucio, fiero con la anterior ventaja, acudiría sobre la marcha a hacerle resistencia, contra este ímpetu dispuso esta estratagema. A pesar de que los alrededores de la colina eran rasos, tenían, no obstante, muchas y diversas quebraduras y concavidades. Destacó allá por la noche quinientos caballos y cinco mil infantes a la ligera, distribuidos en cuerpos de doscientos y trescientos hombres, según la capacidad de cada eminencia. Para que por la mañana no fuesen divisados por los que salían al forraje, lo mismo fue romper el día hizo ocupar la colina por sus armados a la ligera. Minucio, que advirtió lo sucedido, creyendo se le presentaba la ocasión, destaca sobre la marcha su infantería ligera, con orden de atacar y disputar el puesto. Después envía la caballería, y acto seguido marcha él detrás con sus legionarios unidos, conduciéndose en todo como en el anterior combate.

Aclarado el día, como la refriega en torno al cerro se llevase toda la atención y vista de los romanos, no sospecharon el ardid de los que estaban emboscados. Aníbal remitía continuos socorros a los que estaban en la colina, y aun él siguió después con la caballería y el resto del ejército, con lo que prontamente vino la caballería a las manos. Con este refuerzo la caballería cartaginesa arrolló la infantería ligera de los romanos, y en el hecho mismo de refugiarse ésta a sus legionarios, desordenó su formación. Al mismo tiempo se dio la señal a los que estaban emboscados para que acometiesen y atacasen a los Romanos por todos lados, y de allí en adelante ya no sólo la infantería ligera, sino todo el ejército corrió un inminente riesgo. Entonces Fabio, advirtiendo lo que pasaba y temeroso de una entera derrota, saca sus legiones y acude con diligencia al socorro de los que peligraban. A su llegada los romanos, que ya estaban totalmente desordenados, se recobran, se vuelven a incorporar en sus cohortes y se retiran y acogen a sus trincheras, después de haber quedado sobre el campo gran parte de la infantería ligera, un número más crecido de legionarios, y entre éstos

los más valerosos. Aníbal temió la entereza y buen orden de las legiones auxiliaadoras y desistió del alcance y de la batalla. Los que se hallaron en la acción no dudaron que la temeridad de Minucio les había arruinado enteramente y la reserva de Fabio los había salvado tanto antes como en la ocasión presente, y los que se paseaban por Roma conocieron entonces palpablemente qué diferencia haya de una verdadera ciencia de mandar y un pensar firme y juicioso, a una intrepidez soldadesca y una vana altanería. Efectivamente, los romanos, instruidos por la experiencia, se atrincheraron, volvieron a reunirse todos en un campo y en adelante siguieron el parecer de Fabio y sus avisos. Los cartagineses, trazada una línea entre la colina y su propio campo, levantaron una trinchera en torno a la cumbre del cerro ocupado, pusieron buena guarnición, y ya libres de todo insulto se dispusieron para pasar el invierno.

CAPÍTULO XXX

Emilio y Terencio Varrón, cónsules.- Disposiciones del Senado para la campaña siguiente.- Toma de la ciudadela de Cannas por Aníbal.- Se aumenta el número de las legiones.

Llegado el tiempo de las elecciones, se eligió en Roma por cónsules a L. Emilio y C. Terencio Varrón, y los dos dictadores depusieron el mando. Los cónsules anteriores Cn. Servilio y Marco Régulo, sucesor en el cargo por muerte de Flaminio, nombrados procónsules por Emilio, tomaron el mando de las legiones que se hallaban en campaña y dispusieron de todo a su arbitrio. Emilio, con parecer del Senado, reemplazó prontamente el número de soldados que faltaba para la suma establecida y los envió al ejército (217 años antes de J. C.) Previno a Servelio que de ningún modo se empeñase en acción decisiva, pero que diese particulares combates, los más vivos y frecuentes que pudiese para excitar y disponer el valor de los bisoños a las batallas campales. Estaba persuadida la República que no había sido otra la causa de sus anteriores infortunios que el haberse servido de tropas recién alistadas y del todo inexpertas. Se envió a L. Postumio con una legión a la Galia, en calidad de pretor, para hacer una diversión a los galos que militaban con Aníbal. Se cuidó de que regresase a Italia la armada que había invernado en Lilibea. Se remitió, en fin, a España para los dos Escipiones todas las municiones necesarias a la guerra. De esta forma se esmeraba el Senado en atender a estos y otros aparatos para la campaña. Servilio, recibidas las órdenes de los Cónsules, se atuvo en un todo a lo que le prevenían. Por eso será excusado que nos dilatemos más sobre sus acciones, puesto que, bien sea por las órdenes, bien por las circunstancias del tiempo, no se ejecutó absolutamente cosa que merezca la pena de contarse. Solamente hubo frecuentes escaramuzas y encuentros particulares, en que los procónsules se llevaron el lauro, mostrando valor y conducta en todo lo que manejaron.

En el transcurso del invierno y toda la primavera permanecieron los dos campos atrincherados, uno frente al otro. Pero llegada la cosecha de los nuevos frutos, Aníbal levantó el campo de Gerunio, y persuadido a que le convenía de todos modos colocar al enemigo en la necesidad de una batalla, tomó la ciudadela de Cannas, en donde los romanos habían acopiado los víveres y demás municiones desde las cercanías de Canusio, y de donde sacaban los convoyes necesarios para el ejército. La ciudad había sido arrasada en el año anterior; por eso ahora la pérdida de las provisiones y la ciudadela puso en gran consternación al ejército romano. Efectivamente, la toma de esta plaza por el enemigo les incomodaba, no sólo porque les cortaba los convoyes, sino también porque se encontraba en una situación que dominaba la comarca. Los procónsules despacharon a Roma continuos correos para informarse que lo que se debía hacer; como que, si se aproximaban al enemigo, era inevitable una acción, estando el país talado y los ánimos de los aliados pendientes de lo que ocurriría. El Senado decidió que se diese la batalla. Pero advirtió a Servilio que la suspendiese, y envió allí los cónsules. Todos echaron los ojos sobre Emilio y fundaron en él las mayores esperanzas, ya por la probidad de sus costumbres, ya porque, a juicio de todos, había conducido poco antes la guerra contra los ilirios con valor y con ventaja. Se decretó que se hiciese la guerra con ocho legiones y que cada una se compusiese de cinco mil hombres, sin los aliados, cosa hasta entonces nunca vista en Roma. Pues, como hemos dicho antes, los romanos alistaban siempre cuatro legiones, y de éstas cada una comprendía cuatro mil infantes y doscientos caballos. Pero cuando ocurre alguna necesidad muy urgente, se compone cada legión de cinco mil de a pie y trescientos caballos. Por lo que hace a los aliados, el número de infantes iguala con las legiones romanas, pero el de caballos es superior en tres veces. Se acostumbra dar a cada cónsul la mitad de las tropas auxiliares con dos legiones cuando se le envía a alguna expedición. Y así es que la mayor parte de las batallas las decide un solo cónsul con dos legiones y el número de aliados que hemos dicho. Rara vez se hace uso de todas las fuerzas a un tiempo y para una misma expedición. Muy sobrecogidos y temerosos del futuro

debían estar entonces los romanos cuando resolvieron hacer la guerra a un tiempo no sólo con cuatro, sino con ocho legiones.

CAPÍTULO XXXI

Famosas arengas de Emilio a los romanos y de Aníbal a los cartagineses.

Por consiguiente el Senado, después de haber exhortado a Emilio y haberle puesto a la vista por una y otra parte las importantes consecuencias de esta batalla, le envió al campo con orden de tomarse tiempo para decidir con valor el asunto y de una manera digna al nombre romano. Luego que llegaron al campo los cónsules, convocaron las tropas, las declararon las intenciones del Senado y las animaron a hacer su deber según lo pedía el caso. Emilio estaba tocado de lo mismo que profería. La mayor parte de su arenga se redujo a excusar las pérdidas anteriores, porque la memoria de éstas tenía aterrado al soldado y precisaba de quien le animase. Por eso procuró probar que si habían sido vencidos en los anteriores combates no era una ni dos, sino muchísimas las causas a que se podía atribuir un éxito semejante. Pero al presente les dijo: «Si sois hombres, no tenéis pretexto para no vencer al enemigo. En aquellos tiempos, ni los dos cónsules pelearon con las legiones unidas, ni se sirvieron de tropas veteranas, sino de bisoñas e inexpertas, y, sobre todo, llegó a tal extremo su ignorancia en punto a la situación del enemigo, que antes casi de haberle visto se hallaron formados al frente y empeñados en batallas decisivas. Díganlo los que murieron sobre el Trebia, que, llegados el día anterior de la Sicilia, al amanecer del siguiente estaban ya formados en batalla. Dígalo la jornada del Trasimenes, donde, no digo antes, pero ni aun en la acción misma se llegó a ver al enemigo, por la niebla que ocupaba la atmósfera. Pero al presente ocurre toda lo contrario. Estamos delante los dos cónsules de este año para tener parte con vosotros en los peligros. Hemos logrado de los del anterior el que permanezcan y nos acompañen. Vosotros estáis enterados de las armas del enemigo, de su formación y de su número. Habéis pasado ya casi dos años en diarios encuentros. Luego si a la sazón nos hallamos en circunstancias diversas

a las de los anteriores combates, razón será también que nos prometamos de éste un éxito diferente. A la verdad, será extraño, o, por mejor decir, imposible, que peleando tantos a tantos hayáis salido casi siempre vencedores en las refriegas particulares, y que en una batalla campal, superiores en más de la mitad, quedéis ahora vencidos. Y así, romanos, pues que están tomados todos los medios para la victoria, sólo os resta vuestra voluntad y deseo. Para esto no creo sea necesario excitaros con más razones. La exhortación se queda o para tropas mercenarias o para gentes que, en virtud de un tratado, tienen que tomar las armas por sus aliados, cuya situación en el combate mismo es la más dura, y después de él sólo les queda una leve esperanza de pasar a mejor fortuna. Pero para los que, como vosotros ahora, tienen que pelear, no por otros, sino por sí mismos, por su patria, por sus mujeres e hijos, y esperan de las resultas del presente peligro una condición totalmente diversa; está demás la arenga; basta sólo la advertencia, Y si no, ¿quién no apetecerá más vencer peleando y, si esto no es dable, morir antes con las armas en la mano, que vivir para ser testigo del ultraje y estrago del enemigo? Ea, pues, romanos, figuraos vosotros mismos, sin respeto a mis palabras, qué diferencia haya entre el vencer y ser vencidos, cuáles sean las consecuencias de uno y otro extremo, y con estas prevenciones entrad en la acción, como que en ella arriesga la patria, no la pérdida de las legiones, sino del imperio todo. Pero ¿a qué efecto las palabras? Si sois vencidos no tiene ya Roma con qué hacer frente al enemigo Toda su confianza, todo su poder, estriba en vosotros. Todas sus esperanzas, toda su salud, está refundido en vosotros. Haced vosotros que no quede ahora frustrada su expectativa, y recompensad a la patria lo que la debéis. Sepa el mundo entero que si habéis sufrido los anteriores reveses no ha sido porque cedáis en valor a los cartagineses, sino por la poca experiencia de los que entonces pelearon y accidentes que a la sazón sobre vinieron.» Dichas estas y otras parecidas razones para exhortarlos, Emilio despidió la junta.

Al día siguiente levantaron el campo los dos cónsules y condujeron el ejército a donde tenían aviso de que acampaba el enemigo. Dos días después llegaron y sentaron los reales a cincuenta estadios de

distancia de los cartagineses. Emilio, que advirtió lo llano y descampado de la comarca, no tuvo a bien empeñarse en una batalla con un enemigo superior en caballería, sino atraerle antes y conducirlo a tal terreno en que la infantería tuviese la mayor parte. Varrón por su impericia fue del sentir opuesto; de aquí la discordia y desunión entre los dos generales, cosa la más perniciosa. Al día siguiente, día en que mandaba Varrón (hay costumbre entre los cónsules romanos de turna en el mando por días), levantó el campo y avanzó, con ánimo de acercarse al enemigo, no obstante las protestas y prohibiciones de Emilio.

Aníbal le salió al encuentro con la infantería ligera y caballería, le alcanzó a tiempo que iba aún marchando, le atacó de improviso y le puso en gran desorden. Pero el cónsul, puestos al frente algunos legionarios, recibió el primer choque, envió después a la carga a los flecheros y la caballería, con lo que quedó por suya la refriega. La causa de esta ventaja fue no haber tenido los cartagineses apoyo que les auxiliase, y haber interpolado los romanos en su infantería ligera algunas cohortes de legionarios, que pelaron a un mismo tiempo. Llegada la noche, se separaron, no habiendo salido el intento a los cartagineses como habían pensado. Al día siguiente Emilio, que ni aprobaba el que se pelease, ni podía ya retirar su ejército sin peligro, acampó con los dos tercios de sus tropas sobre el Aufido, el único río que atraviesa el Apenino. Esta es una continuada cordillera de montañas, que separa todas las corrientes que riegan la Italia, unas hacia el mar de Toscana, y otras hacia el Adriático. Por medio de este monte atraviesa el Aufido, cuyo nacimiento se halla al lado del mar de Toscana, y desemboca en el Adriático. Con el tercio restante se atrincheró del otro lado del río, hacia el Oriente del sitio por donde había pasado, distante del otro campamento como diez estadios, y un poco más del de los contrarios. De esta forma se proponía cubrir los forrajeadores de sus dos campos, y estar a la mira sobre los de los cartagineses.

Entretanto Aníbal, viendo que las cosas habían llegado a términos de una batalla, temeroso de que el anterior descalabro no hubiese desanimado sus tropas, creyó que la ocasión pedía una arenga, y llamó a junta sus soldados. Una vez congregados: «Echad la vista, les dijo, por

todos esos alrededores, y decidme: caso que los dioses os concediesen la elección, ¿qué mayor dicha les podríais pedir en las actuales circunstancias que, infinitamente superiores en caballería a los contrarios, venir a una acción general en tal terreno?» Todos convinieron en que la proposición no admitía duda. «Ea, pues, continuó, dad gracias primero a los dioses, de que previniéndonos la victoria, han traído al enemigo a este sitio; y después a mí, porque los he puesto en precisión de combatir. Ya no pueden evitar el trance, no obstante las ventajas en que sin disputa los excedemos. Creo que al presente son del todo excusadas más exhortaciones para alentaros y animaros a la pelea. Esto tuvo lugar cuando no os habíais batido aún con los romanos, y entonces ya lo hice con muchas razones y ejemplos. Pera cuando todos sabéis que los habéis vencido consecutivamente en tres batallas campales, ¿qué arena más poderosa para excitaros al valor que vuestras propias expediciones? Los combates anteriores os han puesto en posesión de la campiña y todas sus riquezas. Esto fue lo que yo os prometí, y en todo os he cumplido la palabra. Pero la batalla presente va a decidir de las ciudades y efectos que éstas encierran. Si de ella salís vencedores, al instante toda la Italia será vuestra. Esta sola acción os va a libertar de todos los trabajos y, apoderados de la opulencia romana, a haceros dueños y señores de todo el mundo. Y así por demás están las palabras, cuando son menester las obras. Confío con la voluntad de los dioses que veréis satisfecho cuanto os he prometido.» Este discurso fue recibido con aplauso, y Aníbal, después de haber dicho estas y otras parecidas razones, alabó y aplaudió su buen deseo, y despidió la junta.

Al instante acampó y atrincheró sobre aquel lado del río donde se hallaba el mayor campamento de los enemigos. Al otro día, ordenó a todos estuviesen dispuestos y prevenidos. Al siguiente formó sus tropas sobre el río, dando claras pruebas del deseo que tenía de venir a las manos. Pero Emilio, a quien no acomodaba el terreno, y por otra parte veía que la escasez de mantenimientos pondría prontamente a los cartagineses en la necesidad de trasladar el campo, permaneció quieto, puestas buenas guarniciones a sus dos campos. Aníbal se mantuvo así por algún tiempo; pero no presentándosele nadie, volvió a retirar sus

tropas dentro de las trincheras, y destacó a los números contra los del pequeño campo, que salían a hacer agua. La caballería númera se acercó hasta el atrincheramiento mismo, y cortó la comunicación a los romanos con el río. Esto fue causa de que Varrón se enardeciese más y más, las tropas concibiesen un vivo deseo de combatir, y sufriesen con impaciencia las dilaciones. Pues no hay cosa más penosa a un hombre, una vez resuelto a pasar por cuanto le sobrevenga, que estar pendiente de la expectación de lo futuro.

CAPÍTULO XXXII

Sobresalto causado en Roma por la noticia de que estaban al frente los dos ejércitos.- Disposición de batalla de uno y otro campo.- Batalla de Cannas y victoria de los cartagineses.

Apenas llegó a Roma la noticia de que los dos ejércitos se hallaban al frente y que cada día se hacían escaramuzas, la ciudad se llenó de inquietud y sobresalto. Las frecuentes derrotas anteriores ponían en cuidado a todos del futuro, y la imaginación les presentaba y anticipaba las funestas consecuencias de la República, caso que fuesen vencidos. No se oía hablar sino de vaticinios. Todos los templos, todas las casas estaban llenas de presagios y prodigios, de que provenían votos, sacrificios, súplicas y ruegos a los dioses. Pues en las calamidades públicas los romanos se exceden en aplicar a los dioses y a los hombres, y en tales circunstancias nada reputan por indecente e indecoroso de cuanto conduzca a este objeto.

Lo mismo fue recibir Varrón el mando al día siguiente (217 años antes de J. C.), que mover sus tropas al rayar el día de los dos campos; y haciendo pasar el Aufido a los de su mayor campamento, al punto los formó en batalla. A éstos unió los del menor y los colocó sobre una línea recta, dándoles todo el frente hacia el Mediodía. La caballería romana cubría el ala derecha sobre el mismo río, y a continuación se prolongaba la infantería sobre la misma línea. Los batallones de la retaguardia estaban más densos que los de la vanguardia; pero las cohortes del frente tenían mucha más profundidad. La caballería auxiliar se hallaba colocada sobre el ala izquierda. Delante de todo el ejército estaban apostados los armados a la ligera. El total con los aliados ascendía a ochenta mil infantes, y poco más de seis mil caballos.

Entretanto Aníbal hizo pasar el Aufido a sus baleares y lanceros, y los puso al frente del ejército. Sacó del campamento el resto de sus tropas, las hizo pasar el río por dos partes y las opuso al enemigo. En la izquierda situó la caballería española y gala, apoyada sobre el mismo

río en contraposición de la romana; y a continuación la mitad de la infantería africana pesadamente armada. Seguían después los españoles y galos, con los que estaba unida la otra mitad de africanos. La caballería núnida cubría el ala derecha. Luego que hubo prolongado todo el ejército sobre una línea recta, tomó la mitad de las legiones españolas y galas y salió al frente, de suerte que las otras tropas de sus flancos se hallaban naturalmente sobre una línea recta, y él con las del centro formaba el convexo de una media luna, debilitado por sus extremos. Su propósito en esto era que los africanos sostuviesen a los españoles y galos, que habían de entrar primero en la acción.

Los africanos estaban armados a la romana. Aníbal los había adornado con los mejores despojos que había ganado en la batalla anterior. Los escudos de los españoles y galos eran de una misma forma; pero las espadas tenían una hechura diferente. Las de los españoles no eran menos aptas para herir de punta que de tajo; pero las de los galos servían únicamente para el tajo, y esto a cierta distancia. Estas tropas se hallaban alternativamente situadas por cohortes; los galos desnudos, y los españoles cubiertos con túnicas de lino de color de púrpura a la costumbre de su país, espectáculo que causó novedad y espanto a los romanos. El total de la caballería cartaginesa ascendía a diez mil, y el dela infantería a poco más de cuarenta mil hombres con los galos.

Emilio mandaba el ala derecha de los romanos, Varrón la izquierda, y los cónsules del año anterior Servilio y Atilio, ocupaban el centro. A la izquierda de los cartagineses estaba Asdrúbal, a la derecha Hannón, y en el cuerpo de batalla Aníbal, acompañado de Magón, su hermano. Como la formación de los romanos miraba hacia el Mediodía, según hemos dicho anteriormente, y la de los cartagineses al Septentrión, cuando salió el sol ni a unos ni a otros ofendían sus rayos.

La acción empezó por la infantería ligera, que estaba al frente, y de una y otra parte fueron iguales las ventajas. Pero desde que la caballería española y gala de la izquierda se hubo aproximado, los romanos se batieron con furor y como bárbaros. No peleaban según las leyes de su milicia, retrocediendo y volviendo a la carga, sino que una vez ve-

nidos a las manos, saltaban del caballo, y hombre a hombre medían sus fuerzas. Pero al fin vencieron los cartagineses. La mayor parte de romanos pereció en la refriega, no obstante haberse defendido con valor y esfuerzo; el resto, perseguido a lo largo del río, fue muerto y pasado a cuchillo sin piedad alguna. Entonces la infantería pesada ocupó el lugar de la ligera, y vino a las manos. Durante algún tiempo guardaron la formación los españoles y galos, y resistieron con valor a los romanos, pero arrollados con el peso de las legiones, cedieron y volvieron pies atrás, abandonando la media luna. Las cohortes romanas, con el anhelo de seguir el alcance, se abrieron paso por las líneas de los contrarios, tanto a menos costa, cuanto la formación de los galos tenía muy poco fondo, y ellos recibían de las alas frecuentes refuerzos en el centro, donde era lo vivo del combate. Pues sólo en el cuerpo de batalla, a causa de que los galos, formados a manera de media luna, sobresalían mucho más que las alas, y representaban el convexo al enemigo. Efectivamente, los romanos siguen y persiguen a éstos hasta el centro y cuerpo de batalla, donde se introducen tan adentro, que por ambos flancos se vieron cercados de la infantería africana pesadamente armada. En ese instante los cartagineses, unos por un cuarto de conversión de derecha a izquierda, otros por el movimiento contrario, arremeten con sus escudos y picas, y atacan por los costados a los contrarios, advirtiéndoles lo que habían de hacer el mismo lance. Esto era cabalmente lo que Aníbal se había imaginado; que los romanos, persiguiendo a los galos, serían cogidos en medio por los africanos. De allí adelante los romanos ya no pelearon en forma de falange, sino de hombre a hombre y por bandas, teniendo que hacer frente a los que les atacaban por los flancos.

Emilio, aunque desde el principio había estado en el ala derecha, y había intervenido en el choque de la caballería, se hallaba aún sin lesión alguna. Pero queriendo que las obras correspondiesen a lo que había dicho en la arena, y advirtiendo que en la infantería legionaria estribaba la decisión de la batalla, atraviesa a caballo las líneas, se incorpora a la acción, mata a cuantos se le ponen por delante, animando y estimulando a sus gentes. Aníbal, que desde el principio mandaba

esta parte del ejército, hacía lo mismo con los suyos. Los númidas del ala derecha que peleaban con la caballería romana de la izquierda, aunque por su particular modo de combatir, ni hicieron ni sufrieron daño de consecuencia; sin embargo, atacando al enemigo por todos lados, le tuvieron siempre ocupado y entretenido. Pero cuando Asdrúbal, derrotada la caballería romana de la derecha a excepción de muy pocos, llegó desde la izquierda al socorro de sus númidas; la caballería auxiliar de los romanos, presintiendo el ataque, volvió la espalda y echó a huir. Cuentan que Asdrúbal en esta ocasión hizo una acción sagaz y prudente. Viendo el gran número de los númidas, y la habilidad y vigor con que persiguen a los que una vez vuelven la espalda, los encargó el alcance de los que huían; y él, mientras marchó con el resto adonde era la acción, para dar socorro a los africanos. Efectivamente, carga por la espalda sobre las legiones romanas y las ataca sucesivamente por compañías en diferentes partes, con lo que a un tiempo anima a los africanos, y abate y aterra el espíritu de los romanos. Entonces fue cuando L. Emilio, cubierto de mortales heridas, perdió la vida en la misma batalla; personaje que, tanto en el resto de su vida como en este último trance, cumplió tan bien como otro con lo que debía a la patria. Entretanto los romanos peleaban y resistían, haciendo frente por todos lados a los que los rodeaban; pero muertos los que se hallaban en la circunferencia, y por consiguiente encerrados en más corto espacio, fueron al fin pasados todos a cuchillo. Del número de éstos fueron los cónsules del año anterior, Atilio y Servilio, varones de probidad y que durante la acción dieron pruebas del valor romano. En el transcurso de la batalla, los númidas siguieron el alcance de la caballería que huía. De ésta los más fueron muertos, otros despeñados por los caballos, y unos cuantos se refugiaron en Venusia, entre los que estaba Varrón, cónsul romano, hombre de un corazón depravado, cuyo mando fue a su patria tan ruinoso.

CAPÍTULO XXXIII

Número de muertos y prisioneros sufridos por ambos bandos.- Consecuencia que de la batalla de Cannas se siguieron a una y otra república.

Así fue el éxito de la batalla de Cannas entre romanos y cartagineses, batalla donde se hallaron los hombres más valerosos, tanto de los vencedores como de los vencidos. Los mismos hechos son la prueba más clara de esta verdad. Porque de seis mil caballos, setenta solos se acogieron con Varrón en Venusia, y trescientos de los aliados que dispersos se salvaron en diferentes ciudades. De la infantería se hicieron diez mil prisioneros; pero éstos no asistieron a la refriega. Delo que es la batalla, únicamente escaparon alrededor de tres mil a las ciudades inmediatas; todos los demás, en número de setenta mil, quedaron con valor sobre el campo. Los cartagineses, tanto en este como en los anteriores combates, debieron la principal parte de la victoria al número de su caballería, y dieron un claro testimonio a la posteridad, de que en tiempo de guerra vale más tener una mitad menos de infantería y ser superior en caballería, que tener en todo iguales fuerzas a su contrario. Aníbal perdió hasta cuatro mil galos, mil quinientos españoles y africanos, y doscientos caballos.

La causa de haber sido hechos prisioneros los romanos que estaban fuera de la batalla, fue esta. Emilio había dejado en su campo diez mil hombres de a pie, con el fin de que si Aníbal, abandonando el campamento, sacaba fuera toda su gente, este cuerpo en el transcurso de la acción atacase y se apoderase del bagaje del enemigo; y si por el contrario, previendo el lance, dejaba una guarnición competente, hubiese estos menos contra quien combatir. El modo de cogerlos fue como se sigue. No obstante la buena defensa que Aníbal había dejado en su campo, apenas se dio principio a la acción, los romanos, según la orden, marcharon a sitiar a los que habían quedado en el real de los cartagineses. Éstos por el pronto se defendieron; pero ya iban a ceder,

cuando Aníbal, concluida enteramente la batalla, viene a su socorro, pone en huida a los romanos, los cierra dentro de su propio campo mata dos mil y hace a los restantes prisioneros. Igual suerte tuvieron dos mil caballos que habían emprendido huida y se habían refugiado en las fortalezas de la comarca, pues cercados por los númeridos, fueron traídos prisioneros.

Ganada la batalla del modo mencionado, los negocios tomaron un rumbo consiguiente a la expectación de unos y otros. Los cartagineses con esta victoria se apoderaron al instante de casi todo el resto de Italia, llamada *Antigua y Gran Grecia*. Los tarentinos se entregaron sin tardanza, los argiripanos y algunos capuanos llamaron a Aníbal; todos los demás se inclinaban ya al partido de los cartagineses, en la bien fundada esperanza de que éstos tomarían a la misma Roma por asalto. Los romanos, por el contrario, desesperaron con esta pérdida poder retener un punto el imperio de Italia. Se hallaban sumamente inquietos y cuidadosos, ya de sus personas, ya de su patrio suelo, esperando por instantes la llegada del mismo Aníbal. La fortuna misma parece que quiso coadyuvar y poner el colmo a sus desdichas; pues pocos días después, cuando el terror ocupaba aún la ciudad, vino la nueva de que el pretor enviado a la Galia había caído inesperadamente en una emboscada, y que todo el ejército había sido pasado a cuchillo por los galos. Pero el Senado nada omitió por eso de cuanto podía convenir. Animó al pueblo, puso en seguro la ciudad, y deliberó sobre el estado presente con presencia de ánimo, como se vio por los efectos. Pues a pesar de que los romanos quedaron entonces vencidos sin disputa, y obligados a renunciar a la gloria de las armas; no obstante la particular constitución de su gobierno y las sabias providencias del Senado los recobró no sólo el imperio de Italia, vencidos los cartagineses, sino que los hizo poco después dueños de todo el mundo. Ve aquí por qué después de haber referido las guerras de España e Italia, que comprende la olimpiada ciento cuarenta, pondremos fin a este libro con estos hechos. Y cuando hayamos llegado hasta esta época, con la relación de lo que ha pasado en la Grecia durante la misma olimpiada, entonces procuraremos tratar de intento del gobierno romano; con el pensamiento de

que esta materia será, no sólo sumamente útil a los estudiosos y políticos para componer historias, sino para reformar y establecer gobiernos.

LIBRO CUARTO

CAPÍTULO PRIMERO

Recapitulación.- Puntos de referencia establecidos por el autor para entrar en la historia de los griegos.

Quedaron expuestas en el libro precedente las causas de que se originó la segunda guerra púnica entre romanos y cartagineses (220 años antes de J.C.); manifestamos la entrada de Aníbal en Italia; y a más, recorrimos los combates que tuvieron lugar entre unos y otros, hasta aquella batalla que se dio a las márgenes del Aufido, junto a la ciudad de Cannas. Ahora haremos mención de lo que sucedió en la Grecia por el mismo tiempo, esto es, en el transcurso de la olimpiada ciento cuarenta. Pero antes recordaremos brevemente lo que en el libro segundo, como preámbulo de esta obra, se dijo de los griegos, y especialmente de la nación Aquea, por haber tomado esta república un maravilloso incremento, tanto en los tiempos pasados como en los presentes.

Dimos principio por Tisamenes, uno de los hijos de Orestes, y dijimos que los aqueos habían sido gobernados por reyes de esta línea hasta Ogiges; pero que habiendo adoptado después el más bello sistema de gobierno democrático, al instante los habían dispersado por las ciudades y aldeas los reyes de Macedonia. A consecuencia de esto expusimos cómo volvieron otra vez a confederarse, y cuándo y quiénes fueron los autores de esta decisión. Manifestamos asimismo de qué medios y auxilios se valieron para atraer a la liga las ciudades, y estimular a todos los peloponesios a tomar un mismo nombre y gobierno. Después de haber hablado en general de este proyecto, y haber tocado brevemente los hechos particulares, proseguimos la narración hasta el tiempo en que Cleomenes, rey de Lacedemonia, fue destronado. Por último, hecha una sucinta relación de lo que comprende nuestro preámbulo, hasta la muerte de Antígono, Seleuco y Ptolomeo, reyes

que todos murieron hacia el mismo tiempo; resta que, atento a nuestra promesa, demos principio a la historia por las acciones que a éstas se siguieron.

Creo ser esta la más bella época de mi historia. Lo primero, porque aquí finaliza la obra de Arato, y lo que me propongo decir en adelante de los griegos no será sino una consecuencia; lo segundo, porque los tiempos siguientes y los de nuestra historia tienen entre sí tal conexión, que o los hemos visto nosotros, o los han alcanzado nuestros padres. De aquí proviene que lo que adelante se dirá, o lo hemos presenciado nosotros mismos, o lo sabemos de testigos oculares. Y a la verdad, tomar el agua de más arriba, de suerte que escribamos por oídas lo que otros saben de oídas, no me parece seguro, ni para formar idea, ni para resolver con acierto. Pero sobre todo, hemos dado principio desde esta data, porque en ella como que la fortuna hizo mudar de semblante a toda la haz de la tierra.

Efectivamente, Filipo, hijo de Demetrio, aunque niño, ocupó el trono de Macedonia; Aqueo, dueño del país de parte acá del monte Tauro, obtuvo, no sólo la majestad, sino el poder regio; Antíoco, llamado el Grande, fallecido poco antes su hermano Seleuco, sucedió en su más tierna edad en el reino de Siria; Ariarates reinó en Capadocia; Ptolomeo Filopator se apoderó del Egipto; Licurgo fue hecho rey de Lacedemonia; y los cartagineses, en fin, acababan de elegir a Aníbal por su jefe para las empresas que hemos dicho. Tal mudanza en los estados, por precisión había de producir novedades. Esto es muy natural y forzoso que ocurra, como en efecto se verificó entonces. Los romanos y cartagineses promovieron la guerra de que hemos hablado; al mismo tiempo Antíoco y Ptolomeo disputaron entre sí la Cæle-Siria; los aqueos y Filipo pelearon contra los etolios y lacedemonios por los motivos siguientes.

CAPÍTULO II

Carácter del pueblo etolio. - Sus motivos para hacer la guerra a los messenios.

Hacía ya mucho tiempo que los etolios padecían con impaciencia la paz y el mantenerse a su costa. Estaban acostumbrados a vivir a expensas de sus vecinos. Su natural arrogancia les había constituido en la precisión de muchos gastos, y esclavos de esta pasión, codiciaban siempre lo ajeno, mantenían una vida feroz, no reconocían amigo, y reputaban a todos por enemigos. En los tiempos anteriores, mientras vivió Antígono, los había contenido el respeto a los macedonios; pero después que éste falleció y dejó por sucesor al joven Filipo, llenos de desprecio por su persona, buscaron ocasiones y pretextos para mezclarse en los asuntos del Peloponeso, y arrastrados, según su inveterada costumbre, del deseo de saquear esta provincia, se creyeron con mayor derecho para hacer la guerra a los aqueos. En este pensamiento estaban, cuando contribuyendo algún tanto el acaso a sus propósitos, se valieron de este pretexto para el rompimiento.

Dorimaco Triconense, hijo de aquel Nicostrates que violó la asamblea general de los beocios, joven intrépido y codicioso, como buen etolio, fue enviado de parte de su república a Figalea, ciudad del Peloponeso, situada en los confines de los messenios, y confederada a la sazón con los etolios, con el fin, en apariencia, de defender la ciudad y el país, pero en realidad con el de espiar lo que pasaba en el Peloponeso. Durante su estancia acudieron a Figalea muchos piratas, y sin arbitrio para proporcionarles algún botín con justa causa, por durar aún entonces la paz general de la Grecia ajustada por Antígono; finalmente, faltar de recurso, les permitió robar los ganados de los messenios, que eran sus amigos y aliados. Al principio robaron sólo los rebaños que había en las fronteras, pero después, pasando adelante la insolencia, emprendieron saquear las alquerías de la campiña, asaltándolas de noche y cuando menos se pensaba. Los messenios llevaron muy a mal

estos procedimientos, y enviaron legados a Dorimaco. Éste al principio no hizo caso. Tenía interés en que se enriqueciesen las tropas de su mando, y enriquecerse él mismo con la parte que tenía en los despojos. Repetidas las instancias de los diputados por la frecuencia de excesos, respondió que iría a Messena y satisfaría las quejas contra los etolios. Efectivamente fue, acudieron a él los agraviados; pero o se burló de ellos con mofas, o los insultó y amenazó con escarnios.

Una noche que se hallaba él aún en Messena, los piratas se aproximaron a la ciudad, y aplicadas las escalas, asaltaron el cortijo de Chirón, degollaron a los que se resistieron, maniataron los restantes criados y se llevaron consigo los ganados. Hasta ese momento los eforos habían padecido, aunque con dolor, estos excesos y la llegada de Dorimaco; pero entonces, creyendo que ya pasaba a desprecio, le citaron ante la asamblea de los magistrados. Era a la sazón Eforo de los messenios Scirón, personaje de probada conducta entre sus ciudadanos. Éste fue de parecer que no se dejase salir de la ciudad a Dorimaco sin que resarciese todos los daños a los messenios, y entregase los autores de tantas muertes para expiar sus delitos. Aprobado unánimemente el parecer de Scirón como tan justo, Dorimaco irritado les dijo: «Sois demasiado necios si creéis que este insulto es a mí y no a la república de los etolios; la acción, a mi ver, es muy indigna para que deje de atraeros un público castigo, que os estará bien merecido.»

Había a la sazón en Messena un hombre malvado, sacrificado del todo a las miras de Dorimaco, por nombre Babirtas, quien si se ponía la gorra y vestido de Dorimaco, no era fácil distinguirlo: tanta era la uniformidad de voz, y demás partes del cuerpo que había entre los dos. No ignoraba esto Dorimaco. Éste, tratando con imperio y altanería a los messenios, Scirón montado en cólera, «¿juzgas acaso, Babirtas, le dijo, que haremos caso de ti ni de tus amenazas?» Estas palabras bastaron para que Dorimaco cediese al instante a la necesidad, y permitiese a los messenios tomar venganza de todos los excesos cometidos. Vuelto a la Etolia, le pareció tan cruel y áspero el dicho de Scirón, que sin otro justo motivo, sólo por esto suscitó la guerra a los messenios.

CAPÍTULO III

*Discurso de Dorimaco para animar a los etolios hacia la guerra.-
Declaración de ésta.- Primera campaña.*

Por entonces (221 años antes de J. C.) era pretor de los etolios Aristón, quien por ciertos achaques corporales que le inhabilitaban para el servicio de la guerra, y por el parentesco que le unía a Dorimaco y Scopas, cedió en cierto modo todo el mando en el primero. Dorimaco no osaba persuadir en público a los etolios para la guerra contra los messenios. No tenía pretexto alguno que mereciese la pena; por el contrario, sabían todos que la infidelidad y el desprecio recibido de Scirón le estimulaban a este rompimiento. Y así, desechado este medio, inducía en secreto a Scopas a que le acompañase a la empresa contra los messenios. Para esto le manifestaba que no había que temer de parte de los macedonios por la temprana edad de su rey Filipo, que a la sazón no pasaba de diecisiete años. Agregaba la enajenación de ánimos que había entre lacedemonios y messenios. Le traía a la memoria la benevolencia y alianza de los eleos con los etolios, de donde deducía que podrían hacer una irrupción sin peligro en la Messenia. Pero lo más capaz de hacer impresión sobre un etolio, era que le ponía a la vista el rico botín que sacarían de la Messenia, país desapercibido, y el único en el Peloponeso que no había experimentado en tiempo de Cleomenes los rigores de la guerra. Sobre todo le ponderaba el afecto que se granjearían de todo el pueblo etolio; que si los aqueos les impedían el paso, no tendrían de qué quejarse si se lo abrían por fuerza; y si se estaban quietos, no pondrían obstáculo a sus designios; finalmente, que no faltaría pretexto contra los messenios, quienes ya anteriormente habían hecho la injusticia de prometer el favor de sus armas a los aqueos y macedonios.

Dichas estas y otras parecidas razones al mismo intento, infundió tal ardor en Scopas y en sus amigos, que sin esperar la asamblea general del pueblo, sin consultar con los senadores, y sin ejecutar cosa de

las que requería el caso, aconsejados sólo de su pasión y capricho, declararon la guerra a un tiempo a los messenios, epirotas, aqueos, acarnanios y macedonios. Sin dilación destacaron por mar a los piratas, quienes, encontrando junto a Cithera un navío del rey de Macedonia, le condujeron a la Etolia con toda la tripulación, y vendieron los pilotos, la marinería y la nave misma. Talaron la costa del Epiro, sirviéndose para tanta maldad de los navíos de los cefalenios; intentaron apoderarse de Thireo, ciudad de la Acarnania; enviaron espías encubiertos por el Peloponeso, y tomaron en el centro del país de los megalopolitanos el castillo de Clarió, de que se sirvieron para vender los despojos y guardar lo que robaban. Aunque en pocos días fue forzada esta fortaleza por Timojeno, pretor de los aqueos, acompañado de Taurión, a quien Antígono había dejado en el Peloponeso para velar sobre los intereses de los reyes de Macedonia. Pues a pesar de que el rey Antígono, con permiso de los aqueos, se había apoderado de Corinto en tiempo de Cleomenes; no obstante, habiendo tomado por fuerza a Orcomeno, lejos de restituirla a los aqueos, la había retenido para sí; con el propósito, a mi modo de entender, de ser dueño no sólo de la entrada del Peloponeso, sino de tener a cubierto el país mediterráneo, por medio de la guarnición y pertrechos que tenía en esta plaza.

Dorimaco y Scopas, habiendo observado la ocasión, en que faltase poco tiempo a Timojeno para concluir la pretura, y en que Arato, elegido sucesor para el año siguiente por los aqueos no hubiese entrado aún en el cargo, congregaron en Ríó todo el pueblo etolio; y después de haber preparado pontones, y equipado los navíos de los cefalenios, trasladaron estas tropas al Peloponeso y avanzaron hacia Messena. Durante la marcha por el país de los patrenses, fareos y tritaios, aparentaron no querer hacer agravio a los aqueos; pero no pudiendo absterse el soldado de la codicia del despojo, atravesaron talando y destruyendo todo hasta llegar a Figalea. Hecha esta irrupción, se arrojaron de improviso y con insolencia sobre los campos de los messenios, sin tener la menor consideración a la amistad y alianza que de tiempos antiguos mediaba con este pueblo, ni al derecho común establecido entre las gentes. Sobre todos estos respetos prevaleció la codi-

cia; talaron impunemente el país, sin atreverse los messenios a salirles al paso.

CAPÍTULO IV

Arato toma el mando de las tropas aqueas.- Semblanza de este ilustre pretor.

Llegado que fue el tiempo legítimo de su asamblea (221 años antes de J. C.), los aqueos concurren a Egio. Luego de formado el consejo, los patrenses y fareos expusieron los perjuicios que había sufrido su país con el paso de los etolios. Los messenios acudieron por sus diputados, y pidieron igualmente que se les amparase contra la injusticia y perfidia de estas gentes. Escuchadas estas representaciones, los aqueos se condolieron de los patrenses y fareos, y tuvieron compasión del infortunio de los massenios. Pero sobre todo, lo que más les llegó al alma, fue el que los etolios, sin haberles concedido ninguno licencia para el paso, ni haber intentado siquiera el prohibírselo, se hubiesen atrevido a penetrar con ejército en la Acaia contra el tenor de los tratados. Irritados con todos estos motivos, decretaron socorrer a los messenios; y una vez puestos sobre las armas los aqueos por su pretor, lo que pareciese conveniente a los miembros de la asamblea, aquello se tuviese por valedero. Timojeno, a quien duraba aún el tiempo de la pretura, como que tenía poca confianza en los aqueos, gentes que en aquella era habían mirado con descuido el ejercicio de las armas, rehusaba encargarse de la expedición y del alistamiento de las tropas. Efectivamente, después de la caída de Cleomenes, rey de Esparta, los peloponesios, cansados con las guerras anteriores, y fiados en la tranquilidad presente, habían abandonado todo lo concerniente a la guerra. Pero Arato, conolido e irritado con la insolencia de los etolios, manejaba con más ardor el asunto, como que ya de antaño provenía la enemistad con estas gentes. Por lo cual procuró poner cuanto antes sobre las armas a los aqueos, resuelto a venir a las manos con los etolios. Finalmente, habiendo recibido de Timojeno el sello público cinco días antes del tiempo acostumbrado, escribió a las ciudades para que congregasen en Megalópolis con sus armas a todos los de edad com-

petente. Pero me parece del caso anticipar una breve noticia del raro talento de este pretor.

Tenía Arato, entre otras dotes, el de ser un perfecto estadista. Poseía el talento de la palabra, el del ingenio y el del siglo. En calmar disensiones civiles, granjearse amigos y adquirirse aliados, no tenía igual. En hallar trazas, artificios y asechanzas contra un enemigo, y éstas llevarlas a debido efecto a costa de fatigas y constancia, era el más astuto. De esto se pudieran dar muchos claros testimonios, pero los más sobresalientes se ven particularmente en la toma de Sicione y Mantinea, en el desalojamiento de los etolios de la ciudad de Pelene, y sobre todo, en la astucia con que sorprendió el Acrocorinto. Pero este mismo Arato, puesto en campaña al frente de un ejército, era tardo en el consejo, apocado en la resolución e incapaz de esperar sin moción la apariencia de un peligro. Por eso, aunque llenó el Peloponeso de sus trofeos, con todo, casi siempre fue despojo de sus contrarios por este pero. Así es que entre los hombres existe no sólo cierta diversidad en los cuerpos, sino aun más en los espíritus; de forma que un mismo hombre ya es apto, ya inepto, no digo para diversas funciones, sino aun para algunas de la misma especie. Vemos muchas veces a uno mismo ser ingenioso y estúpido, igualmente que a otro intrépido y tímido. Ni son estas paradojas; son sí verdades comunes y notorias a los que quieren reflexionar. Vemos unos ser animosos en las cacerías para pelear con las fieras, y estos mismos ser cobardes en la guerra y a la vista del enemigo. Tal es expedito y astuto para el ministerio militar cuando el combate es particular y de hombre a hombre, pero en uno general y formado con otros es de ningún provecho. La caballería thesálica, por ejemplo, situada por escuadrones en batalla ordenada, es irresistible; pero fuera de aquí, para luchar de hombre a hombre, cuando el tiempo y la ocasión lo requieren, es inútil y pesada. A los etolios sucede todo lo contrario. Los cretenses, bien sea por mar, bien por tierra, si se trata de emboscadas, ladronicios, sorpresas del enemigo, ataques nocturnos, y cuanto requiera dolo en una acción particular, son intolerables; pero en batalla campal y al frente del enemigo son cobardes y apocados de espíritu. Los aqueos y macedonios al contrario. Hemos apuntado estas

reflexiones para que los lectores no extrañen al escuchar si alguna vez de unas mismas personas proferimos juicios diversos sobre institutos entre sí semejantes.

CAPÍTULO V

La batalla de Cafias.

Reunidos (221 años antes de J. C.) en Megalópolis- aquí fue donde interrumpimos el hilo de la narración- todos los de edad competente para llevar las armas, según se había resuelto en la asamblea aquea; los messenios se presentaron por segunda vez, rogando no abandonasen a unas gentes a quienes tan abiertamente se les había faltado a los pactos. Deseaban entrar a la parte en la liga común, e insistían en que se les alistase con los demás; pero los jefes aqueos no aceptaron su alianza, manifestando que no podían recibir pueblo alguno sin el consentimiento de Filipo y demás aliados. Subsistía aún la alianza jurada que Antígono había hecho en tiempo de Cleomenes entre los aqueos, epirotas, focenses, macedonios, beocios, arcadios y thesalos. Sin embargo, prometieron que saldrían a campaña y les socorrerían, con tal que los presentes pusiesen en rehenes sus hijos en Lacedemonia, para resguardo de que jamás se reconciliarían con los etolios sin la voluntad de los aqueos. Armaron también sus gentes los lacedemonios según el tenor de la alianza, y acamparon en las fronteras de los megalopolitanos, más como tropas subsidiarias y espectadoras que como aliadas.

Arato, evacuado que hubo de este modo el asunto de los messenios, envió diputados para instruir a los etolios de lo resuelto, exhortarles a que saliesen del país de los messenios, y no tocasen en la Acaia; o de lo contrario, trataría como enemigos a los contraventores. Scopas y Dorimaco, apenas recibieron esta noticia, y supieron que los aqueos se habían reunido, pensaron les tenía cuenta obedecer sus órdenes. Sin dilación despacharon correos a Cilene, y a Aristón, pretor de los etolios, para que les enviasen cuanto antes a la isla de Fliades los barcos de carga que tuviesen. Ellos, dos días después, levantaron el campo llevando por delante el botín, y dirigieron su ruta hacia el país de los eleos, con quienes siempre habían tenido amistad, y de cuya conexión se habían valido para robar y saquear el Peloponeso.

Arato, tras de haberse detenido dos días y haber fiado neciamente en que los etolios se retirarían a su patria, como lo habían dado a entender, licenció todos los aqueos y lacedemonios para sus casas, y reteniendo solos tres mil infantes, trescientos caballos y las tropas que mandaba Taurión, avanzó hacia Patras, contentándose con ir flanqueando a los etolios. Dorimaco, informado de que Arato le seguía de cerca y permanecía armado, llegó a temer por una parte que no le atacase mientras se estaba embarcando, pero como por otra deseaba con ansia provocar la guerra, envió el botín a los navíos bajo una escolta suficiente y apta para su transporte, con orden de conducirlo hasta Río, ya que desde allí se habían de hacer a la vela. Él al principio marchó escoltando la comitiva del botín pero a poco tiempo torció el camino y se dirigió hacia Olimpia. Con el aviso que tuvo de que Taurión y Arato acampaban con sus tropas en torno a Clitoria, seguro que era imposible pasar por el Río sin exponerse al trance de una batalla, creyó convenía a sus intereses venir cuanto antes a las manos con Arato, que a sazón tenía poca gente y no esperaba tal fracaso; con el pensamiento de que, si lograba vencerle, talaría el país y partiría de Río sin peligro, mientras que Arato cuidaba y deliberaba reunir por segunda vez a los aqueos; y si, atemorizado éste, se retiraba y rehusaba el combate, dispondría su partida sin riesgo cuando más bien le pareciese. Ocupado en estos propósitos, emprendió su marcha y acampó alrededor de Methidrio en el país de los megalopolitanos.

Los jefes aqueos que supieron la llegada de los etolios, consultaron tan mal sus intereses, que llegó hasta lo sumo la necesidad. Vueltos de Clitoria, sentaron sus reales alrededor de Cafias; y cuando pasaban los etolios desde Methidrio por delante de Orcomeno, sacaron sus tropas, y las ordenaron en batalla en las llanuras de Cafias, poniendo por barrera el río que por allí pasa. Los etolios, ya por las dificultades que mediaban (había a más del río muchos fosos difíciles de vencer), ya por la buena disposición que aparentaban los aqueos para la batalla, temieron venir a las manos según su primer propósito, y marcharon en buen orden por aquellas eminencias hasta Oligirto, dándose por muy contentos si nadie los inquietaba ni precisaba a arriesgar un trance. Ya

la vanguardia de los etolios había llegado a las eminencias, y la caballería que cerraba la retaguardia, atravesando el llano, tocaba con el pie de la montaña llamada Propo, cuando Arato destaca la caballería e infantería ligera al mando de Epistrato Acarnanio, con orden de picar la retaguardia y tentar a los contrarios. Efectivamente, caso de arriesgar un trance, de ningún modo convenía venir a las manos con la retaguardia, cuando ya el enemigo había atravesado las llanuras, sino atacar la vanguardia, al punto que ésta hubiese penetrado en el llano. De esta forma, todo el combate hubiera sido en terreno llano y descampado; donde habrían sido sin duda incomodados los etolios por la clase de sus armas y orden de batalla, y los aqueos por las disposiciones contrarias hubieran tenido la prepotencia y la ventaja. Pero por el contrario, no supieron aprovecharse del terreno ni de la ocasión, y entraron en la lid cuando todo era favorable al enemigo. Consiguientemente el éxito del combate correspondió a los principios. No bien se había comenzado por los armados a la ligera, cuando la caballería etolia se acogió sin perder el orden al pie de la montaña, con el anhelo de incorporarse con su infantería. Arato, sin ver bien lo que ocurría, ni inferir justamente las resultas, luego que advirtió que se retiraba la caballería, en el entender de que volvía la espalda, destaca de sus alas la infantería pesada, con orden de socorrer e incorporarse con la ligera. Él, mientras, hizo tornar corriendo y con precipitación el ejército sobre una de las alas. Lo mismo fue atravesar el llano la caballería etolia y unirse con la infantería, que apoyada del pie de la montaña hacer alto, exhortar a la infantería a que se colocase sobre sus costados, y a sus voces acudir prontamente al socorro todos los que iban aún andando. Cuando ya creyeron que eran los bastantes, se vuelven, acometen las primeras líneas de la caballería e infantería ligera de los aqueos; y como eran más en número y atacaban desde lo alto no obstante la obstinada resistencia, al cabo hacen emprender la huida a los que entraron en la acción. En el hecho mismo de volver éstos la espalda, los pesadamente armados que venían andando a su socorro sin orden y descompuestos, unos sin saber lo que pasaba, otros chocando de frente con los que se retiraban, fueron forzados a huir y a seguir su ejemplo. De aquí provi-

no que en la acción sólo quedaron sobre el campo quinientos hombres, cuando eran más de dos mil los que iban huyendo. Pero advertidos los etolios por el lance mismo de lo que debían hacer, siguieron el alcance con grande y descompasada algazara. Mientras los aqueos se iban retirando hacia los pesadamente armados, en la inteligencia de encontrarlos en puesto seguro según la formación que habían tomado al principio, su huida era honesta y provechosa; pero apenas advirtieron que éstos habían desamparado sus fortificaciones y que se hallaban a larga distancia y des-mandados, unos al instante se dispersaron y refugiaron sin orden en las ciudades inmediatas, otros, encontrándose de frente con la falange que venía a su socorro, su propio miedo sin necesidad de enemigos les forzó a tomar una huida precipitada y acogerse en las ciudades circunvecinas. Orcomeno y Cafias, pueblos inmediatos, sirvieron de asilo a muchos. Sin este auxilio acaso hubieran perecido todos sin remedio. Tal fue el éxito de la batalla que se dio en las cercanías de Cafias.

CAPÍTULO VI

Cargos formulados por los aqueos contra Arato, y justificación de éste.- Resolución de la Asamblea aquea.- Proyecto ridículo del pueblo etolio.

Apenas conocieron los megalopolitanos que los etolios se habían acampado en torno a Methidrio, convocado el pueblo al son de trompeta, llegaron al socorro el día después de la batalla; y cuando creían que, vivos aún sus compañeros, podrían batir a los enemigos, se vieron en la necesidad de haber de dar sepultura a los que habían muerto. Efectivamente, cavaron un hoyo en las llanuras de Cafias, y amontonados los cadáveres, hicieron las exequias con todo honor a aquellos infelices. Los etolios, alcanzada una victoria tan inesperada por medio de su caballería e infantería ligera, cruzaron después con toda seguridad por medio del Peloponeso. En esta marcha intentaron tomar la ciudad de Pelene, arrasaron los campos de Sicione y finalmente hicieron su salida por el istmo. Tal fue la causa y motivo de la guerra social: el principio provino del decreto que todos los aliados reunidos en Corinto redactaron después siendo autor de la decisión el rey Filipo.

Pocos días después, reunido el pueblo aqueo en la asamblea acostumbrada, todos en general y en particular reprendieron amargamente a Arato de haber sido causa sin discusión de la derrota precedente. Pero lo que más irritó y exasperó al pueblo fueron los cargos que le hicieron los de la facción contraria, y las claras pruebas que de ellos daban. Sentaban por primer yerro clásico, el que antes de tener en propiedad la pretura, y en el tiempo de su predecesor, se hubiese encargado de tales empresas, que por una repetida experiencia sabía se le habían malogrado: el segundo cargo, más grave aún que el precedente, era el haber licenciado los aqueos, cuando permanecían todavía los etolios en el centro del Peloponeso, y por otra parte se podía presumir que Scopas y Dorimaco no pensaban más que en turbar el estado presente y suscitar una guerra el tercero era el haber venido a las manos,

teniendo tan poca gente, y sin necesidad alguna que le forzase cuando podía haberse refugiado sin peligro en las ciudades próximas, reunir los aqueos, y atacar entonces al enemigo, si lo creía del todo conveniente; el último y mayor de todos era que ya que se propuso pelear se había portado con tan poca prudencia y cautela en el lance, que sin aprovecharse del terreno llano, ni valerse de la infantería pesada, con solo la ligera había dado la batalla a los etolios al pie de una montaña cosa que no podía serles más ventajosa ni acomodada.

Esto no obstante, lo mismo fue presentarse Arato y recordar los servicios y acciones hechas anteriormente a la República; dar satisfacción a los reparos ya que no habían provenido por su culpa; pedir perdón, si alguna omisión había tenido en aquella jornada; y en una palabra, rogar se examinase sin pasión y con humanidad el asunto; se advirtió tan repentino y generoso arrepentimiento en el pueblo, que se irritó sobre manera contra los del bando opuesto que le acusaban, y en adelante siguió en un todo el consejo de este pretor. Todo esto ocurrió en la olimpiada anterior; lo que se sigue, pertenece a la olimpiada ciento cuarenta.

La decisión de los aqueos fue que se enviasen diputados a los epirotas, beocios, focenses, acarnanios y Filipo, para que conociesen cómo los etolios, contra el tenor de los tratados, habían penetrado ya dos veces de mano armada en la Acaia, e implorasen su socorro en virtud del convenio; que tuviesen a bien admitir a los messenios en la alianza; que el pretor elegiría entre los aqueos cinco mil infantes y quinientos caballos; que socorrería a los messenios, caso que los etolios atacasen su país; y que, en fin, arreglaría con los lacedemonios y messenios el número de caballería e infantería que unos y otros habían de suministrar para las públicas urgencias. Tomadas estas providencias, los aqueos sufrieron con constancia el revés que les acababa de ocurrir, y no desampararon a los messenios, ni el proyecto que habían abrazado. Los comisionados para estas embajadas cumplieron con su encargo. Arato alistó la tropa aquea que prevenía el decreto, los lacedemonios y messenios convinieron en contribuir cada uno con dos mil quinientos infantes y doscientos cincuenta caballeros; de forma que para cualquier

ra urgencia que pudiese suceder, había un ejército de diez mil infantes y mil caballos.

Los etolios, llegado que fue el tiempo legítimo de la asamblea, reunidos tomaron la depravada decisión de hacer paces con los lacedemonios, messenios y demás aliados para sustraerlos y separarlos de la amistad de los aqueos, y con éstos concertar un tratado, caso que se apartasen de la alianza de los messenios, o cuando no, declararles la guerra. El proyecto era el más ridículo del mundo; pues siendo a un mismo tiempo aliados de los aqueos y messenios, si éstos vivían en amistad y concordia entre sí, declaraban la guerra a los aqueos; y si eran enemigos, hacían la paz separadamente con los messenios: proyecto a la verdad tan extraño, que jamás se le ocurrió a ningún hombre iniquidad semejante.

Los epirotas y el rey Filipo, habiendo escuchado a los diputados, admitieron en la alianza a los messenios; y aunque de momento se ofendieron de los excesos cometidos por los etolios, duró poco su sorpresa, por no ser extraordinarias, antes sí muy comunes tales perfidias entre estas gentes. Efectivamente, su cólera no pasó adelante, y decidieron concertar la paz con este pueblo: tan cierto como esto es que más bien alcanza perdón una injuria frecuente y continuada, que una maldad rara y extraordinaria.

Los etolios, acostumbrados a este género de vida, eran unos perpetuos ladrones de la Grecia; infestaban los pueblos sin declararles la guerra, y ni aun se dignaban dar satisfacción a las quejas, por el contrario, si alguno les reconvenía de lo que habían hecho o pensaban hacer, no sacaba otra respuesta que la mofa. Los lacedemonios, no obstante de que acababan de recobrar la libertad por la munificencia de Antígono y de los aqueos, y el reconocimiento les obligaba a no dar paso en contra de los macedonios ni de Filipo, con todo, despacharon por debajo de cuerda diputados a los etolios, y contrajeron con ellos una amistad y alianza secreta. Ya se hallaba alistada la juventud aquea, y los lacedemonios y messenios se habían convenido en el socorro, cuando Scerdilaidas y Demetrio de Faros salieron de la Iliria con noventa bergantines, y pasaron de parte allá del Liso, contra el tratado

concertado con los romanos. Al principio abordaron a Pila y aunque intentaron tomarla, no dio resultado. Después, Demetrio con cincuenta bergantines marchó contra las Ciclades, y bloqueando aquellas islas, de unas exigió un tributo, y a otras las destruyó. Scerdilaidas dirigió su rumbo hacia la Iliria, y aportó a Naupacta con la escuadra restante, fiado en la amistad de Aminas, rey de los atamanos, con quien tenía parentesco. Allí, efectuado que hubo un convenio con los etolios sobre el reparto del botín por mediación de Agelao prometió ayudarlos contra la Acaia. Entraron en este tratado a más de Scerdilaidas. Agelao, Dorimaco y Scopas, y ganando con maña la ciudad de Cineta, reunieron todo el pueblo etolio, e hicieron una irrupción en la Acaia con los ilirios.

CAPÍTULO VII

Estado de Cineta.- Traición de algunos de sus habitantes.- Saco y ruina de esta ciudad por los etolios.- Inacción de Arato.

Mientras tanto, Aristón, pretor de los etolios, permanecía quieto en su casa, aparentando ignorar lo que ocurría. Manifestaba (220 años antes de J. C.) que, lejos de tener guerra con los aqueos, observaba exactamente la paz, conducta a la verdad bien ridícula y pueril. Pues es claro que se acredita de necio y loco quien presume ocultar con palabras lo que publican las obras Dorimaco, emprendiendo su ruta por la Acaia, se presentó de repente frente a Cineta. Esta ciudad, originaria de la Arcadia, ardía desde hacía mucho tiempo en grandes e interminables alborotos, hasta llegar a matarse y desterrarse los unos a los otros. Uníase a esto, que existía mutua facultad de robar y hace nuevos repartos de tierras. Pero finalmente, superiores los que estaban por los aqueos, se habían apoderado de la ciudad, pusieron guarnición en los muros, y trajeron un gobernador de la Acaida. Tal era el estado de Cineta, cuando poco antes de la llegada de los etolios, los desterrados enviaron diputados a sus conciudadanos, rogando les admitiesen a su gracia y permitiesen volver a sus hogares. Los que tenían la ciudad se hallaban inclinados a acceder a sus ruegos, pero enviaron una embajada a los aqueos para efectuar la reconciliación con su consentimiento. Los aqueos no encontraron dificultad en el permiso. Se hallaban persuadidos de que de esta forma se congraciarían con ambos bandos: con los de la ciudad, porque depositarían en ellos todas sus esperanzas; y con los desterrados, porque deberían su bien al asenso de los aqueos. Efectivamente, los cinetenses enviaron la guarnición y el comandante, para concertar la paz y admitir en la ciudad a los prófugos, en número casi de trescientos, tomándoles antes las seguridades que reputan los hombres por más poderosas. Pero éstos, sin esperar a que se presentase causa o pretexto que les diese pie para nuevas discordias, sino todo lo contrario, al instante que regresaron conspiraron contra su patria y

libertadores. A mi entender, en el tiempo mismo que juraban sobre las víctimas una fidelidad mutua, ya entonces estaban maquinando la impiedad que habían de cometer contra los dioses y contra los que de ellos se fiaban. Pues lo mismo fue tener parte en el gobierno, que llamar al instante a los etolios y venderles la ciudad, con el fin de acabar del todo con sus libertadores y con la patria que los había criado.

Ve aquí la audacia y modo con que tramaron la traición. Entre los que habían vuelto del destierro había algunos que obtenían el mando militar, llamados *Polemarcos*. Estos magistrados cuidaban de cerrar las puertas de la ciudad, guardar las llaves mientras estaban cerradas, y hacer la guardia durante el día. Los etolios se hallaban dispuestos y con las escalas preparadas, esperando la ocasión. Un día los desterrados que a la sazón eran Polemarcos, habiendo degollado a sus compañeros en la guardia y abierto la puerta, parte de los etolios penetraron por ella, parte, aplicadas las escalas, forzaron y ocuparon el muro. Los habitantes, atónitos con tal fracaso, no sabían qué hacerse ni qué partido tomar. No podían oponerse a los que penetraban por la puerta, porque les llamaban la atención los que escalaban el muro, ni acudir al muro sin cuidar de los que forzaban las puertas. Esto fue causa de que los etolios se apoderasen prontamente de la ciudad. Entre tantos excesos como cometieron, éste a lo menos no puede dejar de sea aplaudido: y fue, que ante todas las cosas degollaron y robaron los bienes de los que los habían introducido y vendido la ciudad, aunque se siguiese después la misma suerte por todos los demás. Finalmente, alojados en las casas, lo saquearon todo, y atormentaron a aquellos ciudadanos en quienes sospecharon encontrar oculto algún dinero, alhaja o mueble precioso.

Saqueada de este modo Cineta, levantaron el campo dejando guarnición para custodia de los muros, y se encaminaron a Lisso. Llegados que fueron al templo de Diana, que se halla situado entre Clitoria y Cineta y los griegos veneran como lugar de asilo, intentaron robar los ganados de la diosa, y lo demás que había en torno al templo. Mas la prudencia de los lissiatas, dándoles parte de los ornamentos sagrados, evitó que cometiesen alguna impiedad o sacrilegio inexpiable. Y así,

tomando lo que les dieron, partieron al punto acamparon frente a Clitoria.

Para entonces Arato, pretor de los aqueos, había enviado a pedir socorro a Filipo; alistaba la flor de sus tropas, y pedía a los lacedemonios y messenios las fuerzas que prevenía el tratado. Los etolios al principio exhortaron a los clitorios a que, abandonado el partido aqueo, contrajesen con ellos alianza; pero despreciando éstos en redondo su propuesta, les atacaron la ciudad e intentaron escalar sus muros. Los clitorienses se defendieron con tanto valor y esfuerzo, que cediendo a la suerte los etolios, tuvieron que levantar el sitio y encaminarse otra vez hacia Cineta, donde saquearon y llevaron consigo los rebaños de la diosa. Ellos bien hubieran querido entregar esta ciudad a los elios, pero rechazando éstos recibirla, tomaron la resolución de guardarla por sí mismos, nombrando por gobernador a Eurípides. Después, por temor del socorro que, según decían, venía de Macedonia, prendido fuego a la ciudad se retiraron, dirigiéndose otra vez a Río, de donde tenían dispuesto pasar a su patria.

Taurión, conecedor por una parte de la invasión de los etolios y de los excesos que habían cometido en Cineta, por otra viendo que Demetrio de Faros había aportado a Cencras desde las islas Ciclades, rogó a este príncipe socorriese a los aqueos, atravesase el istmo con sus bergantines, y se opusiese al paso de los etolios. Demetrio, que por temor a los rodios que le venían siguiendo se había retirado de las islas Ciclades con un rico botín, pero con bastante ignominia, asintió a la propuesta de Taurión, tanto con mayor gusto, cuanto que este príncipe tomaba por su cuenta los gastos del paso de la armada. Efectivamente, habiendo atravesado el istmo cuando ya hacía dos días que lo habían pasado los etolios, se contentó con talar algunos lugares de la costa, y se retiró otra vez a Corinto. Los lacedemonios descuidaron de mala fe en enviar el socorro estipulado, bien que, atendiendo sólo al qué dirán, remitieron alguna caballería e infantería. Arato, acompañado de sus aqueos, se condujo en esta ocasión más como político que como capitán. La consideración y memoria del descalabro precedente le contuvo en inacción, hasta que Scopas y Dorimaco, efectuado su propósito a

medida del deseo, se volvieron a su patria; aunque el camino que llevaban fuese tan estrecho y cómodo para atacarles, que un solo trompeta hubiera bastado para la victoria. Por fin, en medio de los grandes infortunios y contratiempos que los cinetenses padecieron de los etolios, todo el mundo creyó que les estaba bien merecido.

CAPÍTULO VIII

Sobre el carácter de los cinetenses.

Ya que entre todos los griegos los arcades conservan en general cierto concepto de virtudes, no sólo por la hospitalidad, dulzura de costumbres y método de vida, sino principalmente por el respeto a los dioses, será del caso disertar brevemente sobre la ferocidad de los cinetenses, y preguntar cómo siendo también éstos arcades sin discusión, excedieron tanto en aquella época al resto de la Grecia en inhumanidad y perfidia. En mi concepto no es otra la causa que el haber sido los únicos que primero abandonaron las máximas establecidas con tanta prudencia por sus mayores y adaptadas a la inclinación de todos los pueblos de la Arcadia. Por ejemplo, la música (hablo de la verdadera música) es un ejercicio útil a todo hombre, pero a un arcade es necesario. Pues no debemos presumir que la música, como dice Eforo en el prólogo de su obra tomando esta voz en una acepción indigna, fuese inventada para engaño e ilusión de los hombres; ni que los antiguos cretenses y lacedemonios sustituyesen sin sobrado fundamento, en vez de la trompeta, la flauta y las canciones, para animar a los soldados a la guerra; ni que los primeros arcades, en lo demás tan austeros, dispensasen sin motivo tanto honor a la música en su república, que quisiesen, no sólo la mamasen con la leche los niños, sino que la ejercitasen los jóvenes hasta los treinta años. Es público y notorio que casi sólo en la Arcadia es donde se acostumbra a los niños por las leyes a cantar desde la infancia himnos y canciones, con que celebran al estilo del país sus héroes y dioses patrios; que instruidos en los tonos de Filoxenes y Timoteo, todos los años por los bacanales danzan con mucha emulación al son de flautas en los teatros, y se ejercitan los niños en juegos de niños, y los jóvenes en juegos de hombres. Igualmente durante todo el transcurso de la vida en los entretenimientos de sus convites, no hacen tanto aprecio de las recitaciones estudiadas como de la primacía del canto en que van turnando. No reputan por vergonzoso confesar

que ignoran las otras ciencias, pero no pueden negar que saben cantar, porque a todos obliga la ley; ni excusarse con decir que lo saben, porque esto se tiene por indecoroso. Estos ejercicios al son de la flauta según las reglas del arte, y estas danzas dirigidas y costeadas por el público, en que se emplean los jóvenes todos los años en los teatros, dan una idea de sus talentos a sus conciudadanos.

En mi concepto, esto lo instituyeron nuestros mayores, no por afeminación y deleite, sino por consideración a la laboriosidad de los arcades; y en una palabra, a su vida penosa y dura. Consideraron la austeridad de sus costumbres, y que ésta provenía del frío y triste aire que generalmente se respira en aquel país, con el cual se han de conformar por precisión las inclinaciones del hombre. Ésta y no otra es la causa porque, a proporción de la mayor distancia que hay entre las naciones, es también más notable la diferencia de unas y otras, en costumbres, rostros, colores, y mayor parte de institutos. Convengamos, pues, que para dulcificar y morigerar este natural áspero y duro, introdujeron los ejercicios mencionados; que a este fin instituyeron asambleas y sacrificios públicos, igualmente para hombres y mujeres, y danzas para niños de uno y otro sexo; y para ahorrarme de razones, que con este intento pensaron todos los medios, para que lo desabrido de su genio se civilizase y domesticase con la cultura de las costumbres.

Ve aquí por qué abandonados del todo estos consejos por los cinetenses, cuando era el pueblo que más necesitaba de este lenitivo, por respirar un aire y ocupar un terreno el más desapacible de la Arcadia, se entregaron a las disputas y mutuas contestaciones; y finalmente llegó a tanto su fiereza, que en ninguna otra ciudad de la Grecia se cometieron crueldades mayores ni más frecuentes. Prueba de la infelicidad de los cinetenses por cuanto a esto se refiere, y de la detestación que el resto de la Arcadia tenía a sus institutos es que, después de una carnicería semejante, cuando enviaron legados a Lacedemonia, en todas las ciudades de la Arcadia donde penetraron durante su marcha se les intimó al instante que se retirasen. Aun más hicieron los mantinenses: se purificaron después de su salida, y condujeron víctimas en sacrificio alrededor de su ciudad y territorio.

Hemos apuntado estas reflexiones para que ninguno otro pueblo vitupere las costumbres públicas de los arcades; también, para que algunos habitantes de la Arcadia no estén en el entender que la profesión de la música es un acto de supererogación entre ellos, y se atrevan a despreciar este arte; finalmente, para corrección de los cinetenses, y para que, si Dios algún día se lo permite, se conviertan a aquella educación que puede humanizar su carácter, y sobre todo a la música. Éste es el único antídoto capaz de despojarles de su antigua barbarie. Mas ahora, expuestas las desgracias de los cinetenses, tornaremos a tomar el hilo de la historia.

CAPÍTULO IX

Levantamiento de Esparta.- Diversidad de opiniones en el consejo de Filipo sobre el castigo.- Sabia actitud que el rey toma en el asunto.- Declaración de guerra por todos los aliados contra los etolios.

Así que los etolios hubieron terminado esta expedición en el Peloponeso (220 años antes de J. C.), se retiraron a su patria sin peligro. Entretanto Filipo llegó a Corinto con ejército para socorrer a los aqueos; mas habiendo llegado tarde, despachó correos a todos los aliados para que sin dilación le enviase cada uno a Corinto personas con quienes consultar sobre los intereses comunes. Él, mientras, levantó el campo sin detenerse hacia Tegea, informado de las muertes y alborotos que entre sí tenían los lacedemonios. Este pueblo, acostumbrado a ser regido por reyes y a obedecer ciegamente a sus jefes, acababa entonces de recibir la libertad por favor de Antígono. Lo mismo fue verse sin cabeza, que al instante se suscitaron alborotos y creyeron todos tener igual derecho en el gobierno. Al principio dos de los eforos tenían oculto el partido que abrazaban, y los otros tres mantenían trato con los etolios, persuadidos a que la tierna edad de Filipo no bastaría a gobernar el Peloponeso. Pero lo mismo fue salir de esta provincia los Etolios, y llegar de la Macedonia Filipo más presto de lo que se esperaba; recelosos los tres de uno de los otros dos, llamado Adimantes, porque enterado de todos sus propósitos no aprobaba su conducta, temieron que, venido el rey, no le revelase todo el secreto. Para prevenir este daño, comunicaron su intento a ciertos jóvenes, y bajo el pretexto de que venían marchando los macedonios contra la ciudad, publicaron un bando para que todos los que tuviesen edad acudiesen con sus armas al templo de Minerva. Una noticia tan inesperada hizo que la gente se congregase prontamente. Adimantes, aunque con repugnancia, procuró manchar el primero, y después de reunidos les dijo: «Estas asonadas y rebatos para poner a todos sobre las armas, fueron del caso poco ha, cuando supimos que los etolios, nuestros enemigos, se aproximaban a

las fronteras de nuestro país; pero no ahora, cuando sabemos que son los macedonios, nuestros bienhechores y salvadores, los que vienen con su rey Filipo.» Aun no había pronunciado estas palabras, cuando los jóvenes encargados le atravesaron con sus espadas, y mataron juntamente a Stenelao, Alcámenes, Tiestes, Bionidas y otros muchos más ciudadanos. Polifontes y algunos otros, previendo prudentemente las resultas, se pasaron a Filipo.

Después de esta carnicería, los eforos que gobernaban a Esparta despacharon sin dilación diputados a Filipo para acriminar la conducta de los muertos, rogarle difiriese su llegada hasta tanto que, sosegada la conmoción, recobrase la ciudad su antiguo estado, y entre tanto estuviese en todo la fe y amistad con los macedonios. Los diputados alcanzaron a Filipo cerca del monte Partenio, y expusieron inmediatamente su comisión. El rey, después de haberlos escuchado, ordenó que tornasen con diligencia a Lacedemonia y participasen a los eforos cómo sin detenerse iba a poner su campo sobre Tegea, y que a ellos tocaba enviarle cuanto antes personas de autoridad con quienes consultar sobre el caso presente. Los diputados ejecutaron el mandato y los eforos de Lacedemonia, escuchada la resolución del rey, despacharon diez ciudadanos que, marchando a Tegea y admitidos al consejo de Filipo, con Omias a su cabeza, acusaron a Adimantes como a autor del pasado alboroto, ofrecieron al rey que cumplirían en todo como buenos aliados, y que cuanto al efecto por su persona, manifestarían ser superiores a cuantos creía serle sus más verdaderos amigos. Dichas éstas y otras parecidas razones, los lacedemonios se retiraron.

Entre los que componían el consejo hubo diferentes pareceres. Unos, instruidos de la maldad cometida en Esparta, y persuadidos a que Adimantes y sus compañeros habían perdido la vida por amor a su partido, como también que los lacedemonios habían intentado asociarse con los etolios, aconsejaron al rey hiciese un ejemplo con este pueblo, y los tratase como Alejandro había tratado a los tebanos tan pronto como tomó las riendas del imperio. Otros, los más provecos, dijeron que esta pena era más rigurosa que la que merecía el delito; sin embar-

go, que se castigase a los autores, se les depusiese de los empleos, y se confiriese el gobierno y los cargos a los amigos del rey.

Después de todos habló Filipo con mucha prudencia, si se ha de dar crédito a lo que entonces se dijo. Pues no es creíble que un joven de diecisiete años pudiese dar tal corte en asunto de tanta importancia. Pero a los historiadores nos toca atribuir las decisiones tomadas en los congresos a los que están a la cabeza de los negocios; conque los lectores deban dar por supuesto que semejantes consejos y deliberaciones proceden por lo regular de los privados, y en especial de los que andan al lado de los reyes. Lo más conforme a razón es atribuir a Arato la determinación que el rey tomó entonces. Ésta fue que las injurias particulares cometidas entre los aliados, en tanto eran de su inspección, en cuanto de palabra o por escrito le tocaba poner remedio y darse por entendido; pero que los insultos contra la alianza en general, eran los únicos de quienes él debía tomar un castigo y corrección pública con parecer del consejo: que los lacedemonios no habían pecado notoriamente contra la alianza en general, antes bien, ofreciendo cumplir exactamente con sus deberes, no había motivo para mostrarse con ellos inexorable; pues no era puesto en razón que a quienes no había maltratado su padre, no obstante haberlos sujetado como a enemigos, él los tratase con rigor por motivos tan leves. Rubricada esta determinación, por la que quería se mirase con indiferencia todo lo pasado, despachó al instante el rey a Petreo su confidente con Omias y sus compañeros para que exhortasen a la plebe a permanecer en la buena correspondencia que tenían con él y con sus macedonios, y al mismo tiempo a prestar y recibir los juramentos sobre la alianza. Él, mientras, levantó el campo y volvió a Corinto, dando una brillante prueba de su afecto para con los aliados en la respuesta que dio a los lacedemonios.

Habiendo hallado en Corinto a los que habían venido de las ciudades aliadas, consultó y conferenció con ellos sobre lo que había de hacer, y cómo se había de portar con los etolios. Los beocios les acusaban de haber robado durante la paz el templo de Minerva Itonia; los focenses, de haber tomado las armas para apoderarse de las ciudades de Ambriso y Daulio; los epirotas, de haberles talado su país; los arca-

nanios, de haber tramado una conspiración contra Thireo y haberse atrevido a atacarla de noche; finalmente, los aqueos exponían cómo habían tomado a Clario en el país de Megalópolis, habían talado al pasar los campos de los patrenses y farenses, habían saqueado a Cineta, habían profanado en Lisso el templo de Diana, habían sitiado a Clitoria, habían intentado arruinar por mar a Pila, y por tierra a Megalópolis de Iliria, que acababa de ser poblada. Expuestos estos cargos en la asamblea, todos unánimes fueron de parecer que se declarase la guerra a los etolios. Estas acusaciones sirvieron de cabeza al manifiesto, y se formó un decreto del tenor siguiente: Que todos los aliados se unirían para recobrar cualquier país o ciudad que los etolios hubiesen usurpado después de la muerte de Demetrio, padre de Filipo; igualmente que todos aquellos a quienes las circunstancias habían forzado contra su voluntad a entrar en la república de los etolios serían restablecidos en su antiguo gobierno y poseerían sus países y ciudades, sin guarnición, sin impuesto, libres en todo, gozando de las leyes y usos de sus padres; finalmente, que restituirían sus leyes a los amficiones, y les ayudarían a poner en su poder el templo con todos sus anejos, de que los etolios les habían despojado.

CAPÍTULO X

Aprobación del decreto por los aqueos.- Conducta de los etolios en nombrar por pretor a Scopas.- Regreso de Filipo a Macedonia.- Motivo por el que se tratan aparte estas guerras.

Transcurría el primer año de la olimpiada ciento cuarenta (220 antes de J. C.) cuando se ratificó este decreto, época en que la guerra llamada Social comenzó justo y conforme a los excesos que los etolios habían cometido. El Consejo envió al punto diputados a los aliados para que, aprobado el decreto por cada una de las ciudades, declarasen todas desde su país la guerra a los etolios. Filipo escribió asimismo a éstos, advirtiéndoles que si tenían que hacer alguna defensa contra las acusaciones compareciesen a exponerla antes de disolverse el Congreso; pues si presumían que después de haber saqueado y talado los campos de todos sin decreto alguno público no habían de tomar satisfacción los ofendidos, o que si la tomaban habían de ser reputados por primeros promotores de la guerra, eran los más necios del mundo. Recibida esta carta, los pretores etolios en la inteligencia al principio de que Filipo no iría, señalaron día fijo en que comparecerían en Río; pero informados después de que, en efecto, había llegado, le despacharon un correo con el aviso de que sin reunir antes el pueblo nada podían arreglar por sí mismos sobre los asuntos del Estado. Los aqueos, congregados en la asamblea acostumbrada confirmaron todos el decreto y permitieron por un bando el saqueo contra los etolios. El rey fue a este Consejo que se celebraba en Egio, donde después de haber perorado largamente, todos recibieron con aceptación su discurso y le renovaron los vínculos de amistad que habían hecho anteriormente a sus antecesores.

Entretanto, los etolios, llegado el tiempo de las elecciones, nombraron por pretor a Scopas, que había sido causa de todos los excesos precedentes. Yo no sé qué decir de esta determinación. Porque no hacer la guerra con declaración alguna pública, y al mismo tiempo

armado todo el pueblo robar y pillar las tierras de sus vecinos; no castigar a los culpados, antes bien elegir y honrar con el mando a los autores de estos excesos, es un proceder, en mi concepto, donde rebosa toda la malicia. Porque, ¿qué otro nombre se ha de dar a semejantes iniquidades? Pero mi sentir se manifestará mejor con lo siguiente. Los lacedemonios, cuando Febidas tomó por trato a Cadmea, castigaron al autor, pero no sacaron la guarnición de la plaza, como si estuviese bien satisfecha la injuria con el castigo del agresor, en vez de que debieran haber hecho lo contrario, y esto era lo que tenía cuenta a los tebanos. Asimismo en tiempo de la paz de Antalcida manifestaron que dejarían las ciudades en el goce de su libertad y de sus leyes, pero no sacaron de ellas a los gobernadores que se hallaban en su nombre. Después de haber arruinado a los mantinenses, sus amigos y aliados, publicaban que no les habían agraviado; únicamente de una ciudad en que vivían los habían distribuido en muchas, locura a la verdad acompañada de malicia creer que con que uno cierre los ojos todo el mundo está ciego. Este indiscreto celo de gobierno fue origen de los mayores infortunios a una y otra república; conducta que de ningún modo deben abrazar, ni en particular ni en general, los que deseen manejar bien sus intereses.

Filipo, después de haber reglado los negocios de los aqueos, tornó a Macedonia con su ejército, a fin de hacer las prevenciones para la guerra. Con el decreto antecedente, no sólo los aliados, sino también la Grecia toda concibió lisonjeras esperanzas de su clemencia y magnanimidad regia.

Todas estas cosas ocurrieron hacia el mismo tiempo en que Aníbal, apoderado ya de cuanto baña el Ebro por esta parte, pensaba romper contra Sagunto. Si desde el principio hubiéramos mezclado los primeros movimientos de Aníbal con las acciones de la Grecia, nos hubiéramos visto sin duda precisados en el primer libro, por seguir el orden de los tiempos, a tratar de éstas alternativamente e intercalarlas con las de España. Pero pues que la Italia, Grecia y Asia tuvieron cada una sus motivos particulares para la guerra, aunque los éxitos fueron los mismos, resolvimos hacer mención de ellos separadamente hasta llegar a aquella época en que, mezclados los hechos unos con otros,

comenzaron todos a mirar a un mismo fin y objeto. De esta forma la narración de los inicios de cada guerra será más clara, y la mezcla de unas con otras, de que ya hemos hablado al principio, más patente. Luego que hayamos declarado el cuándo, cómo y por qué causas ocurrió, únicamente nos quedará hacer una historia general de todas ellas. Esta unión de intereses sucedió hacia el fin de la guerra de que hablamos, en el año tercero de la olimpiada ciento cuarenta. Por eso las guerras siguientes las referiremos juntas, según el orden de los tiempos, pero las antecedentes se tratarán separadas como hemos dicho. Únicamente recordaremos de paso lo que dijimos en el libro primero que había acaecido al mismo tiempo, a fin de que la narración vaya consiguiente y cause más admiración a los lectores.

CAPÍTULO XI

Filipo atrae a Scerdilaidas al partido de los aliados.- Accesoión de los acarnanios a la alianza, y elogio de este pueblo.- Hipocresía de los epirotas.- Error de los messenios al no entrar en la liga.- Aviso para éstos.

Durante su permanencia en el cuartel de invierno en Macedonia, Filippo alistaba con diligencia tropas para la guerra que esperaba, y aseguraba sus Estados contra los insultos de los bárbaros. Se entrevistó después con Scerdilaidas, y tuvo la temeridad de ponerse en sus manos para proponerle su amistad y alianza. Fácilmente le hizo asentir a sus súplicas, ya por la ayuda que le prometió para arreglar los negocios de la Iliria, ya por las acusaciones que hizo contra los etolios, materia que abría ancho campo a su discurso. Los agravios cometidos de persona a persona no se diferencian de los que se hacen de Estado a Estado, sino en que éstos son en mayor número y de mayor consecuencia. Vemos que aun las sociedades particulares que se forman de malévolos y saltadores no se disuelven ordinariamente por otra causa, sino porque no se observa mutuamente justicia y, en una palabra, porque se violan los pactos. Pues esto es exactamente lo que entonces ocurrió a los etolios. Habían convenido con Scerdilaidas en que le cederían una parte del botín si les acompañaba en la irrupción contra la Acaia. Este príncipe había aceptado y cumplido el pacto por su lado; pero saqueada la ciudad de Cineta y hecho un rico botín de esclavos y ganados, no le cupo parte alguna en el despojo. Por eso irritado con ese procedimiento, a pocas declaraciones que le hizo Filippo asintió al punto, y convino entrar en la común alianza, con tal que se le concediesen veinte talentos cada año y navegar con treinta bergantines para hacer la guerra por mar a los etolios.

Al mismo tiempo que Filippo se ocupaba en estas cosas, los diputados que se enviaron a los aliados llegaron primero a la Acarnania, donde tuvieron una conferencia. Los acarnanios ratificaron el decreto

con ingenuidad, y desde su país llevaron la guerra a los etolios, no obstante de que a ningún otro pueblo le estaba más bien condescender, pretextar dilaciones y temer una guerra con sus vecinos. Efectivamente, los acarnianos eran limítrofes de los etolios; además, su país fácil de conquistar, y lo principal, la enemistad que poco antes habían tenido con esta nación, les había hecho padecer los mayores infortunios. Pero, en mi concepto, los hombres de bien nunca hacen más, ni en general ni en particular, que lo que deben. Esta prenda la conservaron los acarnianos en los mayores peligros más que ningún otro pueblo de la Grecia, a pesar de que les sufragaban poco sus fuerzas. Jamás se arrepintió alguno de haberse confederado con ellos aun en las más críticas circunstancias; por el contrario, se puede contar en su fe más que en la de otro pueblo de la Grecia, porque, bien sea en particular, bien en general, son constantes y amantes de la libertad.

Los epirotas, al contrario, gentes infames y de doble trato, oída la embajada ratificaron igualmente el decreto, y decidieron hacer la guerra a los etolios cuando el rey la hiciese, pero respondieron a los legados de los etolios que les convenía vivir en paz con su República. Se envió asimismo una embajada al rey Ptolomeo rogándole no socorriese a los etolios con dinero ni pertrechos contra Filipo y sus aliados.

Los messenios, por quienes se había emprendido la guerra, respondieron a los diputados que no tomarían las armas mientras no se quitase a los etolios la ciudad de Figalea, situada sobre sus fronteras y a la sazón bajo su obediencia. Oinis y Nicippo, eforos de los messenios y algunos otros que estaban por la oligarquía, hicieron prevalecer esta resolución contra la oposición del pueblo; consejo, en mi concepto, poco acertado y muy aje no de la conveniencia. Confieso que se debe temer la guerra, pero no ha de ser tanto nuestro temor que queramos sufrirlo todo para evitarla. Entonces, ¿a qué efecto defendemos con tanto tesón la igualdad, el derecho de opinar libremente y el ídolo de la libertad, si no hay cosa más amable que la paz? No elogiamos a los tebanos por haberles hecho abrazar el temor al partido de los persas, sustrayéndose al peligro que amenazaba a la Grecia en la guerra médica; ni alabamos a Píndaro, del mismo sentir que los tebanos, por haber

dicho en sus poesías: *que para conservar un ciudadano la tranquilidad pública busque la alegre luz del magnífico reposo*. Este poeta creyó por el pronto haber proferido una sentencia, pero poco después se halló ser autor de una máxima la más vergonzosa y nociva. Efectivamente la paz, si la ajustan la justicia y el honor, es la prenda más dulce y provechosa; pero si la hace la ignominia e infame servidumbre, es la cosa más torpe y perjudicial.

Pero los principales de los messenios que favorecía la oligarquía, consultando en la actualidad con su particular conveniencia, se inclinaban a la paz con más empeño que era justo. Por esta causa padecían muchas veces reveses y contratiempos, aunque tal vez evitaban sobresaltos y peligros. Pero habiendo llegado a lo sumo el mal por esta conducta, colocaron a la patria frente a los mayores infortunios. En mi concepto, el motivo no es otro que el ser los messenios vecinos de los arcades y lacedemonios, los dos pueblos más poderosos del Peloponeso, o por mejor decir, de la Grecia toda. Desde su establecimiento en la Messenia, los lacedemonios los trataron siempre como a enemigos irreconciliables, y los arcades los amaron y protegieron; pero ni supieron defenderse con honor del odio de aquellos, ni cultivar la amistad de éstos. Mientras los dos pueblos se hallaban ocupados en guerras uno contra otro, o con los extraños, los messenios lo pasaban bien, vivían en paz y gozaban siempre del reposo que la situación del país les prestaba. Pero desde el instante en que los lacedemonios estaban en paz y desocupados, convertían sus armas en perjuicio de los messenios, y como éstos no se hallaban en estado de contrarrestar por sí el poder de aquellos, ni, por otra parte, se habían granjeado de antemano amigos verdaderos que los sostuviesen en todo trance, o se veían forzados a sufrir el yugo de la esclavitud y servir de bestias a los espartanos, o a abandonar la patria y andar prófugos con sus hijos y mujeres, si querían evitar la servidumbre; suerte que ya han sufrido repetidas veces y no hace mucho tiempo.

Ojalá prospere el estado en que al presente se halla el Peloponeso, para que jamás tenga necesidad del aviso que le voy a dar. Pero si por casualidad sobreviniese alguna conmoción o trastorno, sólo veo un

medio para que los messenios y megalopolitanos puedan poseer su país por largo tiempo, si, ateniéndose a lo que dijo Epaminondas, prefieren en todo caso y evento vivir en una unión sincera.

En confirmación de lo que acabo de decir, regístrese la historia antigua. Entre otras muchas pruebas de reconocimiento que los messenios dieron a los megalopolitanos, consagraron en tiempo de Aristómenes una columna junto al altar de Júpiter Licio, en la que, según Calístenes, estaba escrito este epigrama: *El tiempo halla siempre castigo para el rey injusto. Messena, con la ayuda de Jove, fácilmente encontrar pudo su traidor. No es posible que se oculte a la deidad el hombre que perjura, salve, Júpiter rey, la Arcadia salva.*

En mi concepto, los messenios ruegan a los dioses en esta inscripción por la salud de la Arcadia, porque, privados de su propia patria, consideraban a ésta por su segunda. Y con razón, pues, arrojados de su país en la guerra de Aristómenes, no sólo los recibieron a su mesa los arcades y los hicieron sus ciudadanos, sino que resolvieron dar en matrimonio sus hijas a los jóvenes messenios de edad competente. Aparte de esto, se informaron de la traición que el rey Aristócrates cometió en la batalla llamada del Tafro, le quitaron la vida y acabaron con su linaje.

Pero, sin recurrir a tiempos tan remotos, lo que acaba de ocurrir después de la reunión de Megalópolis y Messena, prueba bastante lo que hemos dicho. En tiempo de la batalla que los griegos dieron en Mantinea, donde quedó dudosa la victoria por la muerte de Epaminondas, aunque los lacedemonios se opusieron a que fuesen comprendidos en el tratado los messenios por tener aún esperanzas de apoderarse de su ciudad, los megalopolitanos y todos los aliados de los arcades insistieron tanto en lo contrario, que al fin los messenios fueron admitidos y comprendidos en los juramentos y convenciones, y solos los lacedemonios en toda la Grecia fueron excluidos. A la vista de esto, ¿dudará la posteridad, si lo considera, que tengo razón en el consejo que acabo de dar? Todo esto se ha dicho por los arcades y messenios para que, trayendo a la memoria fatalidades que han sufrido sus patrias por causa de los lacedemonios, vivan siempre en buena correspondencia y fe

sincera, y para que ni el temor de la guerra ni el deseo de la paz los separen de la unión en las circunstancias más desesperadas.

CAPÍTULO XII

Debates de los lacedemonios sobre el partido que habían de abrazar.- Superioridad por el de Filipo.- Sedición en Esparta y alianza que hace esta ciudad con los etolios.- Nuevos reyes.- Sus primeras expediciones.

En este asunto los lacedemonios obraron según costumbre, y, lo que era consiguiente a su conducta, despacharon los diputados de los aliados sin respuesta; tan ofuscados los tenía la sinrazón e iniquidad: y tan cierto como esto, es, en mi concepto, que una audacia desenfrenada acaba las más de las veces en locura, y en no ponérsele nada por delante. Nombrados luego nuevos eforos, los que primero habían perturbado el estado y habían sido autores de las muertes anteriores, enviaron a pedir a los etolios un embajador. Éstos oyeron con gusto su propuesta, y les remitieron poco después a Macatas, quien al punto se presentó a los eforos; los perturbadores tuvieron por conveniente que Macatas perorase al pueblo para que se nombrasen reyes según costumbre y no se sufriese por más tiempo que el imperio de los Heráclidas estuviese abolido contra el tenor de las leyes. A los eforos disgustaban estas pretensiones, pero no pudiendo reprimir el ímpetu, y temiéndose alguna facción de parte de la juventud, respondieron que, cuanto a los reyes, se deliberaría después, y por ahora, se concedía licencia a Macatas para la asamblea. Reunido el pueblo, se presentó Macatas, y para persuadirle a abrazar el partido de los etolios, acusó en un largo razonamiento a los macedonios con temeridad e insolencia, y elogió a su nación con impostura y engaño. Apenas se retiró, hubo muchas controversias sobre el asunto. Unos estaban por los etolios, y persuadían al pueblo a confederarse con ellos; otros opinaban al contrario. Pero finalmente algunos ancianos, recordando al pueblo por una parte los beneficios recibidos de Antígono y de los macedonios, por otra los perjuicios de Caríjenes y Timeo, cuando, puesto sobre las armas todo el pueblo etolio, arrasaron su país, redujeron a servidumbre los habitantes del contorno, e intentaron tomar por trato y con violencia a Es-

parta sirviéndose de los desterrados; consiguieron que la multitud mudase de parecer y permaneciese al fin en la alianza de Filipo y de los macedonios, con lo cual Macatas tuvo que regresar a su país sin haber efectuado nada.

Los primeros autores del alboroto, no pudiendo conformarse en modo alguno con el estado presente, corrompieron algunos jóvenes y emprendieron ejecutar la acción más impía. Había la costumbre de que, en cierto sacrificio que se hacía a Minerva, fuesen armados los jóvenes de edad competente, acompañando la víctima al templo Calcioico, y que los eforos, durante el sacrificio, estuviesen en torno al templo. En esta ocasión, algunos jóvenes de los que habían ido armados en la comitiva, dieron de improviso sobre los eforos durante el sacrificio, y los degollaron. Y el templo que hasta entonces había servido de asilo a los que en él se refugiaban aunque fuesen reos de muerte, en aquella ocasión vino a tal desprecio por la impiedad de los agresores que alrededor del mismo altar y de la misma mesa de la diosa se vio correr la sangre de los eforos. Después, para complemento de sus propósitos, quitaron la vida a Giridas y a otros ancianos, desterraron a los del partido opuesto a los etolios, crearon entre ellos otros eforos y concertaron la alianza con este pueblo. Impelióles a este despropósito el odio contra los aqueos, la ingratitud con los macedonios y, en una palabra, la consideración que gastaban para con todos. No menos fue causa de este atentado el amor que profesaban Cleomenes, de quien esperaban y aguardaban escaparía pronto y tornaría a su patria. Tan cierto como esto es que los que saben insinuarse diestramente en los ánimos de los hombres con quienes tratan, no sólo estando presentes, sino muy distantes, dejan un incentivo poderosísimo de inclinación hacia sus personas.

Ya hacía casi tres años de la huida de Cleomenes (220 años antes de J. C.), que los que a la sazón gobernaban la república, sin meterme con otros, ni siquiera habían pensado crear reyes en Esparta; pero lo mismo fue saberse que este príncipe había muerto, que al punto pasó a nombrar reyes el pueblo y el consejo de los eforos. Aquellos eforos que apoyaban el partido de los amotinados (esto es, de los que habían he-

cho la alianza con los etolios, de que poco hicimos mención) eligieron uno con las solemnidades y ritos acostumbrados. Éste era Agesípolis, joven a la verdad de pocos años, pero hijo de Agesípolis, y nieto de Cleombroto, quien había entrado a reinar después que Leonides fue arrojado del trono, por tener un inmediato parentesco con esta familia. Diéronle por tutor a Cleomenes, hijo de Cleombroto y hermano Agesípolis. De la otra familia real, aunque Arquidamo, hijo de Eudamidas, tenía dos niños de la hija Hippomedonte; y aunque este Hippomedonte, hijo de Agesilao y nieto de Eudamidas, vivía aún, así como otros muchos descendientes de esta casa, que si no tan inmediatos como los antecedentes, por lo menos tenían parentesco; todos fueron postergados, y nombraron rey a Licurgo, honor que jamás habían logrado sus ascendientes. No le costó para hacerse descendiente de Hércules y rey de Esparta, sino dar un talento a cada eforo: tan fáciles de comprar son a veces las mayores dignidades. Y así no fueron los hijos de los hijos, sino los mismos que le nombraron rey, los que primero sufrieron el castigo de su locura.

Macatas, informado de lo que había ocurrido en Lacedemonia, volvió otra vez a Esparta, para persuadir a los eforos y a los reyes a declarar la guerra a los aqueos. Éste es el único medio, dijo, de que cese la pertinacia de los lacedemonios, que impiden de todos modos la alianza con los etolios, y la de los etolios que hacen los mismos esfuerzos. Convencidos los eforos y los reyes, Macatas se volvió a su patria, después de conseguido su intento, por la necesidad de aquellos con quien trataba. Licurgo, tomando tropas y algunos de la ciudad, atacó las fronteras de los argivos, cuando éstos se hallaban del todo desprevenidos por la tranquilidad de que gozaban. Sorprendió a Polichna, Prusias, Leucas y Cifantes, y echándose sobre Glimpes y Zarace, las sustrajo del dominio de los argivos. Después de esta expedición, los lacedemonios publicaron a voz de pregonero el saqueo contra los aqueos. Macatas indujo también a los elios, con las mismas razones que había expuesto a los lacedemonios, a declarar la guerra contra este pueblo. Finalmente, los etolios, componiéndoseles las cosas admirablemente y a medida del deseo, emprendieron la guerra con brío. Todo lo contrario

sucedía a los aqueos. Filippo, en quien fundaban sus esperanzas, estaba aún ocupado en los preparativos; los epirotas se disponían para pelear; los messenios se estaban quietos, y entretanto los etolios, apoyados de la necesidad de los elios y lacedemonios, los invadían por todos lados.

Por este tiempo (220 años antes de J. C.) había expirado ya la pretura de Arato, y su hijo Arato, nombrado sucesor por los aqueos, había tomado las riendas del gobierno. Scopas mandaba a los etolios, pero llevaba ya mediado el tiempo de su pretura. Porque los etolios celebran las elecciones al punto que pasa el equinoccio del otoño, y los aqueos las suyas al empezar la primavera. Ya comenzaba el estío, y Arato el joven obtenía el mando, cuando resonó la guerra por todos lados. Aníbal se disponía para sitiar a Sagunto; los romanos habían despachado a L. Emilio con ejército a la Iliria contra Demetrio de Faros, como hemos dicho en el libro anterior; Antíoco meditaba apoderarse de la Cæle-Siria con la ayuda de Theodoto, que le entregaba a Ptolemaida y a Tiro; Ptolomeo hacía preparativos contra Antíoco; Licurgo, que quería arrogarse la misma autoridad que Cleomenes, había acampado frente al Ateneo de los megalopolitanos, para ponerle sitio; los aqueos alistaban tropas extranjeras de caballería e infantería, para la guerra que les amenazaba; y finalmente, Filippo se desplazaba de Macedonia, con una falange de diez mil macedonios, cinco mil rodeleiros y ochocientos caballos. Tales eran las disposiciones y preparativos que hacían estas potencias, y por este mismo tiempo fue cuando los rodios declararon la guerra a los bizantinos por los motivos siguientes.

CAPÍTULO XIII

Descripción de Bizancio, del Ponto y de la laguna Meotis.

Por la parte del mar, Bizancio logra la situación más feliz para la seguridad y conveniencia de cuantas tiene nuestro hemisferio; pero la por parte de tierra es la más desprovista de estas dos ventajas. Por el lado del mar, domina de tal modo la boca del Ponto, que ni entrar ni salir puede nave alguna de comercio sin su licencia; y como este país abunda en infinitas cosas cómodas a la vida de los mortales, de todas ellas son dueños los bizantinos. Para las necesidades indispensables de la vida, nos suministra el Ponto pieles y un prodigioso número de esclavos, los más excelentes sin disputa; y para las comodidades, nos provee abundantemente de miel, cera y carne salada. Recibe en cambio de nuestros sobrantes el aceite y todo género de vinos; en cuanto a granos, estamos en igual balanza, unas veces proveemos y otras somos proveídos según la necesidad. Era necesario que los griegos, o careciesen absolutamente de estas cosas, o hiciesen un comercio del todo infructuoso, si los bizantinos les quisiesen mal, y se asociasen, bien con los gálatas, o más bien con los traces, o abandonasen del todo aquellos países. La estrechez del mar, y los muchos bárbaros que habitan aquellas costas, nos harían intransitable el Ponto sin discusión. Sean en hora buena los bizantinos los que disfruten principalmente las comodidades de la vida que les ofrece la situación del país, pues que les da facilidad para extraer lo superfluo e introducir lo necesario con ventaja, sin ningún trabajo ni peligro; pero también nos alcanzan, como hemos dicho, muchas utilidades a los demás hombres por su ocupación. Por lo cual, siendo como unos bienhechores comunes, con razón son acreedores, no sólo al reconocimiento, sino a que toda la Grecia los auxilie contra las irrupciones de los bárbaros.

Pero puesto que los más ignoran la excelente y bella situación de esta ciudad, por caer un poco más lejos de aquellas partes del mundo a donde solemos viajar; y supuesto que deseamos que todos se instruyan

y examinen con su vista, principalmente aquellos países recomendables por alguna singularidad y rareza; y cuando esto no sea posible, tomen a lo menos las nociones e ideas más verosímiles, será del caso exponer de dónde provenga y cuál sea la causa de tanta y tan grande abundancia como goza esta ciudad.

Lo que se llama el *Ponto* comprende una extensión de cerca de veintidós mil estadios. Tiene dos bocas diametralmente, opuestas; la una de parte de la Propóntide, y la otra de parte de la laguna Meotis, la cual tiene por sí sola ocho mil estadios de circunferencia. Como en estos depósitos vienen a desembocar muchos grandes ríos de Asia, y muchos más caudalosos y en mayor número de Europa, sucede que una vez llena la laguna Meotis, desagua en el Ponto por una de las bocas, e igualmente el Ponto en la Propóntide. La boca de la laguna Meotis se llama el *Bosporo Cimmerico*, cuya latitud es poco más o menos de treinta estadios y su longitud de sesenta. Toda ella es vadeable. La boca del Ponto se llama el *Bosporo Tracio*. Tiene ciento veinte estadios de longitud, pero su latitud no es igual por todas partes. Comienza para los que vienen de la Propóntide en el espacio que media entre Calcedonia y Bizancio, y es de catorce estadios. Por la parte del Ponto se llama Hierón, lugar donde dicen sacrificó Jasón por primera vez a los doce dioses cuando volvía de Colcos. Este lugar está situado en Asia, dista de Europa doce estadios, y tiene frente por frente el templo de Serapis en la Tracia. Dos son las causas por que está saliendo agua de continuo fuera de la laguna Meotis y del Ponto. La primera, y notoria a todos por sí misma, es porque entrando muchos ríos en una circunferencia de límites prescritos, siempre el agua ha de ir más y más en aumento; y si ésta no tiene desagüe, es forzoso que rebosa y ocupe siempre un espacio mayor y más dilatado que la madre natural; pero si tiene derrames, es preciso que todo aquel exceso y aumento que le sobreviene salga y corra de continuo por las bocas. La segunda es porque los ríos con las grandes lluvias llevan consigo todo género de broza a estas concavidades, y empujando al agua el cúmulo de cieno, la hace rebosar y salir por la misma razón por sus derrames; y como la broza que traen los ríos y la corriente de las aguas es sin cesar y conti-

nua, es forzoso asimismo que el desagüe por las bocas sea sin intermisión y perpetuo. Tales son las verdaderas causas porque salen fuera las aguas del Ponto; causas que no están fundadas en la relación de los comerciantes, sino en la contemplación de la naturaleza, que es la prueba más exacta.

Pero pues hemos llegado a este punto, no dejaremos cosa por tocar, aun de aquellas cuyo conocimiento depende la misma naturaleza, escollo en que han solido tropezar los más de los historiadores. Antes bien nos valdremos en nuestra narración de demostraciones, para no dejar género de duda a los amantes de estas curiosidades. Esta indagación constituye el carácter del presente siglo, en el que habiéndose hecho todo el orbe navegable o transitable, sería vergonzoso que, para lo que se ignora, echásemos mano de testimonios poéticos y fabulosos, defecto en que incurrieron nuestros predecesores en las más de las cosas, trayéndonos, según Heráclito, pruebas increíbles sobre asuntos contextables. Por el contrario, procuraremos que la misma historia sirva de testimonio suficiente a los lectores.

Decimos, pues, que la laguna Meotis y el Ponto, tanto antiguamente como al presente, se tupen, y con el tiempo se vendrán a cegar del todo, si subsiste la misma disposición en aquellos lugares y las mismas causas que motivan la bascosidad de continuo. Porque siendo la sucesión del tiempo infinita, y estas madres limitadas del todo, no hay duda que, aunque sea poca la horrura que entre, al fin vendrán a llenarse. Es una ley de naturaleza que todo lo que tiene límites prescritos, si crece o mengua de continuo, aunque sea muy poco, como suponemos por ahora, durante un espacio de tiempo infinito ha de llegar a su total complemento o aniquilación sin remedio. Ahora, pues, siendo no corta sino infinita la broza que entra, bien se deja ver que prontamente tendrá efecto lo que hemos dicho. Esto lo demuestra ya la experiencia. La laguna Meotis se halla ya cegada, pues por las más de sus partes tiene sólo cinco o siete varas de profundidad, de suerte que los navíos grandes no pueden navegar sin peritos. Y aunque los antiguos contextan en que en otro tiempo este mar se comunicaba con el Ponto, al presente no es sino un lago de agua dulce, por haber la broza

y el influjo de los ríos vencido y expelido las aguas del mar. Lo mismo ocurrirá con el Ponto, y al presente ya se nota. Pero esto no lo advierte el vulgo por la extensión de la madre; bien que los que reflexionan un poco no ponen en duda en el efecto. Pues desembocando desde Europa el Istro por muchas bocas en el Ponto, ha formado al frente un banco de casi mil estadios, distante de tierra un día de camino. Este cúmulo de arena crece diariamente con el cieno que arrojan las bocas de los ríos, contra el cual suelen varar de noche los navegantes, estando en alta mar y cuando menos lo piensan. A estos bancos llaman los marinos

La razón porque esta broza no se amontona cerca de tierra, sino que es impulsada lejos, es porque mientras la violencia e impetuosidad de los ríos prevalece y rechaza las aguas del mar, el cieno y todo cuanto viene envuelto en sus corrientes por precisión ha de ser llevado por delante sin dejarlo tomar asiento ni detenerse. Pero cuando las corrientes han perdido su fuerza por la profundidad e inmensidad del mar, entonces, por una razón natural, la broza se va al fondo y se asienta y remansa. De aquí proviene que los ríos rápidos y caudalosos forman los bancos a lo lejos, aunque el mar sea profundo junto a la costa, y los riachuelos que corren lentamente amontonan la bascosidad cerca de las mismas embocaduras. Esto se ve palpablemente, sobre todo en las grandes lluvias. Entonces, aun los riachuelos más insignificantes, venciendo las olas del mar a la entrada, impulsan el cieno a tanta mayor distancia cuanto es a proporción la violencia de cada uno cuando desemboca. No debe causar admiración lo que hemos dicho del gran banco de arena que forma el Istro, ni de la cantidad de piedras, madera y tierra que consigo arrastran los ríos. Sería una necedad no creerlo, cuando estamos viendo que los riachuelos más insignificantes rompen a veces y se abren paso en poco tiempo por montañas las más elevadas, arrastran consigo todo género de broza, tierra y madera, y forman tales bancos, que en ocasiones desfiguran el lugar, y pasado algún tiempo no se conoce si es el mismo.

A la vista de esto no se debe extrañar que ríos tan caudalosos, corriéndolo de continuo, obren el efecto que hemos dicho y finalmente

vengan a cegar el Ponto. Esto, si se considera atentamente, no tan sólo es verosímil, sino preciso que suceda. Prueba de que llegará a ocurrir es que en cuanto el agua de la laguna Meotis es más dulce que la del Ponto, otro tanto es el exceso que visiblemente se advierte de ésta a la de nuestro mar. De donde se infiere que cuando llegue a pasar a proporción un espacio de tiempo, como el en que se llenó la laguna Meotis, atendida la desigualdad de madre a madre; entonces el Ponto vendrá a hacerse pantanoso, dulce y estancado, lo mismo que la laguna; y esto se verificará tanto antes, cuanto los ríos que desembocan en el Ponto son más caudalosos y en mayor número.

Hemos hecho estas reflexiones contra los que no pueden convenirse de que el Ponto se ciega al presente, y con el tiempo se tupirá de tal modo que no vendrá a ser sino un lago y un lodazal; asimismo contra los embustes y patrañas que nos cuentan los navegantes, para que la ignorancia no nos haga estar como niños con la boca abierta a todo lo que se dice; antes bien, teniendo algunas nociones de la verdad, podamos por nosotros mismos discernir lo cierto o falso de lo que se nos cuenta. Pero ahora volvamos a continuar la bella situación de Bizancio.

CAPÍTULO XIV

*Prestigio marítimo de Bizancio.- Utilidad para el tráfico mercante.-
Ventajas que tiene sobre Calcedonia.*

Acabamos de decir que el estrecho que une el Ponto con la Propóntide tiene ciento veinte estadios de longitud, y que por el lado del Ponto termina en cabo Hierón, y por el de la Propóntide en Bizancio. En medio de estos extremos se eleva en el mar, sobre un promontorio perteneciente a la Europa, el templo de Mercurio, distante de Asia cinco estadios. Éste es el lugar más angosto de todo el estrecho, y en el que dicen que Darío tendió un puente cuando iba contra los escitas. Por el otro lado del Ponto, como las costas de una y otra parte del estrecho son iguales, es también igual el curso de las aguas; pero cuando el flujo que viene del Ponto, coartado por el promontorio, llega con violencia al templo de Mercurio, donde hemos dicho que se halla la mayor estrechez, entonces, rechazado, vuelve y se estrella contra las costas opuestas de Asia, desde donde retrocede como por una repercusión hacia aquellos promontorios de la Europa llamados *Estias*. Desde allí vuelve a arrojarle con ímpetu contra el promontorio llamado *Buey* en el Asia, donde cuentan que se detuvo lo la primera vez, después de pasado el estrecho. Finalmente, desde aquí corren con ímpetu las aguas hasta la misma Bizancio, donde separadas en dos partes, la menor forma el golfo llamado *Cuerno*, y la mayor vuelve a retroceder; pero aminorada ya su violencia, no puede llegar a la costa opuesta, donde está Calcedonia. Porque como es impelida y rechazada tantas veces, y halla por otra parte espacio para extenderse; debilitada la corriente en este lugar, ya no hace prontas repercusiones hacia la costa opuesta en ángulos rectos, sino en obtusos; por lo cual, dejando a Calcedonia, pasa adelante.

He aquí lo que acarrea tantas ventajas a Bizancio y tantas inconveniencias a Calcedonia; y aunque a la vista parezca igualmente bella la situación de una y otra, no obstante a ésta no es fácil abordar, aun-

que se quiera, y a aquella te llevará la corriente por necesidad, aunque no quieras. Prueba de esto es que lo que quieren atravesar desde Calcedonia a Bizancio no pueden navegar en línea recta por las corrientes que hay de por medio, sino que tienen que virar hacia el Buey y Chrisópolis, ciudad de que apoderados los atenienses en otro tiempo por consejo de Alcibíades, fueron los primeros en exigir un tributo de los que navegaban al Ponto; y de allí adelante abandonados al declive de las aguas, la misma corriente los lleva por necesidad hasta Bizancio. Lo mismo ocurre a los que navegan de parte allá o acá de esta ciudad, porque bien sople un austro desde el Helesponto, bien corra un norte desde el Ponto al Helesponto, la navegación desde Bizancio tomando la costa de la Europa, es recta y fácil hasta el estrecho de la Propóntide, donde se hallan Abides y Sexto, y desde aquí a allá del mismo modo. Todo lo contrario ocurre a los que salen de Calcedonia, porque que a más de que la costa está llena de ensenadas, el país de los Cizicenos avanza demasiado dentro del mar. Para venir desde el Helesponto a Calcedonia se tiene que tomar la costa de Europa; pero cuando ya se ha llegado a las proximidades de Bizancio, la corriente y los obstáculos dichos dificultan virar y tomar el rumbo hacia Calcedonia. Del mismo modo, saliendo de esta ciudad, es imposible dirigirse en línea recta hacia la Tracia; ya por las corrientes que hay de por medio, ya también por los vientos que impiden una y otra navegación. Pues el norte nos impele hacia el Ponto, el norte nos separa, y para uno y otro recorrido es forzoso servirnos de estos vientos. Éstas son las ventajas que disfrutaban los bizantinos por el lado del mar; ahora se van a exponer los inconvenientes que tienen por tierra.

El rodear la Tracia al país de Bizancio de mar a mar, hace que los bizantinos estén en una guerra continua y ruinosa con este pueblo. Por más que bien pertrechados vencen tal vez a los tracios, nunca pueden evitar para el futuro la guerra, por la multitud de bárbaros y potentados. Si sojuzgan tal vez algún pueblo, en vez de uno se levantan tres más poderosos. En vano se convienen y arreglan impuestos y tratados, pues la condescendencia con uno les suscita otros muchos enemigos por el mismo caso; motivo por el cual se hallan siempre en una perpetua y

perniciosa guerra. Y, a la verdad, ¿qué cosa más peligrosa que un mal vecino? ¿Qué mal más cruel que la guerra con un pueblo bárbaro? A más de estas calamidades con que luchan de continuo por tierra, sin hablar de otras que trae consigo la guerra, sufren un castigo semejante al que los poetas cuentan de Tántalo. Dueños del país más fértil, cuando ya le tienen cultivado y esperan la abundante cosecha de sus sazonados frutos, vienen los bárbaros, talan una parte, se llevan otra, y los bizantinos, a más de perdidos los trabajos y gastos, quedan con el dolor de ver la asolación de sus excelentes frutos y maldicen su fortuna. A pesar de la continua guerra con los traces, mantuvieron siempre su antigua amistad con los griegos, hasta que atacándoles los galos bajo la conducta de Comontorio, llegó al colmo su desgracia.

Estos galos eran de los que habían salido de su patria con Brenno, se salvaron de la derrota de Delfos, y llegados al Helesponto no habían querido pasar al Asia. Habían sentado el real en Bizancio, embelesados de la bondad del país. Sojuzgaron después la Tracia, y sentada su corte en Tila, pusieron a los bizantinos en el mayor aprieto. En las primeras invasiones que hicieron en tiempo de Comontorio, su primer rey, los bizantinos tuvieron que darles, ya tres mil, ya cinco mil, y tal vez hasta diez mil piezas de oro por redimir su país de la tala. Por último fueron forzados a conceder un tributo de ochenta talentos por año, que pagaron hasta el tiempo de Cavaró, en que se disolvió la monarquía, porque cambiándose la suerte, los traces, más poderosos que los galos, acabaron del todo con esta nación.

CAPÍTULO XV

Causas de la guerra de los bizantinos y Aqueo contra los rodios y Prusias.- Aqueo toma bajo su protección a los bizantinos.- Dilatados estados de este príncipe.- Prusias abraza el partido de los rodios.- Infaustos hechos para los bizantinos.- Final de la guerra.

Para entonces (220 años antes de J. C.), los bizantinos, agobiados de impuestos, enviaron primero legados a los griegos, rogando les socorriesen y aliviases su infeliz estado. Despreciada casi por todos su demanda, la necesidad los forzó a imponer un tributo sobre los que navegaban al Ponto. Todo el mundo se resintió del gran perjuicio e inconveniencia que causaba el tributo que los bizantinos exigían de las mercaderías del Ponto; pero sobre todo se culpaba a los rodios, por ser ellos a la sazón los más poderosos en el mar. De este disgusto se originó la guerra que vamos a exponer. Porque los rodios, estimulados, ya de sus propios perjuicios, ya de los atrasos ajenos, asociados con los aliados, despacharon primero diputados a los bizantinos para que se sirviesen levantarles el impuesto. Pero viendo que había sido despreciada del todo su embajada, y que Ecatontodoro y Olimpiodoro, gobernadores entonces de Bizancio, se hallaban persuadidos de que tenían justos motivos para obtener de ellos este resarcimiento, los embajadores rodios se retiraron sin haber efectuado nada, y vueltos a su patria declararon la guerra a los bizantinos. Al punto despacharon legados a Prusias para empeñarle en esta guerra. Conocían que este príncipe tenía varios motivos de resentimiento con los bizantinos. Éstos pusieron en práctica igual diligencia y despacharon una embajada a Atalo y a Aqueo para implorar su socorro. Atalo estaba pronto; pero encerrado a la sazón dentro de los estados de su padre, era muy débil el contrapeso que podía hacer para la victoria. Aqueo, que dominaba todo el país de parte acá del monte Tauro, y acababa de tomar el título de rey, les ofreció su amparo; y en el hecho de haber abrazado este partido, infundió mucho aliento a los bizantinos, así como, por el contrario, gran

terror a los rodios y Prusias. Era Aqueo pariente de aquel Antíoco que había sucedido en el reino de Siria, y he aquí por qué dominaba tan dilatados estados.

Después que Seleuco, padre del mencionado Antíoco, falleció, y sucedió en el reino Seleuco el mayor de sus hijos, Aqueo, asociado con éste por mediación del parentesco, pasó de parte allá del monte Tauro, como dos años antes del tiempo en que vamos. Tan pronto entró a reinar Seleuco el joven, informado de que Atalo tenía ya sojuzgado todo el país de parte acá del monte Tauro, resolvió poner remedio en sus cosas; pero, atravesado el monte con un poderoso ejército, perdió la vida en una emboscada que le tendieron Apaturio el Galo y Nicanor. Aqueo vengó al punto la muerte de su pariente matando a Nicanor y Apaturio, y manejó con tanta prudencia y magnanimidad las tropas y demás asuntos, que aunque la ocasión que se le presentaba y los deseos de las tropas contribuían a ceñirse la diadema, rehusó aceptarla, y reservando el reino para Antíoco, el más joven de los hijos de Seleuco, tomó la guerra con empeño y recobró todo lo perdido. Pero luego que por una dicha inesperada tuvo a Atalo encerrado en Pérgamo y bajo su poder los demás estados, ensoberbecido con tan prósperos sucesos, al punto dio al traste con su probidad. Se ciñó la diadema, se hizo proclamar rey, y vino a ser el más poderoso y temible de todos los reyes y potentados de esta parte del Tauro. En este príncipe pusieron los bizantinos sus principales esperanzas cuando iniciaron la guerra contra los rodios y Prusias.

Ya de tiempos atrás se hallaba este rey resentido de los bizantinos, porque habiéndole decretado ciertas estatuas, lejos de habérselas consagrado, lo habían echado en olvido y escarnio. Estaba también ofendido de que hubiesen puesto tanto empeño en aplacar el odio y la guerra entre Aqueo y Atalo, amistad que, en su concepto, era perjudicial a sus intereses por muchos motivos. Agriaba su dolor ver que los bizantinos, en los juegos consagrados a Minerva, habían enviado ciudadanos que acompañasen a Atalo en los sacrificios y que a él, cuando celebraba los votos Soterios, no le habían enviado ninguno. Como todos estos agravios tenían reconcentrada la cólera en su corazón,

abrazó con gusto la propuesta de los rodios, y convino con los embajadores en que atacasen ellos a los bizantinos por mar, que él prometía hacer otro tanto por tierra. Tales son las causas y principios de la guerra de los rodios contra los bizantinos.

Estos al principio tomaron con ardor las armas, persuadidos de que Aqueo vendría a su socorro. Habían llamado de la Macedonia a Tibites para contener el miedo y sobresalto en que Prusias los había puesto. Este príncipe, llevado del impulso que hemos dicho, les había atacado y quitado a Hierón, plaza sobre la boca del estrecho, que los bizantinos por su bella situación habían comprado poco antes a mucha costa, para quitar toda sombra de temor a los comerciantes que navegaban al Ponto, a sus siervos y al tráfico que hacían por mar. Les había ganado también en Asia aquella parte de la Misia que los bizantinos poseían desde hacía mucho tiempo. Los rodios, por su parte, con seis buques que equiparon y otros cuatro que se les unieron de los aliados, compuesta una escuadra de diez navíos al mando de Jenofontes, marcharon al Helesponto. Toda esta flota quedó al ancla en torno a Sesto para interceptar la navegación del Ponto, menos un navío en que marchó el comandante a tentar a los bizantinos, por si atemorizados los hacía arrepentirse de su propósito. Pero viendo que éstos hacían poco aprecio, se retiró, e incorporado con el resto de sus buques tornó a Rodas con toda la escuadra. Entretanto, los bizantinos despacharon dos embajadas, una para implorar el socorro de Aqueo, y otra para traer de la Macedonia a Tibites. Tenían el concepto de que este príncipe tenía igual derecho al reino de Bithinia que Prusias, de quien era tío. Pero los rodios, viendo la constancia de los bizantinos, acudieron a la astucia para conseguir sus propósitos.

Habían advertido que la tolerancia de los bizantinos en esta guerra se fundaba en las esperanzas que se prometían de Aqueo, y viendo que este príncipe hacía los mayores esfuerzos por libertara Andrómaco su padre, preso en Alejandría, enviaron a pedir a Ptolomeo se les entregase. Ya habían dado antes este paso, pero de ceremonia. Ahora insistían de veras sobre el asunto, seguros que después de un servicio semejante tendrían obligado a Aqueo para todo cuanto pidiesen. Los

embajadores no hallaron a Ptolomeo en disposición de entregar a Andrómaco, ya que de su detención esperaba sacar ventajas con el tiempo. Tenía este rey a la sazón algunas diferencias pendientes con Antíoco; y Aqueo, que acababa de subir al trono, podía influir bastante en ciertos asuntos. Porque Andrómaco, a más de ser padre de Aqueo, era hermano de Laodicea, esposa de Seleuco. Esto no obstante, Ptolomeo se rindió con plena voluntad a los rodios, y queriendo favorecerles en todo les cedió y entregó a Andrómaco para que le restituyesen a su hijo. Efectivamente, ellos lo ejecutaron al momento y dispensaron a más algunos honores a Aqueo, con lo que privaron a los bizantinos del mayor apoyo. Sucedióles por entonces otra cosa poco ventajosa. Tibites falleció viniendo de Macedonia. Este accidente, al paso que desbarató sus proyectos y abatió su espíritu, inspiró aliento a Prusias, pues mientras que él hacía la guerra por el lado de Asia y promovía con ardor sus intereses, los traces que había tomado a sueldo no permitían por el lado de la Europa que los bizantinos pusiesen el pie fuera de sus puertas; de forma que, desvanecidas sus esperanzas y trabajados por todas partes, no andaban buscando más que una honesta salida de esta guerra.

Entretanto, el rey Cavaro llegó a Bizancio, y deseoso de que se terminase la guerra, interpuso su mediación con tanto empeño, que finalmente Prusias y los bizantinos cedieron a sus instancias. Los rodios, que conocieron la diligencia de Cavaro y la anuencia de Prusias, con el anhelo de llevar a cabo su propósito, diputaron a Aridices por embajador a los bizantinos; pero al mismo tiempo enviaron a Polemicles con tres trirremes para presentarles, según dicen, la paz o la guerra. Luego que llegaron éstos, se concertó la paz, siendo gran sacerdote en Bizancio Cothón, hijo de Calligitón. Por lo tocante a los rodios, los pactos contenían simplemente: *Que los bizantinos no exigirían tributo alguno de los que navegaban al Ponto; y mediante esto, los rodios y sus aliados vivirían en paz con ellos.* Por lo perteneciente a Prusias, las condiciones eran éstas: *Habrà paz y alianza entre Prusias y los bizantinos para siempre: por ningún pretexto tomarán las armas los bizantinos contra Prusias, ni Prusias contra los bizantinos; Prusias*

restituirá sin rescate a los bizantinos las tierras, castillos, pueblos y esclavos que ha hecho durante la guerra; a más de esto, los navíos apresados desde el principio de las hostilidades, las armas tomadas en las fortalezas, la madera, mármoles y tejas que ha quitado del lugar sagrado. Es de suponer que Prusias, temiendo la venida de Tibites, había demolido todos los castillos que le habían parecido tener alguna oportunidad para la guerra. En fin, que Prusias sería obligado a restituir a los labradores de la Misia, país de la dominación de los bizantinos, cuanto algunos bithinios les habían tomado. De este modo se inició y acabó la guerra que los rodios y Prusias tuvieron contra los bizantinos.

CAPÍTULO XVI

Bandos que se suscitaron en la isla de Creta entre cnosios y litios.- Suerte infeliz de la ciudad de Litis. Triste estado de toda la isla.- Guerra de Mitridates contra los sinopenses.- Socorro prestado por los rodios.

Para entonces (220 años antes de J. C.), los cnosios pidieron a los rodios les enviasen los navíos que había mandado Polemocles, y los tres desarmados que habían botado al agua. Hecho esto, tan pronto los navíos arribaron a Creta, los eleutherneos, sospechando que Polemocles había quitado la vida a su ciudadano Timarco por complacer a los cnosios, pidieron primero satisfacción a los rodios, y después les declararon la guerra. Poco tiempo antes los litios habían llegado a una suerte deplorable, y en una palabra, toda la isla de Creta se hallaba por entonces en igual estado. Los cnosios, unidos a los gortinios, habían sojuzgado toda la isla, a excepción de la ciudad de Litis, la única que había rehusado obedecerles. A la vista de esto decidieron atacarla, resueltos a no dejar en ella piedra sobre piedra, para aterrar con este ejemplo a los demás cretenses. Al principio toda la isla tomó las armas contra los litios; pero originada cierta emulación por un motivo insignificante, cosa muy corriente entre los cretenses, se dividieron en bandos. Los polirrenios, ceretas, lampaios, orios y arcades abandonaron de común acuerdo la amistad de los cnosios y se coligaron con los litios. Entre los gortinios, los más ancianos abrazaron el partido de los cnosios, y los más jóvenes el de los litios. A la vista de una conmoción tan extraordinaria entre sus aliados, los cnosios trajeron en su ayuda mil etolios; con cuyo refuerzo los ancianos de Gortinia se apoderaron al momento de la ciudadela, metieron dentro a los cnosios y etolios, y arrojada una parte de la juventud y otra muerta, les entregaron la ciudad.

Hacia este mismo tiempo, habiendo salido a cierta expedición los litios con todo el pueblo, los cnosios que lo supieron se apoderaron de

Litis, que hallaron indefensa, enviaron los hijos y mujeres a Cnosa, prendieron fuego a la ciudad, la arruinaron, la profanaron de todos modos, y se volvieron a sus casas. Regresados de su expedición los litios, y advirtiendo lo ocurrido, se consternaron tanto sus espíritus, que no tuvieron valor para entrar en la ciudad. Acamparon en torno a sus muros, y luego de haber lamentado y llorado su infeliz suerte y la de la patria, se volvieron a la ciudad de los lampaios. Éstos los recibieron con toda humanidad y agasajo, y pasando en un solo día de prófugos a ciudadanos y huéspedes, hicieron con sus aliados la guerra a los cnosios. Así desapareció de la forma más extraordinaria Litis, colonia y consanguínea de los lacedemonios, la más antigua ciudad de Creta, y la que sin discusión había dado siempre los mayores hombres de la isla.

Los polirrenios, lampaios y todos sus aliados, viendo que los cnosios se hallaban sostenidos por la alianza de los etolios, y que éstos eran enemigos del rey Filipo y los aqueos, despacharon una embajada a este príncipe y a los aqueos para implorar su socorro y amparo. Los aqueos y Filipo admitieron estos pueblos a la común alianza, y les enviaron un socorro de cuatrocientos ilirios al mando de Plator, doscientos aqueos y cien focenses. Este refuerzo hizo tomar un grande ascendiente al partido de los polirrenios y sus aliados. En muy poco tiempo los eleutherneos, cidonianos y aptereos encerrados dentro de sus muros, se vieron forzados a abandonar la liga de los cnosios, y abrazar los intereses de aquellos. Tras de lo cual, los polirrenios y sus aliados enviaron a Filipo y a los aqueos quinientos cretenses. Poco tiempo antes los cnosios habían remitido también mil hombres a los etolios; de suerte que unos y otros mantenían la guerra actual a costa de los cretenses. Los prófugos de Gortinia tomaron el puerto de Festia, como también se apoderaron con intrepidez del de su propia ciudad, desde cuyos puestos hacían la guerra a los de dentro. Este era el estado de la isla de Creta.

Hacia esta misma época (220 años antes de J. C.) Mitridates declaró la guerra a los sinopenses, guerra que fue como el fundamento y ocasión que condujo este pueblo a la última infelicidad. Enviaron una embajada a Rodas para que les prestase su amparo. Los rodios comi-

sionaron tres ciudadanos, a quienes dieron ciento cuarenta mil dracmas para proveer con esta suma a los sinopenses de todo lo necesario. Los diputados compraron diez mil cántaras de vino, trescientas libras de pelo manufacturado, ciento de nervios adobados, mil armaduras, tres mil monedas de oro acuñado, cuatro catapultas y los hombres correspondientes para su manejo. Recibido este socorro, los embajadores se tornaron a Sinope, donde con el recelo de que Mitridates no les sitiase por mar y tierra, se dispusieron para prevenir este intento.

Está situada Sinope al lado derecho del Ponto, yendo a Fasis. Se halla erigida sobre una península que se introduce en el mar y corta enteramente el paso a la lengua de tierra que la une con el Asia, a distancia poco más de dos estadios. El resto de la península, por el lado que mira al mar, es un terreno llano y de fácil acceso a la ciudad; pero los extremos que éste baña en redondo, son escarpados, donde con dificultad se puede abordar, y tienen muy pocos fondeaderos. Por lo cual los sinopenses, temerosos de que Mitridates no situase sus baterías por el lado del Asia y emprendiese sitiarlos por la parte opuesta, haciendo un desembarco en los puestos llanos y dominantes de la ciudad, fortificaron con empalizadas y fosos todas las vías de la península en redondo, y apostaron armas y soldados en los lugares ventajosos. Como era corta la extensión de la península, fue fácil ponerla en defensa. Tal era el estado de Sinope.

CAPÍTULO XVII

Malograda sorpresa de Egira.- Exposiciones de Euripidas contra varios pueblos de la Grecia.- Imploran éstos el socorro de Arato.- Acuerdos tomados a vista de la indolencia de este pretor.

Así el rey Filipo, partiendo de Macedonia (220 años antes de J. C.) con su ejército- en este estado dejamos la guerra social- rompió por la Tesalia y el Epiro, con ánimo de hacer por aquí una irrupción en la Etolia. Al mismo tiempo Alejandro y Dorimaco, tramada una conspiración contra Egira, habían reunido mil doscientos etolios en Oenantia, ciudad de la Etolia situada frente por frente de aquella; tenían ya prevenidos pontones para el traslado, y no aguardaban más que oportunidad para el propósito. Un desertor etolio, que había vivido mucho tiempo en Egira, habiendo advertido que las centinelas de la puerta por donde se viene a Egio, se emborrachaban y hacían la guardia con abandono, pasó a verse varias veces con Dorimaco, hombre acostumbrado a semejantes tramas, para provocarle a la empresa. Yace Egira en el Peloponeso sobre el golfo de Corinto, entre Egio y Sición; está enclavada sobre unos collados escarpados y de difícil acceso; mira su situación hacia el Parnaso y lugares vecinos de la región opuesta, y dista del mar como siete estadios. Apenas se presentó tiempo oportuno, Dorimaco se hizo a la vela y dio fondo durante la noche cerca del río que baña la ciudad. Después emprendió la marcha con Alejandro, Arquidamo, hijo de Pantaleón, y la tropa etolia que llevaba consigo, por el camino que conduce de Egio a Egira. Pero el desertor con veinte hombres los más valerosos, atravesando con más prontitud que los demás los precipicios, por la pericia que tenía en aquellos senderos, penetra en la ciudad por un acueducto, coge dormida la guardia de la puerta, la degüella en sus lechos, rompe con hachas los cerrojos, y abre las puertas a los etolios. Efectivamente entraron éstos, y poco considerados proclamaron victoria. Esto fue causa de la salvación de los egiratas y de la perdición de los etolios. Porque en la opinión de que para

apoderarse de una ciudad enemiga bastaba sólo el estar dentro de sus puertas, manejaron el lance con la poca precaución que vamos a decir.

Ya que se vieron reunidos en la plaza, codiciosos del botín, se desmandaron por la ciudad para asaltar las casas y robar sus alhajas. Llegado el día, aquellos de los egiratas en cuyas casas había entrado el enemigo, espantados y atemorizados con tan inesperado y extraordinario accidente, huyeron fuera de la ciudad, en la opinión de que ya el enemigo era dueño absoluto de ella; pero aquellos otros que oían el alboroto desde sus casas intactas, salieron al socorro, y se acogieron todos en la ciudadela. Al paso que se aumentaba el número de éstos y crecía su confianza, el cuerpo de etolios, por el contrario, se aminoraba y se iba llenando cada vez más de confusión. Apenas advirtió Dorimaco el peligro que amenazaba a los suyos, marchó a atacar la ciudadela, en la opinión de que su intrepidez y audacia atemorizaría y arrollaría a los que se habían reunido en su defensa. Mas los egiratas, animándose unos a otros, se defendieron y pelearon valerosamente con los etolios. Como la ciudadela se hallaba sin muros, y se luchaba de cerca y de hombre a hombre, al principio la acción se desarrolló de acuerdo a las disposiciones de los combatientes, ya que unos peleaban por su patria y familias, y otros por libertar sus vidas. Pero finalmente fueron rechazados los etolios que habían entrado en la pelea, y los egiratas, aprovechándose de esta retirada, siguieron el alcance con vigor y denuedo. De aquí provino que los más de los etolios con la consternación se atropellaron unos a otros, conforme iban huyendo, en las puertas de la ciudad. Alejandro pereció en la misma acción con las armas en la mano. Dorimaco murió en el tropel y opresión de las puertas. El resto de etolios, o fue atropellado, o huyendo por sendas extraviadas se precipitó de lo alto de las rocas. La parte que se salvó en los navíos, se hizo a la vela con deshonor, sin armas y sin esperanza de vengarse. De esta forma, los egiratas, que habían puesto en riesgo la patria por su descuido, la recobraron inesperadamente por su valor y ardimiento.

Por este mismo tiempo, Euripidas, a quien los etolios habían enviado por pretor de los eleos, habiendo talado las tierras de los dimeos, farenses y triteos, y hecho un rico botín, se retiró a la Elida. Mico el

Dimeo, que a la sazón era vicepretor de los aqueos, salió a la defensa con todas las tropas de estos pueblos, y siguió el alcance del enemigo, que se retiraba. Pero su demasiado ardimiento le hizo caer en una emboscada, donde perdieron la vida cuarenta de los suyos, y doscientos infantes hechos prisioneros. Ensoberbecido Euripidas con esta ventaja, pocos días después volvió a salir a campaña, y tomó junto a Araxo un castillo de los dimeos, llamado *Tichos*, situado ventajosamente y edificado en otro tiempo, según la fábula, por Hércules, cuando se hallaba en guerra con los eleos, para servirse de él como de plaza de armas contra este pueblo.

Después de este descalabro, los dimeos, farenses y triteos, no sintiéndose seguros una vez tomada esta fortaleza, enviaron por lo pronto un correo al pretor de los aqueos, para informarle de lo ocurrido e implorar su ayuda; y no contentos con esto despacharon después una embajada para el mismo efecto. Pero a la sazón Arato no podía alistar tropas extranjeras, por hallarse aún debiendo la república una parte de los sueldos a los mercenarios que había tomado en la guerra cleoménica; a más de que por lo general este pretor era tímido en las empresas, y en una palabra, pesado para todo lo perteneciente a la guerra; motivos porque Licurgo se apoderó del Ateneo de los megalopolitanos, y Euripidas tomó a Gorgos de Telfusia, a más de las plazas dichas. Los dimeos, farenses y triteos, sin esperanza de ser socorridos por Arato, decidieron no contribuir a los gastos públicos de los aqueos, sino levantar por sí solos tropas extranjeras, como en efecto alistaron trescientos infantes y cincuenta caballos, para poner a cubierto su provincia. En esta acción, si se mira a su interés particular, parece consultaron con ventaja; pero si se atiende al bien común, con perjuicio. Pues por ahí se constituyeron autores y cabezas de cualquier mal propósito o pretexto que se quisiese tomar para arruinar la nación. La principal culpa de esta decisión se debe imputar con razón a Arato, por la negligencia y dilaciones con que entretenía siempre a los que imploraban su socorro. Todo el que se ve en peligro, mientras conserva alguna esperanza en sus amigos o aliados, aprecia vivir fiado en ella; pero cuando se ve sin recurso, entonces la necesidad le obliga a echar

mano de sus propias fuerzas. Y así, yo no culpo a estos pueblos de haber alistado por sí mismos tropas extranjeras, a la vista de la indolencia de Arato; lo que yo sí les vitupero es el haber rehusado contribuir con los impuestos a la liga. Pues era justo que velasen por su propia conveniencia, pero al mismo tiempo que conservasen a salvo los derechos a la república, si alcanzaban mejor fortuna y tenían facultades; principalmente cuando las leyes públicas les aseguraban de un indefectible reintegro, y sobre todo habían sido ellos los autores de la liga aquea.

CAPÍTULO XVIII

Un error de Filipo: desistimiento de sitiar a Ambraco.- Irrupción de Scopas en la Macedonia.- Conquistas de Filipo en Etolia.- El paso del Aqueloo.- Conquistas.

Al mismo tiempo que ocurría esto en el Peloponeso (220 años antes de J. C.), el rey Filipo, cruzando la Tesalia arribó a Epiro; donde juntando a sus macedonios, todos los epirotas, trescientos honderos que le habían llegado de la Acaia, y otros tantos cretenses que le enviaron los polirrenios, pasó adelante, y por el Epiro llegó al país de los ambraciotas. Si de repente y sin dilación hubiera penetrado y roto de improviso por en medio de la Etolia con tan poderoso ejército, el fin de la guerra era inevitable. Pero el haberse detenido a sitiar a Ambraco a ruegos de las epirotas, dio lugar a los etolios, no sólo para aguardarle a pie firme, sino para tomar sus medidas y pertrecharse para adelante. Los epirotas en esto prefirieron su interés particular al común de los aliados. Deseaban con ansia apoderarse de Ambraco, y a este fin suplicaron a Filipo pusiese sitio y tomase primero esta fortaleza; seguros de que el único medio para recobrar de los etolios la Ambracia, que tanto apetecían, era si, dueños de este castillo, llegaban a tener la ciudad en un continuo sobresalto. Ambraco es una fortaleza bien construida, guarnecida de muros y obras avanzadas. Está situada en un lugar pantanoso, que no ofrece más entrada desde el país que una angosta y hecha de tierra movediza. Domina ventajosamente todo el territorio y ciudad de los ambraciotas. Filipo, pues, a ruego de los epirotas, había acampado en torno a este castillo, y hacía los preparativos para su asedio.

En el transcurso de este tiempo; Scopas, con todo el pueblo etolio, atravesando la Tesalia, rompió por la Macedonia, corrió talando las llanuras de Pieria y obtenido un rico botín, torció su mancha hacia Dío. Penetró en esta ciudad, que habían abandonado los moradores, y arruinó sus muros, casas y academia. Prendió fuego a los pórticos del tem-

plo, profanó todos los demás dones que había, o para el adorno o para la necesidad de los que acudían a las festividades, y echó por tierra los retratos de los reyes. A pesar de que en los primeros movimientos y ensayos de la guerra había llevado sus armas, no sólo contra los hombres, sino contra los dioses, cuando estuvo de regreso en la Etolia, lejos de ser tenido por impío, se le consideró como hombre benemérito de la república, se le honró, se llevó la atención de todos, y con su persuasiva llenó a los etolios de espíritu y de nuevas esperanzas. De forma que por ahí infirieron que, en el supuesto de que nadie osaría presentárseles delante, talarían impunemente no sólo el Peloponeso, como lo tenían por costumbre, sino también la Tesalia y la Macedonia.

Filipo, cuando escuchó lo que pasaba en Macedonia, aunque reconoció al punto que él pagaba la pena de la ignorancia y obstinación de los epirotas, no obstante continuó el sitio. Hizo levantar terraplenes y demás obras con tanta eficacia, que aterrados los de dentro, se apoderó del castillo al cabo de cuarenta días. Convino en que saliese libre la guarnición etolia, compuesta de quinientos hombres, y entregó el castillo a los epirotas, con lo que sació su codicia. Él emprendió la marcha con el ejército por Charadra, con el propósito de cruzar el golfo Ambracio por aquella parte próxima al templo de los acarnanios llamado Actio, que es la más estrecha. Este golfo viene del mar de Sicilia por entre el Epiro y la Acarnania. Su embocadura es tan angosta, que no llega a cinco estadios; pero avanzando tierra adentro, tiene cien estadios de ancho, y trescientos de largo desde el mar de Sicilia. Separa el Epiro y la Acarnania, teniendo aquel hacia el Septentrión, y ésta hacia el Mediodía. Filippo, pues, hizo pasar su ejército por este estrecho, cruzó la Acarnania, y vino a parara Foitia, ciudad de la Etolia, luego de haber aumentado su armada con dos mil infantes acarnanios, y doscientos caballos. Acampado sobre esta plaza, la dio tan vigorosos y terribles asaltos, que a los dos días la tomó por convenio, dejando salir a salvo la guarnición. La noche siguiente, llegaron al socorro quinientos etolios, en la opinión de que no estaba aún tomada. Pero Filippo, advertido de su llegada, les tiende una emboscada en ciertos puestos ventajosos, da muerte a los más y hace prisionero el resto, a excepción

de muy pocos. Después, habiendo distribuido al ejército raciones de trigo para treinta días (era mucha la abundancia que había hallado en los silos de Foitia), prosiguió su camino, dirigiéndose hacia Stratica. Aquí sentó su campo en las márgenes del Aqueloo, a la distancia de diez estadios de la ciudad, desde donde talaba impunemente la campaña, sin que nadie se atreviese a hacerle resistencia.

La guerra tenía ya cansados los aqueos por este tiempo y conociendo que el rey se hallaba cerca, enviaron diputados a implorar su socorro. Estos alcanzaron a Filipo cuando estaba aún en Strato; y entre otras cosas que contenían sus instrucciones, le hicieron ver el rico botín que sacaría su ejército de esta guerra, si doblado el cabo de Río hiciese una invasión por la Elea. El rey, después de haberlos escuchado, retuvo consigo a los diputados bajo pretexto de que tenía que consultar sobre sus pretensiones; pero mientras, levantó el campo y marchó hacia Metrópolis y Conopa. Los etolios abandonaron a Metrópolis y se acogieron en la ciudadela. Filipo, prendido fuego a la ciudad, prosiguió sin detenerse hacia Conopa. Allí reunida la caballería etolia, intentó disputarle el paso del río veinte estadios más abajo de la ciudad, persuadida a que, o se lo prohibiría del todo, o a lo menos sería el pasaje a mucha costa. El rey, que penetró su propósito, ordenó que los armados de escudos entrasen primero en el río, y lo atravesasen unidos por manípulos y en forma de tortuga. Realizado esto, lo mismo fue estar del otro lado la primera cohorte, que atacarla la caballería etolia por un breve rato; pero viendo la firmeza de ésta, cubierta con sus escudos, y que la segunda y tercera iban pasando para apoyar con sus armas a la que se estaba defendiendo, sin efecto y con trabajo se retiraron y acogieron en la ciudad. De allí adelante desapareció aquel furor etolio, y quedó encerrado dentro de los muros.

Pasó finalmente el rey el Aqueloo, taló impunemente la campaña y... se acercó a Ithoria. Es este un castillo muy fortificado por la naturaleza y el arte, situado ventajosamente sobre el camino que llevaba el ejército. Apenas llegó Filipo, cuando amedrentada la guarnición, desamparó el puesto. Apoderado de él, el rey lo destruyó; y los forrajeadores recibieron asimismo orden de arrasar los demás fuertes del país.

Pasado que hubo los desfiladeros, caminó poco a poco y a lento paso, dando tiempo a las tropas para saquear la campiña; y cuando el ejército estuvo provisto de todo lo necesario, llegó a Oeniadas, desde donde pasó el campo a Peanio, que decidió tomar primero. Efectivamente, después de frecuentes ataques rindió por fuerza la ciudad, en espacio no muy grande, pues no llegaba a siete estadios; pero en magnificencia de casas, muros y torres, nada inferior a otras. Los muros de esta plaza fueron arrasados, las casas arruinadas; pero las maderas y tejas se metieron con cuidado en barcas para conducir las por el río a Oeniadas. Los etolios al principio pensaron conservar la ciudadela, guarneciéndola de muros y demás pertrechos; pero aterrados con la llegada del rey, la abandonaron. Después de haberse apoderado de esta plaza, fue a acampar a un fuerte castillo de la Calidonia, llamado Eleo, guarnecido de muros y bien provisto de municiones, que Atalo había dado a los etolios. Dueños también los macedonios de esta fortaleza a viva fuerza, talaron toda la Calidonia y regresaron a Oeniadas. Entonces Filipo, atento a la bella situación que posee esta plaza, principalmente para pasar al Peloponeso, sin contar con otras ventajas, pensó cercarla de muros. Efectivamente, está situada sobre la orilla del mar, en el extremo de la Acarnania que confina con la Etolia, hacia el principio del golfo de Corinto. Sobre la costa opuesta está la ciudad de los dimeos en el Peloponeso, y no lejos de allí el promontorio Araxo, a cien estadios de distancia. Atento a estas proporciones el rey fortificó la ciudadela por sí sola; después, ciñendo con muros el puerto y los astilleros, emprendió unirlos con aquella, valiéndose para estas obras de los materiales que había hecho venir de Peanio.

CAPÍTULO XIX

*Regreso de Filipo.- Dorimaco, pretor de los etolios tala el Epiro.-
Vuelve Filipo a Corinto, derrota Euripidas en el monte Apeaurio y
pasa a Psosis.- Fortaleza de esta plaza.*

Ocupaban la atención de Filipo estos proyectos, cuando le llegó de Macedonia un correo con la noticia de que los dardanios, recelosos no maquinase alguna expedición contra el Peloponeso, levantaban tropas y hacían grandes aparatos, resueltos a invadir la Macedonia. Estas nuevas le pusieron en la precisión de acudir cuanto antes a su reino. Despachó los embajadores aqueos, dándoles por respuesta que, arreglados que fuesen los asuntos de Macedonia, su principal empeño sería socorrerlos en lo posible. Efectivamente, levantó el campo y regresó con diligencia por el mismo camino que había traído. Cuando estaba para atravesar el golfo Ambracio desde la Acarnania al Epiro, llegó en un solo barco Demetrio de Faros, a quien los romanos habían arrojado de la Iliria, como hemos indicado anteriormente. Filipo le recibió con humanidad, le ordenó marchase a Corinto y desde allí fuese por la Tesalia a Macedonia. Él mientras, atravesando el Epiro, prosiguió adelante sin detenerse. Al primer aviso que tuvieron los dardanios por los desertores tracios, de que Filipo había llegado a Pela, ciudad de la Macedonia, aterrados con su llegada, deshicieron el ejército que ya estaba para entrar en este reino. El rey, informado de su arrepentimiento, licenció todos los macedonios para la recolección de frutos, y mientras, marchó a la Tesalia, para pasar en Larissa el resto del verano.

Por este tiempo entró triunfante en Roma Paulo Emilio de regreso de la Iliria. Aníbal, tomada Sagunto a viva fuerza, distribuyó sus tropas en cuarteles de invierno. Los romanos, con la nueva de la toma de Sagunto, enviaron embajadores a Cartago para pedir a Aníbal, y al mismo tiempo se dispusieron para la guerra, nombrando cónsules a Publio Cornelio y Tiberio Sempronio. De esto hemos hecho ya especial mención en el libro precedente. Ahora sólo lo apuntamos, como pro-

metimos al principio, para refrescar la memoria y advertir los hechos contemporáneos. Aquí termina el primer año de la olimpiada ciento cuarenta.

Llegado el tiempo de las elecciones, los etolios nombraron por pretor a Dorimaco. Apenas tomó éste el mando (219 años antes de J. C.), cuando, puesto sobre las armas todo el pueblo, atacó la parte superior del Epiro, y taló sus campos con más furor que el que hasta entonces se había visto. No le impelía a esto tanto su propio interés, cuanto el hacer daño a los epirotas. Una vez hubo llegado al templo de Dodona, quemó sus pórticos, profanó sus ornamentos y aun destruyó el mismo templo; ya que entre estas gentes ni se conocen las leyes de la paz ni las de la guerra, sino que en uno y otro tiempo ejecutan cuanto les dicta su capricho, sin respeto al derecho público y de gentes. Después de estos y otros parecidos atentados, tornó a su patria.

Duraba aún el invierno, y nadie esperaba que Filipo llegase por la estación, cuando este príncipe salió a campaña desde Larissa, con un ejército compuesto de tres mil hombres armados de escudos de bronce, dos mil rodeleros, trescientos cretenses y cuatrocientos caballos de su guardia. Pasó de la Tesalia a la Eubea, desde aquí a Cino, y cruzando por la Beocia y Megara, llegó a Corinto a finales de invierno. Su marcha fue tan rápida y secreta, que ni aun se sospechó en el Peloponeso. Ordenó cerrar las puertas de Corinto, apostó centinelas por los caminos, y al día siguiente haciendo venir de Sición al viejo Arato, escribió al pretor de los aqueos y a las ciudades, señalándolas día y lugar donde habían de tener las tropas sobre las armas. Dadas estas disposiciones, levantó el campo y fue a sentar sus reales en torno a Dioscurio en Flia-sia.

En este mismo tiempo Euripidas, acompañado de dos cohortes de eleos, de los piratas y mercenarios, todos en número de dos mil doscientos infantes y cien caballos, salió de Psofis, y sin noticia alguna de las operaciones de Filipo, marchaba por Fenice y Stimfalia, con el propósito de talar el país de los sicionios. La noche misma que acampó Filipo alrededor de Dioscurio, pasó él por delante del campamento, y hubiera entrado sin duda al amanecer en el país de los sicionios; pero

felizmente unos cretenses del ejército de Filipo, que habían abandonado sus líneas y andaban buscando forraje, se encontraron con los de Euripidas. Éste, luego que supo con certeza la proximidad del enemigo, sin revelar a nadie la noticia, dio la vuelta con el ejército, y regresó por el mismo camino en que había venido. Quería y aun esperaba tomar la delantera a los macedonios, y cruzando la Stimfalia, ocupar los desfiladeros que dominan el camino. El rey, sin noticia alguna de los enemigos, levantó el campo al amanecer como tenía dispuesto, y emprendió la marcha, con ánimo de pasar por la misma ciudad de Stimfalia en dirección a Cafias, donde tenía prevenido a los aqueos se uniesen con sus armas.

Ya tocaba la vanguardia macedonia con la falda del monte Apeauo, situado a diez estadios de Stimfalia, cuando al mismo tiempo llegó a la cima la primera línea de los eleos. Euripidas, que por las noticias supo lo que ocurría, seguido de algunos caballeros evitó el peligro que le amenazaba, y se retiró a Psosis por caminos extraviados. Los demás eleos, vendidos por su jefe y atemorizados con tal accidente, hicieron alto sin saber qué hacerse, ni qué partido tomar. Sus oficiales creyeron al principio ser un cuerpo de aqueos que venía al socorro. Los armados con escudos de bronce eran los que principalmente motivaron este engaño. Creían ser megalopolitanos, por haber usado éstos de semejantes escudos en la batalla de Selasia contra Cleomenes, armamento que les había dado el rey Antígono para esta jornada. Y así, sin perder el orden, se retiraron a ciertos collados próximos, con la esperanza aún de salvarse. Pero apenas estuvo cerca la primera línea de los macedonios, comprendieron lo que realmente era el caso, y arrojando todos las armas, emprendieron la huida. Se hicieron mil doscientos prisioneros, y el resto, o perdió la vida a manos del enemigo, o en aquellos despeñaderos. Sólo ciento se salvaron. Filipo envió los despojos y los prisioneros a Corinto y prosiguió adelante.

Este suceso sorprendió tanto más a todos los peloponesios, cuanto que a un mismo tiempo llegaba a sus oídos la llegada del rey y la victoria. Cruzó después la Arcadia, a pesar de las muchas nieves y trabajos que sufrió en las cumbres del monte Ligirgo, y fue a hacer noche a

Cafias al tercer día. Allí dio dos días de descanso a la tropa, y recibió a Arato el joven con los aqueos que habían venido en su compañía; de forma que todo el ejército ascendía a diez mil hombres. Prosiguió su marcha por Clitoria a Psosis, e iba recogiendo armas y escalas por todas las ciudades que pasaba. Es Psosis, en la opinión de todos, una antigua población de los Arcades en la Azanida. Su situación, respecto del Peloponeso en general, se halla en el centro; pero respecto de la misma Arcadia, se halla en aquel extremo occidental que linda con las fronteras de la Acaia hacia el ocaso. Domina ventajosamente el país de los eleos, con quienes componía entonces una misma república. A los tres días de camino desde Cafias llegó Filipo a esta ciudad, sentó su campo en unos elevados collados que existían al frente, desde donde registraba sin peligro la plaza y sus contornos. El rey dudó qué partido tomar a la vista de la fortaleza del lugar. Por la parte occidental corre con precipitación un impetuoso torrente, que desprendiéndose desde lo alto forma en poco tiempo una madre muy extensa, invadible en la mayor parte del invierno, y que por todo aquel lado hace inconquistable y de difícil acceso la ciudad. Por la parte oriental corre el Erimantes, grande y caudaloso río de quien se cuentan muchas fábulas. Hacia Mediodía torrente se une con el Erimantes, con lo que rodeada por tres lados la ciudad por los ríos viene a estar bien defendida. Por el lado restante del Septentrión la domina un collado defendido con murallas, a quien el ingenio y el arte le han conferido veces de ciudadela. Toda la ciudad está ceñida de altos y bien construidos muros, y a más poseía a la sazón una buena guarnición que habían introducido los eleos, cuyo comandante era Euripidas, que había escapado de la anterior derrota.

CAPÍTULO XX

Sitio y conquista de Psosis por Filipo.- Conquistas de varias plazas de la Elida.- Negligencia de este pueblo en recobrar sus antiguas inmunidades.- Toma del castillo de Talamas.

En cuanto a Filipo, veía y meditaba todos estos obstáculos. Unas veces la consideración le retraía de atacar y poner sitio a la ciudad, otras le empeñaba a la vista de la oportunidad del lugar. Porque cuanto más inminente era el riesgo que amenazaba a los aqueos y arcades de poseer la Elida esta segura defensa, tanto mayor sería la ventaja, una vez conquistada, que conseguirían los mismos en poseer este oportuno asilo contra los eleos. Finalmente decidió adoptar el partido de sitiirla (219 años antes de Jesucristo) Para ello ordenó a los macedonios estar desayunados y dispuestos al romper el día. Después, atravesando el Erimantes por un puente sin que hallase oposición su temerario arrojo, se aproximó hasta la misma ciudad con un espíritu terrible. La gente que mandaba Euripidas y todos los de ciudad quedaron absortos. Se hallaban persuadidos de que ni los enemigos osarían atacar y forzar una plaza tan fuerte, ni lo riguroso de la estación les permitiría entablar un asedio permanente. Al paso que se hacían estas reflexiones, desconfiaban unos de otros y recelaban que Filipo no tuviese inteligencia con algunos de los de dentro. Pero finalmente, desvanecidas sus sospechas, acudió la mayor parte a la defensa de los muros. Los eleos que se hallaban a sueldo realizaron una salida por la puerta situada en la parte superior de la ciudad para sorprender al enemigo. Pero el rey, que había ordenado aplicar las escalas al muro por tres sitios y tenía distribuidos sus macedonios en otros tantos trozos, dio la señal a cada uno por los trompetas, y al punto se asaltó la plaza por todos lados. Al principio los habitantes se defendieron con valor y arrojaron a muchos de las escalas; pero acabada la provisión de dardos y demás municiones, ya que precipitadamente se había hecho para esta urgencia, y viendo que, lejos de aterrarse los macedonios, al instante ocupaba el de

atrás el lugar del que era arrojado por la escalera, finalmente retrocedieron los cercados y se refugiaron todos en la ciudadela. Los macedonios subieron el muro, y los mercenarios que habían hecho la salida por la puerta superior, rechazados por los cretenses, fueron forzados a arrojar las armas y emprender una huida precipitada. Los cretenses siguieron el alcance, y picándoles la retaguardia entraron de tropel por la puerta, de suerte que la ciudad fue tomada a un tiempo por todos lados. Los psofidienses con sus hijos y mujeres, y Euripidas con los demás que conservaron sus vidas, se acogieron en la ciudadela.

Luego que entraron los macedonios, saquearon todo el ajuar de las casas, ocuparon sus habitaciones y se hicieron dueños de la ciudad. Los que se habían refugiado en la ciudadela, pronosticando mal de su suerte a la vista de hallarse sin provisiones, resolvieron entregarse. Para esto despacharon un trompeta, y lograda del rey licencia para la embajada, diputaron a los magistrados y a Euripidas. Efectivamente, se concertó un tratado por el que se concedió inmunidad a todos los que se habían refugiado, tanto extranjeros como ciudadanos. Los diputados tornaron a la ciudadela con orden de no salir hasta que el ejército hubiese evacuado la plaza, para evitar que la inobediencia del soldado cometiese algún exceso. El rey se vio precisado a permanecer allí algunos días por las nieves que cayeron. Durante su estancia congregó a los aqueos que se hallaban en el ejército, les puso a la vista primero la fortaleza y oportunidad de la ciudad para la guerra presente, les manifestó el afecto y buena voluntad que profesaba a su nación, y por último agregó que por ahora les cedía y entregaba la plaza, porque se había propuesto hacerles bien en lo posible y no dejar pasar ocasión de mostrarles su cariño, Arato y los demás le dieron las gracias, y se disolvió la reunión. El rey hizo levantar el campo a sus tropas y marchó a Lasión. Entonces los psofidios bajaron de la ciudadela, recobraron la ciudad y cada uno sus casas. Euripidas marchó a Corinto y desde allí a la Etolia. Los jefes aqueos que se hallaban presentes dieron el gobierno de la ciudadela a Proslao el Sicionio, con la competente guarnición, y el de la ciudad a Pithias el Pelenense. De esta forma fue tomada Psofis.

No bien se tuvo noticia de la venida de los macedonios cuando los eleos que guarnecían a Lasión, informados de lo que había ocurrido en Psosis, desampararon la ciudad. El rey llegó con diligencia, la tomó sin obstáculo, y por un exceso de inclinación hacia los aqueos la entregó también a su república. Strato fue restituida a los telfusios por haberla abandonado asimismo los eleos. Finalizada esta expedición, llegó al quinto día a Olimpia, donde hizo sacrificios a los dioses y dio un convite a los oficiales. Ahí dejó descansar la tropa durante tres días transcurridos los cuales levantó el campo, marchó a Elea y permitió al soldado la tala de la campiña. Él, mientras, sentó su campo en torno a Artemisio, y acumulado allí el botín, regresó a Dioscurio. Muchos fueron los prisioneros que se hicieron en la tala del país, pero fueron más aún los que se refugiaron en los pueblos próximos y lugares fortificados. El país de los eleos es sin duda el más bien poblado, abundante de siervos y alimentos de todo el Peloponeso. Se encuentran familias tan amantes de la vida del campo, que aunque con bastantes conveniencias, después de dos y tres generaciones no han pasado jamás a la capital. Esto proviene del gran cuidado y vigilancia que tienen los magistrados para que al labrador se haga justicia en cualquier parte y no le falte nada de lo necesario para la vida.

A mi modo de entender, se tomaron en lo antiguo estas providencias y establecieron estas leyes, ya por la extensión del país, ya principalmente por la vida santa que tenían en otro tiempo, cuando la Grecia toda convino en que la Elida, por celebrarse en ella los juegos olímpicos, se tuviese por provincia sagrada y exenta de toda tala, y sus moradores por libres de todos los males y calamidades de la guerra. Pero después que los arcades les quitaron el país de Lasión y de Pisatis, los eleos, obligados a defender sus campos y a cambiar de método de vida, ya no han cuidado de recobrar de la Grecia sus antiguas y patrias inmunidades, sino que han permanecido en el mismo estado, conducta a mi ver poco acertada para el futuro. Y, en verdad, si todos rogamos a los dioses nos concedan la paz, si sufrimos cualquiera vejación con el anhelo de alcanzarla, si este es el único bien que los hombres reputan por tal sin discusión, ¿no serán los eleos sin contradicción unos necios,

que pudiendo obtener de la Grecia con justicia y decoro una paz estable para siempre, la desprecian y posponen a otros bienes? Acaso me dirá alguno que por esta conducta de vida se exponen a que cualquiera les insulte y les falte a los pactos. Pero esto ocurrirá rara vez, y caso que ocurra tendrán a toda la Grecia por auxiliadora. Por lo que hace a las injurias particulares, siendo ricos, como es normal lo sean, gozando de una paz constante no les faltarán guarniciones extranjeras y mercenarias que los defiendan cuando la ocasión y el tiempo lo requiera, en vez de que ahora, por temor a un caso raro y extraordinario, tienen expuesto su país y haciendas a continuas guerras y talas. Hemos hecho estas advertencias para excitar a los eleos a recobrar sus inmunidades, puesto que jamás se ha presentado ocasión más oportuna que la que ofrece el actual estado. Lo cierto es que en este país, como hemos mencionado anteriormente, se conservan aún vestigios de sus antiguas costumbres, y los pueblos aman en extremo la campiña.

He aquí por qué cuando Filipo llegó fue infinito el número de prisioneros que hizo, pero mucho mayor aún el que se refugió en las fortalezas. La mayor parte de efectos y el mayor número de siervos y ganados se retiró a un castillo llamado Talamas, ya porque las vías del país circunvecino eran estrechas y difíciles, ya porque el lugar es de poco tráfico e intransitable. El rey conoció el número de gentes que se habían refugiado en este lugar, y resuelto a no dejar cosa por intentar ni imperfecta, ocupó anticipadamente con los extranjeros los puestos ventajosos que dominan las entradas. Después, dejando el real bagaje y la mayor parte del ejército, tomó los rodeleros y armados a la ligera, cruzó los desfiladeros, y llegó al castillo sin hallar impedimento. Los refugiados, gente del todo inexperta en el arte militar, desprovista de municiones y compuesta en parte de la hez del pueblo, temieron la invasión y se rindieron al momento. Entre ellos había doscientos extranjeros, gente allegadiza que había traído consigo Anfidamas, pretor de los eleos. Dueño Filipo de inmensas alhajas, de más de cinco mil esclavos, y de infinidad de ganado cuadrúpedo, regresó a su campamento; pero viendo que las tropas estaban excesivamente cargadas de

despojos de todo género, y por consiguiente imposibilitadas de manio-
brar, tuvo que retirarse, y trasladar el campo otra vez a Olimpia.

CAPÍTULO XXI

Apeles se propone quitar los fueros a los aqueos.- Elogio de Filipo.- Situación y pueblos principales de la Trifalia.- Escalada de la ciudad de Alifera.- Conquistas del rey en la Trifalia.

Se encontraba entre los tutores que Antígono había dejado al niño Filipo, un tal Apeles, que a la sazón (219 años antes de J. C.) merecía la principal confianza del rey. Éste, para reducir a los aqueos a la misma condición en que se hallaban los tesalios, se propuso realizar una acción detestable. Los tesalios, aunque parecía se gobernaban por sus fueros, y eran de muy diversa condición que los macedonios, en la realidad no se diferenciaban de éstos, y todos se hallaban igualmente sujetos a las órdenes de los oficiales reales. A este fin dirigió todos sus pasos Apeles, y para esto empezó a tentar la paciencia de los aqueos que militaban en el ejército ya permitiendo a los macedonios que los arrojasen de los alojamientos que con anticipación habían ocupado y les robasen el botín, ya permitiendo a sus ministros les castigasen por los más fútiles pretextos. Si alguno de ellos se condolía o quería defender al castigado, él mismo le llevaba a la cárcel. Se hallaba persuadido de que de esta forma los iría acostumbrando insensiblemente, a que no se detuviesen ante nada de cuanto el rey dispusiese. Esto era tanto más de extrañar, cuanto que poco tiempo antes, él mismo, militando con Antígono, los había visto resueltos a pasar por todo, por no obedecer las órdenes de Cleomenes. Al cabo algunos jóvenes aqueos acudieron a Arato de mano armada, y lo dieron cuenta del propósito de Apeles. Arato se dirigió a Filipo, presumiendo que sin dilación pondría remedio al mal en los inicios. Efectivamente, informado el rey en este coloquio de lo ocurrido, exhortó a los jóvenes aqueos a vivir confiados de que no les volvería a suceder en adelante semejante cosa; y previno a Apeles que no ordenase nada a los aqueos, sin consultar con su pretor.

De esta forma Filipo, afable con los que seguían sus banderas, activo y resuelto en las operaciones militares, se ganó los corazones no

sólo de sus soldados sino de todo el Peloponeso. No es fácil hallar un príncipe dotado por la naturaleza de mayores disposiciones para extender sus estados. La agudeza de entendimiento, la memoria, la gracia, la presencia real, la majestad, y sobre todo la actividad y el espíritu marcial, eran otras tantas prendas que en él sobresalían. Pero como desaparecieron todas estas bellas cualidades, y de un rey benigno se transformó en un cruel tirano, esto no es fácil de explicar en breves rayones. Otra ocasión más oportuna que la presente se ofrecerá, donde inquirir e investigar esta transformación.

Filipo desde Olimpia trasladó el campo hacia Farea, llegó a Tel-fusa, y desde allí a Herea; donde vendido el botín, hizo reparar el puente del río Alfeo, con el fin de hacer por allí una irrupción en la Trifalia. Por entonces mismo Dorimaco, pretor de los etolios, a instancia de los eleos, cuyos campos eran talados, envió en su socorro seiscientos etolios, bajo la conducción de Filidas. Este así que llegó a Elea, tomó quinientos extranjeros que allí había, mil ciudadanos y un trozo de tarentinos, y marchó al socorro de la Trifalia, provincia que obtuvo este nombre de Trifalo, muchacho de la Arcadia. Está situado este país en el Peloponeso sobre las costas del mar, entre los eleos y messenios, mira al mar de África, y confina con la Acaia hacia el ocaso del invierno. Las ciudades que contienen son Samico, Lepreo, Hipana, Tipanea, Pírgos, Æpio, Balax, Stilagio y Frixia. A todas estas ciudades, de que poco tiempo antes se habían apoderado los eleos, habían agregado ahora a Alifera, perteneciente antes a la Arcadia y a Megalópolis, que Aliadas el megalopolitano, durante el tiempo de su tiranía, había sacrificado a cambio de ciertos intereses personales. Filidas, pues, destacados los eleos a Lepreo y los extranjeros a Alifera, él con sus etolios observaba en Tipanea los movimientos del rey.

Filipo, desembarazado del bagaje, cruzó el puente del río Alfeo, que baña la ciudad de Herea, y llegó a Alifera. Yace esta ciudad sobre una eminencia escarpada por todas partes, que tiene más de diez estadios de subida. Sobre la cumbre misma de toda esta montaña se halla situada la ciudadela, y una estatua de bronce de Minerva, de extraordinaria belleza y magnitud. La causa de esta oblación, quién sorteó su

estructura, de dónde vino, o por quién fue consagrada, no se sabe de cierto, y aun los mismos naturales lo ignoran. Pero todos están de acuerdo en que es una pieza maestra del arte y una de las imágenes más magníficas y exquisitas que salió de las manos de Hecatodoro y Sostrates. El rey, así que vio un día claro y sereno, distribuyó al amanecer en muchos lugares a los que llevaban las escalas, e hizo marchar por delante a los mercenarios para sostenerlos. A espaldas de cada uno de estos cuerpos situó en trozos los macedonios, y ordenó a todos que al salir el sol subiesen la montaña. Los macedonios ejecutaron la orden con una prontitud y valor espantoso. Los sitiados acudieron de tropel a aquellos puestos a donde principalmente veían que se aproximaba el enemigo. A este tiempo ya el rey mismo, con la tropa más escogida, había subido ocultamente por unos precipicios al arrabal de la ciudadela. Dada la señal, todos fijaron las escalas, e intentaron asaltar la ciudad. El rey fue el primero que se apoderó del arrabal, que halló indefenso, y le prendió fuego. A la vista de esto, los que defendían los muros, pronosticando su suerte, y temiendo quedar sin recurso una vez tomada la ciudadela, resolvieron abandonar las murallas y refugiarse en ella. Realizado esto, los macedonios ocuparon al momento los muros y la ciudad. Poco después los de la ciudadela enviaron diputados a Filipo, y pactaron entregársela, salvando sus vidas.

Esta conquista aterró a todos los trifalios, y les hizo consultar sobre sus personas y patrias. Al mismo tiempo Filidas desamparó a Tipanea y se retiró a Lepreo, saqueando de paso algunos de sus aliados. Tal fue la recompensa que éstos tuvieron de los etolios; ser no sólo abandonados a las claras en las circunstancias más urgentes, sino, saqueados y vendidos, sufrir de sus compañeros igual trato que pudieran esperar de un enemigo victorioso. Los tipaneatas entregaron la ciudad a Filipo. Hipana siguió el mismo ejemplo; y los fialenses, al escuchar lo que había pasado en la Trifalia, disgustados con la alianza de los etolios, se apoderaron de mano armada de la casa donde se reunían los polemárcos. Los piratas etolios que vivían en Fiala, para estar a tiro de saquear la Messenia, al principio pensaron invadir y sorprender la ciudad; pero viendo a todos los habitantes unidos para defenderla,

desistieron del empeño; y bajo un salvoconducto tomaron sus bagajes, y salieron de la plaza. Después los fialenses enviaron diputados a Filipo, y le entregaron su patria y personas.

CAPÍTULO XXII

Filidas general de los etolios, forzado a salir de Lepreo.- Filippo somete toda la Trifalia.- Movimientos estimulados por Chilón en Lacedemonia.- Estado lamentable de este pueblo.

En el transcurso de este tiempo los lepreatas, apoderados de una parte de su ciudad, instaban vivamente a los eleos, etolios, y demás tropas que Lacedemonia había enviado a su socorro, para que evacuasen la ciudadela y la ciudad. Al principio Filidas no hizo caso, y permaneció en la plaza para tenerla en respeto. Pero noticioso de que Taurión había sido destacado con tropa a Fiala, y que el rey mismo venía marchando a Lepreo y se aproximaba ya a la ciudad, perdió el ánimo. Por el contrario los lepreatas, se ratificaron en su decisión, y realizaron un hecho memorable; pues no obstante haber dentro mil eleos, otros tantos etolios con los piratas, quinientos mercenarios, doscientos lacedemonios, y sobre todo estar por ellos la ciudadela, no por eso perdieron la esperanza de recobrar su patria. Efectivamente Filidas, como vio tan sobre sí a los lepreatas, y que los macedonios se aproximaban, tuvo que salir de la ciudad con los eleos y demás tropa que había llegado de Lacedemonia. Los cretenses que había enviado Esparta regresaron a su país por la Messenia, Filidas se retiró a Samico, y los lepreatas apoderados de su patria enviaron diputados a Filippo para entregársela.

Con este aviso el rey despachó a Lepreo todo el ejército, a excepción de los rodeleros y armados a la ligera, con quienes partió con diligencia a alcanzar a Filidas. Efectivamente le alcanzó y se apoderó de todo su bagaje; pero Filidas le ganó por los pies, y se metió en Samico. El rey acampó frente a esta plaza, hizo venir de Lepreo el resto del ejército, y dio a entender que quería sitiarla. Los etolios y eleos, que no tenían más prevenciones para el asedio que sus manos, temieron las consecuencias, y negociaron con Filippo que les salvase las vidas. Concedida licencia para que saliesen con sus armas, marcharon a

Elea, y el rey se apoderó sin dilación de la ciudad. Otros pueblos vinieron después a ofrecerle obediencia, y recibió en su gracia a Frixia, Stilagio, Epio, Bolax, Pirgos y Epitalio. Finalizada esta expedición, regresó a Lepreo, después de haber sojuzgado toda la Trifalia en seis días. Allí, después de haber exhortado a los lepreatas según la ocasión lo pedía, y haber puesto guarnición en la ciudadela trasladó el campo hacia Herea dejando a cargo de Ladico el acarnanio toda la Trifalia. Así que llegó a esta ciudad, distribuyó el botín entre sus tropas, y tomando el bagaje, marchó de Herea a Megalópolis en el rigor del invierno.

Mientras Filipo sometía la Trifalia (219 años antes de J. C.), Chilón el lacedemonio, creyendo que su nacimiento le daba derecho al reino, sufría con impaciencia el desprecio que los eforos le habían hecho en habérselo adjudicado a Licurgo. Para vengarse pensó conmover el estado. Se persuadió a que si, a ejemplo de Cleomenes, proponía una nueva división y repartimiento de tierras, al momento el pueblo seguiría su partido, decisión que finalmente llevó a cabo. Comunicó el pensamiento a sus amigos, y habiendo encontrado hasta doscientos que apoyasen su arrojo, pensó realizar su proyecto. No ignoraba que el mayor obstáculo a su intento serían Licurgo y los eforos que le habían puesto sobre el trono; por eso fueron éstos el primer ensayo de su cólera. Un día que los halló cenando los degolló a todos, tomando por su cuenta la fortuna el castigo que merecían. Porque, bien se mire a la mano que descargó el golpe, bien a la causa por que lo sufrían, se confesará que les estaba bien empleado. Chilón, después de haber acabado con los eforos, pasó a la casa de Licurgo, y aunque le encontró dentro no pudo apoderarse de su persona por haberle servido de capa ciertos amigos y vecinos para que huyese y se retirase por caminos extraviados a Pelene en Trípolis. Chilón, errado el golpe principal para su intento, se desalentó muchísimo, pero no pudo menos de proseguir lo empezado. Penetró en la plaza, prendió a sus enemigos, animó a sus parientes y parciales y dio a los demás esperanzas de lo que poco ha hemos apuntado. Pero advirtiendo que en vez de hacer caso, por el

contrario, se volvían contra él los ciudadanos, se retiró secretamente, cruzó la Laconia y se refugió solo en la Acaia.

Los lacedemonios, con el temor de que Filipo viniese, recogieron la cosecha y abandonaron el Ateneo de Megalópolis, después de haberlo destruido. Así es cómo este pueblo, que desde que Licurgo le dio sus leyes hasta la batalla de Leutres había formado la más bella república y había llegado al más elevado poder; ahora, cambiándosele la suerte, iba debilitándose cada vez más, hasta que finalmente agobiado con infinitos infortunios, agitado de sediciones intestinas y acostumbrado a continuos repartimientos de tierras y destierros, llegó a sufrir la esclavitud más cruel bajo la tiranía de Nabis el que hasta entonces ni aun la palabra *servidumbre* podía sufrir con paciencia. Muchos han tratado a la larga en pro y en contra de los hechos antiguos de los lacedemonios. Nosotros sólo expondremos los incontestables, cuales son los sucedidos desde que Cleomenes desechó el gobierno antiguo, destinando a cada uno su lugar conveniente. De Megalópolis el rey fue por Tejea a Argos, donde pasó lo que restaba del invierno, aplaudido más de lo que pedía su edad por las acciones y demás conducta que había observado en las mencionadas campañas.

CAPÍTULO XXIII

Medios de que se valió Apeles para oponer a los aratos con Filipo.- Tala de la Elida por este rey.- Nuevas maniobras de Apeles.- Última voluntad de Antígono en la distribución de los empleos de palacio.- Marcha de Filipo a Argos.

Apeles, de quien ya hemos hecho mención, lejos de desistir de su propósito, procuraba ir reduciendo poco a poco bajo el yugo a los aqueos (219 años antes de J. C.) Comprendía que para tal propósito le servirían de obstáculo los dos Aratos, a quienes Filipo estimaba, sobre todo al viejo, por el trato que había mantenido con Antígono, por el mucho crédito que obtenía en su nación y especialmente por su sagacidad y prudencia. Para derribar a estos dos personajes se valió de esta astucia. Averiguó quiénes eran sus rivales en el gobierno, los hizo venir de sus ciudades, los recibió en su gracia, los incitó con halagos a su amistad y los recomendó a Filipo, advirtiéndolo a éste por separado, que mientras estuviese adherido a los aratos tendría que tratar a los aqueos según estaba prescrito en la alianza, pero que si le daba crédito y recibía ahora a éstos por confidentes, manejaría todo el Peloponeso a su arbitrio. Volvió después sus miras a las elecciones. Quería que recayese sobre uno de éstos la pretura, y por consiguiente se excluyese a los aratos. Para esto persuadió al rey de que, bajo el pretexto de que iba a Elea, se llegase a Egio a los comicios de los aqueos. Efectivamente, el rey fue, y Apeles se encontró también presente al tiempo oportuno, donde ya con ruegos, ya con amenazas, consiguió aunque con trabajo el que se eligiese por pretor a Eparato el Fareense y se excluyese a Timojenes, por quien estaban los aratos.

Después de esto Filipo se puso en marcha, y cruzando por Patras y Dimas llegó a una fortaleza llamada Tichos, que sirve de frontera al país de los dimeos, y poco tiempo antes había sido tomada por Euripidas, como hemos mencionado anteriormente. Deseoso el rey de recobrarla a cualquier precio para los dimeos, acampó frente a ella con todo

el ejército. Los eleos que la guarnecían temieron y la entregaron. Este castillo no es grande, por cierto, pues apenas pasa de estadio y medio su circunferencia, pero se halla bien fortificado, y la altura de sus muros no baja de treinta codos. El rey lo entregó a los dimeos, corrió talando la provincia de los eleos, y después de saqueada regresó a Dimas con el ejército cargado de despojos.

Apeles, que creía haber conseguido en parte su propósito con haber puesto pretor a los aqueos por su mano, volvió a indisponer a los aratos con el rey a fin de separarle completamente de su amistad. Para ello se propuso idear una calumnia con el artificio siguiente. Anfidamo, pretor de los eleos, que había sido hecho prisionero en Talamas con otros que se habían allí refugiado, como hemos mencionado anteriormente después que fue conducido con otros prisioneros a Olimpia, solicitó por medio de ciertos amigos tener una conferencia con el rey. Obtenida la venia, le dijo que él tenía autoridad para atraer a los eleos a su amistad y alianza. Filipo le creyó y le envió sin rescate, previniéndolo ofreciese de su parte a los eleos que si abrazaban su partido les restituiría todos los cautivos sin rescate, les pondría el país a cubierto de todo insulto exterior, vivirían libres, sin guarnición, sin impuesto y les conservaría sus propias leyes. Los eleos, no obstante unas ofertas tan halagüeñas y magníficas, no hicieron caso. De aquí tomó ocasión Apeles para idear la calumnia y llevarla a oídos del rey, asegurándole que no era sincera la amistad de los aratos para con los macedonios, ni tenían verdadero afecto a su persona; que en la ocasión presente ellos eran los autores de la enajenación de los eleos. Pues cuando Anfidamo marchó de Olimpia a Elea, los aratos cogiéndole a solas le había seducido y dicho que de ninguna de las maneras convenía al Peloponeso que Filipo dominase a los eleos, y por esta causa despreciaban sus ofertas, conservaba la amistad de los etolios y mantenían la guerra contra la Macedonia.

Así que el rey escuchó estos cargos, ordenó llamar a los aratos y que en su presencia Apeles los repitiese. Efectivamente vinieron. Apeles sostuvo lo dicho con una audacia espantosa; y viendo que el rey callaba agregó que, pues eran tan ingratos y desconocidos a los benefi-

cios de Filipo, este príncipe había decidido convocar la asamblea de los aqueos, y justificada su conducta sobre estos hechos, retirarse otra vez a Macedonia. A esto tomó la palabra Arato el viejo, y en general aconsejó a Filipo que jamás diese oídos a chismes ligeramente y sin consideración, y que cuando éstos se dirigiesen contra un amigo o aliado, hiciese un examen más exacto antes de dar crédito a la calumnia, pues esta era prenda de un ánimo real y muy conducente para todo. En este supuesto le suplicaba que, para juzgar de lo que decía Apeles, llamase a los que lo habían oído, hiciese entrar en medio de éstos al autor de los cargos, y no omitiese medio de cuantos pudiesen contribuir a averiguar la verdad, antes de descubrir el asunto a los aqueos.

El rey aprobó el consejo de Arato, y dijo que no omitiría medio de inquirir la verdad: con esto se disolvió la reunión. En los días siguientes Apeles no presentó prueba alguna de su declaración; pero en favor de los aratos sobrevino este accidente. Los eleos, cuando Filipo talaba su país, poco satisfechos de Anfidamo habían decidido prenderle y enviarle a la Etolia cargado de cadenas. Éste, presintiendo el golpe, se había retirado por el pronto a Olimpia; pero informado poco después de que Filipo se hallaba en Dimas ocupado en la distribución del botín, fue prontamente a verle. Los aratos, cuando supieron que Anfidamo había llegado fugitivo de la Elida, alegres sobremanera, como que en nada les remordía la conciencia, acudieron al rey y le rogaron le llamase; puesto que nadie mejor sabría los cargos de la acusación, ya que con él habían sido tratados, y ninguno más bien declararía la verdad, pues se veía fugitivo de su patria por su causa, y en él fundaba al presente la esperanza de su salvación. Al rey plugo este consejo, envió a llamar a Anfidamo, y se halló la acusación del todo desmentida. De allí adelante, así como fue siempre en aumento la estimación y aprecio de Arato para con el rey, fue también en disminución el concepto de Apeles; y aunque prevenido de un grande aprecio por su persona, en muchas cosas tuvo que cerrar los ojos sobre su conducta.

Pero no por eso desistía Apeles de sus intrigas; por el contrario, buscaba cómo malquistar a Taurión, prefecto del Peloponeso. Para ello no hablaba mal de su persona, antes le elogiaba y proclamaba que era a

propósito para acompañar al rey en campaña. Su propósito era poner por su mano otro en el gobierno del Peloponeso. Exquisito género de calumnia, sin hablar mal, dañar al prójimo con alabanzas. Esta astuta malignidad, este encono y este artificio se encuentra principalmente entre los que frecuentan las aulas de los reyes; allí es donde reina la envidia y ambición de tirarse los unos a los otros. Del mismo modo, Apeles, siempre que hallaba ocasión, mordía a Alejandro, capitán de la guardia. Su fin en esto era disponer a su antojo de la guardia de la persona real, y, en una palabra, trastornar el orden que Antígono había establecido. Este príncipe, mientras vivió, cuidó bien del reino y de la educación de su hijo; y al morir, dio sabias providencias sobre todo lo que pudiera suceder posteriormente. En su testamento dio cuenta a los macedonios de todo lo que había hecho, y dispuso para el futuro cómo y por quiénes se habían de manejar los asuntos. Su propósito era no dejar pretexto alguno de envidia ni sedición entre los palaciegos. Entre los que andaban a su lado, dejó a Apeles por tutor, a Leoncio por comandante de los rodeleros, a Megaleas por canciller, a Taurión por gobernador del Peloponeso, y a Alejandro por capitán de la guardia. Apeles dominaba ya absolutamente sobre Leoncio y Megaleas, y ahora procuraba separar de sus ministerios a Alejandro y a Taurión, para manejarlo todo por sí o por sus partidarios. Sin duda hubieran tenido efecto sus propósitos, a no haberse ganado un antagonista como Arato; pero pronto recibió el castigo de su imprudencia y ambición. Pues poquísimos días después sufrió en sí mismo lo que pensaba hacer con otros. Por ahora pasaremos en silencio cómo y de qué forma sucedieron estas cosas, para dar fin a este libro; pero en los siguientes examinaremos con detalle todas sus circunstancias. Filippo, después de arreglados estos asuntos regresó a Argos, donde, enviando el ejército a Macedonia, pasó el invierno con sus amigos.

FIN DEL LIBRO CUARTO Y DEL VOLUMEN PRIMERO